



ANTOLOGÍA DE NOVELAS DE ANTICIPACIÓN XIX

Lectulandia

Decimonoveno volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *Luna inconstante*, *Sueño protector*, *El crepúsculo*, *2217 A. D.*, *La fácil salida*, *Demasiada gente*, *El circo de los ratones*, *Silencio en Gehenna*, *Madre en el cielo con diamantes*, *Estilo coloquial* y *El oro al final del arco estelar*.

Lectulandia

AA. VV.

**Antología de novelas de anticipación
XIX**

Antología de novelas de anticipación - 19

ePub r1.0

Watcher 11.05.2018

Título original: *Best Science Fiction for 1972*

AA. VV., 1973

Traducción: José María Aroca

Diseño de cubierta: Watcher

Editor digital: Watcher

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Todas las antologías de ciencia-ficción que incluyen la palabra «mejor» en su título empiezan con una mentira. En primer lugar, no existe tal cosa. Lo que es mejor para un hombre es veneno para otro.

En segundo lugar, ningún antologista tiene nunca lo «mejor». Necesita un relato, pero ya tiene otro relato del mismo autor y quiere ser más representativo. Le gusta un relato, pero es un relato completamente distinto y no puede incluirlos a los dos. Ve un relato que desea, pero no puede permitírselo, porque el agente del autor pide demasiado dinero. Encuentra un relato que encaja perfectamente, pero las otras cinco antologías de lo «mejor» incluyen el mismo relato, y no sería correcto vender los mismos relatos a los mismos lectores bajo cinco etiquetas distintas... Y, finalmente, nunca se puede estar seguro de tener lo «mejor», puesto que nadie, por mucha que sea su dedicación y por muy enciclopédicos que sean sus conocimientos, puede leer todos los relatos de ciencia-ficción que se publican en el transcurso del año. Nadie, por ejemplo, es capaz de leer en tantos idiomas, ni siquiera Darko Suvin.

De modo que, en el mejor de los casos, lo que se tiene es una especie de compromiso de aproximación, y no acabo de entender por qué los antologistas insisten en utilizar palabras como «mejor» en los títulos.

Dado que yo también utilizo la palabra en cuestión, creo que estoy obligado, al menos, a explicarle honradamente al lector cuáles son mis compromisos. En primer lugar, «mejor» significa los mejores relatos que yo he leído durante este período, excluyendo un par de ellos que me gustaron mucho pero que ya han aparecido en muchas antologías. No dudo ni por un segundo de que hay relatos muy buenos que no están incluidos aquí, y tal vez unos cuantos que no están incluidos en ninguna colección similar; y, de ser así, lamento que ustedes y yo nos los hayamos perdido.

También hay algunos relatos que me hubiese gustado incluir —uno italiano, uno alemán, uno ruso—, pero la barrera del idioma me derrotó. Traducir un relato de ciencia-ficción es casi como traducir un poema: no se trata tanto de trasladarlo a otro idioma como de recrearlo. Los buenos traductores escasean, y sintiéndolo mucho tuve que prescindir de aquellos relatos. Sin embargo, debo decir que la traducción del japonés por Judith Merrill y Tetsu Yano es un verdadero triunfo. Algo que no sucede fácilmente.

Por otra parte, siento tener que reconocer que mi opinión concuerda con la de uno de los escritores más populares y de más éxito de este género —no mencionaré su nombre, pero ha publicado un gran número de obras—, el cual me escribía hace unos días: «Algo malo le ocurrió a la ciencia-ficción alrededor de 1956. Estaba en pleno florecimiento, y de repente dejó de crecer. Lo que hemos tenido desde entonces a menudo es bueno, y a veces muy bueno. Pero no se supera el techo alcanzado hace más de una década y media».

Hay algo de cierto en esa afirmación, por desgracia, y es evidente que lo que se ha destacado como notable en ciencia-ficción en los últimos años no representa una superación en el terreno de la inventiva: los últimos rizados de la Nueva Ola se escurren todavía en la arena, y la fuerza que poseen deriva simplemente del plagio mecánico de las técnicas de Dos Passos, de Joyce y de Jean Cocteau. Pero no es del todo cierta. Ocurren cosas. Sólo empiezan a ocurrir, pero hay escritores que no estaban hace una década, y están haciendo cosas que valen la pena. Larry Niven es uno de ellos, representado aquí con Luna Inconstante. Doris Piserchia y Grahame Leman, con los primeros relatos que han publicado, pueden ser otros dos. Bob Shaw (léase su última novela, Other Days, Other Eyes, para comprender lo que quiero decir) es uno de ellos, lo mismo que Samuel R. Delany, lo mismo que Ursula K. LeGuin, lo mismo que otra docena de autores que están introduciendo cambios substanciales en el terreno de la ciencia-ficción.

Lo que está ocurriendo en la ciencia-ficción ahora mismo no me parece una tarea de innovación. En realidad, mucha de la innovación ha sido extraída de otros campos: los depósitos de ideas como la Rand Corporation y libros como Future Shock han contribuido a ampliar la capacidad de la ciencia-ficción para describir futuros posibles; los poetas de cafetería y los cantantes de rock hablan en sus versos de estrellas y galaxias. Lo que en realidad está ocurriendo es una especie de síntesis: la «ciencia» que da su nombre a la ciencia-ficción... y que ha estado ausente de la mayoría de relatos de ciencia-ficción ganadores de premios en los últimos diez años; la aventura y el hechizo que caracterizaba a las revistas baratas; la sólida y creadora comprensión del «espacio interior» de personalidad y conducta de los escritores de ciencia-ficción «literarios».

Si últimamente no se produjeron muchas obras maestras, al menos se produjo una apreciable cantidad de trabajo competente. Y de ese trabajo surgirán las nuevas obras maestras...

Frederik Pohl

Luna inconstante

Larry Niven

1

Estaba contemplando las noticias cuando vino el cambio, como un destello de movimiento vislumbrado por el rabillo del ojo. Me volví hacia el balcón. Fuera lo que fuese, era demasiado tarde ya para captarlo.

Aquella noche la luna era muy brillante.

Me di cuenta de esto y sonreí, y di de nuevo media vuelta. Johnny Carson iniciaba su monólogo.

Cuando pusieron los primeros anuncios me levanté para recalentar el café. Ponían tres o cuatro anuncios seguidos, por ser medianoche, de modo que tenía tiempo.

Al volver me cogió de lleno la luz de la luna. Si antes era brillante, ahora lo era más. Hipnótica. Abrí la vidriera deslizante y salí al exterior.

El balcón apenas era algo más que un reborde con barandilla, con espacio justo para un hombre, una mujer y una barbacoa portátil. Durante los últimos meses el panorama había sido adorable, especialmente en el crepúsculo. La compañía de electricidad había estado instalando un edificio para oficinas de cemento y cristal. En realidad, no era más que una estructura de vigas de acero al descubierto. Como una masa sombría contra el cielo rojo del crepúsculo, parecía más bien algo tieso, surrealista, tremendamente impresionante.

Esa noche...

Nunca había visto una luna tan brillante, ni siquiera en el desierto. Lo bastante brillante como para poder leer, pensé, e inmediatamente añadí, pero esto es una ilusión. La luna nunca es mayor (no sé dónde lo leí) que un cuarto de chelín sostenido a unos tres metros de distancia. Nunca puede ser tan brillante como para permitir una lectura.

¡Sólo estaba llena en sus tres cuartos!

Pero el resplandor de la luna sobre la autopista de San Diego, al oeste, parecía amortiguar incluso el de los faros de la caravana de coches. Parpadeé contra esa luz, y pensé en los hombres que al caminar por la luna dejaban huellas onduladas. En cierta ocasión, por un artículo que estaba escribiendo, pude tener en la mano un pedazo de roca de la luna...

Oí que reanudaban el programa de televisión y regresé al interior del apartamento. Pero al volver a echar una ojeada a mis espaldas, vi que la luna se tornaba aún más

brillante... como al aparecer por detrás de una estela nubosa.

Su luminosidad era ya enloquecedora, lunática.

El teléfono sonó cinco veces antes de que ella contestara.

—Hola —dije—, oye...

—Hola —respondió Leslie con voz adormilada, en son de queja.

Caramba, esperaba que estuviese viendo la televisión igual que yo.

—No grites ni te quejes —manifesté al momento—, porque tengo un motivo para llamarte. Estás en la cama, ¿verdad? Bien, levántate y... ¿Puedes levantarte?

—¿Qué hora es?

—Las once y cuarto.

—Oh, Dios mío...

—Sal al balcón y mira a tu alrededor.

—De acuerdo.

El teléfono dejó oír un ruidito. Aguardé. El balcón de Leslie da al norte y al oeste, como el mío, pero se halla diez pisos más arriba, de modo que tiene mejor vista.

A través de mi balcón, la luna ardía como un foco.

—Stan... ¿estás ahí?

—Sí. ¿Qué opinas de eso?

—Es maravilloso. Nunca he visto nada igual. ¿Por qué brilla tanto la luna?

—No lo sé, pero ¿no te parece maravilloso?

—Se supone que tú eres el nativo.

Hacia sólo un año que Leslie se había trasladado aquí.

—Escucha, jamás la había visto de esta manera. Claro que existe una antigua leyenda —proseguí—. Una vez cada cien años, la niebla abandona Los Ángeles por una sola noche, dejando el aire tan claro y despejado como el espacio interestelar. De este modo, los dioses ven si Los Ángeles todavía está aquí. Después, vuelven a arroparnos con la niebla para no tener que verlo constantemente.

—Sí, ya conocía esa leyenda. Bien, oye, me alegro de que me despertases para verlo, pero mañana he de trabajar.

—Pobre muñeca...

—Es la vida. Buenas noches.

—Buenas noches.

A continuación me senté en la oscuridad y traté de pensar a quién más podía llamar. Sí, llamar a una chica a medianoche, invitarla a salir y contemplar la luna... y ella podría considerarlo romántico, o ponerse furiosa, pero no supondría que había llamado a seis más.

Pensé en varios nombres. Pero las chicas en las que pensé habían salido de mi vida hacía ya más de un año, después de que empezara a pasar todo el tiempo con Leslie. No podía censurarlas. Ahora, Joan estaba en Texas y Hilda se había casado, y si llamaba a Louise probablemente también vendría Gordie. ¿La joven inglesa? No recordaba su número. Ni su apellido.

Además, todas las chicas que conocía tenían que fichar al entrar a trabajar. Yo también trabajo para vivir, pero en mi calidad de escritor independiente elijo mi horario. A cualquiera que llamara esta noche le arruinaría la mañana. Ah, bueno...

El programa de Johnny Carson era un torbellino en gris y un estrépito de estática cuando regresé al salón. Desconecté el televisor y salí de nuevo al balcón.

La luna brillaba más que la riada de focos y faros en la autopista, era más brillante que Westwood Village, a la derecha. Los montes de Santa Mónica tenían un resplandor perlino, casi mágico. No había estrellas cerca de la luna. Las estrellas no podían sobrevivir a tanto resplandor.

Yo escribía artículos científicos para ganarme el sustento. Habría debido de ser capaz de imaginarme qué le sucedía a la luna. ¿Podía haber aumentado súbitamente de tamaño? ¿Haberse inflado como un globo? No.

Más cerca, tal vez... ¿Estaba cayendo?

¡Las mareas! Olas de treinta metros de altura... ¡y terremotos! ¡La falla de San Andrés abriéndose como el Gran Cañón! Podía subir a mi coche, ir hacia las montañas... No, demasiado tarde.

Tonterías. La luna era más brillante, no era mayor. Podía verlo. Además, ¿podía caer la luna sobre nuestras cabezas, sin más?

Parpadeé y la luna dejó una impresión en mis retinas. Era tremendamente brillante.

Un millón de personas debían de estar contemplando la luna, haciéndose preguntas como yo. Un artículo sobre el caso se vendería muy bien... si lo escribía antes de que lo hicieran otros.

Debía de existir una explicación sencilla, obvia.

¿Cómo podía ser la luna tan brillante? La luz lunar es un reflejo de la luz del sol. ¿Acaso brillaba más el sol? Debía de haber empezado a ocurrir después del crepúsculo, o la gente habría observado...

No me gustó esta idea.

Por otra parte, la mitad de la Tierra estaba directamente bajo la luz solar. Un millar de corresponsales de *Life*, *Time* y *Newsweek* y de la Asociación de la Prensa llamarían desde Europa, Asia, África y... a menos que estuviesen escondidos en los sótanos. O muertos. O faltos de voz, porque el sol estuviese interfiriendo las comunicaciones con la estática; los sistemas de radio, el teléfono y la televisión... La televisión... ¡Dios mío!

Empezaba a asustarme.

Bien, era preciso volver a empezar. La luna brillaba mucho más que antes. La luz de la luna... bueno, la luz de la luna es un reflejo de la luz del sol, y eso lo sabe cualquier idiota. Entonces... algo le había ocurrido al sol.

—¿Diga?

—Hola, soy yo —respondí.

De pronto, mi garganta se solidificó. ¡Pánico! ¿Qué iba a decirle?

—He estado contemplando la luna —explicó ella soñadoramente—. Es algo maravilloso. Incluso he tratado de utilizar mi telescopio, pero no he logrado ver nada; brilla demasiado. Ilumina toda la ciudad. Las montañas son como de plata.

Sí, ella tenía un telescopio en el balcón. Lo había olvidado.

—No he intentado volver a dormirme —continuó Leslie—. Demasiada luz.

Mi garganta pudo funcionar de nuevo.

—Oye, Leslie, cariño, he empezado a pensar que te he despertado, que no podrías volver a dormirte, y toda esa luz... De modo que lo mejor será que salgamos a tomar algo.

—¿Estás loco?

—No, hablo en serio. Ésta no es una noche para dormir. Tal vez no volvamos a disfrutar de una noche como ésta. ¡Al diablo tu dieta! Vamos a celebrarlo. Pasteles de chocolate calientes, café irlandés...

—Eso es diferente. Voy a vestirme.

—Iré a buscarte.

Leslie vivía en el piso catorce del Edificio C de la plaza Barrington. Llamé a la puerta y esperé.

Mientras aguardaba me pregunté, sin ningún sentido de urgencia: ¿Por qué Leslie?

Debía de haber otras maneras de pasar mi última noche en la Tierra que con una chica en particular. Podía haber escogido a otra joven, o incluso a varias, aunque ésa no fuera mi costumbre.

También podía haber llamado a mi hermano, o a una serie de parientes...

Bah, mi hermano Mike habría querido tener un buen motivo para que le sacara de la cama a medianoche.

—Pero Mike, la luna es tan hermosa...

Ni hablar. Y mis parientes habrían reaccionado igual. Sí, yo tenía un excelente motivo, pero ¿me creerían?

Y si me creían, ¿qué? Yo habría organizado una especie de velatorio. Les dejaría dormir. Lo que yo deseaba era que alguien se uniese a mi... fiesta de despedida sin formular preguntas estúpidas.

A quien yo deseaba era a Leslie. Volví a llamar.

Ella abrió un poco la puerta. Todavía no llevaba más que la ropa interior. Una faja tiesa, deforme, que tenía en la mano me rozó la espalda cuando se arrojó en mis

brazos.

—Iba a ponérmela.

—Entonces he llegado a tiempo.

Le quité la faja y la dejé caer al suelo. Me agaché para pasar los brazos por debajo de sus costillas, me enderecé con cierto esfuerzo y anduve hacia el dormitorio con sus pies bailando contra mis tobillos.

Tenía la piel muy fría. Debía de haber estado fuera.

—¡Basta! —gritó—. ¿Crees que puedes competir con unos pastelillos de chocolate calientes?

—Ciertamente, me lo exige mi orgullo.

Los dos estábamos sin aliento. Una vez había tratado de levantarla entre mis brazos, en un estilo cinematográfico convencional. Por poco me rompo la espalda. Leslie era muy alta, casi como yo, y tenía unas caderas generosas.

Nos echamos en la cama, uno al lado del otro. Luego, le rasqué la espalda, sabiendo que sería incapaz de resistirse... ja, ja, ja, ja... Dejó oír unos grititos de placer para decirme dónde debía rascar. Después, me levantó la camisa hasta los hombros y empezó a rascarme la espalda a su vez.

Nos fuimos quitando prendas de ropa al azar, dejándolas caer fuera de la cama. La piel de Leslie estaba ya caliente, casi ardiente...

Bien, por eso no podía escoger a otra chica. Hubiera tenido que enseñarle a rascarme. Y no tenía tiempo.

Algunas noches yo experimentaba una tendencia nerviosa a apresurar el acto amoroso. Esta noche estábamos ejecutando un ritual, un rito de tránsito. Intenté ir más despacio, para que durase más. Traté de lograr que a Leslie le gustase más. Resultó increíble. Me olvidé de la luna y del futuro cuando Leslie aplicó sus talones contra los huecos de mis rodillas y empezamos a movernos al ritmo antiguo.

Pero la imagen que se dibujó en mi mente en el clima del acto fue vívida y aterradora. Nos hallábamos sobre un círculo de fuego muy vivo que nos encerraba como un nudo corredizo. Si yo gemía de éxtasis y terror, ella pensaría que era sólo de éxtasis.

Continuamos tendidos lado a lado, adormilados, entorpecidos, muy juntos. Estaba dispuesto a dormirme y dejar dormir a Leslie, olvidando mi promesa... pero, en vez de hacerlo, le susurré al oído:

—Pastelillos de chocolate calientes.

Leslie sonrió, se movió y rodó fuera de la cama.

No quería que se pusiera la faja.

—Es más de medianoche. Nadie se meterá contigo porque yo me opondría, ¿de acuerdo? Entonces, ¿por qué no has de ir cómoda?

Se echó a reír y cedió. Nos abrazamos una vez más, ya en el ascensor. Estaba mucho mejor sin la faja.

La camarera de la barra, de cabellos grises, estaba animada, excitada. Le brillaban los ojos. Habló como confiándonos un secreto.

—¿Han observado la luna?

Ship estaba bastante concurrido a aquella hora de la noche y tan cerca de la Universidad de Los Ángeles. La mitad de los parroquianos eran estudiantes universitarios. Esa noche hablaban en voz baja y volvían la cabeza a menudo para mirar a través de las paredes de cristal del restaurante, que permanecía abierto las veinticuatro horas del día. La luna estaba baja hacia occidente, lo bastante para competir con los faroles de la calle.

—La hemos observado —repliqué—, y lo estamos celebrando. Sírvanos dos pasteles de chocolate calientes.

Cuando nos dio la espalda deslicé un billete de diez dólares bajo la servilleta de papel. No porque tuviese que gastarlos, sino porque a la mujer le resultaría muy grato encontrarlos. Tampoco yo los iba a gastar nunca.

Me sentía flojo, casual. Muchos problemas parecían haberse solucionado por sí mismos.

¿Quién habría creído que la paz llegaría a Vietnam y a Camboya en una sola noche?

La cosa había empezado hacia las once y media en California. Lo que hacía que el sol de mediodía estuviera sobre el mar Rojo, con algunos flecos de Asia, Europa, África y Australia bajo la directa luz del sol.

Alemania ya estaba reunificada, el Muro fundido o derribado por olas de choque, los israelitas y los árabes habían depuesto las armas, y el *apartheid* ya no existía en África.

Y yo era libre. Para mí no había consecuencias. Esa noche podía satisfacer todas mis oscuras ansias: robar, matar, estafar sobre mis ingresos y mis impuestos, arrojar ladrillos contra los escaparates, quemar mis tarjetas de crédito. Podía olvidarme de mi artículo sobre la formación de metal explosivo, que debía entregar el jueves. Esa noche podía sustituir los caramelos de canela por las píldoras de Leslie. Esa noche...

—Fumaré un cigarrillo.

Leslie me miró extrañada.

—Pensé que habías abandonado ese hábito.

—Recuerda que me dije que si experimentaba un ansia irresistible, fumaría un cigarrillo. Lo dije porque no podía soportar la idea de no volver a fumar nunca más.

—Pero ¡has estado meses sin fumar! —rió ella.

—¡Y siguen anunciando cigarrillos en las revistas!

—Es un complot. De acuerdo, fuma un cigarrillo.

Metí unas monedas en la máquina, vacilé en la elección y al final saqué un tabaco

suave. No era que deseara el cigarrillo, pero algunos acontecimientos piden champaña y otros tabaco. También existe el tradicional último cigarrillo antes de la ejecución...

Lo encendí. ¡Por el cáncer de pulmón!

Sabía tan bien como lo recordaba, aunque tenía un gusto rancio muy débil, como una bocanada de colillas viejas. La tercera aspiración me pareció muy rara. Mis ojos se desenfocaron y todo quedó en calma. El corazón me latía con fuerza en la garganta.

—¿Qué tal sabe?

—Muy extraño. Me siento flipado —respondí.

¡Flipado! No había oído esa palabra desde hacía unos quince años. En el instituto fumábamos para fliparnos, para experimentar esa semiborrachera producida por la contracción de los capilares del cerebro. El flipe dejaba de producirse después de las primeras veces, pero nosotros seguíamos fumando...

Volví al presente. La camarera nos estaba sirviendo los pastelitos calientes.

Caliente y frío, dulce y amargo; no hay sabor parecido al de un pastel de chocolate caliente. Morir sin volver a saborearlo habría sido una vergüenza. Y con Leslie era una *cosa*: un símbolo de todo lo bueno de la vida. Verla comerlos era mejor que comerlos yo mismo.

Además... apagué el cigarrillo para gustar el helado. Aunque, en vez de saborear el helado, estaba anticipando ya el café irlandés.

Muy poco tiempo.

El plato de Leslie ya estaba vacío.

—Aaahhh —suspiró, y se acarició por encima del ombligo. Uno de los parroquianos de las mesitas empezó a volverse loco.

Le había estado observando. Era un tipo con aspecto de profesor, delgado, con patillas y gafas con montura de acero, que había estado dando vueltas y saliendo para mirar la luna. Como otros de las demás mesas, parecía flipado por un fenómeno raro y agradablemente natural a la vez.

De pronto lo comprendió. Vi cómo su rostro cambiaba, mostrando suspicacia, luego incredulidad, y al final, horror y desvalimiento.

—Vámonos —le dije a Leslie.

Dejé unas monedas sobre el mostrador y me levanté.

—¿No quieres terminar tu pastel?

—No. Hemos de ocuparnos de varias cosas. ¿Qué tal un café irlandés?

—¿Y un Pink Lady para mí? ¡Oh, mira! —exclamó, dando media vuelta.

El profesor se subía a una mesa. Se equilibró y extendió los brazos.

—¡Mirad por las ventanas! —gritó.

—¡Baje de ahí! —le ordenó una camarera, tirando enérgicamente de las perneras de su pantalón.

—¡El mundo está llegando a su fin! Muy lejos, al otro lado del mar, la muerte y el

fuego del infierno...

Pero nosotros ya estábamos en la puerta, riendo mientras corríamos.

—Tal vez hayamos escapado —jadeó Leslie— a un motín religioso...

Me acordé de los diez pavos que había dejado debajo de mi servilleta. Ahora eso no complacería a nadie. Dentro del local, un profeta estaba proclamando su mensaje de destrucción a quien quisiera oírlo. La mujer de cabello gris y ojos relucientes hallaría el dinero y pensaría: Esos también lo sabían...

Las casas impedían la vista de la luna desde el aparcamiento del Red Barn. Las luces de la calle y el resplandor lunar tenían el mismo color. La noche sólo era un poco más clara que de ordinario.

No comprendí por qué Leslie se detuvo bruscamente en el camino. Pero seguí su mirada, fija en un punto donde una estrella ardía con un intenso brillo, justo al sur del cenit.

—¡Precioso! —alabé.

Leslie me dirigió una mirada muy extraña.

No había ventanas en el Red Barn. Una iluminación artificial muy tenue, mucho más que la extraña luz de fuera, permitía divisar el maderamen oscuro y a los animados clientes. Nadie parecía darse cuenta de que aquella noche fuese distinta a las demás.

La escasa concurrencia de los martes por la noche estaba agrupada en torno al piano. Un parroquiano tenía el micrófono en la mano. Cantaba una canción bastante popular con una voz débil y temblorosa, mientras el pianista negro sonreía y tocaba la música de fondo.

Pedí dos cafés irlandeses y un Pink Lady. Ante la mirada inquisitiva de Leslie, me limité a sonreír misteriosamente.

¡Qué ordinario resultaba el Red Barn! ¡Qué relajante! ¡Qué feliz! Enlazamos las manos a través de la mesa y sonreí, temiendo hablar. Si rompía el encanto, si decía algo peligroso...

Llegaron las bebidas. Levanté la copa de café irlandés por el pie. Azúcar. Whisky irlandés y café fuerte, con nata batida flotando encima. Entró en mi cuerpo como una poción de fuerza mágica, negra, caliente, poderosa.

La camarera me devolvió el dinero.

—¿Ve a aquel hombre con suéter de cuello alto, al final del grupo del piano? Él invita —explicó—. Vino hace dos horas y le dio al barman un billete de cien dólares.

De ahí procedía toda la felicidad del local. ¡De la bebida gratis! Le miré, preguntándome qué estaría celebrando aquel tipo. Era un individuo de cuello grueso y hombros anchos, embutido en un suéter de cuello alto y con chaqueta deportiva; estaba sentado sobre sus piernas cruzadas y tenía una copa grande en la mano. El pianista le ofreció el micro, pero lo rechazó, y aquel gesto me permitió captar su expresión. Tenía un rostro cuadrado y duro, ahora borracho, desdichado, asustado. El

hombre estaba a punto de llorar de miedo.

Sabía lo que estaba celebrando.

Leslie hizo un mohín.

—No saben hacer un Pink Lady.

Hay un solo bar en el mundo donde hacen un Pink Lady como le gusta a Leslie, pero ese bar no está en Los Ángeles. Le di el otro café irlandés con una sonrisa que decía «ya lo sabía». Forzándola. El miedo de aquel hombre era contagioso. Leslie me devolvió la sonrisa y levantó su copa.

—Por la luz de la luna.

Levanté mi copa y bebí. Pero no era el brindis que yo habría elegido.

El individuo del jersey de cuello alto bajó de su taburete. Fue cautelosamente hacia la puerta, con paso lento y seguro, como un transatlántico al llegar al muelle. Abrió la puerta y dio media vuelta, manteniéndola abierta, de modo que la blanca luz del exterior iluminó su silueta negra.

Cerdo. Estaba aguardando a que alguien se lo imaginase, que alguien gritase la verdad a los demás. Fuego y destrucción...

—¡Cierre la puerta! —gritó una voz.

—Ya es hora de irnos —murmuré.

—¿A qué tanta prisa?

¿Prisa? Él podía hablar... Y yo no podía decir que...

Leslie posó una mano sobre la mía.

—Lo sé. Lo sé. Pero no podemos escapar, ¿verdad?

Un puño me oprimió con fuerza el corazón. Leslie lo sabía y yo no me había dado cuenta.

Se cerró la puerta, con lo que el establecimiento quedó en una penumbra rojiza. El hombre de la invitación se había marchado.

—¡Dios mío! ¿Cuándo te lo imaginaste?

—Antes de que tú llegaras —explicó ella—. Pero cuando intenté comprobarlo no lo conseguí.

—¿Comprobarlo?

—Salí al balcón y concentré el telescopio en Júpiter. Estas noches, Marte cae por debajo del horizonte. Si el sol se convierte en nova, todos los planetas deberían brillar como la luna, ¿no es verdad?

—Sí, maldita sea.

Debió haberseme ocurrido a mí. Pero Leslie solía contemplar las estrellas; aunque yo sabía algo de astrofísica, no hubiese sabido encontrar a Júpiter ni para salvar mi vida.

—Pero Júpiter no brillaba más que de costumbre. Por tanto, no supe qué pensar.

—Pero así... —la esperanza volvió a inundar mi pecho. De pronto, me acordé—. La estrella, la que miraste...

—Júpiter.

—Brilla como un letrero de neón. Bien, esto es la comprobación.

—Baja la voz.

Hablaba en voz baja. Pero por un momento salvaje deseé subirme a una mesa y gritar: ¡Fuego y destrucción! ¿Qué derecho tenían los demás a ignorarlo?

La mano de Leslie apretó más la mía. Aquella ansia pasó. Y me dejó temblando.

—Salgamos de aquí. Y pensemos que habrá un amanecer.

—Lo habrá. Ya lo hay.

Leslie soltó una risa amarga, algo que nunca había oído salir de su garganta. Salió mientras yo sacaba mi cartera... entonces recordé que todo estaba pagado.

Pobre Leslie... Ver Júpiter con su brillo normal debió de ser como un aplazamiento... hasta que la chispa blanca destelló con un resplandor glorioso una hora y media más tarde. Una hora y media hasta que la luz del sol llegase a la Tierra por medio de Júpiter.

Cuando llegué a la puerta, Leslie iba casi corriendo por Westwood hacia Santa Mónica. Lancé una maldición y corrí para atraparla, sin saber si se había vuelto loca.

Luego observé las sombras ante nosotros. Por el otro lado del Bulevar Santa Mónica: sombras lunares haciendo dibujos horizontales de franjas oscuras y blanquiazuladas.

La atrapé en la esquina.

La luna se estaba ocultando.

La luna siempre parece tremenda al ocultarse. Aquella noche resplandecía en la porción de cielo que se veía debajo de la autopista, terriblemente brillante, arrojando una serie increíblemente complicada de líneas y sombras. Incluso la parte no iluminada de la luna relucía con luz nacarada por el brillo terrestre.

Y eso me dijo todo lo que quería saber respecto a lo que sucedía en la cara iluminada de la Tierra.

¿Y en la luna? Los hombres del Apollo XIX debían de haber muerto en los primeros minutos después de que el sol se convirtiera en nova. Atrapados en una llanura lunar, escondidos tal vez detrás de una roca que se fundía... ¿O estaban en el lado oscuro? No podía recordarlo. Demonio, tal vez nos sobrevivirían. Sentí una puñalada de envidia y odio.

Y de orgullo. Nosotros los pusimos allí. Llegamos a la luna antes de que el sol se hiciera nova. Un poco más y habríamos llegado a las estrellas.

El disco cambiaba de una manera extraña al ocultarse. Una cúpula, un platillo volante, una lente, una línea...

Nada.

Nada. Bien, ya estaba. Ahora podíamos olvidarlo; ahora podíamos caminar sin recordar constantemente que algo iba mal. La luna, al ocultarse, se había llevado todas las sombras raras de la ciudad.

Pero las nubes también mostraban un resplandor raro. Como brillan las nubes después de ponerse el sol, esta noche las nubes resplandecían con un color blanco

pálido en sus bordes occidentales. Y se movían con demasiada rapidez por el firmamento. Como si trataran de huir...

Cuando me volví hacia Leslie, unos lagrimones resbalaban por sus mejillas.

—Oh, maldición —exclamé, cogiéndola por el brazo—. Basta ya, basta.

—No puedo. Ya sabes que no puedo dejar de llorar cuando empiezo.

—No pensaba en eso. Pensaba en que tenemos cosas que hacer, cosas que hemos estado aplazando, cosas que nos gustan. Es nuestra única oportunidad. ¿Es así como quieres morir, llorando en una esquina?

—¡No quiero morir en absoluto!

—¡Valiente mierda!

—Muchas gracias.

Tenía la cara roja y desencajada. Leslie lloraba como los bebés, sin tener en cuenta su dignidad ni su aspecto.

Me sentí furioso. Y culpable, a pesar de saber que lo de la nova no era culpa mía, lo cual aún me enfurecía más.

—¡Tampoco yo quiero morir! —le grité—. Muéstrame el camino para salvarnos y lo seguiré sin dudar. ¿Adónde podemos ir? ¿Al Polo Sur? Tardaríamos mucho. La luna ya debe de estar fundida por su cara iluminada. ¿A Marte? Cuando esto termine, Marte formará parte del sol, como la Tierra. ¿A Alfa del Centauro? Con la aceleración que necesitaríamos, quedaríamos triturados como mantequilla de cacahuete y mermelada...

—Oh, cállate.

—De acuerdo.

—A Hawai, Stan. Podemos llegar al aeropuerto en veinte minutos. ¡Ganamos dos horas yendo al oeste! ¡Dos horas antes de la salida del sol!

La idea no estaba mal. ¡Dos horas eran muy valiosas! Pero ya lo había pensado cuando estuve contemplando la luna desde el balcón.

—No. Moriríamos antes. Oye, cariño, hemos visto cómo brillaba ya la luna a medianoche. Lo cual significa que California estaba en la parte posterior de la Tierra cuando el sol se transformó en nova.

—Sí, es verdad.

—Entonces, debemos estar más lejos de la onda de choque.

—No lo entiendo —parpadeó.

—Considéralo así. Primero, el sol explota. Esto calienta el aire y los océanos, todo en un instante, por la cara de día. El vapor y el aire recalentado se expanden velozmente. Una oleada de llamas se vuelca sobre el lado de noche. Y ahora se aproxima rápidamente a nosotros, como un dogal. Pero antes llegará a Hawai. Hawai se halla dos horas más cerca de la línea del sol poniente.

—Entonces, no veremos el amanecer. Ni siquiera viviremos tanto.

—No.

—Lo explicas todo tan bien —admitió amargamente—. Una oleada de llamas...

Muy gráfico.

—Lo siento. He meditado mucho sobre esta situación. Y me preguntaba cómo sería.

—Bien, calla ya.

Leslie se me acercó y reclinó su cara en mi hombro. Lloró quedamente. La sostuve con un brazo y empleé el otro para acariciarle el cuello, en tanto contemplaba las nubes, sin pensar en cómo terminaría todo.

No pensaba en el círculo de fuego que nos rodearía.

De todos modos, ése no era el verdadero cuadro.

Pensé en cómo habrían hervido los océanos en la cara de día, de modo que la onda de choque habría sido casi toda de vapor. Pensé en los millones de kilómetros cuadrados de océano que tenía que atravesar. Estaría más fría y húmeda cuando nos alcanzase. Y la rotación de la Tierra la haría girar como a un remolino en una bañera.

Dos huracanes contrapuestos, uno del norte, otro del sur. Esto sucedería. Teníamos suerte. California estaría en el ojo del huracán del norte.

Un viento huracanado de vapor. Atraparía a un hombre y lo cocería en el aire, lo despojaría de su carne y lo arrojaría a un lado. Sería terriblemente doloroso.

No veríamos el amanecer. En cierto modo, era una lástima. Sería espectacular.

Flámulas de nubes espesas corrían a través de las estrellas, demasiado deprisa, con sus vientres blancos por la luz de la ciudad. Júpiter se fue apagando hasta desaparecer. ¿Empezaría ya? Hubo un relámpago de calor...

—La aurora —dije.

—¿Qué?

—También viene una onda de choque del sol. Debería de haber una aurora como nadie habrá visto otra.

—Es tan extraño —rió de pronto Leslie— estar en una esquina hablando de este modo... Stan, ¿lo estamos soñando?

—Podríamos fingirlo...

—No. Casi toda la raza humana debe de estar muerta ya.

—Sí.

—Y no podemos huir a ninguna parte.

—Maldición, eso ya lo pensaste hace un buen rato... ¿Por qué volver a hablar de ello?

—Podías haberme dejado dormir —me reprochó ella con amargura—. Me estaba durmiendo cuando susurraste en mi oído.

No respondí. Era verdad.

—Pastelitos de chocolate calientes —recordó—. No era mala idea, claro. Romper mi dieta.

Empecé a sonreír.

—Basta ya.

—Podríamos volver a tu casa. O a la mía. Para dormir.

—Supongo que sí. Pero no podríamos dormir, ¿verdad? No, no lo digas. Tomamos unos somníferos y cinco horas más tarde nos despertamos chillando. Prefiero estar despierta. Al menos, sabremos lo que sucede.

Pero si tomamos todas las pastillas... No lo dije, sólo lo pensé.

—¿Una excursión, entonces?

—¿Adónde?

—Bueno, a la playa. Qué más da. Podemos decidirlo más tarde.

Todos los mercados estaban cerrados. Pero yo era cliente desde hacía años de una tienda de licores próxima a Red Barn. Nos vendieron foie-gras, galletas, un par de botellas de champaña helado, seis clases de queso y grandes cantidades de almendras; cogí toda clase de frutos secos, más galletas, una bolsa de hielo, entremeses, y un quinto de coñac viejo que me costó veinticinco pavos, otro quinto de jerez Heering para Leslie, seis latas de cerveza y Bitter naranja...

Cuando hubimos apilado todo esto en el carrito de la tienda, estaba lloviendo. Unas gotas enormes chocaban contra el cristal del escaparate. El viento ululaba en las esquinas.

El dependiente estaba de buen humor, muy animado y lleno de energía. Llevaba la noche entera contemplando la luna.

—¡Y ahora esto! —gritó al meter lo adquirido en las bolsas.

Era un hombre viejo, musculoso, con brazos y hombros gruesos.

—Nunca había llovido así en California. El agua suele caer recto y fuerte, cuando llueve. Oh, tarda muchos días en formarse la lluvia.

—Lo sé.

Firmé un cheque, sintiéndome culpable. Me conocía lo suficiente para fiarse de mí. Pero el cheque era bueno. Había fondos. Antes de que abriesen el banco, el cheque sería sólo cenizas, y todos los bancos del mundo hervirían bajo el calor del sol. Pero eso no era culpa mía.

Apiló las bolsas en el carrito y fue hacia la puerta.

—Cuando pare un poco la lluvia, lo sacaremos todo de prisa. Bien, ¿listos?

Abrí la puerta. La lluvia caía como si alguien hubiese arrojado un cubo de agua al escaparate. Paró al cabo de un momento, aunque por el cristal siguió resbalando el agua.

—¡Ahora! —gritó el dependiente.

Abrí del todo la puerta y salimos. Llegamos al coche riendo como chiflados. El viento aullaba a nuestro alrededor, rociándonos por completo.

—Hemos aprovechado un buen respiro. ¿Saben qué me recuerda este tiempo? Kansas —dijo el dependiente—. Durante un tornado.

¡De repente, el cielo estuvo lleno de grava! Gritamos y agachamos la cabeza, y el coche recibió un millón de golpes. Abrí la portezuela y empujé a Leslie y al dependiente tras de mí. Nos frotamos las maltrechas cabezas y contemplamos la grava blanca que bailoteaba por todas partes.

El dependiente se sacó una piedrecita del cuello de la camisa. La puso en la mano de Leslie, y ella soltó un gritito y me la dio. Estaba fría, helada.

—Granizo —exclamó el viejo—. No lo entiendo.

Tampoco lo entendía yo. Sólo acertaba a pensar que estaba relacionado con la

nova. Pero ¿qué? ¿Cómo?

—Debo regresar —musitó el dependiente.

El granizo se había fundido rápidamente. El viejo salió del coche como un soldado al tomar una colina. No volvimos a verle. Las nubes se formaban y desaparecían velozmente, mucho más deprisa que en días anteriores, sus vientres brillantes por las luces de la ciudad.

—Debe de ser por la nova —comentó Leslie.

—Pero ¿cómo? Si la onda de choque hubiese llegado hasta aquí ya habríamos muerto... o al menos estaríamos sordos. ¿Granizo?

—¿Qué más da, Stan? ¡No tenemos tiempo!

—Está bien —me estremecí—. ¿Qué es lo que más te gustaría, ahora mismo?

—Ver un partido de béisbol.

—Son las dos de la madrugada —indiqué.

—Lo cual impide muchas cosas, ¿verdad?

—Exacto. Hemos estado en nuestro último bar. Hemos visto el último espectáculo, nuestra última película. ¿Qué más queda?

—Contemplar el escaparate de una joyería.

—¿En serio? ¿En tu última noche en la Tierra?

Consideró la respuesta.

—Sí.

Y lo dijo en serio. Por mi parte, no podía imaginarme una cosa más aburrida.

—¿Westwood o Beverly Hills?

—Ambas.

—Oye, mira...

—Pues Beverly Hills.

Pasamos bajo otro chaparrón de granizo... una tempestad en cápsulas. Aparcamos a media manzana de Tiffany.

La acera era un solo charco. El agua de la lluvia caía sobre nosotros desde los diversos niveles de los edificios.

—¡Es maravilloso! —exclamó Leslie—. Debe de haber media docena de joyerías en una distancia muy corta.

—Pensaba ir en el coche...

—No, no, no, no adoptas la actitud más apropiada. Hay que recorrer los escaparates a pie. Está en el reglamento.

—Pero la lluvia...

—No morirás de pulmonía. No tienes tiempo —rió alegremente.

Tiffany tenía una sucursal en Beverly Hills, pero de noche no había en los escaparates joyas caras. Había, eso sí, algunas chucherías fascinantes, nada más.

Torcimos hacia Rodeo Drive... y quedamos admirados. Tibor sí exhibía una colección infinita de sortijas, recargadas y modernas, grandes y pequeñas, con toda

clase de piedras preciosas y semipreciosas. Al otro lado de la calle, Van Cleef & Arpels exhibía broches, relojes de caballero con dibujos admirables, brazaletes con relojitos engastados, y en un escaparate todo eran diamantes.

—Oh, es estupendo —proclamó Leslie, sobrecogida ante los centelleantes diamantes—. ¡Qué hermosos deben de ser a la luz del día! Oh...

—Es mejor no pensar en eso. Imagínatelos al amanecer, relucientes a la luz de la nova, mientras los escaparates se resquebrajan para dejar entrar la luz del día. ¿Quieres uno? ¿El collar?

—Oh... ¿puedo quedarme con uno? Eh, estás bromeando. Deja eso, idiota, debe de haber alarmas en el cristal.

—Mira, nadie va a usar nada de eso a partir de ahora. ¿Por qué no hemos de llevarnos algo?

—¡Nos cogerían!

—Dijiste que querías ir de tiendas...

—No quiero pasar la última hora de mi vida en un calabozo. Si hubieras traído el coche, tal vez habríamos podido...

... escapar. Exacto. Y yo quería traerlo...

Pero en ese instante nos derrumbamos casi literalmente y retrocedimos, sosteniéndonos uno al otro.

Había más de media docena de joyerías en Rodeo. Y había más tiendas. Juguetes, libros, camisas y corbatas de estilos modernísimos. En Francis Orr, un gran cubo de plástico lleno de peniques nuevos. Más allá, un par de relojes muy extraños. Era muy divertido ir mirando escaparates, sabiendo que podíamos romper uno y llevarnos lo que quisiéramos.

Caminábamos, cogidos de la mano, balanceando los brazos. La acera era sólo nuestra; los demás habían huido por el mal tiempo. Las nubes se arremolinaban en lo alto.

—Ojalá hubiese sabido lo que iba a suceder —se quejó Leslie repentinamente—. Pasé todo el día de ayer tratando de arreglar un fallo de un programa. Y ahora, ya no me queda tiempo.

—¿Qué habrías hecho? ¿Ver un partido de béisbol?

—Tal vez. No. Bien, ya no importan las ligas —frunció el ceño ante un escaparate de vestidos—. ¿Qué habrías hecho tú?

—Ir al Esfera Azul a tomarme un combinado —indiqué—. Es un local de *topless*. Solía ir mucho allí. Creo que ahora ya van totalmente desnudas.

—Nunca he estado en uno de esos establecimientos. ¿A qué hora abren?

—Olvídalo, son casi las dos y media.

Leslie reflexionó, contemplando los gigantescos animales disecados de una tienda de juguetes.

—¿No hay nadie a quien asesinarías si tuvieras tiempo?

—Bueno, ya conoces a mi agente, que vive en Nueva York.

—¿Por qué a él?

—Hija mía, ¿por qué todos los escritores desean matar a sus agentes literarios? Por los manuscritos que pierden debajo de otros manuscritos. Por su diez por ciento, que tan mal perciben, y por el otro noventa por ciento que me envían a regañadientes y tarde. Por...

De pronto, el viento aulló y nos azotó furiosamente. Leslie indicó un portal, que resultó ser el de Gucci, y corrimos hacia él. Nos acurrucamos contra el cristal.

El viento se cargó de un granizo del tamaño de canicas. Los vidrios se rompían por doquier, y las alarmas sonaban como voces débiles y frágiles en el viento. ¡Había algo más que granizo en el viento! ¡Había piedras!

Capté el olor y el sabor del agua del mar.

Nos apretujamos en el espacio medio protegido delante de Gucci. Acuñé una frase de breve vida y grité:

—¡Tiempo de nova! ¡Como las brasas lo hicieron...!

No podía oírme a mí mismo, y Leslie ni se enteró de mis gritos.

Tiempo de nova. ¿Cómo había llegado tan deprisa? Viniendo por el Polo, la onda de choque de la nova debía de haber recorrido seis mil kilómetros... al menos, un viaje de cinco horas.

No. La onda de choque viajaría por la estratosfera, donde la velocidad del sonido es mayor, y después se propagaría por abajo. Tres horas eran suficientes. Sin embargo, medité, no debería llegar como un huracán. Al otro lado del mundo, la explosión del sol estaba desgarrando nuestra atmósfera, enviándola a las estrellas. El choque tendría que haberse producido como un solo y vasto trueno.

El viento amainó un momento y eché a correr por la acera, arrastrando a Leslie. Encontramos otro portal cuando el viento volvió a soplar. Me pareció oír una sirena en respuesta a la alarma.

En la siguiente pausa atravesamos Wilshire y llegamos al coche. Nos sentamos dentro jadeando, y esperamos a que la calefacción nos calentase. Mis zapatos eran como barcas. La ropa mojada se me pegaba a la piel.

—¿Cuánto durará? —gritó Leslie.

—¡No lo sé! ¡Debemos de tener algún tiempo!

—¡Tendremos que ir de excursión dentro del piso!

—¿Del tuyo o del mío? Del tuyo —decidí, apartando el coche de la acera.

Wilshire Boulevard estaba inundado hasta casi cubrir las ruedas de los coches en muchos sitios. Las ráfagas de granizo y cellisca eran ya una lluvia continua. Ante nosotros se extendía una niebla espesa, alta hasta la cintura, que se quebraba sobre el capó del coche y formaba una estela detrás nuestro. Un tiempo espantoso.

Tiempo de nova. No había llegado la onda de choque del vapor recalentado. En cambio, atronaba la estratosfera un viento cálido, y su turbulencia formaba extrañas tormentas a nivel del suelo.

Estacionamos ilegalmente en el nivel superior del aparcamiento. Un vistazo al interior me permitió comprobar que estaba atestado. Abrí el portaequipajes y saqué dos pesadas bolsas de papel.

—Debemos de estar locos —comentó Leslie, meneando la cabeza—. Nunca nos comeremos todo esto.

—De todos modos, lo subiremos.

—Pero ¿porqué? —preguntó riendo Leslie.

—Por capricho. ¿Me ayudas?

Llevamos toda la carga hasta el piso catorce. Bueno, dejamos todavía un par de bolsas en el coche.

—Bah, no importa —exclamó Leslie—. Tenemos los entremeses, las botellas y los frutos secos. ¿Qué más necesitamos?

—Los quesos, las galletas y el foie-gras.

—Olvidalo.

—No.

—Estás loco —dijo lentamente Leslie, para que lo entendiese bien—. Puedes morir ahumado al bajar. Tal vez sólo nos queden unos minutos, y quieres tener comida para una semana... ¿Por qué?

—Prefiero no decirlo.

—Entonces, ¡márchate!

Cerró la puerta con una fuerza terrible.

El ascensor era un problema, y pensé que tal vez Leslie tuviese razón. El aullido del viento llegaba hasta allí, hasta el corazón del edificio. Tal vez estuviera arrancando cables eléctricos por todas partes, y yo me quedaría encerrado en una cabina a oscuras. Pero bajé.

En el nivel superior había agua hasta las rodillas.

Mi segunda sorpresa fue que estaba tibia, como agua de baño usada, y era muy desagradable vadearla. El vapor se enroscaba en la superficie y luego se disolvía gracias al vendaval que soplabá por la cámara de cemento con chillidos como los de los condenados.

Al subir se me planteó otro problema. Si sucedía lo que estaba pensando, si una

ráfaga de vapor me envolvía... Me sentía como un idiota... Pero se abrieron las puertas y las luces ni siquiera parpadearon.

Leslie no me dejó entrar.

—¡Vete! —me gritó desde el otro lado de la puerta—. ¡Vete y cómete tus quesos y tus galletas en otra parte!

—¿Estás citada con otro?

Fue una equivocación. No obtuve respuesta.

Casi pude comprender su punto de vista. El segundo viaje en busca de víveres no era algo que pudiera provocar una disputa. Pero ¿por qué tenía que ser una disputa? Además, ¿cuánto iba a durar lo nuestro? Con suerte, una hora. Entonces, ¿por qué perder el tiempo en una discusión para preservar algo tan efímero?

—No pensaba decírtelo —grité—. Tal vez necesitemos comida para una semana. Y un sitio donde escondernos.

Esperaba que me oyese a través de la puerta. El viento debía de soplar con mucha más intensidad en el otro lado.

Silencio. Me pregunté si sería capaz de derribar la puerta. ¿O sería mejor aguardar en el descansillo? Finalmente, ella tendría que...

Se abrió la puerta. Leslie estaba pálida.

—Eso ha sido cruel —murmuró.

—No puedo prometerte nada. Quería esperar, pero tú me has obligado. Me he estado preguntando si realmente ha explotado el sol.

—Eso ha sido cruel. Ya me estaba acostumbrando a la idea.

Volvió la cara hacia la jamba de la puerta. Cansada, estaba cansada. La había mantenido en pie demasiado tiempo...

—Escúchame. Todo fue un error —exclamé—. Debía de tratarse de una aurora boreal que iluminaba el cielo de polo a polo. Una oleada de partículas salidas del Sol y viajando casi a la velocidad de la luz habría penetrado en la atmósfera como... ¡Vaya, habríamos tenido que ver fuegos de San Telmo en todos los edificios!

Hice una leve pausa y continué:

—Además, la tormenta se presentó muy lentamente —grité, para que me oyese por encima del trueno—. Una nova desgarraría el cielo sobre la mitad del planeta. La onda de choque pasaría al lado nocturno con un ruido capaz de romper todos los cristales del mundo, ¡todos a la vez! Y rompería el cemento y el mármol., y, Leslie querida, eso no ha ocurrido. Por eso empecé a meditar...

—Entonces... ¿qué es? —preguntó en voz muy baja.

—Una llamarada. La peor que...

—¡Una llamarada! —gritó ella como acusándome—. ¡Una explosión solar! ¿Piensas que el sol puede encenderse como...?

—Calma...

—¿Crees que podría convertir a la luna y los planetas en otras tantas antorchas y después recobrar su aspecto normal como si nada hubiese sucedido? ¡Oh, idiota...!

—¿Puedo entrar?

Asintió sorprendida. Se hizo a un lado, me agaché para coger las bolsas y entré.

Las puertas de vidrio crujían como si unos gigantes intentasen abrirse paso a través de ellas. La lluvia había penetrado por algunos resquicios y formaba charquitos sobre la alfombra.

Dejé las bolsas en la cocina. Hallé pan en el refrigerador y metí dos rebanadas en el tostador. Mientras se tostaban, abrí las latas de foie-gras.

—Mi telescopio ha desaparecido —exclamó ella.

Claro. El trípode estaba en el balcón.

Quitó el alambre de una botella de champaña. Las rebanadas de pan saltaron, listas, y Leslie cogió un cuchillo y las untó con el foie-gras. Sostuve la botella junto a su oído para darle un sobresalto.

Ella sonrió fugazmente cuando saltó el corcho.

—Podemos instalar aquí nuestro campamento. Detrás de la mesa. Tarde o temprano el viento romperá las puertas y lloverán vidrios por todas partes.

Era una buena idea. Pasé al otro lado de la cocina, cogí todos los cojines del suelo y del diván y volví con ellos. Nos hicimos un buen nido.

Era muy agradable. La repisa de la cocina tenía metro y medio de altura, o sea que quedaba por encima de nuestras cabezas, y el espacio de la cocina era lo bastante amplio para movernos cómodamente. Y el suelo estaba lleno de almohadones. Leslie sirvió el champaña en copas de coñac, lo cual no estaba mal.

Quise pensar en un brindis, pero había demasiadas posibilidades, todas deprimentes. Bebimos sin brindar. Luego, dejamos cuidadosamente las copas y nos abrazamos. Podíamos estar sentados cara a cara, recostados uno al lado del otro.

—Vamos a morir —musitó Leslie.

—Quizá no.

—Acostúmbrate a la idea. Yo ya lo estoy. Mírate, estás muy nervioso. Tienes miedo de morir. ¿No ha sido una velada agradable?

—Única. Ojalá te hubiese llevado a cenar más a menudo.

Llegó el trueno en una serie de seis explosiones. Como bombas en un ataque aéreo.

—Pienso como tú —asintió Leslie cuando pudimos volver a oír.

—Ojalá lo hubiera sabido esta tarde.

—Praliné de nueces...

—El mercado de Farmer. Cacahuets tostados. ¿A quién habrías asesinado de haber tenido tiempo?

—Había una chica en mi colegio universitario...

Y empezamos a competir. Yo nombré a un editor que siempre cambiaba de idea. Leslie nombró a una de mis antiguas novias. Yo nombré a un novio suyo, al único que yo conocía, y nos divertimos mucho antes de quedarnos sin nombres. Mi hermano Mike se había olvidado en cierta ocasión de mi cumpleaños. El muy canalla.

Las luces parpadearon y volvieron a brillar.

—¿Crees que el sol —preguntó Leslie en un tono demasiado casual— puede volver a la normalidad?

—Será mejor que vuelva, de lo contrario, moriremos. Ojalá pudiéramos ver Júpiter.

—¡Maldición, responde! ¿Crees que ha sido una llamada?

—Sí.

—¿Por qué?

—Las estrellas enanas amarillas no se convierten en novae.

—¿Y si la nuestra lo hubiese hecho?

—Los astrónomos saben muchas cosas sobre las novae —repliqué—. Más de lo que puedas sospechar. Las prevén con meses de antelación. El sol es una estrella enana amarilla sin importancia. Y esa clase de estrellas nunca se transforman en novae, repito. Primero tienen que salir de la secuencia principal, y eso tarda millones de años.

Golpeó mi espalda cariñosamente con el puño. Estábamos mejilla contra mejilla y no podía verle la cara.

—No quiero creerlo. No me atrevo. Stan, nunca había ocurrido una cosa como ésta. ¿Cómo lo sabes...?

—Por algo que ocurrió.

—¿Qué? No lo creo. Nos acordaríamos.

—¿Te acuerdas del primer alunizaje? ¿Con Aldrin y Armstrong?

—Claro. Lo vimos en la fiesta de alunizaje de Earl.

—Alunizaron en el lugar más grande y más llano que pudieron hallar en la Luna. Enviaron varias horas de película, tomaron fotos muy claras y dejaron huellas por todo el lugar. Y regresaron con un montón de piedras.

»¿Te acuerdas? La gente dijo que había sido un viaje muy largo para no traer más que piedras. Pero lo primero que se observó en ellas fue que estaban medio fundidas.

»En un tiempo pasado, en algún momento de los últimos cien mil años, el Sol sufrió otra de sus llamaradas, también muy potente, que no duró lo bastante para dejar señales en la Tierra. Pero la Luna no tiene atmósfera que la proteja, y todas las rocas de un lado se fundieron.

El aire estaba muy caliente y húmedo. Me quité la chaqueta, completamente mojada por la lluvia. Busqué tabaco y cerillas, encendí un cigarrillo y exhalé el humo junto a la oreja de Leslie.

—Lo recordaríamos. No pudo ser tan malo.

—No estoy tan seguro. Supongamos que sucedió en el Pacífico. No podía hacer mucho daño. O sobre el continente americano. Habría esterilizado algunas plantas y animales, e incendiado gran cantidad de bosques, y ¿quién lo sabría? Aquella vez el sol volvió a la normalidad. Podría volver a ocurrir. El sol es una estrella variable de cuarta magnitud. Tal vez sea más variable de lo que pensamos, y varíe mucho más a

menudo.

Algo se rompió en el dormitorio. ¿Una ventana? Un viento húmedo nos rozó, y el rumor de la tormenta subió de tono.

—O sea que podríamos sobrevivir a esto —puntualizó Leslie.

—Creo que has puesto el dedo en la llaga. ¡Skäl!

Cogí la copa y bebí un sorbo de champaña. Eran más de las tres de la madrugada y el huracán azotaba nuestras puertas.

—¿Y no debemos hacer nada?

—Lo estamos haciendo.

—¡Por ejemplo, intentar subir a la montaña! ¡Stan, habrá inundaciones!

—Puedes apostar a que sí, pero no se elevarán tanto. No llegarán aquí. Catorce pisos. Oye, ya lo pensé. Estamos en un edificio construido a prueba de terremotos; al menos, eso me dijiste. Por tanto, haría falta algo más fuerte que un huracán para derribarlo.

»En cuanto a huir a la montaña, ¿a qué montaña? Esta noche no llegaríamos muy lejos, con las calles ya inundadas. Supongamos que lográramos subir a las montañas de Santa Mónica; y después, ¿qué? Corrimientos de tierras. Esa zona no resistirá lo que se avecina. La llamarada habrá absorbido suficiente agua para formar otro océano. ¡Lloverá durante cuarenta días y cuarenta noches! Amor mío, éste es el lugar más seguro al que podemos llegar esta noche.

—¿Y si se funden los casquetes polares?

—Sí... bueno, estamos a bastante altura. Eh, tal vez fuera la última llamarada lo que inició el diluvio de Noé. Y quizá vuelva a suceder. Seguro que no hay ningún sitio en la Tierra que no esté en el centro de un huracán. Esos dos huracanes enfrentados ya deben de haberse descompuesto en centenares de tormentas más pequeñas.

Las vidrieras explotaron hacia dentro. Nos agachamos y el viento aulló a nuestro alrededor, trayendo consigo vidrios y lluvia.

—¡Al menos tenemos víveres! —grité—. Si la inundación nos aísla, podremos resistir algún tiempo.

—Pero si cortan la electricidad no podremos guisar. Y la nevera...

—Vamos a guisar todo lo que podamos. Haremos huevos duros...

El viento soplaba con inusitada intensidad. Dejé de hablar.

La cálida lluvia caía horizontalmente, dejándonos empapados. ¿Intentar guisar en medio de un huracán? Había sido estúpido al esperar tanto. Si lo intentábamos, el viento volcaría los recipientes y nos quemaríamos con el agua caliente. O con el aceite caliente...

—¡Tendremos que utilizar el horno! —gritó Leslie.

Naturalmente. El horno no nos podía caer encima.

Lo graduamos a 190° C y metimos dentro los huevos, en un cazo con agua. Sacamos toda la carne del cajón donde estaba y la pusimos en una bandeja refractaria.

Dos alcachofas en otro cazo. Las otras verduras nos las podíamos comer crudas.

¿Qué más? Traté de pensar.

Agua. Si se iba la electricidad, probablemente nos quedaríamos también sin agua y sin teléfono. Abrí los grifos del fregadero y empecé a llenar cacharros: recipientes con tapadera, la cafetera para treinta tazas que Leslie usaba en las fiestas, el cubo de la colada... Pensó que estaba loco, pero yo no me fiaba de la lluvia como provisión de agua, ya que no podía controlarla.

El ruido. Ya habíamos dejado de gritar. Cuarenta días y cuarenta noches de ruido y estaríamos completamente sordos. ¿Algodón? Ya era tarde para ir al cuarto de baño. ¡Servilletas de papel! Cogí algunas, las rompí y las arrugué, con lo que tuvimos cuatro tapones para los oídos.

¿Condiciones sanitarias? Otro motivo para escoger el piso de Leslie. Cuando la cisterna dejase de funcionar, nos quedaría el balcón.

Y si la inundación llegaba hasta el piso catorce, nos quedaría el tejado. Veinte pisos más arriba. Si todavía ascendía más, poca gente quedaría cuando las aguas descendiesen.

¿Y si era una nova?

Atraje a Leslie hacia mí y encendí otro cigarrillo con una sola mano. Todos mis planes se derrumbarían si era una nova. Pero, aun sabiéndolo, habría actuado igual. No dejas de hacer planes aunque se pierdan las esperanzas.

Y cuando el huracán se convirtiese en vapor caliente, nos quedaría el balcón. Una carrera y un salto por la barandilla era preferible a morir quemados en vida.

Pero no había llegado el momento de mencionarlo. Además, probablemente Leslie pensaba lo mismo.

Las luces se apagaron hacia las cuatro. Apagué el horno, por si volvía la corriente. Dejaría pasar una hora para que se enfriase y metería toda la comida en las bolsas.

Leslie dormía, recostada en mis brazos. ¿Cómo podía dormir sin saber la verdad? Le coloqué unos almohadones detrás y la dejé descansar.

Durante algún tiempo permanecí tendido de espaldas, fumando y viendo cómo los relámpagos hacían dibujos en el techo. Nos habíamos tomado todo el foie-gras y una botella de champaña. Pensé en abrir la de coñac pero decidí lo contrario, con pesar.

Transcurrió largo tiempo. No sé qué iba pensando. No dormí, aunque tenía el cerebro ocioso. Sólo gradualmente me di cuenta de que el techo, entre dos relámpagos, se había vuelto gris.

Rodé sobre mí mismo, cautelosamente, empapado. Todo estaba mojado.

Mi reloj indicaba las nueve y media.

Pasé arrastrándome al salón. Llevaba tanto tiempo ignorando los ruidos de la tormenta que tuve que recibir una ráfaga de lluvia caliente para acordarme. Había un huracán en marcha. Pero entre las negras nubes se filtraba una luz grisácea.

Había hecho bien al guardar el coñac. Inundaciones, tormentas, radiación intensa,

incendios debidos a la explosión solar... si la destrucción general era tal como me la imaginaba, el dinero carecería de valor. Y necesitaríamos artículos de trueque.

Tenía hambre. Me comí un par de huevos con *bacon* y empecé a guardar el resto de las provisiones. Teníamos comida para una semana... aunque no para mantener una dieta equilibrada. Quizá pudiéramos hacer cambios con los de otros apartamentos. Era un edificio grande. También debía de haber apartamentos vacíos que podríamos asaltar en busca de sopa enlatada y otros productos similares. Además, habría que ocuparse de los refugiados de los pisos más bajos, si las aguas seguían subiendo...

¡Maldición! Echaba de menos la *nova*. La vida había sido muy simple la noche anterior. Y ahora... ¿Teníamos medicinas? ¿Habría médicos en el edificio? Podía declararse una disentería y otras epidemias. Y hambre. No muy lejos había un supermercado. ¿Hallaríamos un equipo de submarinismo en la casa?

Pero primero necesitaba dormir. Más tarde exploraríamos el edificio. El día tenía una claridad gris carbón. Las cosas habrían podido ser peores, mucho peores. Pensé en la radiación que debía de haber caído sobre el otro extremo del mundo, y me pregunté si nuestros hijos tendrían que colonizar Europa, o Asia, o África...

Sueño protector

Doris Piserchia

Le habían encerrado en una concavidad de acero sin ventanas, sin barrotes, sin nada que revelara de dónde procedía la opaca claridad. Allí no había nada aparte de su magullado y desconcertado ego. Si la celda hubiese estado acolchada, hubiera sabido que le tomaban por loco. Las paredes eran de liso metal. No, esto era una cárcel, y alguien iba a lamentar lo sucedido antes de que terminara el día.

Escuchó ansiosamente. Lo único que pudo oír fue su propia respiración. Volvió a sentarse en el frío suelo. Lo más sensato era esperar tranquilamente, sin dejar traslucir que estaba asustado. El individuo caradepiedra que le había encerrado allí, evidentemente era un sádico, y le consideraba un don nadie.

Permaneció sentado unos instantes, pensando; luego, se puso en pie y atacó la puerta de acero con sus puños. Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió y la figura de Caradepiedra se recortó en el umbral, robusta, impasible y uniformada de azul.

—¿Qué pasa?

—La ley dice que estoy autorizado a efectuar una llamada telefónica —dijo Duncan, forzando los músculos de su garganta para que las palabras no brotaran como un graznido.

Retrocedió unos pasos para demostrar que no tenía intención de tratar de escapar a través de la puerta. De nada le serviría enemistarse con aquel carcelero.

Se sintió invadido por una repentina confianza. Unos segundos más tarde notó que aquella confianza se deshinchaba como un balón, mientras Caradepiedra fruncía el ceño y decía:

—¿Qué es la ley?

Supo que su propia expresión reflejaba una estúpida incredulidad.

—No empiece de nuevo con eso —dijo, furiosamente—. No dará resultado. Soy un ciudadano respetuoso con la ley, que ha sido encerrado sin una previa acusación. Esto no puede quedar así. Exijo que se me permita llamar a mi abogado.

—¿Qué es un abogado? —inquirió Caradepiedra, en tono de curiosidad.

Al ver que Duncan se limitaba a mirarle, sin decir nada, se encogió de hombros y retrocedió un par de pasos. La puerta empezó a cerrarse.

—¿Cuánto tiempo van a tenerme aquí? —aulló Duncan.

—Hasta que ellos lleguen —dijo Caradepiedra, antes de que el borde de la puerta encajara en el dintel con un chasquido.

Duncan apretó los dientes y fijó la mirada en el suelo. No aullaría más, no les daría la satisfacción de escuchar su miedo, no quería que supieran hasta qué punto

tenía desquiciados los nervios.

Se frotó una zona lastimada de su brazo. Hasta que ellos llegaran... «Ellos», murmuró en voz baja. La palabra había sonado extrañamente enfática al ser utilizada por Caradepiedra; como si pronunciara algo definitivo.

«Ellos», repitió Duncan, tratando de dar al vocablo su adecuada inflexión, de descifrar su significado. ¿Quiénes podían ser ellos? ¿Un pelotón de ejecución? ¿Acaso iban a fusilarle porque se había resistido a ser detenido?

No, se dijo a sí mismo; los pelotones de ejecución habían desaparecido con la pena capital. Sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared, trató de pensar, pero estaba tan agotado que renunció a la tarea, cerrando los ojos.

Debió quedarse dormido, ya que cuando abrió los ojos la puerta estaba abierta y dos altas sombras avanzaban hacia él. «Ellos» estaban aquí. Luchó contra su deseo de aplastarse contra la pared y obligó violentamente a su cerebro a concentrarse en un solo pensamiento: si trataban de sacarle de allí, lucharía por su vida.

Ninguno de los dos hombres hizo un solo movimiento para tocarle. Se quedaron de pie en el centro de la celda y le contemplaron durante un largo minuto antes de que uno de ellos levantara una mano e hiciera chasquear sus dedos. Una señal para Caradepiedra, evidentemente, ya que no tardó en presentarse con dos sillas plegables.

Los dos hombres se sentaron con lentitud y continuaron mirándole, mientras Duncan se dedicaba por su parte a un suspicaz examen. Iban en mangas de camisa, llevaban unos pantalones de tela basta y calzaban botas altas. Eran de mediana edad, cumplidos los cincuenta, pero tenían un aspecto saludable.

Agarrándose las rodillas con las manos para reprimir su temblor, Duncan dijo:

—¿Van a fingir ustedes que son tontos, como su guardián? Porque si es así pueden ahorrarse el trabajo. Esperaré el tiempo que sea necesario a que se resuelva esto.

—No vamos a fingir nada —dijo uno de ellos, y los ojos de Duncan se clavaron en su rostro.

El hombre tenía las mejillas rubicundas y sudaba como si acabara de salir de un baño de vapor. La temperatura ambiente debía ser de unos 16 grados, aunque había sido más elevada por la tarde, cuando Caradepiedra se presentó en casa de Duncan y le detuvo.

—¿Quién es usted? —inquirió, suponiendo que no iba a obtener ninguna respuesta.

—Me llamo Rand. Este es Mr. Deevers.

Duncan los miró con desesperación. No eran más que un par de polizontes, pero el verlos le producía una sensación de malestar, no porque le miraban como si tuviera ocho piernas, sino porque eran libres de entrar y salir, en tanto que él sabía que al menor movimiento que hiciera en dirección a la puerta le matarían.

Deevers era tan cetrino como rubicundo Rand, como si hubiesen extraído todo el color de su piel. Tenía un aire cansado. Los dos. ¿Por qué iban vestidos así? ¿Dónde

estaban sus uniformes?

Duncan cruzó los brazos delante del pecho y miró a los dos hombres. Se vería en el infierno antes que preguntarles por qué había sido detenido. Caradepiedra no había contestado a ninguna de sus preguntas, y era más que dudoso que aquellos dos hombres las contestaran.

El llamado Deevers hizo un gesto de impaciencia con la cabeza y Rand habló de nuevo.

—Queremos formularle un par de preguntas, y luego tal vez podamos contestar alguna de las suyas.

Rand sonreía, pero saltaba a la vista que se trataba de una sonrisa forzada. Era más que evidente que se sentía incómodo.

De todos modos, la sonrisa le reveló a Duncan que, si planeaban matarle, no pensaban hacerlo inmediatamente.

—Adelante. Pregunte lo que quiera —dijo.

—¿Cuándo se dio cuenta por primera vez de que su chapa de identificación había desaparecido?

Duncan apretó fuertemente su espalda contra la pared. No quería volver a oír hablar de lo de la tarjeta de identidad. Era absurdo continuar discutiéndolo. Pensar en ello le hizo sentirse enfermo, y súbitamente experimentó la necesidad de dormir, un apremiante deseo de tenderse en el suelo y cerrar los ojos.

—No lo sé —dijo.

—Trate de recordarlo, por favor.

—No era una chapa. Era una tarjeta de identidad. Yo estaba buscando algo en mi cartera, y la tarjeta cayó. A una alcantarilla.

Inclinándose hacia adelante en su silla, Rand dijo:

—¿Dónde estaba usted cuando ocurrió eso?

—Acababa de terminar mi trabajo y me dirigía a mi casa.

—¿En qué ciudad? —dijo Deevers rápidamente.

—¡Váyase al cuerno!

Deevers se volvió hacia Rand.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo.

Duncan notó el gusto a sudor en su labio superior.

—Si se trata de un caso de identificación, tengo pruebas más que suficientes de quién soy. Mi certificado de nacimiento.

Le miraron como si acabara de decir algo asombroso. La expresión de Rand recobró rápidamente su impassibilidad, pero Deevers dejó de parecer sorprendido y empezó a enfurruñarse.

—¿Dónde está? —dijo Rand.

—Lo tiene Caradepiedra. El guardián.

Rand se volvió hacia Deevers:

—Vaya a buscarlo.

Sin dejar de refunfuñar, Deevers se puso en pie.

—Sigo diciendo que deberíamos acabar con esto ahora mismo.

No recibió ninguna respuesta a su observación, de modo que salió de la celda. Al cabo de unos instantes regresó con un papel que entregó a Rand.

—¿Dónde cree que ha encontrado esto? —dijo Rand, tras echar una rápida ojeada al papel.

—Hay muchos desperdicios por estos alrededores. Esto parece formar parte de una factura de...

—No podía saber dónde buscar. ¿Qué puede haberle hecho pensar en buscar?

—¿Cómo sabe lo que estaba haciendo antes de que le trajeran aquí? —dijo Deevers—. Ha estado vagabundeando por todo el lugar.

Duncan apretó fuertemente sus rodillas. ¿Por qué hablaban como si él no estuviera sentado delante de ellos, escuchándoles? El certificado de nacimiento no significaba para ellos más de lo que había significado para Caradepiedra. La escena con el guardián no había sido agradable, precisamente.

—Un momento —había dicho Duncan, ofendido pero seguro de sí mismo—. Puedo haber perdido mi tarjeta de identidad, pero eso no significa que haya dejado de existir. ¿Qué clase de tontería es ésta? Tengo aún algunos derechos.

Y Caradepiedra había dicho:

—¿Qué son derechos?

Sí, aquellas habían sido sus palabras. Duncan había sacado el certificado de nacimiento de su cartera y lo había agitado ante la cara del loco, convencido de que si aquello no le satisfacía nada podría satisfacerle. Bueno, había estado en lo cierto al pensarlo.

Después de leer los datos en voz alta, Caradepiedra había dicho:

—¿Qué es padre? ¿Qué es madre? ¿Qué es nacimiento?

Duncan observó a Rand. El hombre empezó a arrugar el certificado de nacimiento, como si se dispusiera a hacer una pelota con él; luego cambió de idea y se lo guardó en el bolsillo. Era evidente que aquellos dos hombres le confundían con otra persona. Alguien había hecho algo, y Deevers y Rand creían que él era el culpable. Si no se apresuraba a poner en claro la situación, las cosas podían complicarse peligrosamente para él, si es que no lo estaban ya.

—Yo no he hecho nada —dijo—. Se han equivocado ustedes de hombre.

—¿Qué aspecto tenía su tarjeta de identidad? —inquirió Rand súbitamente.

Las cosas no podían seguir como hasta entonces, pensó Duncan. Tenía que imponerse el sentido común. Sabía que no se hacía ningún bien temblando y vacilando como lo hacía, y una vocecilla interior no cesaba de advertirle que, si no lograba dominarse, terminaría el día tan loco como aquella pareja.

—Era blanca, de un tamaño de tres pulgadas por dos y media, aproximadamente —dijo —Figuraban en ella mi nombre, dirección, señas personales y estado civil.

—¿Y era blanca?

—Ya he dicho que era blanca.

Deevers le estaba mirando con silenciosa hostilidad. ¿Por qué? No existía ningún motivo para que aquel hombre le odiara. Era la primera vez que le veía.

Rand apoyó una bota sobre una rodilla y rascó la suciedad de la suela con una uña.

—¿Qué aspecto tenía después de caer de su cartera?

¿Qué aspecto tenía? Duncan había quedado anonadado al ver cómo la tarjeta blanca desaparecía a través de la reja de la alcantarilla, para ser arrastrada por el agua fangosa entre unas hojas secas. Se recordó a sí mismo arrodillándose junto a la reja, y recordó su sorpresa al descubrir que temblaba como un azogado. Por un instante le pareció que la tarjeta blanca cambiaba de color y de forma en el momento de caer. Le había parecido extrañamente metálica y esférica, verde y completamente desconocida.

—Parecía verde —dijo, y rectificó inmediatamente—: No, era blanca. Ya le he dicho que era blanca.

Los dedos de Rand se habían detenido en su bota, y miró a Deevers con una leve sonrisa en los labios.

Deevers frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Eso no significa nada.

—Sabe muy bien que sí.

Duncan estaba cada vez más desconcertado. Lo único que había hecho era dejar caer de su cartera su tarjeta de identidad. Algo que podía ocurrirle a cualquiera, y que sucedía con frecuencia. Desde luego, podía obtener otra; incluso podía hacer una él mismo. Una tarjeta de identidad era un objeto insignificante, no era ningún símbolo. Un trozo de papel no podía representar nunca la suma total de un ser humano.

—No creo que importe el color —dijo, y miró a Deevers.

Rand replicó:

—Es muy importante.

—No lo entiendo. Si quieren saber quién soy, no creo que les resulte tan difícil de averiguar.

—Sabemos ya quién es usted —dijo Deevers.

Evidentemente, sabía el efecto que sus palabras producirían en Duncan, y sus ojos revelaron que lo sabía. Eran pequeños, redondos y oscuros, y no había risa en ellos, pero no obstante reflejaban una maligna alegría y Duncan la captó al mirarlos.

—Entonces, ¿por qué no me dejan salir de aquí? —Tuvo que repetirlo, porque la primera vez su voz había sonado demasiado ronca—. Al menos, permítanme que llame a mi abogado.

—Temo que no puede usted llamarle —dijo Rand, apartando la mirada.

—¿Por qué no?

—Tarifas de larga distancia —dijo Deevers, y sus oscuros ojos chispearon maliciosamente.

Rand le dirigió una mirada de enojo.

—Cállese de una vez.

—Estamos perdiendo el tiempo.

—No puede esperar resolver esto en una hora.

—No espero resolverlo en absoluto —dijo Deever—. Es un roñoso punto cero cero dos por ciento. Lo mejor sería registrarle a él y a los otros como él como una pérdida anual y olvidar el asunto.

—No.

—Hemos pasado por esta rutina una docena de veces, y no hemos aclarado nada.

Duncan les miró, asombrado, y luego no pudo soportarlo por más tiempo y apoyó las manos en el suelo. El miedo le había robado su fuerza. Lentamente, trabajosamente, empezó a ponerse en pie.

El rostro de Deever adquirió una expresión de alarma.

—Salgamos de aquí —dijo.

—¡Esperen! —gritó Duncan, haciendo un esfuerzo desesperado.

Pero, cuando logró incorporarse del todo, los dos hombres habían salido de la celda y la puerta se estaba cerrando. Sólo quedó una abertura de un pie, aproximadamente, a través de la cual Rand le miró.

—No vuelva a hacer eso —dijo.

—Hacer ¿qué? —Furioso y desesperado, Duncan gritó—: ¡Déjenme salir! ¡No pueden dejarme aquí!

A través de la abertura pudo ver la danza de los ojos de Deever. Aquel hombre le sacaba de quicio.

—Yo no he hecho nada. Si creen ustedes que he cometido algún delito, al menos díganme de qué delito se trata.

Sacudiendo la cabeza, Rand dijo:

—No ha cometido usted ningún delito.

—De acuerdo, me portaré bien, no lucharé con ustedes. Soy un gusano y ustedes son el Dios Todopoderoso, pero déjenme salir de aquí.

—No puedo.

—Dígame el motivo.

—Porque está usted loco.

Duncan retrocedió ante el impacto de aquellas palabras, hasta chocar con la pared, lastimándose la cabeza y la espalda. Por unos instantes miró salvajemente en torno suyo, y luego volvió a acercarse a la puerta.

—No le creo a usted —dijo, y alargó la mano a través de la abertura para agarrar la camisa de Rand, que ya había retrocedido—. Esto no es un manicomio. ¿Dónde están los médicos y las enfermeras? ¿Qué es este lugar?

—Es un almacén, el único lugar de que disponemos para encerrarle. No imagine cosas raras, porque sólo se hará daño a usted mismo.

Luego, las dos figuras desaparecieron de delante de la abertura.

Duncan empezó a andar de un extremo a otro, y cuando se paró estaba seguro de haber trazado un surco en el suelo. Examinó las paredes de la celda. Nunca había puesto las manos en un acero tan liso como aquel. Parecía cristal al tacto, y las redondeadas esquinas eran tan lisas como el resto.

Gradualmente, recuperó la confianza. No le habían hecho ningún daño y las perspectivas eran de que no se lo causarían más tarde. Por algún motivo ignorado, Rand y Deever trataban de obnubilar su mente y hacerle dudar de sí mismo, y se habían tomado un montón de molestias para lograr que todo pareciera correcto. Pero esto no era la celda de una cárcel. El uniforme de Caradepiedra le había engañado, pero ahora sabía que no era auténtico y esto significaba que la comisaría de policía del exterior también era falsa. En cuanto a la celda, debía ser lo que Rand había dicho, un almacén, aunque no se pareciera a ninguno de los que Duncan había visto hasta entonces. Un bulldozer se hubiera encontrado con dificultades para abrirse paso a través de la recia puerta.

Finalmente se tendió sobre el duro suelo y apoyó la cabeza sobre sus brazos. Tarde o temprano se aclararía el lío, y Rand y Deever irían a parar a la cárcel, que era el lugar que les correspondía.

Estaba todavía en el suelo cuando Rand regresó. No se molestó en levantarse, ya que pudo darse cuenta de que el otro hombre no tenía la menor intención de abrir la puerta. Apoyando su barbilla en una mano, observó cómo Rand atisbaba a través de la estrecha abertura y finalmente le localizaba.

—Tenemos que hablar algo más.

—Acerca de la tarjeta, naturalmente —dijo Duncan.

Rand sonrió débilmente.

—En realidad, sí. Es muy importante, ¿sabe?

—Lo único que sé es que usted parece una persona normal, y no un raptor. ¿Acaso trabaja usted para alguna organización de espionaje? Está perdiendo el tiempo. No tengo ningún secreto.

Suspirando, Rand se apoyó contra la jamba de la puerta.

—Concentrémonos en la chapa. Quiero decir la tarjeta. ¿Cómo se sintió al verla desaparecer por la alcantarilla?

—No puedo recordarlo.

—Inténtelo.

—No sentí nada. ¿Por qué tenía que sentir algo especial?

—Creo que está mintiendo.

Duncan irguió la cabeza.

—Hágame un favor: márchese.

—Créame, esto es importante.

—¿Que le crea a usted? ¡Esta sí que es buena!

—¿Se sintió furioso? —insistió Rand.

—No.

—¿Triste?

—Desde luego que no.

—¿Feliz?

—Déjeme en paz.

—¿Acaso experimentó usted una sensación de anonadamiento?

Duncan volvió la cabeza.

—¡Nan! —aulló.

El sorprendido rostro de Rand asomó a través de la abertura.

—¿Quién es Nan?

—Mi esposa, estúpido.

—¿Su esposa?

Su encantadora esposa. Ella había dicho: «¿Qué ha pasado? ¿Has sufrido un accidente? ¿Te has caído?».

El se había limitado a entrar en la casa... cansado, hambriento y furioso al ver que la mesa no estaba puesta. Nan siguió importunándole, interrogándole, hasta que él perdió la paciencia y la envió al diablo. Pero inmediatamente se arrepintió de su arrebato e intentó besar a Nan. Ella le mantuvo a distancia, mientras contemplaba su pecho con una horrorizada expresión en el rostro. Luego se dirigió al teléfono y llamó a la policía.

—Nan está enferma —dijo Duncan, dirigiéndose a Rand—. ¿Comprende por qué tengo que salir de aquí? Usted puede ayudarme. Lo único que tiene que hacer es abrir la puerta lo suficiente para que yo pueda pasar.

No dio resultado. Rand se limitó a mirarle fijamente, y no dio resultado. Estaba diciendo la verdad, pero no importaba.

—¿Cuándo va usted a acabar con esto? —inquirió furiosamente.

—No puedo acabar con ello —dijo Rand.

Muy bien. Era el final. No podía confiar en más ayuda que en la que él mismo pudiera proporcionarse.

—Al menos, tráiganme un catre para tumbarme —dijo—. ¿Le gustaría a usted dormir sobre este suelo?

—Lo siento mucho —dijo Rand—. Olvidé que podía resultar incómodo.

—¿Bien?

—Le enviaré un catre con N... con Caradepiedra.

Cuando el rostro de Rand desapareció de la abertura Duncan sonrió y se puso en pie. Tenía que salir de un modo u otro, y si ellos insistían en conducir el juego a su manera, él actuaría a su propio modo.

Estaba en el rincón, al lado de la puerta, cuando Caradepiedra la abrió y entró cargado con un catre plegable. Estaba completamente desprevenido. En el momento en que dejaba el catre en el suelo los dos puños de Duncan se abatieron sobre su nuca.

Las diferencias se hicieron evidentes en cuanto salió de la celda. Alguien se había

llevado la comisaría de policía. Ahora se encontraba en un recinto muy pequeño, todo él de brillante acero, con una pequeña puerta al lado de su calabozo y otra a diez pies de distancia.

Se acercó a la primera de ellas y la entreabrió, apenas una pulgada. Conteniendo la respiración, se inmovilizó al oír hablar a Rand y a Deevers.

—La conciencia es una función de la inteligencia —estaba diciendo Rand, en tono furioso—. ¿Dónde está la suya? Siempre habla usted de su cociente intelectual...

—No quiero despilfarrarla —dijo Deevers.

—Nosotros somos responsables. Se lo hicimos a él, usted y yo.

—No voy a negarlo. Pero usted tiene más sentido comercial que yo para sugerir lo que hay que hacer. No creo que esté interesado en poner obstáculos.

—¡Maldita sea! No tardará en ir a parar al Atomizador.

Duncan abrió la puerta lo suficiente para entrar. Cuando estuvo en el interior de la habitación, cerró de nuevo la puerta y fue a ocultarse detrás de una hilera de grandes cajas de cartón. Desde allí no podía ver a los dos hombres, de modo que avanzó silenciosamente, guiado por el sonido de sus voces.

—Ocurrió porque perdió su chapa de identificación —dijo Rand.

Hablaba en tono cansado, como si estuviera repitiendo lo que había dicho muchas veces.

—Eso es absurdo.

—Lo que es absurdo es la unidad de crecimiento.

El tono de Deevers se hizo helado.

—¿Qué es lo que está sugiriendo?

—No se preocupe, podemos interrumpir esto sin que usted pierda dinero. No quiero que pierda un solo dólar.

—¿Qué le hace pensar que ha dado con la solución?

—Cuando perdió su chapa de identidad, cayó en un estado de shock —dijo Rand—. Súbitamente, no era nadie. No podía soportarlo, e inmediatamente recurrió a su subconsciente. No se burle, maldita sea. Es evidente que tenía uno. ¿De qué otra parte podía extraer sus recuerdos? ¿No se da cuenta? No podía soportar el carecer de una identidad...

Lo que Deevers vio no tenía ninguna relación con lo que Rand estaba diciendo. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y su rostro palideció mientras contemplaba a Duncan, de pie detrás de las cajas de cartón. La taza de café que sostenía en la mano se estrelló contra el suelo.

Una súbita contracción de la espalda de Rand fue el único síntoma de que también él se había dado cuenta de que sucedía algo anormal.

—Soy más joven y más fuerte que ustedes dos, y estoy desesperado —dijo Duncan—. No cometan ninguna estupidez.

—No se acerque más —dijo Deevers. Se protegió la cara con las manos y pareció

encogerse en su asiento—. ¿Dónde está el guardián? —inquirió, a través de sus manos.

—Le he dejado sin sentido. No se preocupe. No le he causado ningún daño.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró Deever, y sus ojos fulminaron a Rand—. ¡Usted y su maldita psicología!

Rand se volvió lentamente. Su rostro estaba pálido, pero parecía tranquilo.

—No es peligroso —dijo.

Duncan salió de detrás de las cajas y avanzó hacia ellos. Mientras andaba miró a su alrededor. Los dos hombres habían estado bebiendo café. La mesa estaba llena de colillas de cigarrillos. Había dos literas adosadas a la pared, y una vieja lámpara de petróleo mantenía caliente una cafetera. Las cajas llevaban etiquetas de productos alimenticios. Un armario abierto contenía prendas de vestir —abrigos, chaquetas, botas—, y un par de extraños equipos que parecían trajes de goma de pesca submarina colgados de una percha.

No vio ninguna arma hasta que se encaró con el revólver con el que le apuntaba Deever.

Rand también lo vio y le gritó a su compañero:

—¡Guárdese eso!

El revólver osciló entre los dedos de Deever.

—¿Qué es lo que va a hacer?

Las manos de Duncan se convirtieron en puños.

—No tiene usted derecho a matarme. Yo no he hecho nada. Soy inocente.

—Tiene razón —dijo Rand—. Suelte eso.

Deever vaciló, indeciso. Súbitamente tiró el revólver al suelo y contempló cómo se deslizaba hasta los pies de Duncan.

—Vamos —dijo—. Cójalo. Es usted el jefe aquí.

—No quiero el revólver. Sólo quiero marcharme.

—No hay ningún lugar adonde ir —dijo Rand con una extraña voz.

—Quiero ir a casa.

—Esto no es...

—Cállese de una vez y deje que se marche —gruñó Deever entre sus apretados dientes.

—¿Acaso no es usted capaz de comprender que está sufriendo?

—Vamos —dijo Deever, dirigiéndose a Duncan, con una mueca que quería ser una sonrisa—. Está usted libre. No le escuche. Está más loco que usted.

Sobre unas piernas rígidas, Duncan echó a andar hacia la puerta. Casi había llegado a ella cuando Rand le llamó.

—Cuando salga, asegúrese de que todas las puertas quedan cerradas detrás de usted. Y haga lo mismo cuando regrese.

—No voy a regresar.

Rand se sentó en el borde de su silla con la cabeza hundida entre sus rodillas, y no

alzó la mirada al replicar:

—Lo haré. La ilusión empezó a desintegrarse en el momento en que usted dijo que la chapa era verde. Recuerde lo que estoy diciendo. Nuestras vidas dependen de ello. —Uniendo sus manos y llevándolas a su frente, Rand añadió—: No nos lo reproche demasiado. No era eso lo que pretendíamos hacer.

Duncan permaneció inmóvil con la mano extendida hacia la puerta, mientras se sentía recorrido por un escalofrío. El hombre parecía sincero, pero sus palabras carecían de significado. ¿Qué intentaba hacer? ¿Era otro truco para retenerle aquí hasta que ellos hubiesen terminado lo que se traían entre manos? Al diablo con Rand, y también con Deevers. No necesitaba quedarse aquí y escuchar, no podían retenerle, porque eran débiles: había sido su prisionero, y no habían tenido arrestos para utilizar el revólver contra él. Estaba libre, ¿no es cierto?

Nunca había sabido que la libertad era tan estimulante. Corrió hacia el mundo exterior como si faltase de él desde hacía una eternidad, y sus pies producían un sonido tintineante sobre el suelo de acero mientras cruzaba una puerta tras otra y las cerraba apresuradamente detrás de él. Había un largo túnel dividido en tres cortos compartimientos que contenían canastos y piezas de maquinaria, pero no les prestó la menor atención.

Al fin salió de aquella especie de panteón. La luz natural hirió su rostro, un sonido entrecortado brotó de su garganta, su mano cerró maquinalmente la última puerta y Duncan giró sobre sí mismo y se dispuso a saludar al mundo. Se quedó con la boca abierta. Se había equivocado de camino, seguramente, y esto explicaba lo que se extendía a su alrededor en todas direcciones...

Todo era normal cuando se presentaron en su casa y le sacaron de ella, y todo era normal cuando le encerraron en un oscuro agujero y le dejaron allí para que sufriera. Incluso era todo normal cuando se llevaron la comisaría de policía y pusieron cavernas de acero en su lugar, pero, por el amor de Dios, a esto no había derecho: no tenían derecho a llevarse el mundo de debajo de sus pies.

El cielo era una llama blanca dominada por un sol que azotaba el suelo con una sólida lámina de luz. Se amontonaban nubes en todas partes, pero aún así el vasto cielo era un espejo cegador. Debajo de él, el suelo era un inmenso erial, una interminable llanura polvorienta. Unas rocas puntiagudas se erguían aquí y allá, algunas tan altas como edificios, otras tan pequeñas que podía andar sobre ellas. Olas de calor distorsionaban el espacio delante de él.

Algo se movió a lo lejos, unas manchas diminutas se recortaron contra el feo horizonte, y Duncan avanzó en aquella dirección mientras su corazón rebotaba contra sus costillas. Mientras andaba rezó por que fuese la Tierra lo que le rodeaba, algún desierto inexplorado donde las leyes de la naturaleza eran distintas, pero sabía que este lugar no tenía nada que ver con su país natal. Era la agrietada superficie de otro mundo, algún otro planeta del cosmos, lo cual significaba que la realidad le había abandonado porque el hombre ni siquiera sabía cómo llegar a la luna.

Ahora vio figuras moviéndose delante de él y apresuró el paso. La esperanza renació y aventó su temor a encontrarse solo en un planeta desconocido, con dos dementes.

Un gran valle había sido excavado en el cuerpo del planeta y en sus profundidades yacía un vasto complejo mecánico. La larga ladera del valle estaba terraplenada en forma de escalera que descendía hasta un pozo. Las palas mecánicas cargaban toneladas de roca en unas grandes vagonetas que discurrían sobre raíles hasta el extremo más angosto del valle.

En aquel complejo trabajaban varios equipos en diversas labores de minería. Aquellas eran las figuras que Duncan había visto desde lejos, y mientras corría hacia ellas empezó a gritar un saludo. Se encontraba a veinte pies de distancia de la más próxima cuando se paró en seco y se quedó mirando con aire de incredulidad al hombre que no era un hombre.

Ninguna de las figuras era humana. Eran insectos: grandes animales que recordaban a las hormigas. Se movían con mucha más rapidez que los humanos y tenían la fuerza necesaria para levantar y manejar unos cubos que debían contener un cuarto de tonelada de mineral.

Trabajaban con silenciosa precisión, y mientras Duncan avanzaba con paso vacilante hacia ellos, se volvieron a mirarle y luego continuaron con su trabajo. Sus cuerpos eran una serie de peludas ampollas de color pardo brillante, capa sobre capa formando dos patas, un torso, dos brazos con tres dedos flexibles por manos y una nudosa cabeza. Tenían dos ojos protuberantes que brillaban como líquido oscuro. Un pequeño agujero del tamaño de una moneda de veinticinco centavos estaba situado entre los ojos.

Duncan no vio a un solo ser humano. Todos los equipos que trabajaban en el valle estaban formados exclusivamente por hormigas.

Durante un largo espacio de tiempo Duncan dejó que aquel hecho fuese asimilado por su cerebro. Un nuevo temor se instaló en su mente, un miedo indecible que la empapó como agua fría.

Echó a andar hacia dos animales que estaban contemplando una corriente de agua sucia que discurría por una acequia. Su temor había entorpecido sus movimientos, y no vio el montón de mineral hasta que hubo caído sobre él. Uno de los insectos se acercó.

—Has caído —le dijo, en tono monótono—. Te ayudaré a levantarte y te revisaremos cuidadosamente por si has sufrido algún daño.

Las manos que le cogieron y le levantaron eran duras y poderosas. Una chapa redonda de color verde estaba incrustada en el centro del recio tórax de la hormiga. Llevaba grabadas las letras ABT. Los protuberantes ojos se clavaron en las piernas de Duncan y luego ascendieron lentamente hasta su pecho.

—Tu chapa de identificación ha desaparecido —dijo la hormiga.

Dando un tirón para librarse de las manos del animal, Duncan empezó a

retroceder.

—Eres un insecto —susurró—. Tú no sabes nada. —Y de pronto se encontró gritando—: ¡Eres un estúpido animal y no sabes nada!

—¿Estás realmente ahí? —dijo la hormiga.

—¡Un estúpido conjunto de instintos! —gritó Duncan. Continuó retrocediendo y resbaló por el suelo rocoso. La hormiga se acercó a él y Duncan aulló—: ¡Apártate de mi lado!

—No tienes ninguna identidad —dijo el animal—. No es posible que exista un ser sin identidad. Algo funciona mal. Hay que informar a un hombre.

—Yo soy un hombre —gimoteó Duncan.

—Tú no eres nada. Trato de comprender, pero no puedo. ¿Cómo es que te encuentras aquí?

De pronto, una segunda hormiga surgió delante de ellos. Sus ojos examinaron a ABT y luego giraron a la derecha y enfocaron a Duncan. La chapa que llevaba en el pecho tenía grabadas las letras NN.

Uno de sus dedos señaló el pecho de Duncan.

—Este es uno de los perdidos. Déjale en paz. No le mires. No pienses en él. Está perdido. Sólo será reconocido por el hombre, ya que sólo el hombre puede concebir abstracciones.

ABT asintió lentamente.

—Ahora comprendo. Tienes razón. Está perdido. No está ahí para ti ni para mí, pero está ahí para el hombre.

Duncan se alejó con paso tambaleante y se ocultó detrás de un montón de rocas. Las dos hormigas le contemplaron por unos instantes y luego volvieron a su tarea como si le hubiesen olvidado.

Duncan se dejó caer de espaldas. En el cielo no había nada, aparte del blanco resplandor que parecía estar en todas partes. Incluso alcanzaba a su cerebro. Y entonces se dio cuenta de que el sol tenía aquel aspecto debido a que la atmósfera era distinta a la de la Tierra.

Su pecho se movió acompasadamente mientras sorbía grandes bocanadas de aire fresco. No. Aquello era parte del sueño y no realidad. El era el sueño. Todo era realidad, menos él.

Deseó creerlo, lo deseó desesperadamente, pero casi inmediatamente renunció a aquella mentira. El era real, lo mismo que el planeta en el cual yacía, y aquellos dos hechos sumados significaban que, o bien era capaz de respirar donde no había ningún oxígeno que respirar, o bien estaba consumiendo sustancias que eran venenosas para los seres humanos.

Pero él pertenecía a la Tierra. Era un terráqueo y poseía una casa blanca y una esposa llamada Nan. Ella tenía los ojos oscuros y el pelo castaño. Sus hijos se parecerían a ella cuando nacieran. ¿O habían nacido ya? El sol quemaba su cerebro y no pudo recordarlo. Inclino la cabeza hacia el estéril suelo y cerró los ojos.

Tardó largo rato en desandar el camino hasta el túnel. Se tambaleaba como si estuviera ciego y a cada paso tropezaba en las rocas.

Cerró todas las puertas detrás de él.

Rand y Deevers habían sacado a Caradepiedra de la celda y le habían tendido en un rincón de su alojamiento. Duncan se detuvo y contempló lo que había creído que era un ser humano. Pensó que estaba golpeando a un hombre. Y lo que había hecho era destruir a una hormiga gigante. Sus puños habían aplastado el ahusado cuello y casi seccionado la cabeza. Una maraña de rizos ensangrentados y de reluciente tejido blanco brotaba de la herida. La chapa verde con las letras NN yacía en el suelo como un ojo que se burlara de él.

Deevers había retrocedido apresuradamente al verle entrar, para instalarse en el extremo más apartado de la mesa. Se sentó, con una dura expresión en los ojos.

Rand estaba de pie en el centro de la habitación, con las manos detrás de la espalda. Miraba fijamente al suelo, como si no deseara mirar a ningún otro sitio.

Con paso lento, Duncan avanzó hasta situarse directamente en frente de Rand. Trató de mantener la firmeza de su mirada, pero cuando Rand alzó la cabeza Duncan inclinó la suya hasta que su barbilla tocó su pecho. Notó el sudor que se formaba en su espalda, y su mente se obnubiló mientras esperaba las palabras que le condenarían a una demencial inexistencia.

Todavía no estaba preparado para ellas cuando llegaron. Fueron látigos que azotaron su cuerpo con puntas de acero. Le sumieron en una negra caverna de horror. No miró a Rand, pero buscó la mentira en el tono del hombre, trató de captar el sutil disimulo que demostrara que todo aquello era un fraude, una tentativa de destruir su realidad con algún oscuro propósito.

No hubo disimulo en la voz de Rand ni cualquier otra evidencia de fraude. Habló llanamente y sin emoción, sincera y cruelmente, y sólo los frunces alrededor de sus ojos traicionaron su conciencia del dolor que estaba causando.

—Deevers y yo pertenecemos a una compañía terráquea llamada Laboratorios DNA. Fabricamos organismos vivientes para trabajar en planetas hostiles a los hombres. Nuestra producción más importante afecta a un gran animal insectoide cuya tarea es la de extraer minerales que no pueden obtenerse en la Tierra.

»Los elementos en todos los organismos son los mismos; sólo varían las proporciones. Un organismo crece si la materia nueva se acumula a un ritmo superior al del desgaste de la materia vieja. La madurez se alcanza cuando la formación de materia alcanza el nivel de la desintegración de la materia vieja. Lo que hacemos nosotros es mantener en funcionamiento este último proceso hasta que nuestros productos alcanzan un tamaño satisfactorio.

»Nuestros “insectos” están clasificados en tres tipos, condicionados y adiestrados para tres tareas específicas. Los tipos DKN y ABT excavan los pozos y galerías y lavan el mineral. Nuestros dos tipos NN están programados para controlar a los otros y cuidar de que todo funcione normalmente. Hace dos años, uno de los ABT

enloqueció. Creyó que era un hombre. Deevers y yo hemos pasado dos años tratando de descubrir lo que había enloquecido a aquél y a otros varios insectos. Ahora lo sabemos, gracias a usted.

»Nuestros animales crecen a partir de una porción de materia vital, y el desarrollo es manipulado de modo que el sistema nervioso y las unidades musculares sean compatibles con el cerebro, el cual es construido por separado. A medida que el insecto crece, es condicionado para sobrevivir en diversos entornos. Los hidratos de carbono, las grasas y las proteínas que constituyen el cerebro son diseñadas de modo que reproduzcan un cerebro humano, no una simple copia, sino un duplicado exacto del cerebro de un hombre que gozó de vida. La personalidad del hombre cuyo cerebro utilizamos como modelo no importa. Lo que importa es que hemos creado algo que no comprendemos.

»Deevers y yo necesitábamos tiempo para someter a prueba nuestros nuevos productos antes de traerlos aquí, pero el gobierno necesitaba mineral y nos presionó para que renunciásemos a aquella parte de nuestro programa. Accedimos a ello, porque no teníamos ningún motivo para sospechar que nuestros insectos supieran algo más que lo que les había sido enseñado. Lo raro es que estamos casi seguros de que los seres que están trabajando ahí fuera no saben nada más.

»Pero usted y otros como usted lo han sabido. Hace unas horas perdió usted su chapa de identificación. Tal vez fue arrancada por alguno de los garfios que arrastran los cubos hasta el lavadero. Lo cierto es que, al perderlo, se encontró usted sin una identidad. Su cerebro rechazó el concepto de inexistencia y modeló para usted un nuevo ego. No sabemos por qué ni cómo ocurrió. No sabemos cómo pudo adquirir usted recuerdos de la Tierra y de vida humana y de cultura terráquea cuando nadie se los había enseñado, pero sabemos que usted los posee.

»Me gustaría acabar con todo esto ahora mismo. Necesito tiempo para estudiar mis productos, reunir todos los datos psicológicos y saber con exactitud qué es lo que he hecho. ¿He construido un ser satisfecho con la realización de su tarea, como pretendía, o un monstruo condenado al infortunio? Pero no me conceden ese tiempo. El gobierno dice que no. Los insectos serán utilizados para producir lo que la Tierra necesita. De modo que sólo puedo hacer una cosa, y espero que sea la cosa correcta y no una simple interferencia que empeore la situación. A partir de ahora, los obreros serán fabricados sin ninguna identidad real. No serán adiestrados para que adquieran conciencia de sí mismos. Las letras que señalan sus tipos irán colocadas en un lugar de su cuerpo desconocido de ellos. Espero que dé resultado. Espero que, si no tienen una identidad, si no se les enseña que existe algo llamado ego, no podrán perderlos.

»Es lo único que puedo hacer. En este momento no se me ocurre nada más».

Rand dejó de hablar. Levantó sus manos y pasó sus dedos salvajemente a través de sus cabellos. Sus hombros se hundieron y cerró los ojos.

Duncan levantó una de sus propias manos y la miró. Pudo ver los surcos en la palma, el oscuro vello encima de los nudillos, en el dorso. Sintió a su corazón

bombeando sangre a través de su cuerpo. El sueño —si la irrealdad en la cual su mente se había sumergido podía ser llamada un sueño— no se había desvanecido.

Finalmente, irguió la cabeza.

—¿Qué pasó con los otros?

—Quisieron morir.

Una voz susurró:

—También yo lo deseo...

Y Duncan se dio cuenta de que era la suya.

—Tenemos un Atomizador en el valle —dijo Rand—. Lo utilizamos para destruir los residuos de rocas acumulados en las últimas fases de la obtención del mineral.

¿Residuos de rocas? Morir de aquel modo significaría que no había vivido, lo cual no era cierto. Durante las últimas horas había sido real. Su muerte podía estar justificada. Pero, ¿qué justificación tendría para él?

Rebuscó en sus recuerdos y se aferró a uno. En otra época los hombres eran condenados a muerte por haber cometido crímenes, y él era culpable del crimen de decepción. Había pretendido ser humano. Mentira. Su nacimiento había sido fruto de una producción en cadena, había sido concebido en un laboratorio. Había pretendido que la Tierra era su hogar. También esto era mentira. El no tenía hogar. El vocablo significaba un lugar de crecimiento, de calor y de compasión, no una isla extraña llamada Venus donde lo único que crecía era el tiempo, donde el calor era medido en el holocausto de los hornos de fundición y donde la compasión no tenía cabida.

Era culpable. Su sentencia era la muerte.

—Estoy preparado —dijo.

—Quiero ir con usted —dijo Rand. Y cuando Duncan vaciló, añadió—: Sé que está todavía en el sueño. No puede ir solo.

Duncan trató de hablar, pero lo único que pudo hacer fue asentir con la cabeza.

Rand cogió uno de los trajes de goma colgados en la percha y empezó a ponérselo.

Deevers no se movió. Ahora estaba relajado y contemplaba una voluta de humo de su cigarrillo remontándose hacia el techo. Cuando Duncan le miró, apartó la cabeza a un lado y sus ojos se fruncieron.

—Usted y yo tenemos algo en común —dijo Duncan—. Los dos carecemos de humanidad.

Deevers apretó los labios y su rostro palideció. Empezó a decir algo, pero súbitamente cambió de idea y se limitó a inclinar la cabeza.

Rand inició la marcha hacia el segundo compartimiento, y una vez allí sacó al pasillo un pequeño vehículo abierto. Duncan y él montaron. Detrás del volante, Rand condujo el vehículo por el pasillo hasta que la última puerta se cerró detrás de ellos.

El vehículo avanzó a través de hondonadas y entre rocas, transportándoles hacia el valle. El sol era implacable. Para Duncan, era una órbita amarilla que le hacía parpadear. El suelo era áspero y poroso, pero Duncan imaginó que veía hierba

meciéndose al viento. Vio a un conejo que salía de su madriguera, olfateaba el aire un momento y desaparecía velozmente en una espesura.

Rand le llevó a un edificio situado más allá de los ardientes hornos que Duncan no recordaba, a lo largo de un pasillo con muchas revueltas que desembocaba en una habitación en cuyo centro se erguía el Atomizador.

El Atomizador era más alto que un hombre y dos veces más ancho. Era una caja de metal con una puerta transparente. Cuando Duncan miró a su interior vio que el aire rielaba como riel el aire del desierto bajo el sol.

Rand le llevaba cogido del brazo.

—¿Puede oírme? —inquirió. Su rostro estaba pálido detrás del visor y su mano temblaba sobre el brazo de Duncan—. Lo único que tiene que hacer es entrar y cerrar la puerta.

Duncan avanzó hacia la caja.

Rand le retuvo un instante.

—Deje que el sueño se desvanezca. ¿Qué bien le ha hecho a usted? No puede afrontarlo así...

Duncan sabía que si fuera un hombre condenado a muerte en la Tierra, las cosas se desarrollarían más o menos del mismo modo. Un sacerdote acompañándole con sus oraciones, un médico ofreciéndole un anestésico, algo para eliminar el terror. La ley lo permitía. Matar a un hombre era suficiente, y no había necesidad de hacerle sufrir en el proceso.

Pero ésa no era la clase de muerte que él deseaba.

Cerró la puerta con mano firme.

Vio los labios de Rand formando las inaudibles palabras:

—Adiós, DKN.

El sueño le protegió, instalado entre él y el espectro de un insecto. Mentalmente, gritó «¡Soy un hombre!», y su realidad triunfó sobre la otra realidad. Las fuerzas destructoras que discurrieron a través de los átomos de su cuerpo penetraron la sensible ductilidad de un ser humano, y sus últimos instantes fueron dolorosos y terribles.

Tal como él deseaba.

El crepúsculo, 2217 A. D.

Ryu Mitsuse

Dicen que los visitantes de Ciudad Canal Este compran siempre un souvenir, al menos, para llevárselo a casa: una fotografía...

... los arracimados edificios de la ciudad-puerto surgiendo del vasto desierto de Marte como una flota preparada para despegar hacia el espacio..., en primer término, la planta de energía atómica, la torre de observación rematando el Ayuntamiento y la rampa de lanzamiento de cohetes recortándose contra el horizonte, sobre el cual, a lo lejos, cuelga una enorme Tierra llena, con su superficie color esmeralda azuleando en el interior de la envoltura de la atmósfera, sus mares y continentes flotando como sombras en una densa aura de luz refracta...

Era ridículo, desde luego: el fraude se apreciaba inmediatamente. Vista desde Marte, la Tierra no tiene nunca tanto volumen; los detalles de su superficie no aparecen nunca tan claros. La Tierra, vista desde Marte en una noche clara después que el viento cargado de arena ha amainado, aparece como una estrella brillante, apenas teñida de un leve y hermoso verde-azulado. Una fotografía de la Tierra tomada desde la Luna había sido trucada añadiéndole un plano de Canal Este.

Todos los centros turísticos elaboran fotografías como ésta para vendérselas a los viajeros, más o menos retocadas para añadir alguna novedad o belleza que superen la realidad. La Tierra desde Ciudad Canal Este no era más que un ejemplo de un tipo de descarado fraude familiar en todas partes..., y siempre censurado oficialmente, desde luego; sólo que en este caso las propias autoridades de la ciudad estaban, hasta cierto punto, involucradas en él. De todos modos, se vendía muy bien.

La-Tierra-desde-la-Luna o La-Tierra-desde-Marte: a los turistas les tenía sin cuidado. Para ellos, esta fotografía particular era una imagen concreta de sus impresiones más profundas del viaje espacial: algo que les ayudaría a hacer comprender a sus amigos de la Tierra lo que habían visto y sentido en el curso de aquel viaje: la pasión del espacio condensada en una cartulina de veinte centímetros de longitud y doce de anchura: a 5 créditos el ejemplar.

Las «calles» en forma de túneles de Ciudad Canal Este conectan por medio de pasillos de tránsito con las instalaciones subterráneas del Espaciopuerto de Canal Este. La «tienda» de Shira-i unos cuantos tableros de plástico unidos para formar un tenderete, se encuentra en una esquina del pasillo B. Allí se exhibían docenas de fotografías distintas de la Tierra, de Marte y de la flota espacial; pero, desde que fue introducido hacía unos años, el montaje de Shira-i de Ciudad-Canal-Este-y-la-Tierra-vista-desde-la-Luna era el preferido por el público.

Existía un motivo: en otras tiendas se vendían también fotografías de la Tierra, de Marte y de naves espaciales, pero un souvenir de un vuelo espacial sólo adquiriría verdadero significado si se adquiría en la tienda de Shira-i.

En la Tierra, todo el mundo había oído hablar de aquella tienda. En Marte, era la primera parada obligada de los turistas que acababan de desembarcar, y el primer lugar que visitaban los hombres de negocios cuando habían terminado el trabajo del día. Incluso hoy puede encontrarse una de las fotografías de Shira-i colgando en las paredes de los hogares de todas las familias que se enorgullecen de contar entre sus miembros a un viajero espacial.

No importa de donde procedan, todos los visitantes reconocen la figura de Shira-i, y la primera ojeada es la misma para todos ellos: tragar saliva y contener la respiración..., una momentánea vacilación —¿Qué hago ahora? ¿Retroceder?— y luego, casi siempre, el impulso contrario hacia adelante, con paso más rápido.

Shira-i lo comprendía. Nunca parecía mirar a un viajero a la cara; hacerlo podía coartar al hombre en su deseo de examinarle. Expresiones cuidadosamente compuestas de compasión, se trocaban involuntariamente en incontrolables miradas de curiosidad. Shira-i soportaba en silencio el acoso de los ojos y de las voces.

—De modo que eso es lo que llaman un cyborg...

—No se parece en nada a un robot, ¿verdad?

—¿Eso que parece una antena es una oreja?

—¿Para qué sirve la boca?

—Según tengo entendido, sólo el cerebro sigue siendo el mismo, todo lo demás es artificial.

—¿Incluso el corazón y los pulmones?

Susurros, pero Shira-i los captaba.

—¿Por qué no?

—Algún tipo de aparato generador de oxígeno...

—... un corazón artificial construido de...

Shira-i no escucha, pero oye y comprende la sombra que ahora pone un escalofrío en sus carnes y acalla sus voces: un miedo indecible, instintivo: aprensión a lo desconocido: la fría indiferencia de las crueles añagazas ocultas en el laberinto del espacio: la impotencia del reto meramente humano a aquella inmensidad.

El viajero aparta su mirada, suspira con alivio recordando el abismo que le separa de aquello que no es un ser humano ni es una máquina. No hay nada que temer, después de todo: ninguna amenaza para uno mismo ni para la familia de uno: ninguna enfermedad contagiosa o deformidad hereditaria: sólo el irracional temor a la forma alienígena.

—¿Cuánto valen las fotografías?

Shira-i ha estado esperando el momento y nombra el precio.

—Hmmm...

Disimulando la confusión con un despliegue de acción, el cliente se acerca a una

fotografía, señala una, luego otra, y al final el montaje de Canal Este y la enorme Tierra. No necesita decir que quiere comprarla: únicamente cuántas va a llevarse.

Los turistas echan mano a sus cámaras; Shira-i sigue atendiendo su negocio, volviendo su cuerpo con la mayor naturalidad para mostrar el primitivo metabolizador CO que emerge de su espalda: lazo visible con el romance y la aventura de su pasado.

Todos aquellos engorrosos aparatos que protegían a Shira-i a través de los peligros cotidianos, en la fase primitiva del desarrollo espacial, son ahora innecesarios. La compacta eficiencia almacenada en los cuerpos de los más recientes modelos de cyborgs era algo muy por encima de lo que Shira-i podía imaginar. Los desarrollos en el campo de la cirugía plástica espacial han producido cyborgs superficialmente indistinguibles de los hombres normales, sin pulmones ni orejas artificiales externos. Pero los nuevos cyborgs espaciales no abundan demasiado; y aunque no fuera así, el Ministro del Espacio no enviaría los modelos más recientes a Marte sólo para que los curiosos pudieran contemplarlos en Ciudad Canal Este. De manera...

—Me pregunto qué cara tendría, antes...

—¿Qué edad crees que tiene?

—La piel es demasiado lisa y brillante, me pone la carne de gallina...

Para Shira-i, no era más que un parloteo: ecos lejanos de palabras de un mundo remoto. Hacía muchísimo tiempo que su modo de pensar no tenía nada en común con el de ellos. El último cliente se marchó. El chorro de luz de una nave espacial que se disponía a aterrizar llenó la noche de un hermoso color violeta. Shira-i sumó en silencio los ingresos del día.

2.000 créditos de caja; de ellos, 800 eran para la Civil Welfare Corporation, 400 para los impresores y 200 para diversos impuestos municipales. El resto eran las ganancias del día de Shira-i: un sueldo excelente, teniendo en cuenta que en su calidad de carga pública todas sus necesidades básicas eran atendidas por la ciudad.

Shira-i enrolló el resto de las fotografías, las ató con cinta adhesiva y abrió su «vientre» —una cavidad abdominal provista de un tanque de Solución de Ringer de emergencia—, y guardó en él el paquete. Luego, desenroscándose las piernas, se insertó en su coche: un vehículo diseñado especialmente para establecer conexiones directas entre el sistema de tracción del coche y los «nervios» que habitualmente gobernaban sus piernas. De este modo podía abrirse camino fácilmente a través de las más angostas y más atestadas calles residenciales. Una sensación de «plenitud», el peso del paquete en su abdomen, borraron antiguos recuerdos que era mejor olvidar...

... ¡wrrroooaaammph!

Violentos temblores sacudieron el pasillo; las blancas luces parpadearon como si fueran a apagarse de un momento a otro; un ruido de algo desplomándose en alguna parte. Shira-i se detuvo y escuchó unos instantes: todo había vuelto a la normalidad.

Cautelosamente, se puso de nuevo en marcha.

En la gran flecha parpadeaban unas luces anaranjadas:

COLONIA DE CIUDADANOS INTERINOS
Zona restringida - Prohibida la entrada a los no-residentes

Shira-i giró a la izquierda en el pasillo principal de la sección cyborg, y una luz roja hirió sus ojos: el ojo-láser color rubí de un coche patrulla. Shira-i se arrimó a la derecha; el coche patrulla se paró a su altura.

—¡Eh, Shira-i! ¿Has visto a alguien corriendo en esta dirección?

—¿Alguien corriendo?

—Sí. Los terroristas, otra vez. Alguien lanzó una bomba contra un autocar cargado de turistas procedentes de la Tierra. —Detrás del visor del policía, los ojos del hombre decían claramente: ¡Tira a matar! La voz en el interior del casco continuó —: ¡Es la tercera vez, esta semana! Todo el mundo está que trina... Ni siquiera la Civil Welfare podrá protestar contra la intervención de la policía. La cosa ha llegado demasiado lejos. Sabemos que los de tu clase tienen algunos problemas..., pero tendrán que aprender a vivir con ellos.

—Si me entero de algo, lo pondré en conocimiento de ustedes.

—No te olvides de hacerlo. Dieciocho muertos esta vez..., entre ellos mujeres y niños. La Ciudad tendrá que apretar los controles ahora... Al menos, confiamos en que lo hará.

—Bueno, me marcho a casa. Adiós.

El coche patrulla desapareció por la primera esquina. Una vez más, Shira-i deslizó lentamente su vehículo hacia adelante, por un amplio pasillo que brillaba como un gran río plateado con el reflejo de las planchas de silicona de sus muros.

A petición del Ministro del Espacio, el gobierno de Canal Este había reservado este distrito de la ciudad para los cyborgs: aquí no había «ciudadanos humanos». Shira-i siguió la dirección marcada por las flechas hasta el 623-J.

Hogar: una habitación cuadrada bañada en una luz de color verde pálido: casi una tercera parte del espacio ocupada por un gran tubo de metal, lleno de un líquido que atraía como la personificación de hogar-y-familia.

Con aire cansado, Shira-i se despojó del peso de todas las partes accesorias y se introdujo en el tanque de Solución de Ringer. Unas diminutas burbujas de aire ascendieron de su piel azul-cobrizo; pero en el interior de su envolvente burbuja de aire, el rostro de Shira-i se nubló...

No han cambiado el tanque... ¡Otra vez!

¡Y está demasiado frío!

La Civil Welfare parece creer que no merece la pena tomarse demasiadas molestias por nosotros...

Shira-i sabía perfectamente que el sistema de cambio de la solución era

automático, los controles de temperatura autoactivados: un sistema que nunca precisaba la intervención de manos humanas. El problema tenía que estar en el Centro de Control: manipulación de las principales computadoras de la Civil Welfare.

¿De nuevo la táctica del fastidio? ¡Más malevolencia!

Pero la rabia se evaporó de su piel con las burbujas de aire; viciada, sucia, sin cambiar, la Solución Ringer seguía disolviendo sedimentos en el interior de su piel. Al cabo de unos instantes, la expresión de su rostro cambió; la inquieta mente se tranquilizó; una agradable lasitud llenó la gran cabeza redonda en el fondo del tanque; y aunque el rostro pareció asumir cierto aspecto de tristeza, se trataba sin duda de una ilusión óptica producida por el temblor de las burbujas de aire al escapar. La lámpara de esterilización se encendió automáticamente; un luminoso anillo de color violeta pálido colgó silenciosamente alrededor de él en el aire.

Hora nocturna en Canal Este: esta noche, profundo silencio en la Colonia de Ciudadanos Interinos donde «dormían» los cyborgs. El aire flota como algodón en una esquina detrás de recias paredes: ideas inconcretas en la duermevela de Shira-i: los cyborgs no sueñan...

... cada vez más alto sobre la superficie del suelo..., un fondo nocturno sembrado de estrellas..., cien mil millones de diminutos parpadeos inmutables..., ¿eternidad? ..., una mota en todo el polvo estelar de la Tierra, quizá..., pero los viajeros no quieren la Tierra..., sólo la fotografía de la gran-Tierra que reproduce una Tierra inexistente..., Shi-i-ira-a-i-i-i...

... ¿Shi-i-ira-a-i-i-i...?...

... al principio una imagen confusa y flotante de alguna forma inconcreta, una energía lejana y demasiado débil para llegar a su destino...

... ¿Shi-i-ira-a-i-i-i...?...

... el susurro lejano en medio del sueño se convierte en un significado, en casi una voz...

... ¿Shi-i-ira-a-i-i-i...?...

Sin emerger del todo de su estado soñoliento, Shira-i pregunta:

—¿Quién... pronuncia mi nombre?

La lejanía responde:

—¡Capitán Shira-i! ¡Despierta, por favor! Llevo mucho tiempo tratando de comunicar contigo..., un mensaje..., escucha, por favor.

Shira-i concentra su consciencia en una respuesta sin sonidos al extraño apremio:

—¿Qué quieres de mí? Dímelo, por favor..., estoy escuchando.

—Capitán Shira-i, ¿te acuerdas de mí? Trabajábamos juntos... tú me llamabas «choro».

—¿«Choro»? ¿A qué «choro» te refieres? ¿Dónde?

—Lo has olvidado, supongo... Júpiter, ciudad flotante 81... Trabajábamos los dos en las tareas de construcción...

—¡«Choro», naturalmente! Había un hombre a quien llamábamos «choro»..., un

buen ingeniero espacial... Bueno, ¿en qué anda metido «choro» ahora?

—Sabía que acabarías por recordarlo, Capitán. Hemos estado probando todos los medios que podíamos imaginar para llegar hasta ti, desde que nos enteramos que vivías en East Canal...

—¿Para qué?

—Capitán Shira-i: ¿qué opinas de la discriminación de la que nos hacen víctimas los normales?

—¡Ah! ¿Otra vez con la discriminación? —Shira-i permanece unos instantes en silencio: resulta doloroso sentir tan intensamente unas sensaciones tan agudas desde tan lejos—. Personalmente, no conozco ningún caso..., es probable que se produzca..., pero yo estoy completamente al margen de ello. Ciudad Canal Este me parece ahora un lugar excelente...

Las palabras brotan desde las profundidades del sueño en la mente de Shira-i. Si son ciertas o no, él mismo no está seguro: sólo sabe que es lo que tiene que decir.

—¡Capitán Shira-i! Esto es diferente... ¡Escucha!

Súbitamente un dolor frío, abriéndose paso a través de su cerebro..., desgarrándolo como un agudo estilete...

Shira-i está completamente despierto.

¡Aah! ¿Ha sido un sueño?

Despierto: Shira-i atisbó a través de los dibujos concéntricos de color azul pálido y vio un anillo de rostros mirando fijamente hacia los ondeantes círculos del baño disolvente. Desde una cabeza lisa de forma ovalada, como un balón de rugby, un globo ocular que recordaba el de un pez le miraba sin parpadear.

¿Cómo podemos reprochar a los normales que nos eviten? Se asustan sólo con mirarnos...

Nosotros estamos acostumbrados, pero...

—¿Estás bien, capitán Shira-i? Parecías estar bajo los efectos de una pesadilla...

Shira-i interrumpió sus propios pensamientos, rumiando silenciosamente aquellas palabras.

—Oímos sonar la alarma, de modo que abrimos la puerta...

Todos eran vecinos que ocupaban las habitaciones contiguas. «Ciudadanos interinos» destinados a esta zona, se habían acostumbrado a demostrar su respeto especial por Shira-i prestándole toda clase de pequeños servicios; y si los circuitos de emergencia de su tanque mostraban la más leve desviación de la normalidad, los vecinos se presentaban inmediatamente.

Shira-i sonrió:

—Gracias. Ahora me encuentro perfectamente.

—¿No habrá un fallo en alguna parte?

—Supongo que el tanque está un poco sobrecargado —respondió Shira-i—. No creo que tenga importancia.

El fallo del equipo era el temor universal. Todos habían experimentado en algún

momento la sensación que su metabolismo bajaba de tono; cuanto más sucia estaba la Solución de Ringer, menos eficazmente funcionaba el regulador metabólico. Y allí no había ninguna ayuda, excepto la que se prestaban unos a otros.

—Me encuentro perfectamente —repitió Shira-i, obligándose a sonreír—. Por favor, vuelvan a descansar ahora.

En aquel momento no podía hablar de lo que había visto en su sueño.

Se miraron unos a otros, hicieron un gesto de asentimiento y volvieron a reunirse en torno al tanque de Shira-i. Uno de ellos se inclinó hacia adelante sobre el tanque; en la frente llevaba escritas con pintura fluorescente las siglas D-98.

—Capitán Shira-i: si estás despierto..., me gustaría hablar un momento contigo.

—¿Nnh? ¿Qué?

D era la antigua designación de Ciudad Luna, 98 significaba Control de Tráfico. ¿Qué estaba haciendo aquí?

—Un viejo cyborg llamado Choro ha estado aquí...

—¿Qué? ¿Choro?

—Así es cómo dijo que se llamaba... Al parecer es el caudillo de los cyborgs de Júpiter. ¿Le conoces? Según él, en Júpiter conocen muy bien al Capitán Shira-i...

—Y, ¿qué tenía que decir ese Choro?

—Capitán Shira-i, dice que su grupo se ha apoderado de una de las grandes naves espaciales, y van a utilizarla para reunir a los cyborgs esparcidos por todas las ciudades y construir una nueva ciudad para nosotros en la frontera...

—... una ciudad en la frontera del espacio...

—Capitán Shira-i: los cyborgs tienen más resistencia y más habilidad en el espacio que los normales... ¡Y tenemos que estar bajo su dominio y su «protección» toda la vida! No veo el motivo por el que tengamos que ser sus esclavos. ¿Por nuestra forma? ¡Vamos a construir nuestra propia ciudad, y labrar un futuro que revivirá todas las glorias del pasado! ¿Por qué no?

—¿Dijo Choro todo eso?

—Capitán Shira-i: eso es lo que opinamos todos, ¿no es cierto?

—Sí..., desde luego..., no es algo que Choro haya inventado súbitamente..., todos nosotros tenemos la misma sensación..., dondequiera que estemos...

—Esa nave espacial... Sabes perfectamente que la ley de Canal Este no nos permite poseer naves espaciales.

—¡Desde luego! Capitán Shira-i, esa clase de leyes es precisamente lo que marca la profunda separación entre los normales y los cyborgs... Ha llegado el momento para que nos liberemos de las leyes de los normales...

El último rastro de sonrisa había desaparecido del rostro de Shira-i.

—Entonces, ¿se han unido todos a esa conspiración de Choro?

—Casi todos. Para que la adhesión sea completa, sólo falta que se una a nosotros el Capitán Shira-i.

Shira-i suspiró. Al cabo de unos instantes abrió la boca y dijo:

—Me quedaré aquí. No puedo ir por ahí sin un tanque como éste para descansar. Después de todos estos años, sería un inválido en la frontera..., un problema para ustedes. Pero, sigan adelante:

Choro es un buen caudillo. Eventualmente llegará el día en que nuestras ideas serán aceptadas por los normales. Adelante. Vuelvan de nuevo a vivir y a trabajar en el espacio. D-98 miró a Shira-i tan de cerca que su rostro casi tocó la azul superficie del líquido del tanque.

—¡Por favor, Capitán, ven con nosotros! Si te quedas aquí, es posible que no haya ningún mañana para ti. Capitán Shira-i: según los informes que hemos recogido hoy, está a punto de estallar la guerra en la Tierra.

—¿Guerra? ¿Con qué pretexto?

—No es una novedad para nadie: la llamada Guerra de Unificación, es decir, el enfrentamiento de la Alianza Asiática con la Unión Panamericana.

—Es absurdo...

—Desde aquí puede parecerlo. Pero ellos creen que el control del continente americano es algo por lo que vale la pena luchar. Y lo han convertido en un asunto de vida o muerte.

—Tal vez sea tu interpretación personal...

—Capitán Shira-i: si estalla la guerra, Marte se convertirá en un campo de batalla. Sabemos que se han producido ya disturbios en Ciudad Luna...

—Basta, por ahora. Déjenme dormir un rato. Aunque vuelvan a asaltarme las pesadillas, no me despierten.

Shira-i volvió a instalarse en el fondo del tanque. Guerra..., pánico..., éxodo..., frontera..., todo muy lejano; Shira-i no podía pensar en ello como realidades. Estaba insoportablemente cansado por algún motivo desconocido; un punto en el interior de su cráneo latía como si estuviera resquebrajado.

Un futuro para revivir las glorias del pasado..., buenas palabras..., por favor, no olviden esas palabras.

Sin embargo, para Shira-i, las glorias del pasado y cualquier uso que el futuro hiciera de ellas, estaban todas implícitas en un tanque lleno de Solución de Ringer fría.

Al día siguiente, por los motivos que fueran, ningún viajero se presentó en la tienda. Finas películas de arena se acumulaban continuamente sobre las fotografías; Shira-i las cepillaba continuamente. No tenía otra cosa que hacer: pasó todo el día de aquel modo. Cada día, poco antes del crepúsculo, en Canal Este soplaba un viento tormentoso, extendiendo un millar de arrugas a través de las interminables llanuras de arena, levantando inexorablemente una enorme cortina de arena roja hasta hacer desaparecer por completo el campo visual. La arena se infiltraba en las múltiples cámaras de aire; se deslizaba como humo a través de los filtros de los respiraderos; discurría a lo largo de los pasillos, resbalando sobre las grandes losas de piedra de su

pavimento.

Shira-i no había vendido una sola fotografía cuando empezó a desmontar los tableros de plástico de su tenderete.

De pronto, resonó el eco lejano de una sirena..., no, de varias sirenas, de tono diverso, pero todas ellas convergiendo en la misma dirección.

¿Un accidente en alguna parte?

Desde el interior de su coche, Shira-i oyó el confuso griterío de la multitud.

Un coche patrulla le reconoció y se situó a su altura, aminorando la velocidad.

—¡Eh, Capitán! ¡Sus vecinos se han amotinado! En este momento tienen entablada una gran lucha en el espaciopuerto...

—¿En el espaciopuerto? ¿Qué es lo que intentan hacer en el espaciopuerto?

—Tratan de apoderarse de una nave patrulla del ministerio del espacio. Han llegado a controlar la nave, pero no pueden despegar. Si no conseguimos destruirles antes que despeguen, los disturbios van a adquirir un aspecto mucho más desagradables.

—¡Tratan de apoderarse de una nave patrulla! Apoderarse de una gran nave espacial..., eso fue lo que dijeron...

—Capitán: ¿estaba usted enterado de esta conspiración?

Los ojos del oficial brillaron a través del visor de su casco.

—Mi viejo camarada..., se llama Choro..., les habrá arrastrado.

—Entonces, ¿el caudillo es ese Choro?

—No tengo ningún motivo especial para pensar en él como caudillo..., lo cual no resulta sorprendente cuando ocurren cosas así en estas circunstancias, ¿verdad?

El oficial contestó con una sonrisa de pura cortesía:

—Capitán, le ruego que no se deje involucrar en esta absurda rebelión. Si se uniera usted también a ella, la cosa resultaría mucho más difícil de manejar. Un alfilerazo, simplemente..., pero Shira-i sabía lo que se ocultaba en el fondo de aquella sonrisa.

Era evidente que las autoridades de la ciudad no pensaban en él únicamente como en un vendedor de souvenirs; su reputación podía pesar lo suficiente como para que el motín tuviera éxito. Sin duda alguna, a partir de aquel momento quedaría sometido a una estrecha vigilancia. Shira-i devolvió al oficial su evasiva sonrisa. El coche patrulla se alejó rápidamente. Al cabo de unos instantes llegó el eco de una explosión procedente de aquella misma dirección. Shira-i se detuvo a escuchar: el primer estallido fue seguido por otros de menor intensidad, intermitentes. Empuñando la palanca de su vehículo, Shira-i tomó la dirección del espaciopuerto, esta vez a toda velocidad.

Cerca del espaciopuerto, los pasillos empezaban a poner de manifiesto el pánico general: numerosos grupos de personas, procedentes de los contiguos distritos residenciales e industriales, con el oído atento a los lejanos sonidos que turbaban los rostros y convertían las voces en susurros, murmurando entre ellas:

Parece ser que los cyborgs se han amotinado... Sabía que tenía que ocurrir tarde o temprano...

¿Qué ha estado haciendo la policía todo este tiempo?

Si el espaciopuerto es ocupado, ¿qué pasará con el contacto con la Tierra? La policía estará indefensa y los refuerzos de la Tierra no podrán aterrizar, ¿verdad?

La principal preocupación era la derivada de una posible ocupación del espaciopuerto: el temor a convertirse en huérfanos del espacio. Para los colonos del espacio, en efecto, el espaciopuerto es el único portillo que mantiene su enlace con la Tierra. En este sentido, podía decirse que la lucha en el espaciopuerto era ya plenamente eficaz.

Shira-i pasó a través de la cámara de aire y descendió rápidamente por la arqueada rampa.

En el enorme campo de aterrizaje, el viento sigue levantando nubes de arena. Remontándose por encima de ellas podía verse la nave patrulla espacial, con su cuerpo blanco-plateado captando los últimos rayos de luz rojo-violeta. Dentro de la compleja sombra de los tres cohetes principales, la membrana absorbente de luz cuelga inútilmente de las baterías solares.

Rodeando la nave, a una distancia prudente, los vehículos de la policía salpican el campo: comparados con la enorme nave espacial, parecen indefensos insectos de lomo plateado. Una y otra vez, una llama anaranjada brotaba de un lomo plateado: cruzaba el campo trazando una parábola de fuego: estallaba finalmente contra el brillante exterior de la gran nave, con una lluvia de flores ardientes que acaban disolviéndose en el aire. De cuando en cuando, algo semejante a una tronera se abre en el hinchado flanco de la nave patrulla; una larga llama blanca brota de ella. Incluso a simple vista puede reconocerse la forma oblonga propulsada por ella, como una sombra negra recortándose contra el cielo color cobalto. Al caer, levanta una nube de arena pardusca.

«¡Vuestra resistencia es inútil! —grita un altavoz, dirigiéndose a los que ocupan la nave espacial—. ¡Por mucho que la prolonguen, no podrán despegar! Los mecanismos de vuestro sistema de tracción han sido desconectados de la torre de control. Si no ceden en vuestra actitud, lo único que van a conseguir es morir de sed o de hambre en el interior de la nave. Piénsenlo bien...».

Desde luego, la nave estaba equipada con un sistema de recuperación de agua y con provisiones para varios meses. Además, aunque es cierto que los sistemas de tracción habían sido desconectados, no es menos cierto que, mientras la nave permaneciera en aquel lugar, ninguna otra podría despegar ni aterrizar.

«¡Escuchen esto! El Gobierno de la Ciudad no ignora vuestros problemas; y ustedes lo saben. No hay ninguna necesidad para que se amotinen. Si tienen que formular alguna reclamación, alguna petición, pueden hacerlo directamente...».

Otro proyectil brota del flanco de la nave espacial; esta vez se dirige en línea recta

hacia la fuente de la voz. Se alzan nubes de arena, altas, muy altas..., pero la voz continúa:

«¡Vuestra resistencia es inútil! Conservan todavía algún crédito por pasadas glorias. No acaben con él con vuestra actitud...». Todo aquello era cierto: la Ciudad, desde luego, no causaba el menor daño a los cyborgs, al contrario, les admiraba y respetaba por todo lo que habían hecho en la primera época de los vuelos espaciales, y les proporcionaba todo lo necesario para que pudieran vivir incluso con holgura. De hecho, no existía ningún motivo para el éxodo, la revuelta o la piratería espacial.

... todo lo que dicen es verdad... Lo malo es que ese tipo de verdad no resulta satisfactorio para nadie...

Shira-i, inmóvil como una gran estatua de piedra, tiende la mirada a través del campo: desierto rojo y crepúsculo azul pálido: y por fin el cortante aire helado del atardecer. La nave espacial se yergue como un monumento; los vehículos de la policía la rodean a una distancia prudente. Una fotografía enmarcada. Incluso los proyectiles carecen de realidad: lluvia de flores de fuego, nubes de arena pardusca. Ni un rasguño en el casco de la nave. No hay muertes ni odio: sólo una bella fotografía enmarcada. Apropiadamente, en el silencioso crepúsculo, cesa todo movimiento: una fotografía perfecta.

Shira-i da media vuelta y se aleja lentamente, por el mismo camino que le ha llevado hasta allí.

A la mañana siguiente, y durante todo el día, acudieron grupos de clientes a la tienda de Shira-i. Los que hablaron con él dijeron que las cosas seguían igual en el espaciopuerto: continuaba la resistencia de los cyborgs: debido a que las llegadas y salidas de los vuelos programados sufrían graves trastornos, se había instalado una base de aterrizaje hormigonada, provisional, en el extremo norte del espacio-puerto: seguían intercambiándose esporádicos disparos: el campo de aterrizaje regular estaba oficialmente cerrado para casi todo el mundo.

Shira-i logró no pensar en nada. Una vez puestos en marcha, sus pensamientos no se detendrían: había demasiadas ideas en su cerebro: demasiadas sensaciones fluyendo con excesiva facilidad. Shira-i pasó el día contemplando las fotografías sobre el mostrador, y contestando a las preguntas de los clientes.

Al atardecer, Shira-i se dirigió de nuevo a la rampa del espaciopuerto. No observó ningún cambio en la escena desde el día anterior..., excepto que el círculo de los coches de la policía alrededor de la nave espacial se había estrechado un poco. Ocasionalmente, uno de los lomos plateados se acordaba de soltar una llama anaranjada; pero, por motivos desconocidos, la nave espacial, por su parte, mantenía un obstinado silencio.

—¡Eh, Capitán Shira-i! ¿Qué haremos ahora? Esa gente empieza a ser un problema. Usted podría convencerles. Por favor, ellos harán lo que usted les aconseje... La voz llegó súbitamente hasta él desde atrás. No tuvo necesidad de

volverse: conocía aquella voz.

—¡Jefe de Policía! ¡Cuán molesto para usted tener que venir aquí personalmente!
—dijo Shira-i—. ¿No sería preferible dejarles escapar?

—¡Ojalá pudiera, Capitán! Por mi parte, me alegraría mucho si se les permitiera marcharse a otra parte. Ciudad Canal Este está ahora demasiado «terrificada» para que ellos vivan aquí cómodamente.

Aquí, un cyborg no es más que un deformado objeto de simpatía.

Las palabras resonaron en el corazón de Shira-i con una curiosa sensación de amargo alivio...

—Las diferencias entre las personas normales y los cyborgs no pueden ser resueltas con lógica ni con simpatía —replicó—. Creo que después de esto las cosas empeorarán. Básicamente, somos un tipo de seres completamente distintos.

Los cyborgs habían sacrificado su «normalidad», obteniendo a cambio una mayor resistencia y una mejor adaptabilidad al espacio que las que poseían los normales. La sociedad humana se había convertido en desatinada para los cyborgs, y los cyborgs estaban convirtiéndose en algo imposible de manejar para la sociedad humana; sumados aquellos dos factores, el resultado era una tragedia. En cualquier caso, los cyborgs comprometidos en la aventura no podrían volver a ocupar sus posiciones en la Ciudad.

—¿Qué me dice, Capitán? ¿Tratará de convencerles?

—No puedo. Ocurra lo que ocurra, es lo que debe ser.

El jefe de policía se encogió de hombros: un cuerpo de mediana edad embutido en un traje espacial: profunda soledad y melancolía en sus ojos: profundas arrugas en las comisuras de sus labios.

—De acuerdo —murmuró—. Será lo que deba ser...

A última hora de la tarde siguiente, llegó desde el espaciopuerto la noticia informando que la nave procedente de Ciudad Luna había aterrizado en el campo de emergencia. Shira-i esperó delante de su tienda la llegada del autocar con los viajeros. Se bajaron uno a uno.

¡Oh! Es el Capitán Shira-i, ¿verdad? No puede ser humano...

¿Es macho o hembra? ¡Parece un pulpo!

¡Qué ojo! Parece una bola de cristal...

Una metáfora distinta en cada boca: sustancia evocando imagen evocando palabras: significado expresado en palabras-imágenes que expresaban significado sólo para uno mismo.

Shira-i sonrió en silencio, casi feliz, por ningún motivo. Los viajeros hablaban unos con otros. Sin escuchar, un millar de susurros se filtraron a través de sus oídos, semejantes a palabras de amor, llenando su corazón a rebotar y una sonrisa medio amarga apareció en su rostro al verles como niños inocentes enfrentándose con gritos al ruido circundante.

«Por favor, ¿quiere retratarse conmigo?».

Las palabras tintinearón en los oídos de Shira-i; volvió en sí bruscamente.

—Por favor, ¿le importaría hacerse una fotografía conmigo? Un anciano de cabellos blancos apuntó un dedo hacia sí mismo y, con una tímida sonrisa, hacia Shira-i.

Shira-i salió de la tienda y se irguió contra la pared; el anciano junto a él apenas le llegaba al hombro. La cámara empezó a zumbar. El servomecanismo del trípode, en busca de una composición, parecía indeciso. El anciano trató de pegarse más al cyborg; su hombro quedó dentro del ángulo de visión de Shira-i.

Un par de cabellos blancos se engancharon en el entramado gris de la tela de fibra vegetal de su abrigo estilo terráqueo, salpicado de diminutos copos de caspa. De su cuerpo se desprendía un leve y rancio olor a vejez que despertó en Shira-i recuerdos de algo ocurrido hacía muchísimo tiempo y en un lugar muy lejano.

¿Valor? Difícilmente. ¿Experiencia? Ni siquiera eso. ¿Fe? ¿Confianza? ¿Seguridad? Ni pensarlo.

¿Afecto? No. Ninguna de esas cosas, que habían empezado a corromperse en la mente del hombre hacía mucho tiempo: nada, sino una especie de indefinible nostalgia de algo perdido, quizá muy lejos y hacía mucho tiempo.

Shira-i apenas oyó el clic del obturador. Los turistas se dirigieron de nuevo hacia el autocar y el anciano se encontraba sin duda en alguna parte de la cola. Shira-i cerró la tienda, enrolló las fotografías que quedaban y las introdujo en su abdomen, se encajó en su vehículo y lo puso en marcha, pasillo abajo.

La agrupación principal de instrumentación y servicios del Espaciopuerto de Canal Este es una instalación semi-enterrada en la arena. Un pasillo enlosado entre paredes de un material ligero conduce a través de este laberinto subterráneo hasta un lejano rincón del puerto, donde unas altas barreras protegen el centro de control de las invasoras nubes de arena transportadas por el viento. La enorme antena parabólica brilla a la luz del sol del azulado atardecer, vibrando acompasadamente con el jadeo del viento.

Shira-i pasó a través de la entrada subterránea de la torre de control: ningún humano a la vista en la escalera: en el ascensor, un desparramamiento de arena seca e inmóvil.

PROHIBIDA LA ENTRADA

El rojo letrero brillaba como un arco iris húmedo. Shira-i abrió una pesada puerta de metal.

—¡Ah, Capitán Shira-i! ¿Qué hace usted aquí?

El joven sentado ante el tablero de control se puso en pie de un salto, desconcertado; absolutamente nadie que no perteneciera a la plantilla de la base de control podía entrar en la sala. Pero, con órdenes o sin ellas, ¿cómo podía echar al

Capitán Shira-i?

Shira-i examinó la sala en silencio; la mayor parte del equipo le resultaba desconocido.

Muchos cambios desde nuestra época...

Algunos discos y luces parpadeantes que no lograba identificar.

... pero...

—Capitán Shira-i: si ha venido por algún asunto especial, informaré al Jefe de Control...

... Las circunstancias no han experimentado ningún cambio... ¡Allí!

Encontró lo que estaba buscando. Unos pasos rápidos y su mano encontró un interruptor en medio de un grupo de luces piloto.

—¡Capitán! ¿Qué está usted haciendo? ¡Suelte eso, por favor!

El joven estaba gritando, con las mejillas muy pálidas.

Shira-i movió el interruptor y habló por el micrófono:

Shira-i a Nave. ¿Pueden oírme, amigos? Empiecen los preparativos para el despegue. Voy a conectar el sistema de tracción. La cuenta regresiva empezará dentro de cinco segundos.

Volvió a mover el interruptor. Una tras otra, todas las luces del tablero-piloto parpadearon. En alguna parte, un timbre de alarma empezó a sonar ruidosamente; unos pasos rápidos resonaron en el pasillo, acercándose.

—¡Capitán Shira-i! ¡Suelte eso o disparo!

El joven tenía la voz empapada en sollozos.

¿Cuenta regresiva? Menos 10..., 9..., 8..., 7...

—¡Capitán! ¡Apártese de ese tablero!

—¡Alguien ha conectado el sistema de tracción!

El grito despertó numerosos ecos en la sala.

..., 5..., 4... Choro, creo que hemos vivido demasiado tiempo... ¿Qué opinas tú?

—No tengo otra alternativa... ¡Disparo! Una llama anaranjada brotó de la mano del joven.

Una humareda acre llenó la sala; algo blanco y brillante en alguna parte del cuerpo de Shira-i: hedor a proteínas sintéticas quemándose... Ignoro a dónde podrán ir..., pero aún así..., marchen hacia allí..., con tal que sea..., lejos de aquí...

..., 3..., 2..., 1...

El cuerpo de Shira-i cayó al suelo: la combustión lo había puesto al rojo. En el campo, una llamarada blanca brotó de la nave mientras la señal se interrumpía, un segundo antes del cero.

La gran nave cayó sobre el campo, envuelta en llamas que chisporrotearon durante unos instantes y finalmente se apagaron.

Crepúsculo silencioso. Desde el horizonte hasta el oeste, el pálido reflejo del sol poniente brillando a través del mar de arena. La luz sólo un poco más azul que la de la Tierra en la fotografía de Shira-i.

Fue el principio del fin para Ciudad Canal Este, y una de las causas de la Guerra de Unificación que estalló tres días después en la Tierra.

La fácil salida

John Brunner

Ningún ser humano podía sobrevivir a la catástrofe de la Pennyroyal. Esta cayó demencialmente del espacio a través del aire que arrancaba ardientes trozos de su casco, deslizándose por espacio de treinta millas por una ladera arenosa erizada de rocas, y empotrándose finalmente en una enorme duna que la absorbió como un proyectil rebotando en la orilla.

Milagrosamente, la arena apagó los incendios de a bordo. Habían sido muy numerosos.

Después de aquello, no ocurrió nada durante largo rato.

Estoy vivo.

El pensamiento flotó perezosamente en el cerebro de Pavel Williamson. Le resultaba odioso. Estaba semienterrado en algo denso y blando, y casi sofocado por una acre humareda. Además, había estado dando tumbos en medio de una negrura absoluta hasta enfermar de vértigo. La cabeza le dolía intensamente, tenía sabor a sangre en la boca, el cuerpo magullado de cintura para abajo y experimentaba un agudísimo dolor en su tobillo derecho.

Por sí mismas, aquellas lesiones menores no eran motivo suficiente para preferir no estar vivo. Pero existía otro motivo, más importante. Como oficial médico de la nave, ajeno a las tareas de navegación, no tenía la menor idea de la situación de la Pennyroyal cuando una enorme explosión la sacudió como si acabara de recibir un martillazo, pero estaba completamente seguro de que el planeta contra el cual se había estrellado no era el que se proponían alcanzar, un mundo seguro tipo Tierra.

En consecuencia, aquella humareda que remolineaba en torno a él podía no ser humo, sino la irrespirable atmósfera del planeta. En cuyo caso, lo mejor —lo único— que podía hacer era prepararse mentalmente para una misericordiosa extinción.

No era un profesional del espacio, sino un joven médico que había entrado al servicio de sucesivas líneas espaciales con el fin de visitar la galaxia habitada antes de establecerse en un mundo que le conviniera, pero había quedado impresionado por las fórmulas autohipnóticas que algunos hombres del espacio utilizaban en emergencias como ésta. Cerrando los ojos —y no es que viera algo cuando los mantenía abiertos, ya que la oscuridad que le rodeaba era absoluta—, empezó a recitar una mentalmente.

Y se interrumpió.

¡Un ruido retumbante!

¿Algo que había caído sobre el suelo de acero? Probablemente...

¡Pero no era aquello! Pavel trató de incorporarse, y maldijo a su lastimado tobillo, que respondió con otra punzada de dolor. No, los golpes habían sido demasiado regulares... y aquí estaban de nuevo: uno-dos-tres, pausa, uno-dos-tres, pausa. Como un hombre golpeando con un puño un objeto duro.

Se le ocurrió que alguien más debía estar vivo muy cerca, y que si alguien más había sobrevivido al choque, éste podía no haber sido tan terrible como él suponía, y que cabía la posibilidad de improvisar algún sistema de señales para ayudar a una patrulla de exploración a localizarles.

Y si la humareda era humareda, y no aire viciado, podrían salir de la nave...

Se removió frenéticamente entre la masa de blando material en el que estaba enterrado casi hasta las orejas, preguntándose qué era, y no tardó en reconocerlo. ¡Pielés! Sabía que la Pennyroyal llevaba un cargamento de pieles a bordo —parte de sus obligaciones consistieron en revisarlas, cuando fueron cargadas, por si portaban parásitos o gérmenes patógenos—, y había visto cómo eran almacenadas en un compartimiento contiguo a su botiquín. Los comerciantes en pieles pagaban a menudo la sobretasa por cargar sus géneros en una nave de línea en vez de hacerlo en una de transporte; de cuando en cuando, una venta a uno de los pasajeros más ricos no sólo enjugaba la diferencia de precio sino que incluso proporcionaba una ganancia. Presumiblemente, el motivo de que las pieles estuvieran desempacadas se debía a que estaban siendo expuestas cuando se produjo la explosión. Y él mismo — la ubicación de sus magulladuras confirmaba la teoría— había sido proyectado a través de un punto débil del mamparo, para aterrizar contra un montón de pieles lo bastante grueso como para salvar su vida.

Removiéndose, casi nadando, empezó a abrirse paso hacia la superficie de la pila, y mientras lo hacía comprobó que la gravedad sólo era ligeramente inferior a la normal en la Tierra. Se sintió estimulado por ello. Después de todo, el aire podía ser respirable. El sistema por el que navegaban era de los pocos que incluían dos planetas ricos en oxígeno: su punto de destino, Carteret, y otro que no había sido colonizado. Este era el borde del espacio humano, ya que el impulso original que había llevado a la especie tan lejos estaba remitiendo. Conquistar un mundo nuevo cuando había otro al alcance considerablemente más cálido y más hospitalario había dejado de ser, hacía mucho tiempo, una perspectiva deseable.

En cualquier caso, «rico en oxígeno» no era más que un término comparativo. Si su suposición era correcta, y se encontraban en el planeta contiguo a Carteret, el aire sería de peor calidad debido a que la vegetación marina apenas había empezado a invadir la tierra; la mayor parte de ella era desierto, arenoso o rocoso, y en ambos casos frío. Las plantas del litoral descargaban en el aire dos terceras partes del oxígeno normal en la Tierra, y estaban mutándose rápidamente y extendiendo su campo de acción, de modo que podía calcularse que dentro de un millón de años, aproximadamente, la mejoría sería notable.

De momento, sin embargo, lo que contaba eran las condiciones que podían ser

soportadas, si no disfrutadas, en Quasimodo IV. Pavel se recordó a sí mismo que debía tomarse las cosas con calma mientras se abría paso a través de las pieles: no podía saber cuál era el contenido de CO₂ en el aire aquí, pero sin duda era peligrosamente elevado. De hecho, los dolorosos latidos que martilleaban su cráneo se debían probablemente a ello, más que al golpe que había partido su ceja y enviado un hilillo de sangre hasta la comisura de su boca.

Algo duro y frío tropezó con su mano derecha extendida.

Reconoció la forma: uno de sus instrumentos médicos, un aparato para revisar los pulmones. Y junto a él...

Apartó rápidamente la mano con un juramento. Algo húmedo y blando. Prefirió no preguntarse qué había sido antes de la catástrofe, y se alegró de la oscuridad que le rodeaba.

Los triples golpes se repitieron, ahora más débiles. Más tarde tendría tiempo de buscar su equipo, decidió, y continuó sus tentativas para librarse de las pieles.

Cuando lo consiguió, se arrastró a través de un suelo inclinado y localizó lo que había sospechado: un desgarró en el mamparo. Se deslizó a través de aquella abertura, notando que su camisa se enganchaba en una saliente astilla de plástico duro. Más allá había luz. No mucha, sólo un pálido reflejo de luz diurna filtrándose a través de una rendija del casco, muy amarillenta para su visión desajustada por la prolongada oscuridad. Pero era luz diurna, y lo que Pavel respiraba era aire natural, contaminado con humo de la explosión, y había arena crujiente bajo sus pies, todo lo cual confirmaba su suposición de que habían llegado a Quasimodo IV.

Pero aquella leve claridad le permitió también ver cómo había quedado su botiquín, y esto truncó su incipiente alegría. Se habían volcado todos los armarios, todas las estanterías, todos los cajones, y Pavel tuvo que empujar confusos montones de frascos e instrumentos con los pies para abrirse paso a través del compartimiento. En dos lugares, la pared se había rasgado, dejando al descubierto las venas y arterias electrónicas de la nave, y algo goteaba ruidosamente en alguna parte.

Pero tendría que aplazar su revisión del lugar hasta que hubiese encontrado a los otros supervivientes.

Suponiendo que hubiese alguno.

Avanzar a lo largo del pasillo en dirección al ruido que había oído fue como andar en medio de una pesadilla. Todo estaba distorsionado, y aunque la leve claridad que le guiaba sólo penetraba a través de las grietas del casco, había demasiadas grietas y Pavel vio más detalles de lo que hubiese querido. En el extremo del pasillo, en particular, había algo que parecía espantosamente semihumano, como si alguien hubiese confeccionado una muñeca con plátanos muy maduros y la hubiera aplastado contra la pared: ¡Plaf! Incluso para un médico, preparado para lo peor, el espectáculo resultaba repugnante.

Finalmente, localizó el ruido. Procedía de uno de los más próximos camarotes

para pasajeros de primera clase, cuya puerta estaba intacta aunque moviéndose en sus goznes. Pavel la abrió y encontró a un joven tendido en una litera arrancada por completo de su engarce con la pared. El joven sostenía algo en la mano, el objeto que había utilizado para golpear la pared, supuso Pavel, pero al parecer había agotado sus tuerzas, ya que ahora permanecía inmóvil.

Pavel suspiró. De todas las personas de a bordo, aquel hombre era el último al que habría escogido para que fuera su compañero después de la catástrofe: Andrew Solichuk, que nunca se había cansado de informar a todo el mundo de lo rica e influyente que era su familia en la Tierra, quejándose interminablemente de la comida, de la falta de comodidades y distracciones, del sabor del aire y de la compañía que se veía obligado a soportar, debido a que estaba realizando una gran gira por el imperio comercial que algún día heredaría y no había ninguna línea de lujo atendiendo al sistema Quasimodo, sólo la Pennyroyal y su hermana gemela Elecampane.

Pero era un ser humano, y estaba vivo. Pavel obligó a sus reflejos profesionales a entrar en acción. Llamó a Andrew por su nombre, sin obtener ninguna reacción: al parecer, el joven se había desmayado. Le tomó el pulso y lo encontró "débil, aunque no en exceso; también su respiración era pasablemente regular. Pero cuando levantó la colcha de la litera comprobó la gravedad de las lesiones que sufría Andrew. Como mínimo, padecía una fractura compuesta de la espina dorsal inferior; probablemente tenía fracturada también la pelvis, y con toda seguridad existían lesiones internas.

No había rastro de sangre en su boca, lo cual daba a entender —aunque no lo probara— que sus pulmones estaban intactos. Pero tenía el hombro izquierdo dislocado, y en su cuero cabelludo veíase una herida que había empapado la almohada de sangre.

Y Pavel sólo disponía de agua, de alguna gasa esterilizada que pudiera recuperar de su botiquín y de su propia fuerza. Por otra parte, no podía hacer absolutamente nada, excepto mantener con vida a Andrew hasta que llegara la ayuda. Reconstruir una espina dorsal era una tarea para un hospital moderno, e incluso resultaba problemático que pudiera ser llevada a cabo con los elementos de que disponían en Carteret.

Dado que Andrew estaba inconsciente, lo mejor que podía hacer de momento era dejarle allí mientras él comprobaba si había algún otro superviviente y revisaba su botiquín para salvar lo que pudiera.

Volvió a deslizarse lentamente hacia el pasillo.

Sólo tardó unos minutos en convencerse de que no existía ningún otro superviviente. Aparte de sus modales irritantes, Andrew se jactaba siempre de haberse «liberado de la tiranía de los relojes». Invariablemente dormía hasta muy tarde del día artificial de la nave, hasta las catorce o quince horas, y luego se divertía hasta la madrugada, sin importarle las molestias que producía a otras personas, con su estrepitosa risa de borracho, su insistencia en poner música a todo volumen o en

hacer una exhibición de las ruidosas danzas que había aprendido en algún planeta en el curso de su viaje. En particular, Hans, el camarero de la nave, le odiaba porque Andrew exigía servicio humano a pesar de los excelentes servicios automatizados en los que todo el mundo confiaba, y durante la mayor parte del viaje había mantenido en pie al pobre Hans hasta altas horas de la «noche», sin tener en cuenta que con ello le dejaba sólo tres o cuatro horas para dormir.

Y esto era lo que había salvado la miserable vida de Andrew. Todos los demás estaban levantados y en la parte posterior de la nave, precisamente la que se había empotrado en la arena, cuando se produjo la explosión. Las posibilidades de encontrar a alguien vivo en aquella masa de arenisca y de grava eran inferiores a una entre un millón. Resultaría una tarea ímproba desenterrar de ella víveres, agua y otros elementos esenciales para sobrevivir. Pavel supuso que tendría que desmontar una de las planchas del casco para utilizarla como pala.

Era un triste consuelo el hecho de que cada paso que daba confirmara lo correcto de sus cálculos acerca de su situación. A pesar de sus dolores craneales, ahora casi insoportables, y de la pesadez de sus miembros, cuando hubo completado su reconocimiento de las zonas asequibles de la nave retrasó su regreso al botiquín para limpiar de arena una de las grietas del casco y echar una primera ojeada al exterior.

Por encima de su cabeza, el cielo era de un uniforme azul oscuro, casi Índigo. El sol era pequeño y muy amarillo. El aire era fresco, aunque no frío; quizá la elevada proporción de CO₂ sin reducir que contenía contribuía a aumentar desmesuradamente la temperatura diurna. Pero, por otra parte, su garganta estaba seca y áspera. Debían encontrarse a mucha distancia del mar.

Con un supremo esfuerzo se encaramó lo suficiente para atisbar en dirección contraria a la del sol, e inmediatamente se dio cuenta del motivo de que la nave no hubiese quedado completamente destrozada por el choque. La arenosa llanura, salpicada de peñascos, formaba una especie de rampa por la cual se había deslizado la nave milla tras milla después de tomar contacto con el suelo, en vez de pararse en seco. Hasta que redujo su velocidad inicial y se empotró en la duna.

Bueno, era un consuelo saber que aún podía pensar, razonar, resolver enigmas. Pavel se dejó caer de espalda sobre el montón de arena y luego se dirigió lentamente al botiquín.

Quasimodo IV —pensó—. Quizá soy el primer ser humano que lo ve desde el nivel del suelo en un centenar de años.

Pero el pensamiento no tenía nada de excitante.

Lo primero que encontró en el botiquín lo bastante intacto para ser de alguna utilidad fue una caja de inyectables estimulantes, una entre cuarenta o cincuenta que habían quedado destrozadas. Pensó si sería prudente inyectarse a sí mismo, no encontró ningún argumento en contra, y lo hizo.

Inmediatamente su cabeza se despejó y una claridad artificial informó sus

pensamientos. Se sintió lleno de una nueva energía, y redescubrió el apetito. Pero aún no había localizado ningún alimento, y estaba seguro que cuando lo hiciera sería tras haber excavado largamente en la duna de arena. De modo que reprimió toda idea de comer con un violento acto de voluntad, y siguió rebuscando afanosamente a través de la maraña de instrumentos y la provisión de medicamentos.

Al cabo de media hora había reunido más de lo que se había atrevido a esperar: estimulantes, sedantes, purificadores sistemáticos, regeneradores de tejidos, nervios artificiales, piel asimilable, plasma sintético, agentes coagulantes, antialérgenos, inmunosupresores y simples analgésicos. Había también otros productos de menor importancia, tales como específicos para la fiebre de Watkins y síntomas recurrentes.

La mayoría de los instrumentos estaban intactos. Es decir, en su parte exterior. Dentro, contenían circuitos electrónicos extraordinariamente delicados; y sin disponer del tablero de pruebas para confirmar su normal funcionamiento, tenía que sospechar que habían quedado estropeados por el choque.

Por lo tanto, tenía que olvidarse de los instrumentos, excepto de los más antiguos de todos, tales como fórceps y escalpelos. Durante miles de años los médicos habían tenido que depender de los datos que podían retener en sus propios cerebros y, de acuerdo con los niveles modernos, la mente de Pavel estaba muy bien provista, ya que siempre estuvo dotado de una excelente memoria. Del mismo modo que la invención de la escritura arrinconó a los bardos ciegos capaces de recitar diez mil versos de Hornero sin apuntador, y la invención de las computadoras arrinconó a los matemáticos capaces de multiplicar números de diez cifras mentalmente, la invención de los instrumentos de diagnóstico había arrinconado al tipo de médico capaz de diferenciar quinientos tipos de fiebre mediante una simple inspección. Pero Pavel se había interesado mucho, en su época de estudiante, por la historia de la medicina, y confiaba en que la mayor parte de lo que había aprendido se encontraba en su cerebro, listo para ser utilizado...

¿De veras? ¿No se trataría de un optimismo eufórico debido al estimulante que se había inyectado en el brazo?

No podía saberlo. Sólo podía ordenarse a sí mismo el actuar con mucha cautela.

De acuerdo: tenía un paciente esperando, suponiendo que no hubiese muerto en el intervalo. Escogió lo que le pareció que podría resultar más útil de entre los medicamentos e instrumentos amontonados delante de él, y a falta de algo mejor como fuente de luz añadió una linterna de revisión ocular, cuyo rayo luminoso no era más grueso que su dedo, pero al menos era claro y brillante.

Y se dirigió al camarote de Andrew.

Cuando alzó la mano para abrir la puerta, se sintió acometido por una terrible premonición. Durante su reconocimiento de la nave, había visto pocos cadáveres — aparte de aquel cuerpo desagradablemente espachurrado al extremo del pasillo—, pero sabía que el resto de ellos estaban allí, debajo de la semimontaña de arena en la que se habían empotrado.

¿Y si Andrew hubiese muerto después de que Pavel se había separado de él? No era precisamente un joven moderado: abusaba del alcohol, probablemente se drogaba, y comía con exceso. Estaba demasiado gordo para su edad, veintidós o veintitrés años.

Si había muerto, Pavel se vería obligado a esperar solo la nave de rescate, sin nadie con quien hablar, aunque la conversación no fuese más que un intercambio de insultos... y sin ninguna prueba de que iba a ser rescatado.

Hasta aquel momento, había dado por descontado el rescate. Se había dado cuenta de que habían salido del subespacio casi una hora antes de la explosión, dejando como de costumbre un amplio margen, debido a que emerger del subespacio cerca de un sol era peligroso, y una nave antigua como la Pennyroyal tenía que concederle de una y media a dos AU al entrar en un sistema como este.

El viaje desde Halys a Carteret era pura rutina. No obstante, el Capitán Magnusson no podía haber dejado de anunciar anticipadamente al puesto de control de Carteret que se hallaban de nuevo en el espacio real...

Presumiblemente.

Pavel se sintió bruscamente enfermo. No, estaba siendo demasiado amable con el capitán... nil mortuis. Lo cierto era que Magnusson era un hombre muy descuidado, el peor de la docena de capitanes con los que Pavel había viajado. Lo más probable sería que la explosión tuviera su origen en la omisión de alguna de las normas oficiales de seguridad. Y existía el riesgo, pequeño pero no desdeñable, de que Magnusson hubiese pensado que señalar por anticipado su situación a su punto de destino era superfluo.

En cuyo caso podía extenderse una larga espera delante de él. ¡Una espera muy larga! Y si tenía que enfrentarse con ella a solas... ¿podría soportar la tensión?

Abrió la puerta de golpe para borrar el cuadro que se había formado en su mente: la imagen de sí mismo, rodeado de los frascos que había recuperado del botiquín, vacíos.

Inmediatamente una voz llegó a sus oídos, y quedó tan aliviado con ello que apenas prestó atención a las palabras.

—¡Se marchó usted y me abandonó!

¿Qué?

Encendió la linterna y se acercó a la litera.

Andrew hablaba de nuevo:

—¡Estuvo usted aquí antes... le oí! ¡Y me abandonó, dejándome sumido en este horrible dolor! ¡Maldito sea!

Pavel estuvo a punto de replicar violentamente, pero se contuvo. Se limitó a decir, casi como si se disculpara:

—He ido a buscar algunos medicamentos. Se encuentra usted en muy mal estado, Andrew.

—¡Se marchó usted y me dejó solo y a oscuras!

La voz se había hecho histéricamente chillona, pero acabó resolviéndose en una serie de sollozos, semejantes a los de un niño al que se le ha negado un caramelo.

Tendría que haber sido cualquier otro menos Andrew... ¡Cualquiera!

Aunque tal vez aquella petulancia debía atribuirse a lo intenso de sus dolores... Era lo primero que había que resolver. Pavel escogió un inyectable del puñado de ellos que había traído y lo aplicó al brazo derecho de Andrew. Unos segundos, y...

—¡Oh, es usted! —Como si el tiempo hubiese dado marcha atrás, la voz volvía a ser normal, con aquel acento desdeñoso que Pavel había aprendido a detestar durante su viaje—. ¡El medicucho que ni siquiera sabe tratar un simple dolor de cabeza!

Aquello era una alusión a su último encuentro. Andrew le había enviado a buscar —sin acudir a su botiquín, como los demás—, e insistió en que padecía una jaqueca. Puntilloso, Pavel le había reconocido, y sus instrumentos habían confirmado lo que él ya había empezado a sospechar: la dolencia del joven no era ninguna jaqueca, sino la resaca de tres días de borrachera. Y así lo manifestó, añadiendo que Andrew estaba al borde de la intoxicación etílica, y Andrew había aullado que Pavel era un embustero y que no estaba capacitado para practicar su profesión. Llegó al extremo de denunciarle al capitán, aunque esto no podía tener ninguna consecuencia, a pesar de que el Capitán Magnusson, fundamentalmente, odiaba la norma que le obligaba a llevar un oficial médico a bordo, y se hubiera sentido más feliz con simples máquinas, puesto que eran más baratas.

Pavel replicó secamente:

—Tiene usted algo mucho peor que un dolor de cabeza.

Andrew frunció el entrecejo.

—¿Por qué me enfoca esa luz? ¿Por qué está todo tan oscuro?

—¿Cree que es por capricho? ¡Nos hemos estrellado!

—¿Estrellado?

Andrew casi se incorporó, pero Pavel apoyó una pesada mano en su hombro para impedirlo.

—¡No se mueva! Tiene usted la espalda rota, y probablemente la pelvis fracturada, y toda clase de lesiones internas. Le he inyectado un sedante, pero si quiere vivir tiene que permanecer completamente inmóvil.

—¿Qué?

El tono, impertinente; Andrew no parecía haber tomado en cuenta lo que acababan de decirle. Trató de levantar la colcha, y parpadeó.

—¡Diablo, cómo duele! ¿Y dice usted que me ha inyectado un sedante? Seguramente se ha equivocado de...

—¡Ahora escúcheme usted a mí! —le interrumpió Pavel. Estaba revolviendo entre el material que había traído, buscando el fórceps plegable—. Sus heridas son muy graves y sus posibilidades de sobrevivir muy escasas. ¿Ha entendido esto?

—Yo...

El rostro de Andrew se arrugó como una máscara de papel húmedo mientras

pensaba: ¡Que tenga que pasarme esto a mí! Dijo:

—¿Nos hemos estrellado?

—¿Por qué diablos cree usted que su litera está al otro lado del camarote? ¿Por qué están tiradas por el suelo todas sus pertenencias? Si se hubiera levantado a la hora que se levantaban todos los demás, en vez de quedarse en la cama hasta las tantas, estaría ahora debajo de un millar de toneladas de arena.

—¡Eso no es de su incumbencia! ¡Vivo como me da la gana, y si a otras personas no les gusta cómo vivo, peor para ellas!

—¡Cállese de una vez! —Pavel estaba montando el fórceps—. Aproveche el sedante que le he inyectado. No queda mucho, y lo único que puedo hacer para mitigar los dolores que siente, si se acaba el sedante, es bloquear por completo su médula espinal... y no estoy seguro de que después fuese posible desbloquearla. Para usted, eso significaría quedar paralizado. Si quiere volver a andar, ser un hombre normal, escúcheme y haga lo que yo le diga. ¿Está claro?

La boca medio abierta de Andrew tembló. Estaba asimilando lo que acababa de oír.

—¡De acuerdo! Ahora voy a encajar su brazo izquierdo. Está dislocado, pero esto lo arreglaré. —Levantó el fórceps—. Apriete los dientes. Probablemente no ha padecido mucho en su vida, pero los seres humanos han resistido dolores mucho más intensos que los que usted siente...

—¡Sí! ¡Soportaron también los piojos, las pulgas y la lepra, entre otras cosas! —replicó mordazmente Andrew—. ¡Hemos progresado mucho desde entonces!

Sorprendido al descubrir que aquel joven consentido había oído hablar de aquellas cosas, Pavel levantó el insensibilizado brazo y adaptó el fórceps en torno a él, tratando de no pensar en el desagradable ángulo que formaba en el hombro. Dijo:

—El progreso no ha llegado hasta aquí. Al parecer, nos encontramos en el planeta más próximo a Carteret. Y ni siquiera ha llegado al Período Pleistoceno. ¡De acuerdo, vamos allá!

Dio un rápido tirón, y el hueso volvió a quedar encajado en el hombro. Perfecto.

Mientras soltaba el fórceps, oyó que Andrew decía:

—Bueno, ¿qué me dice de usted? —El antiguo ácido ardía en su tono, como si fuera congénitamente incapaz de hablar a la gente sin buscar el modo de que se sintiera empuñecida—. ¿Estaba usted también en su litera, como yo?

—No. Fui proyectado a través del mamparo de mi botiquín, y caí en aquel compartimiento lleno de pieles. Por un verdadero milagro, estaban desempacadas, y...

—¡Vaya! —gruñó Andrew—. ¡Le he salvado la vida!

—¿Qué?

La siguiente fase consistiría en limpiar y reconocer el cuerpo del joven; Pavel estaba escogiendo ya el material necesario para la tarea. Se interrumpió y levantó la mirada.

—Le he salvado la vida —repitió Andrew en tono burlón—. Anoche estaba aburrido. Desperté a ese hombre... ¿cómo se llama? El comerciante en pieles...

—Querrá decir cómo se llamaba —dijo Pavel, glacialmente—. Está muerto.

—No me era simpático, de todos modos —dijo Andrew—. El caso es que le desperté y le dije que me enseñara las pieles. Hice que las desempacara todas. ¡Maldita sea! Si no hubiera hecho eso, usted estaría...

—Muerto —le interrumpió Pavel—. Pero usted estaría aquí moribundo, en medio de terribles dolores.

—Eso es lo que usted cree —replicó Andrew—. Ese no es mi estilo. Tendría que saberlo ya.

Pavel le miró con aire preocupado. Uno de los efectos colaterales de la droga que había utilizado, en determinados tipos susceptibles, era una especie de megalomanía eufórica. Al parecer, Andrew era susceptible.

—No. Mire usted a su derecha —continuó Andrew—. ¿Ve aquella caja negra?

Pavel siguió la dirección de la mirada del joven y vio una caja cuadrada, de color oscuro. Se acercó a ella y la levantó. Era muy pesada para su tamaño.

—Hay una cerradura de seguridad. Marque cinco, dos, cinco, uno, cuatro.

Con la ayuda de la linterna, Pavel obedeció y la tapadera saltó hacia atrás. Inmediatamente, la sangre se heló en sus venas.

—¿Sabe lo que es eso, ¿verdad? —inquirió Andrew triunfalmente.

—Sí. —Pavel oyó su voz tan áspera como el viento soplando a través de las dunas en el exterior—. Debí sospechar que se refería usted a esto. Es una «Fácil Salida».

Pequeña. No más larga ni más ancha que su antebrazo. Pero increíblemente cara. Aquel cilindro de color azul con su caperuza blanca en un extremo, que reposaba sobre una tela absorbente cubierta de terciopelo rojo, podía haber costado fácilmente la mitad que la Pennyroyal.

Era un desarrollo legal de un antiguo aparato que tuvo que ser prohibido porque en un planeta tras otro había anulado la voluntad de sobrevivir de los pioneros, ayudándoles a olvidar artificialmente los infinitos problemas que un mundo desconocido podía plantear. Negociantes cínicos y sin escrúpulos habían comprado versiones primitivas de la máquina —que ocupaba la mitad de una nave espacial—, y habían amasado fortunas aficionando a los colonos a universos imaginarios tan deliciosos, que los desdichados preferían morirse de hambre antes que renunciar a su siguiente sesión de placer. Varios mundos que ahora pertenecían de hecho y de derecho a una sola familia, habían sido «conquistados» de ese modo.

Cuando el escándalo amenazaba con alcanzar proporciones epidémicas, el indolente gobierno de la Tierra se decidió finalmente a promulgar una ley. Para entonces, sin embargo, los beneficios a obtener con la utilización de las máquinas habían disminuido sensiblemente: quedaban muy pocos mundos por sojuzgar. Y, además, la miniaturización había progresado —como siempre—, hasta el punto de

que la máquina se convirtió en un objeto personal, en vez de ocupar un espacio de cincuenta metros cuadrados. Como siempre, también, la ley fue un compromiso. No estaba prohibido fabricar los aparatos: sólo comprarlos o utilizarlos si no se era un viajero espacial de buena fe o no se estaba comprometido en alguna ocupación tan peligrosa como para implicar el riesgo de un accidente fatal. En la práctica, eso significaba que eran vendidos a turistas espaciales, funcionarios del gobierno y altos empleados de las líneas espaciales. Todos muy ricos, naturalmente.

Una vez activados —y lo único que se requería para su activación era hacer girar la caperuza blanca y apretarla hacia abajo—, emitían una señal directa hasta el cerebro de cualquiera que se encontrara dentro de su campo de acción, es decir, a una distancia inferior a cien metros. La señal establecía un lazo, por así decirlo, entre los centros del placer del cerebro y la memoria, induciendo a los restantes recursos del cuerpo a participar en la construcción de un delicioso sueño, tan absorbente, tan convincente, que los pequeños detalles tales como pérdida de sangre, o hambre, o insoportable dolor, eran olvidados inmediatamente. Atrapado en el derrumbamiento de una mina, hundido en un océano con aire para una hora, perdido entre las estrellas, un hombre podía restablecer el equilibrio de su vida en una ilusión idealmente feliz. Según el temperamento, podía ser erótica... o una comida orgiástica... o el reencuentro con un alucinógeno favorito... o la realización de una ambición alimentada durante toda una vida... o...

O cualquier cosa. Literalmente, cualquier cosa.

En principio, pues, era una idea maravillosa y humanitaria. ¿Qué destino podía haber más cruel para un ser sensible que el conocimiento de una muerte espantosa e inevitable? Cuando no existía ninguna esperanza de rescate, era preferible que un hombre terminara sus días en medio de un indecible deleite.

Muy bien.

Pero en el momento en que se apretaba la caperuza, era seguro que terminarían sus días. Era un gesto que equivalía al suicidio. Una vez quemados aquellos nuevos senderos nerviosos en la corteza cerebral, quedaba cortada toda posible retirada de la muerte.

Según lo que Pavel había leído, aquello no ocurría con las versiones primitivas. Entonces cabía la recuperación, lo mismo que en el caso de los antiguos drogadictos, a base de una increíble autodisciplina y de una prolongada, lenta y penosa ayuda psiquiátrica. Con un modelo tan perfeccionado como el que ahora tenía en la mano... no.

Cerró la caja y la colocó sobre un estante, lejos del alcance de Andrew.

—¿Qué está usted haciendo? —gritó éste—. ¡Ha dicho que sabía lo que era! ¿No sabe ponerlo en marcha?

—Sí.

Pavel apartó la mirada y enfocó su pequeña linterna sobre su material médico, para escoger lo que iba a necesitar para completar la tarea que apenas había iniciado.

—¿Entonces...?

—¡Oh! ¡Cállese! —exclamó Pavel, con una rabia insospechada. Desde luego, no era el tono que un médico debía utilizar con su paciente—. ¡O le haré callar yo! —Cogió un inyectable anestésico, no local como el que ya había administrado, destinado a inactivar selectivamente dolores nerviosos, sino uno que bloquearía todo el sistema nervioso—. En realidad —gruñó—, estaba decidido a hacerlo de todos modos.

Y aplicó el inyectable al brazo de Andrew.

—¡Bastardo! —aulló éste—. ¡Es usted un canalla! ¡Es un...!

No pudo completar su último insulto: sus ojos, relucientes a la pálida claridad de la linterna, se cerraron contra su voluntad, y unos segundos después quedó completamente inmóvil.

Así podrá trabajar mejor, sin causarle molestias...

Pero Pavel sabía, incluso mientras apartaba la colcha y empezaba a ocuparse maquinalmente en la desagradable tarea de limpiar excrementos y sangre seca de la parte inferior del cuerpo de Andrew, que aquella no era la verdad. Había existido tanta violencia en aquel acto como si hubiese propinado a Andrew un puñetazo en la mandíbula.

Y el motivo por el cual necesitaba dar rienda suelta a aquella violencia...

Bueno, a pesar de que su mente estaba preocupada con su trabajo, a pesar de que el efecto de la inyección estimulante que se había aplicado a sí mismo estaba medio gastado por el déficit en oxígeno del aire y por el hambre que ahora —paradójicamente— hacía que su estómago gruñera audiblemente, Pavel era capaz de razonar su actitud. Estaba terriblemente asustado. De acuerdo con los índices modernos, era muy joven —aunque no tanto como Andrew—, con sus treinta y cinco años y la perspectiva de vivir probablemente hasta los ciento veinte. Proporcionalmente, vis-a-vis de Andrew, se encontraba en la misma situación en que se habría encontrado un hombre de veintiún años tratando con un muchacho de doce o trece antes de que el género humano empezara a colonizar otros sistemas solares: muy consciente de las ventajas de ser adolescente, debido a que estaban aún muy frescas en su propia memoria, pero terriblemente impaciente con las consecuencias de ser adolescente, debido a que estaba tan agotado por haberlas conquistado gradualmente en sí mismo.

Como si se impusiera un castigo por haberse rendido a la rabia y al miedo, se esmeró de un modo especial en su tarea de limpieza, manipulando directamente algunas de las partes más repugnantes, para las cuales podía haber utilizado un instrumento... suponiendo que el instrumento funcionara después del choque. Eventualmente, sin embargo, decidió que los efectos del estimulante se habían desvanecido del todo, y que no debía tomar una segunda dosis antes de comer.

Por entonces había hecho absolutamente todo lo que sus recursos le permitían hacer: Andrew estaba cogido en una red de mecanismos médicos, algunos de los

cuales había tenido que ir a buscar al botiquín, que reducirían el dolor a la mínima expresión, extraerían las toxinas de la fatiga directamente a través de la piel, recogerían lo que expulsaran sus intestinos y su vejiga y le protegerían contra el peligro de alguna infección degenerativa tal como la gangrena. Suponiendo que la nave de rescate llegara dentro de quince días, Andrew no debía simplemente sobrevivir, sino sobrevivir en unas condiciones que le permitieran soportar la operación que debía serle practicada en la espina dorsal para restablecer su capacidad motriz. Era un éxito del que podía sentirse orgulloso, teniendo en cuenta que no había utilizado la mayor parte de su instrumental, dando por supuesto que había quedado inservible después del choque.

Ahora había llegado el momento de pensar en sí mismo... tan claramente como el aire le permitiera hacerlo.

Estaba sediento, no sólo seco a causa del árido aire del planeta, sino realmente deshidratado por su duro trabajo. Tenía cierto número de frascos de agua destilada en el botiquín, incluidos varios de a litro tan bien empaquetados que habían quedado intactos, y tenía una buena provisión de solución de glucosa y otros concentrados energéticos, diversos estimulantes que aceleraban el proceso de regeneración del tejido muscular, numerosas tabletas y cápsulas destinadas exclusivamente a tests metabólicos, pero que en caso de emergencia podían ser utilizadas como alimento, e incluso diversos productos químicos que generaban oxígeno y que podría usar si el enrarecido aire natural y la presión del exceso de CO₂ le dificultaban la realización de alguna tarea urgente.

Pero si podía arreglárselas sin echar mano de aquellos productos, tendría más posibilidades de aguantar hasta que llegara el rescate. Prefería pasar hambre hasta que una nave se presentara a recogerle, y dejar tras de sí un almacén de productos sin utilizar, a...

¿A que?

Se sentó maquinalmente en un taburete que había permanecido milagrosamente en pie en medio de la maraña del botiquín, y apagó la linterna que sostenía en la mano. Una leve claridad, ahora muy rojiza debido a que el sol se estaba poniendo, le mostró su entorno. Pavel se enfrentó, finalmente, con el motivo fundamental de su ataque a Andrew.

No creía con todo su ser que iba a ser rescatado. No creía que se tomaran medidas para organizar expediciones de socorro hasta que el retraso de la Pennyroyal resultase tan anormal que alguien de Carteret se pusiera furioso. No había realizado muchos viajes con la nave de Magnusson, pero sabía que un par de semanas no significaban nada para el capitán.

A menos de que pudiera improvisar una baliza luminosa o, mejor aún, un potente señalizador de radio...

Pero él estaba licenciado en medicina, no en mecánica ni en electrónica. Si se resistía a utilizar sus instrumentos profesionales, temiendo que después del choque no

podía confiarse en ellos, ¿cómo podía confiar en un señalizador subespacial o de radio, suponiendo que lograra extraer uno de la masa de arena en que estaba hundida la parte posterior de la nave y conectarlo a una fuente de energía? ¿Cómo podría saber si estaba pidiendo ayuda, o simplemente encendiendo las lámparas del circuito?

Pensó en la desalentadora tarea de palear arena, encontrando cadáveres, quedando frustrado debido a que las cápsulas de alimentos estaban aplastadas y su contenido resultaba incomible, una tarea ineludible si estaba realmente decidido a sobrevivir.

Y luego pensó en la Fácil Salida.

Sí, aquello era lo que le asustaba, más que el peligro de morir aquí, olvidado, en un mundo deshabitado.

Si no hubiese sabido que la FS existía si hubiese podido ocuparse únicamente de los problemas de supervivencia, podría haber salido adelante. Tal como estaban las cosas, sabía que debía escoger entre una muerte desesperada y una muerte deliciosa, él...

«¡NO!».

Se asombró al oír que gritaba en voz alta y se puso en pie de un salto. Algo en las profundidades de su mente había dicho: No quiero morir de ningún modo.

Aquello tenía sentido. El no quería permanecer aquí, en Quasimodo IV. No quería tener las piernas doloridas y una torcedura en el tobillo y una garganta seca, y particularmente no quería un paciente que le insultaba cuando trataba de ayudarlo. Pero quería vivir. Con casi tres cuartas partes de una vida por delante, odiaba la idea de que podía estar condenado por la negligencia de un imbécil.

Con paso inseguro, latiéndole las sienes, guiado únicamente por el delgado rayo de luz de su linterna, llevó a cabo una segunda exploración de la nave.

Transcurrieron las horas. Su reloj seguía funcionando, pero se había olvidado de consultarlo cuando despertó después del choque, y cuando se le ocurrió mirarlo descubrió que le servía de muy poco. Había sido puesto con el arbitrario tiempo de la nave, y le aseguraba que la hora «real» correspondía a unos minutos antes de mediodía. Pero el cielo estrellado que veía ocasionalmente permanecía oscuro, y Pavel recordó vagamente haber oído en alguna parte que el día de este planeta era mucho más largo que el de la Tierra, ya que duraba más de treinta horas. De modo que no le sería posible predecir el amanecer, hasta que hubiese visto uno, y otro crepúsculo.

Pero aquello carecía de importancia. Pavel tenía relojes biológicos en su cuerpo que eran más importantes, y el más escandaloso se encontraba en su estómago. Estaba seguro de que su creciente debilidad era debida al hambre, más que a la falta de oxígeno y a sus numerosas magulladuras. Y, sobre todo, a la sed.

En consecuencia, dirigió sus primeros esfuerzos excavatorios al lugar en el que había estado situado el restaurante de la nave, en el lado del casco opuesto a su botiquín. Pero había quedado mucho más aplastado que el otro lado, y la arena formaba un alto montón que rellenaba invariablemente los espacios que Pavel dejaba

libres. Estaba al borde de la desesperación cuando descubrió algo que brillaba a la luz de la linterna.

La etiqueta decía: LECHE ENTERA.

Pavel cogió la bulbosa lata y se la llevó a los labios, ignorando la arena pegada al pitorro. La arena era presumiblemente estéril, y si no lo era, Pavel había estado expuesto ya una y otra vez a las microscópicas formas de vida que pudiese contener. Bebió la leche a grandes tragos, pensando con una parte de su mente que en aquel acto había —o tendría que haber— algo de simbólico.

Aunque este planeta no era lo que él podía desear como sustituto de la Madre Tierra.

A continuación encontró todo un grupo de latas similares, al parecer el contenido de una estantería que se había deslizado a través de un mamparo en el choque. Muchas de ellas estaban aplastadas y habían derramado su contenido, pero Pavel recuperó más leche, varios tipos de consomé y caldo y cinco o seis clases de puré. Más allá, había un revoltijo de fruta natural, incluidas manzanas, papayas y un cítrico híbrido que le gustaba mucho, llamado yabano, parecido a un limón hinchado hasta alcanzar el tamaño de una naranja y con una pulpa de color sonrosado. Lo peló rápidamente y se había introducido ya un gajo en la boca cuando comprobó lo que su sentido del tacto le había estado advirtiendo: el choque había puesto en contacto la fruta con algún objeto de cristal, y el cristal se había roto. Todo el yabano estaba impregnado de diminutas y puntiagudas aristas.

Pavel escupió lo que tenía en la boca y tiró la fruta con rabia. Si esto era lo que iba a pasar en todas partes, podía...

¡NO! ¡NO!

Al menos, esta vez no lo gritó en voz alta, sino que lo dijo en el interior de su cerebro, enérgicamente:

¡No voy a utilizar la Fácil Salida! ¡No voy a utilizarla! ¡NO!

Y luego, una sinceridad que detestaba le impulsó a añadir:

Al menos... creo que no voy a utilizarla.

Le echó una mirada final a Andrew, que seguía inconsciente, y le inyectó una dosis de glucosa vitaminada. Había encontrado algunos frascos de aquel preparado, intactos, así como otros concentrados ricos en proteínas. De todos modos, Andrew tenía suficiente grasa en su cuerpo para resistir varios días, y no iba a deshidratarse de la noche a la mañana... o cualquiera que pudiese ser el equivalente del «de la noche a la mañana», medido en términos de lo que Pavel tardaría en despertar después de haberse dejado caer sobre su montón de pieles. Su propio camarote, situado en los alojamientos de la tripulación, era inalcanzable, pero una docena de pieles en el pasillo le proporcionaron un blando lecho al alcance de la voz de Andrew si éste recobraba el conocimiento.

El resto...

podía esperar...

hasta más tarde...

—¡Póngalo en marcha! ¡Maldito sea! ¡Póngalo en marcha!

Pavel despertó inmediatamente. El grito, fantasmagórico en el resonante pasillo, había parecido una continuación de su pesadilla, una visión de interminable errabundeo por un inmenso desierto. Se obligó a sí mismo a ponerse en pie, consciente de que tenía las ropas desagradablemente pegadas al cuerpo: normalmente, se cambiaba dos veces al día y tiraba la ropa sucia a la máquina recuperadora, que había quedado aplastada. Al menos, durante la noche una brisa se había llevado la pestilencia dejada por los incendios en el interior de la nave; el aire, aunque muy seco y pobre en oxígeno, era ahora completamente inodoro.

Cuando se había tumbado a dormir, había dejado cerca de él la linterna y varios frascos de medicamentos. De todos modos, ahora no necesitaba luz artificial —el sol debía estar muy alto en el cielo y proyectaba su claridad a través de todas las grietas del casco—, y estaba demasiado sobresaltado para preocuparse por las otras cosas. Entró en el camarote de Andrew, frotándose los ojos.

Se tranquilizó inmediatamente al ver el equipo médico que había instalado el día anterior. Los aparatos producían su propia energía, en previsión de un fallo de la corriente de la nave, y sus luces indicadoras continuaban brillando como diminutos ojos de reptil. Y no señalaban ningún cambio apreciable en el estado de Andrew.

—¡Aquello! ¡Aquello! —gritó Andrew con todas sus fuerzas, levantando su brazo derecho para señalar la estantería en la que Pavel había dejado la FS—. ¡Póngalo en marcha!

Pavel aspiró profundamente. Experimentaba la sensación de que su cabeza estaba rellena de arena, tenía la boca tan seca y tan áspera como si la arena hubiese entrado por aquel conducto, y su estómago estaba lleno de gas. También su tobillo parecía haber empeorado durante su sueño, en vez de mejorar, y cuando apoyó el peso de su cuerpo sobre aquel pie sintió un agudo dolor que le hizo parpadear.

Se acercó a la estantería, en silencio, cogió la FS y la sacó del camarote. Detrás de él, Andrew gritaba y aullaba.

Pavel pensó que debería lanzar la FS fuera de la nave, a la arena, para que el viento nocturno la cubriera, haciendo imposible el volver a encontrarla. Pero, cuando tensaba sus músculos para hacerlo, rechazó la idea. El rescate, después de todo, podía no llegar...

De los numerosos armarios de su botiquín sólo quedaba uno intacto. Pavel colocó la FS en su interior y cerró la puerta con llave, pensando mientras lo hacía: fuera de la vista, fuera de...

¿Mi mente?

Pero no quería pensar en ello.

Cuando regresaba al camarote de Andrew oyó, desde varios metros de distancia, el sonido de unos incontenibles sollozos. Apresuró el paso y, efectivamente, encontró

a Andrew cubriéndose el rostro con las manos, llorando.

—¡Vamos, vamos! —murmuró Pavel en tono tranquilizador, tocando el brazo del joven—. Ya estoy aquí, y...

—¡Póngala en marcha! —repitió Andrew, sin apartar las manos de su cara.

—Me he llevado la FS —dijo Pavel, y esperó.

—¿Qué? —Las manos se desprendieron del rostro empapado en lágrimas—. ¡Es mía! ¡Le he dicho a usted que la ponga en marcha, y tiene que ponerla en marcha! ¡No puedo soportar el estar tendido aquí y sufrir este dolor!

Pavel escogió cuidadosamente las palabras antes de decir:

—Pensé que preferiría sobrevivir, para disfrutar de todas esas cosas de que ha estado alardeando durante el viaje: el dinero, el lujo, el poder que la riqueza de su familia le proporcionará... —Yo...

Andrew vaciló, dejando que sus brazos cayeran a sus costados. Contempló con ojos llenos de temor los aparatos que encerraban su cuerpo de cintura para abajo. Pavel siguió esperando.

Bruscamente —e inesperadamente—, Andrew dijo: —Si no tiene usted mucho anestésico, será mejor que lo ahorre para cuando yo empiece a gritar. Pero, ¿no podría inyectarme un sedante?

Pavel exhaló un gran suspiro de alivio. Nunca había oído hablar a Andrew en un tono tan razonable. Dijo:

—Desde luego. Aunque no queda mucho sedante, tampoco. Todos mis frascos de medicamentos pasaron conmigo a través del mamparo del botiquín, y si bien es posible que algunos de ellos se hayan salvado al aterrizar sobre las pieles, tardaré algún tiempo en localizarlos. Aquí hay algo que le irá bien, de momento.

Escogió un inyectable de entre los medicamentos que había traído y lo aplicó.

—Gracias —dijo Andrew, incluso antes de que le hiciera efecto—. Yo... supongo que debo disculparme con usted. Pavel se encogió de hombros.

—¿Cómo se encuentra? —inquirió Andrew.

—¿Yo? —Pavel no logró disimular su sorpresa—. ¡Oh! No estoy demasiado mal.

—¡Le he hecho una pregunta! ¿No merezco una respuesta?

—Bueno... —Pavel se relamió los labios—. La cabeza me duele mucho, pero supongo que a usted le ocurre tres cuartos de lo mismo. Es el aire. Tengo la garganta dolorida, pero eso se debe también al aire: es muy seco. Cuando se produjo el choque, quedé bastante magullado y con una torcedura de tobillo. Ahora ya lo sabe. Y como médico, le doy mi palabra de que mi estado es mucho mejor que el suyo.

—Evidentemente. —El fantasma de una sonrisa asomó al pálido rostro de Andrew—. Estoy tan maltrecho, que sólo podrían arreglar el estropicio en un hospital importante, ¿verdad?

Pavel asintió.

—Entonces, ¿por qué diablos no pone en marcha la FS? —estalló Andrew.

Pavel frunció el ceño. Finalmente dijo:

—¡Es usted un mozalbete consentido! Un... Un... ¡Oh! No encuentro un nombre lo bastante malo para usted...

—¡Oiga! No le consiento...

Pero Pavel le interrumpió:

—Antes de que intente otro de sus trucos, métase eso en la cabeza, ¿quiere? ¡Yo deseo seguir viviendo, aunque a usted le tenga sin cuidado! Le han mimado tanto durante toda su vida, que la posibilidad de un sufrimiento le hace temblar como un niño asustado y sentirse sin fuerzas para resistirlo. Pero no conseguirá llevarme al terreno que usted quiere, no me obligará a hacer lo que usted quiere. ¡Por una vez en la vida, tendrá que limitarse a hacer lo que otro quiere!

Se produjo un silencio mortal. Desde que Pavel había despertado, toda la nave había permanecido silenciosa, aparte del sonido del viento al infiltrarse a través de las grietas del casco. Los únicos aparatos que funcionaban, los del equipo médico, estaban diseñados con demasiada precisión para producir ruido, incluso después del baqueteo a que habían estado sometidos.

Luego, la calma artificial de la última inyección que le habían aplicado se extendió por el rostro de Andrew.

Dijo:

—Bueno, si está tan decidido a conservarme con vida, podría hacer también que me sintiera cómodo. Mis dolores son muy intensos.

—De acuerdo —asintió Pavel—. Pero la dosis será pequeña. Tengo que acostumbrarle paulatinamente a que soporte algo de su dolor. No hay modo de calcular cuánto tiempo pasará antes de que nos rescaten.

Encontró y aplicó la inyección.

—Y temo que no puedo estar absolutamente seguro acerca de la extensión de sus lesiones internas —continuó—. Para más seguridad, tendré que mantenerle hidratado con una transfusión intravenosa, en vez de permitirle beber.

—Pero, yo tengo mucha sed —arguyó Andrew, frunciendo los ojos.

—Supongo que debe tenerla. Le proporcionaré unas tabletas para que conserve la boca y la garganta húmedas, pero tendré que racionárselas, también...

—... porque podemos quedar retenidos aquí mucho tiempo —murmuró Andrew—. ¿Qué le hace estar tan seguro de que van a rescatarnos?

—Estamos en el mismo sistema que Carteret —dijo Pavel—. Nuestro retraso terminará por llamar la atención. Si hay algún detector cerca de aquí, habrá registrado nuestro paso. Incluso es posible que haya registrado nuestra caída.

—Si ha registrado nuestra caída, nadie se molestará en buscarnos —dijo Andrew—. Usted y yo somos los únicos supervivientes, ¿no es cierto? Teniendo en cuenta la velocidad a que navegábamos, darán por sentado que la nave y todos los que viajaban en ella quedaron pulverizados.

Pavel estaba convencido... a medias de todo aquello, pero no quiso darlo a entender. Por el contrario, trató de mostrarse optimista.

—No, si logro encontrar algo que pueda servir como señalizador —dijo—. No soy ingeniero ni entiendo en mecánica, pero confío en encontrar, tarde o temprano, un transmisor en buen estado, o algo por el estilo. Bueno... ahora voy a dejarle para ocuparme de ello.

—¡Tengo sed! —dijo Andrew.

—¡Oh, desde luego! Le traeré una de esas pastillas para chupar...

Detrás de las cerradas puertas del armario, la presencia de la FS pareció burlarse de él cuando entró en el botiquín.

Después de prepararse un frugal desayuno con media lata de puré, Pavel se sentó para trazar un plan de trabajo. En este aire enrarecido no se atrevía a realizar esfuerzos excesivos; por otra parte, tenía que actuar rápidamente para aumentar sus posibilidades de supervivencia, improvisando el señalizador a que se había referido o, simplemente, localizando más provisiones.

Poco después, a pesar de su cefalalgia, había decidido lo que iba a hacer. En primer lugar buscó algo que pudiera servirle de pala. No tardó en encontrar una silla de plástico duro con una pata de metal que seguía pegada al asiento e, insertando la pata en una grieta de la pared y apoyándose en el asiento con todas sus fuerzas, consiguió doblarla de modo que el asiento formara una especie de pala, y la pata un mango. Excelente. Muy satisfecho de sí mismo, empezó a cavar donde el día anterior había encontrado las latas.

Y casi inmediatamente descubrió un cadáver mutilado.

Se le ocurrió la idea de que, en caso de necesidad, podía reservar los alimentos enlatados para más tarde y comer carne. Esta se conservaría mucho tiempo en esta atmósfera tan seca, no contaminada por bacterias como la de la Tierra.

¡Repugnante! —gritó su subconsciente—. ¡Antes la FS que el canibalismo!

Tal vez.

Arrastró el cadáver con un gran esfuerzo hasta una ancha grieta del casco y lo empujó al exterior. Luego salió él mismo por el agujero, para enterrar el cadáver echándole encima unas paletadas de arena. A continuación decidió dar una vuelta alrededor de la nave, en vez de volver a entrar por donde había salido. Le dolían las piernas, la arena estaba muy seca y Pavel se hundía a cada paso hasta los tobillos. Pero logró echar una ojeada a toda la parte de la nave que estaba a la vista, y cuanto más veía más se maravillaba de haber podido escapar con vida. La nave era visible apenas en la quinta parte de su longitud, y estaba tan machucada como un huevo duro a punto de ser descascarillado. Su corazón se encogió. ¿Existía alguna esperanza de encontrar algo en condiciones de ser utilizado como señalizador?

Bueno, sólo había un modo de averiguarlo. Pavel empuñó la improvisada pala con aire decidido.

Después de aquello, el tiempo transcurrió con una monotonía exasperante. Los

entusiasmos de Pavel no tardaron en disolverse en la rutina. Cavaba un rato, y aprovechaba el descubrimiento de un cadáver o la localización de algún elemento intacto como pretexto para interrumpir su trabajo, y entonces acudía al camarote de Andrew para atender sus demandas, o —cada vez con más frecuencia— para informarle de que no podían ser atendidas, debido a que sólo quedaba un puñado de inyectables, o que los aparatos indicaban que sería peligroso suministrarle más líquido por vía oral, o que existía algún otro motivo para negarle lo que deseaba.

La primera vez que le dijo a Andrew que tendría que resistir un poco más antes de que le aplicara una inyección, el joven frunció los labios y dijo:

—Lo está usted pasando en grande, ¿verdad? Le gusta esto.

—¿Qué?

—Le gusta esto. Le gusta tener a alguien completamente indefenso, como yo. ¡Le da una sensación de poder!

Unas gotas de sudor perlaron su rostro, pero se evaporaron casi inmediatamente en el aire seco.

—¡Tonterías! —dijo Pavel bruscamente, inclinándose sobre los aparatos instalados al pie de la litera.

Una de las luces, normalmente verde, se había convertido en roja. Pero no existía ningún remedio para aquello.

—¡Oh, conozco a los de su tipo! —insistió Andrew—. Para usted, no hay nada mejor que...

—¡Cállese! —ordenó Pavel—. Estoy tratando de que los dos nos conservemos con vida. Y, si es posible, cuerdos. No empiece con estúpidas fantasías como esa, si no quiere exponerse a que me ponga furioso. Y estoy viviendo ya de mis nervios.

—¿Qué es lo que hace un médico cuando su paciente le pone furioso? ¿Desconectar los aparatos que le mantienen con vida?

—No —dijo Pavel, suspirando—. Se marcha donde no le llegue la voz del cascarrabias, y se queda allí.

Salió del camarote dando un portazo. En el pasillo, se apoyó unos instantes contra la pared, con la cabeza entre las manos. Si esto tenía que durar indefinidamente...

Pero había mucho trabajo por hacer.

Mientras hundía la improvisada pala en otro montón de arena, Pavel se preguntó tristemente por qué estaba perdiendo el tiempo. Ahora se encontraba en el sector donde tendría que haber localizado material electrónico o subelectrónico utilizable, y lo único que encontraba eran masas de metal y plástico carbonizadas o semifundidas. El sector en cuestión había sido de los más afectados por los incendios. También, de cuando en cuando, encontraba restos de uniformes de los tripulantes, tales como hebillas de cinturón e insignias. Y huesos.

Tardó tres días —mejor dicho, tres jornadas diurnas— en limpiar el sector de la nave en el que había depositado mayores esperanzas. Lo único que encontró en buen estado fue una lámpara de emergencia, con su globo intacto y su sistema de pilas

apenas por debajo del máximo. La encendió, pensando cuan maravilloso era tener una luz decente. Y entonces pensó, remordiéndole la conciencia, lo terrible que debía resultar para Andrew permanecer tendido en medio de la oscuridad, solo, obligado a esperar horas enteras entre dos inyecciones anestésicas. Cogió la lámpara y la llevó al camarote de Andrew.

El joven estaba dormitando, y no reaccionó ante el sonido de la puerta al abrirse: ahora se movía ruidosamente, debido a los granos de arena que habían ido incrustándose en su parte inferior. Sin embargo, cuando abrió los ojos no hizo ningún comentario sobre la lámpara. Dijo:

—¡Pavel! ¡Tiene usted un aspecto horrible!

—¿Qué?

Pavel se tocó la cara. Llevaba barba de tres días, desde luego, y sin duda la suciedad y el sudor habían formado una costra sobre su piel. Pero aquello era lo que menos le importaba.

—Es posible —gruñó—. Pero no importa. He encontrado esta lámpara. Y he pensado que podría serle útil. Ahora que tendrá luz, puedo buscarle algo para matar el tiempo. Tal vez un libro, si le gusta leer... O algún juego de la sala de recreo. He excavado allí y he encontrado unas cuantas cosas.

Pero Andrew no parecía escucharle. Dijo:

—¿Por qué diablos está haciendo todo eso? ¿Ha encontrado usted un medio de enviar una señal a una expedición de rescate?

—Bueno... —Pavel se relamió los labios; tenían sabor a polvo—. He encontrado ya mucho material, pero...

—Pero no funciona.

—No, temo que está todo aplastado.

—Lo he creído así desde el primer momento —dijo Andrew. Ahora, a la brillante claridad de la lámpara, Pavel pudo ver que las mejillas del joven estaban profundamente demacradas, y que otra de las lámparas que ayer despedían un destello verde, a los pies de la litera, había cambiado al rojo. Rojo de peligro—. Pavel, debería usted dejar la FS en un lugar donde yo pudiera alcanzarla. Supongamos... bueno, supongamos que usted está cavando en alguna parte y le cae una viga encima... Supongamos que queda usted atrapado y no puede volver al lugar donde dejó el aparato...

—Yo no quiero utilizarlo —dijo Pavel obstinadamente.

—¡Y no me mantiene libre de dolores todo el tiempo!

—No puedo, porque...

—¡Oh, ahórrese el disco! —dijo Andrew, volviendo la cabeza al lado contrario de la lámpara y cerrando de nuevo los ojos.

¡Desagradecido bastardo!, pensó Pavel, y salió del camarote.

Aquella noche, al igual que las noches anteriores, se quedó dormido en el momento en que se tendió en su lecho de pieles en el pasillo, cerca de la puerta del

camarote de Andrew. Soñó en mundos lejanos en los que se había sentido feliz y relajado, en los que había tomado el sol y saboreado deliciosos manjares en compañía de mujeres hermosas, en los que...

¿Se habría apoderado Andrew de la FS, poniéndola en marcha?

La idea brotó súbitamente a través de la euforia de sus sueños y le hizo ponerse en pie de un salto. Levantarse y despertar fueron actos simultáneos. Estaba todo oscuro, ya que había apagado la lámpara para ahorrar la energía de las pilas, puesto que Andrew estaba también dormido. Pero la había dejado en un estante junto a la puerta del camarote, y la puerta estaba entreabierta. La localizó al tacto y la encendió.

Andrew estaba tendido, muy pálido, sudando de nuevo, con los puños apretados y la mandíbula contraída, y otra luz roja había aparecido al pie de su litera.

—¿Está usted agonizando! —exclamó Pavel.

—No quería... despertarle —murmuró Andrew entre sus apretados dientes—. Pensé que usted... merecía su descanso.

¿Qué diablos le estaba pasando a aquel joven consentido? Pero Pavel no perdió tiempo en interrogarse acerca de aquello. Como de costumbre, había dejado unos cuantos frascos de medicamentos junto a la litera. Escogiendo un analgésico, le inyectó a Andrew una dosis completa.

—Gracias —susurró el joven, y la expresión angustiada se borró de su rostro—. Lamento haberle molestado. Supongo que he gritado en contra de mi voluntad.

—No tiene importancia —dijo Pavel.

—¿Sabe una cosa? —continuó Andrew, mirando al techo—. He estado pensando. Creo que nunca había tenido que pensar tanto en la misma cosa, una y otra vez, en toda mi vida. Cuando se produjo el choque, yo estaba muy asustado. No me daba cuenta. Me decía a mí mismo que no era posible que todo aquello me estuviera sucediendo a mí... ¡a Andrew Alighieri Solichuk-Fehr! Y... bueno, tal como veo ahora las cosas, lo único que estaba haciendo era tratar de ocultar la verdad, ¿no es cierto? No se moleste en contestarme. Ahora lo veo todo claro. Ha estado usted trabajando como... como un robot, sabiendo lo que podía y lo que no podía hacerse, y... bueno, imagine la situación al revés: yo en pie y usted hecho polvo en una litera, como yo... ¡No habría sabido qué hacer! ¿Habría enloquecido! Me hubiese limitado a poner en marcha la FS.

Pavel escuchaba, sin acabar de dar crédito a sus oídos.

—De modo que yo... bueno, lo que quiero decir es que le estoy muy agradecido. Ha sido una verdadera suerte que la otra persona superviviente fuese usted. He acabado por darme cuenta de que de no haber sido por usted ya estaría muerto.

Apretó de nuevo los puños... aunque esta vez el gesto no era provocado por el dolor.

—¡Y tiene usted razón! ¡Es absurdo morir cuando la muerte no es irremediable! ¡Es absurdo abandonar porque no se puede soportar un pequeño dolor, porque no se tiene la seguridad absoluta de ser rescatado! A fin de cuentas, el hecho de estar vivo

después de una catástrofe de tal magnitud es un verdadero milagro.

—Eso creo yo —dijo Pavel, en tono grave.

Por el rabillo del ojo observó que la luz roja había pasado de nuevo a ser verde, una señal de que la peligrosa tensión en el metabolismo de Andrew era provocada por el dolor. Dilema: o mantener el dolor amortiguado, para proteger sus funciones vitales, o ahorrar la provisión de sedantes y hacer su vida soportable, si no cómoda, la mayor cantidad de tiempo posible...

Aunque ahora no podía coordinar sus ideas al respecto, ya que su mente se encontraba aún bajo los efectos del sueño. De todos modos, Andrew no había terminado.

—¿Está usted seguro de que nos encontramos en Quasimodo IV?

—¡Ah! —Hasta aquel momento, Pavel no había estado seguro de que Andrew hubiese captado los detalles que él había sugerido acerca de su situación—. Sí, al menos, tan seguro como puedo estarlo sin comprobar algunos datos acerca del sistema al cual nos dirigíamos. No he excavado aún en el sector de la biblioteca, pero creo que me estoy acercando a él.

—Bueno, en vez de perder el tiempo en juegos y esas tonterías, ¿por qué no me trae lo que pueda salvar en libros y microfilms? Si hubiese modo de hacerse con una lupa o un microscopio, tal vez podríamos suplir la falta de energía y leer los microfilms contra esa luz...

—Desde luego. Pero... bueno, procuraré encontrar la manera de ampliar alguno de los microfilms para que usted pueda leerlo.

—Estupendo —dijo Andrew—. Ahora, vuelva a dormir, o a preparar su desayuno, o a hacer lo que le parezca. Yo estaré bien hasta que pasen los efectos de la inyección. Y trataré de no molestarle, después, hasta que me resulte imposible soportar el dolor.

¡Fantástico! —pensaba Pavel mientras cavaba cada vez más profundamente en las zonas accesibles de la nave—. ¡Haber encontrado esa fuerza de voluntad citando tendría que estar agonizando!

Era una ayuda —una gran ayuda— saber que tenía un compañero en la adversidad, después de todo, alguien con quien podía hablar en vez de representar una carga para él, una constante preocupación.

Logró rescatar algunos libros, medio quemados, cuyas páginas tenían que volverse cuidadosamente para evitar que se desmenuzaran, y Andrew, incorporado a medias sobre su almohada, le ayudó a rebuscar en ellos con la lámpara portátil. Encontraron algunas referencias a Quasimodo IV —no muchas, ya que nunca había sido un planeta que interesara demasiado a los hombres del espacio—, las suficientes para confirmar que efectivamente se hallaban en él, y además que normalmente estaban en el mismo lado del sol local que Carteret.

Pero, en ese caso...

¿Por qué no hemos sido rescatados ya?

El cuarto, el quinto, el octavo día se fundieron con el pasado, casi sin fisonomía propia. El trabajar en una atmósfera pobre en oxígeno estaba debilitando a Pavel; aborrecía el momento del despertar, y a menudo su tarea de excavar se reducía a los movimientos automáticos de una máquina, hasta el punto de que dejaba al descubierto un aparato potencialmente útil antes de que su adormilado cerebro lo reconociera. Luego tenía que escarbar con las manos en el montón de arena para recuperarlo. Y, desde luego, seguía encontrando cadáveres.

Durante un breve tiempo, después de la notable exhibición de valor de Andrew, el armario en el que había guardado la FS no representó ninguna amenaza para Pavel. Un día, dos días más tarde, las ampollas de sus manos, la aspereza de sus labios, la rojez de sus ojos y la interminable e incurable sed que padecía, conspiraron para volver a despertar su espectro en su memoria. En vez de estar aquí, víctima de la dura realidad, podía hallarse en un mundo imaginario y delicioso, gozando del modo que eligiera, a base de las mujeres más hermosas, de los céspedes más mullidos, de las playas más bellas, de...

¡Basta!

Pero la provisión de medicamentos disminuía, a pesar de que los administraba cuidadosamente, lo mismo que los concentrados de proteínas y las soluciones de glucosa vitaminada que eran el único alimento que podía ofrecer a Andrew. Afortunadamente, disponía de bastante cantidad de una sustancia que regulaba el uso por el cuerpo de la grasa almacenada; se trataba de un producto destinado, básicamente, a los pasajeros que en el curso de un largo viaje espacial engordaban unos cuantos kilos y querían perderlos antes de tomar tierra. Pavel lo había considerado hasta entonces como una droga cosmética, y nunca se le hubiese ocurrido que podría encontrarle una aplicación práctica. Sin embargo, las dos inyecciones que le había administrado a Andrew dieron un resultado excelente, y aunque ahora la piel aparecía como deshinchada sobre su tripa precoz, podía utilizar lo que su incontinencia en el comer había almacenado entre sus músculos y su piel.

Pavel salía cada vez con más frecuencia al exterior de la nave para contemplar el cielo, a sabiendas de lo absurdo que resultaba hacerlo. Una nave de rescate orbitante no sería visible durante el día, y si llegaba de noche dispararía bengalas de señales y quizás proyectiles sónicos para despertar a los supervivientes e inducirles a encender fogatas, o a algo que revelara su presencia.

¡Fogatas!

Aquella idea debió ocurrírsele mucho antes; en realidad, sólo se le ocurrió cuando finalmente llegó a la conclusión de que era inútil continuar excavando. La parte de la nave que no había limpiado aún de arena estaba hundida, y Pavel carecía de las herramientas y de la fuerza necesarias para apartar las pesadas vigas de metal que bloqueaban su avance.

Había estado diciéndose a sí mismo que no podía hacer ninguna otra cosa constructiva, cuando de repente se le ocurrió la idea de encender una fogata. De

noche, especialmente, una fogata podía ser localizada desde muy lejos en un cielo tan claro. Había visto nubes una sola vez desde la catástrofe, y se encontraban en el horizonte alrededor del sol poniente. Presumiblemente había un océano en aquella dirección, pero una elevación del terreno —una cordillera de colinas o montañas— absorbía toda la humedad del viento antes de que soplara sobre el interior.

Andrew había encontrado escasas referencias a las condiciones meteorológicas de Quasimodo IV en los chamuscados libros que Pavel le había proporcionado. La mayoría de los bordes de las páginas estaban quemados, de modo que muchos detalles que podían haber sido útiles se habían convertido en humo...

De todos modos, ¿quedaba algo susceptible de arder brillantemente en aquella atmósfera tan tenue? Pavel realizó algunas pruebas, cautelosamente, con líquidos inflamables de su botiquín: alcohol, éter, tinturas y suspensiones con la advertencia MUY INFLAMABLE en sus etiquetas. Satisfecho al comprobar que podría encender una fogata empapando previamente de combustible lo que tuviera que arder, se dedicó a revisar los grandes montones de escombros que había apartado a un lado, dividiéndolos en dos nuevas categorías: cosas que podían arder, y cosas que no podían arder.

Aquello le mantuvo ocupado un par de días.

Poco a poco, sin embargo, empezó a sentirse obsesionado por el paso del tiempo. Murmuraba continuamente:

«Si podemos resistir cuatro días más... tres días más...».

Hasta que se impuso la realidad. No existía aún ninguna promesa de rescate. En su mente, el plazo de quince días que había calculado como límite del tiempo que podría mantener vivo a Andrew se había convertido en un artículo de fe. Si podemos resistir quince días, todo irá bien.

¿En qué se había basado para creer aquello? Ahora que habían transcurrido once, doce, trece días, se daba cuenta de que sus posibilidades de ser salvados eran menores, no mayores. Aunque Magnusson hubiese sido tan descuidado como para no señalar al puerto de llegada que la nave pasaba del subespacio al espacio normal, tenían que haber empezado a buscarles hacía mucho tiempo... suponiendo que algún detector hubiese captado el paso de la Pennyroyal.

Era evidente que Magnusson no había enviado la señal. Y al salir del subespacio, podían haber quedado tapados por aquel maldito planeta desierto, en cuyo caso los detectores que orbitaban alrededor de Carteret no habrían captado la caída...

La visión de la FS encerrada en el armario se irguió delante de él y entonó una burlona canción.

Debilitado por sus esfuerzos, por la escasez de oxígeno y de alimentos, Pavel se había acostumbrado a pasar un par de horas cada día, entre el agotamiento y el sueño, conversando con Andrew. Las primeras veces había sido una especie de estimulante para él; nunca había tenido una idea clara de lo que era la vida para alguien que

estaba destinado a heredar una de las grandes fortunas de la galaxia, procediendo como procedía por ambas partes de su propia familia de lo que vulgarmente se llama «el montón»: pioneros cinco generaciones atrás, que parecían haber agotado su ambición y su iniciativa en el acto crucial de abandonar la Tierra, sin regresar nunca a ella.

El mismo, al decidirse a embarcar como médico en una nave espacial en vez de establecerse normalmente, añadiendo además que posiblemente no escogería su mundo natal de Calibán para hacerlo, había sobresaltado a todos sus parientes, los cuales habían renunciado definitivamente a todo viaje interestelar. En cambio, Andrew había nacido en un medio identificado con los viajes por la galaxia: «Tío Herbert se encuentra en Halys y manda muchos recuerdos», o tal vez: «Creo que este año llevaremos los niños a Peristar».

Y no es que Andrew hubiese apreciado su buena suerte hasta ahora. Cuando le enviaban a recorrer los establecimientos familiares, lo consideraba más como una desagradable obligación que como un motivo de excitación y de alegría.

Ahora, escuchando a Pavel explicando su actitud, parecía haber llegado a la conclusión de que había sido un estúpido al desperdiciar una oportunidad por la que miles, millones de jóvenes hubiesen dado su brazo derecho. Doliéndole incesantemente la cabeza, temblándole continuamente las piernas y teniendo que concentrarse con todas sus fuerzas como un hombre que lucha para disimular su borrachera, Pavel había hecho todo lo que estaba a su alcance para estimular a Andrew... hasta el día en que admitió en su fuero interno que incluso si resistían las dos semanas de plazo que él mismo había fijado arbitrariamente, estaban condenados.

Entonces, mordaz y malhumorado, oyó su propia voz reviviendo acusaciones del último viaje de la Pennyroyal, referencias a Hans, referencias a borracheras, referencias a poltronería, glotonería y falta de consideración a los otros pasajeros. Dolido, al principio sorprendido, más tarde furioso, Andrew replicó airadamente, y lo que tenía que haber sido una charla amistosa terminó con un portazo que hizo retemblar las paredes del camarote.

Pero lo último que Pavel había visto mientras la puerta se cerraba era que no había otra luz roja —se había acostumbrado a una diaria, como promedio— que añadir al total, sino un nuevo racimo de ellas, que el día anterior eran verdes.

Temblando de pies a cabeza, esperó en el pasillo hasta que se hubo tranquilizado. Luego volvió a abrir la puerta.

—Lo siento —dijo—. Estoy avergonzado de mí mismo. Está usted sufriendo terriblemente. Las luces...

Hizo un gesto, señalando hacia el pie de la litera. Naturalmente, las luces estaban situadas de modo que el paciente no pudiera verlas.

—Lo sé —murmuró Andrew.

—¿Qué?

—¡Desde luego que lo sé! —exclamó Andrew, rabioso—.

Esos mecanismos no fueron diseñados para funcionar en una habitación a oscuras, sino en una sala de hospital con luces indirectas en las paredes, ¿no es cierto? Cada noche, cuando usted apaga la lámpara para que me duerma, veo su reflejo y sé que ahora es más rojo que antes. ¡Lo sé!

Las dos últimas palabras fueron un grito de desesperación.

Pavel se mordió el labio. Dijo:

—Creo que no he sido absolutamente sincero con usted. Yo... bueno, he dejado de creer en nuestro rescate. De haber existido esa posibilidad, el rescate ya se hubiera producido. ¿Quiere usted que...?

—¿Se refiere a poner en marcha la FS? —le interrumpió Andrew—. ¡No! ¡No, y mil veces no! Hizo usted muy bien al sacarla de aquí. Tendido en esta litera, con dolor o sin dolor, he llegado a comprender cuan preciosa puede ser la vida. No, no quiero que la utilice. ¡Tírela, entiérrela, aplástela con un martillo... cualquier cosa!

Pero su voz se quebró, y el sudor brilló sobre su piel.

—Bien... ejem... entonces, de acuerdo —dijo Pavel—. De acuerdo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Pavel volvió a soñar con la FS.

Y luego, por la mañana, las pesadillas no se interrumpieron.

Cuando abrió la puerta del camarote, después de un sueño intranquilo, cuando no poblado de horrores, encontró a Andrew no sólo dormido, sino inconsciente. Todas las luces de los aparatos, menos cuatro, habían cambiado al rojo. Una ojeada a las gráficas confirmó que lo que había agotado al paciente era su lucha por resistir el dolor; esto, y el consumo del último frasco de solución nutritiva de la limitada provisión de Pavel. Quedaba el agua suficiente para mantenerle hidratado, y bastante tejido en sus músculos para mantener en funcionamiento su metabolismo basal unas cuantas horas más... quizás un par de días, si permanecía completamente inmóvil.

Después... lo único que cabía esperar, con la más inexorable seguridad, era la muerte.

Pavel contempló a Andrew con una expresión de incredulidad en el rostro. Trató de decirse a sí mismo que había sido un éxito mantener a Andrew con vida y consciente, en su estado, durante tan largo espacio de tiempo: no quince días normales, como en algún momento había imaginado estúpidamente, sino quince de aquellos extra-largos días locales. Se trataba de un milagro médico, hasta cierto punto. Probablemente, ningún otro médico habría obtenido aquellos resultados sin la ayuda de toda una serie de aparatos para fijar el diagnóstico y el tratamiento.

Pero, ¿de qué servía haber realizado aquel milagro, si el final iba a ser el mismo?

Toda esperanza se desvaneció de su mente. Toda su tensa voluntad de sobrevivir se derrumbó, como un puente obligado a soportar una carga excesiva: doblándose, casi graciosamente, hasta convertirse en un informe montón de armazones y columnas. Cuando se volvió con movimientos maquinales y se encaminó hacia el

botiquín, había dejado de ser Pavel Williamson.

Hacia aquel armario por delante del cual había pasado tantas veces y que contenía la Fácil Salida.

La sacó, esbelta y fría, de su caja, recordando perfectamente el número de la combinación de su cerradura. La hizo girar entre sus manos, una y otra vez. El amanecer había quedado muy atrás, y había abundante luz para verla con todo detalle.

Le he negado esto —pensó Pavel—. Podía haber terminado su vida en pierio éxtasis, en vez de hacerlo en medio de una inútil y absurda lucha contra el dolor. Ahora morirá, inconsciente, y... y ha resultado ser un muchacho excelente, a su manera. Me siento casi encariñado con él... y horriblemente avergonzado de mí mismo.

Porque voy a utilizar lo que a él le he negado.

Convulsivamente, hizo girar la caperuza blanca de la FS y la apretó hacia abajo. Se hundió visiblemente a lo largo del vástago principal, y a continuación se produjo un zumbido.

Pavel cerró los ojos.

Sin dar crédito a sus sentidos, los abrió de nuevo. Todo era exactamente igual que antes. Excepto la FS. Muy pesada en sus manos, se estaba recalentando. Y...

Pavel la dejó caer con un juramento. Siguió un ruido sibilante, y una nubécula de humo brotó del extremo cubierto con la caperuza. Esta —de algún tipo de plástico, supuso— se deformó y ennegreció.

Y eso fue todo.

Pavel la contempló con aire de incredulidad durante largo rato. Se sentía como un suicida que se ha tomado un trabajo ímprobo escogiendo y anudando una cuerda... sólo para comprobar que se rompe bajo su peso.

—¡Maldita sea! —exclamó finalmente, enfurecido—. ¡Tantas precauciones, tantas discusiones, y se había estropeado en el choque! ¡No funciona!

La FS ya no humeaba. Pavel tocó el cilindro: estaba tibio, simplemente. Lo cogió, lleno de rabia, dispuesto a estrellarlo contra la pared...

¿Qué ha sido eso?

Desde alguna parte del exterior, un sonido rugiente. El suelo de acero del pasillo estaba vibrando. Pavel se inmovilizó, escuchando.

El sonido se desvaneció, para reaparecer al cabo de unos instantes, más fuerte. Pavel contempló horrorizado la FS que sostenía en su mano, pensando:

¿Ha funcionado, después de todo? ¿Es esto una ilusión provocada, la fantasía del rescate?

Pero, desde luego, sabiendo lo avergonzado que estaba cuando finalmente se había decidido a utilizar el aparato, podía descartar aquello. Cualquier ilusión que fuera capaz de gozar excluiría todo recuerdo de la FS, debido a que recordar su existencia le recordaría igualmente que estaba condenado a muerte...

Indeciso, miró a uno y otro lado... y súbitamente echó a correr hacia la abertura

más cercana del casco, para prender fuego al material que tenía preparado a fin de que la expedición de rescate pudiera localizarlos.

—Bueno... supongo que alguien debe disculparse por no acudir en su busca más pronto —dijo el doctor, en el hospital central de Carteret—. Pero resultaba lógico que se abandonara toda esperanza, desde el momento en que computaron el curso de la Pennyroyal. Quiero decir que, después de un choque de tal magnitud, era absurdo pensar que podía haber quedado alguien con vida, ¿no le parece?

—Desde luego —asintió Pavel. Se sentía mucho mejor, aunque aquella atmósfera rica en oxígeno le infundía aún una sensación de aturdimiento—. Y cuando se decidieron a ir allí, lo hicieron para recuperar materiales, y no para rescatarnos, ¿verdad?

—Temo que sí —admitió el doctor—. La Pennyroyal, como usted sabe, llevaba un cargamento de pieles muy valiosas, y la compañía de seguros que debía responder de ellas fletó aquella nave que les recogió a ustedes. Vaciló.

—A propósito —añadió finalmente—. Quiero felicitarle por el maravilloso trabajo que llevó a cabo con Andrew Solichuk. Como usted ya debe saber, su familia es de las más importantes de Carteret, y si le hubiesen encontrado muerto...

Terminó la frase con un gesto.

—Sí —dijo Pavel—. Sí, aunque parezca inmodestia, debo admitir que fue un buen trabajo.

Miró con aire ausente a través de la ventana. Se encontraba en un espléndido edificio, moderno, muy lujoso, rodeado de cuidadísimos parterres, y pudo ver una piscina y un solarium donde los pacientes se tostaban al sol. Inconscientemente, acarició algo liso y pesado que yacía sobre su regazo. ¿Qué...?

¡Oh, sí! La FS que no había funcionado.

Súbitamente, dijo:

—¿Cómo se encuentra ahora Andrew? Me gustaría verle, si es posible.

—Creo que podremos arreglarlo —dijo el doctor amablemente—. Desde luego, ingresó aquí en muy malas condiciones, pero cuando llegó la noticia a sus familiares de la Tierra, comunicaron que no debíamos escatimar nada para atenderle, y ha contado con los mejores medios quirúrgicos de este planeta. Hace ya una vida casi normal... y, ahora que lo recuerdo, también él se mostró muy interesado en verle a usted. ¡Acompáñeme!

Poniéndose en pie, añadió, con una sonrisa:

—¿No se alegra usted de que el aparatito estuviera estropeado, después de todo?

—¿Qué? —Pavel le miró con aire aturdido—. ¡Oh! ¿Esto? —Poniéndose en pie, a su vez, levantó la FS—. No es mío.

—Supusimos que sí —dijo el doctor—. No quería usted soltarlo por nada del mundo. Cuando fue sometido usted a reorientación psiquiátrica, querían quitárselo; pero al ver cómo se aferraba a él, reaccionando incluso con violencia a las tentativas

de sacarlo de entre sus manos, les dije que debían dejárselo. Como una especie de ancla mental. Pero, ¿dice usted que no es suyo?

—No, pertenece a Andrew. —Pavel contempló el aparato, con aire pensativo—. ¡Debió hundirse a mucha profundidad en mi subconsciente, si me pegaba a él como usted dice! Creo que ya ha llegado el momento de librarme de él. Voy a devolvérselo a Andrew, y le haré saber que no hubiera servido para nada. Estuvo insistiendo durante muchos días para que lo pusiera en marcha después de nuestro aterrizaje... Quiero decir, de nuestro accidente.

—No me sorprende —asintió el doctor—. Sufriendo como sufría... Sin embargo, según lo que él dice, usted le contagió, por así decirlo, la voluntad de vivir. Está muy ansioso por volver a verle, ¿sabe?

Cortésmente, indicó que Pavel debía precederle a través de la puerta.

Y allí estaba: increíblemente delgado, casi desnudo a la cálida luz solar, con algunas cicatrices alrededor de su cintura y en la parte inferior de la espalda... pero sonriendo de oreja a oreja. Había estado en la piscina y unas gotas de agua perlaban aún su cuerpo, pero tiró al aire la toalla que estaba a punto de usar y avanzó hacia Pavel con un grito de alegría.

—¡Pavel! ¿Cómo podré agradecerle nunca el haberme salvado la vida? ¿Tenía usted razón, toda la razón del mundo! De no haber sido por usted, ahora no estaría aquí, completamente repuesto, capaz de disfrutar de nuevo de la vida... Permítame estrechar su mano...

Y su voz cambió, en el momento en que alargaba su propia mano hacia la de Pavel.

—¿Qué es eso? —dijo débilmente, mientras todo rastro de color se borraba de sus mejillas—. Es... ¡Bastardo!

—¿Qué? —Contemplándole con una expresión de incredulidad en el rostro. Pavel le mostró la FS—. ¿Se refiere usted a esto? Bueno, precisamente había venido para explicarle...

—¡Canalla! —Andrew arrancó el aparato de manos de Pavel y contempló el extremo cubierto con la caperuza blanca—. ¡Usted lo activó! ¡Después de todos sus piadosos sermones, lo activó usted! Y...

De repente, pareció desmadejarse, como si estuviera a punto de caer físicamente enfermo.

—¡Y todo esto debe ser una ilusión, a fin de cuentas! Lo cual significa que voy a morir... precisamente ahora que acabo de descubrir el goce de estar vivo! ¡Bastardo! ¡Canalla!

Su rostro se contrajo, súbitamente cubierto por una horrible máscara de furor.

—¡Un momento! —gritó el doctor, al lado de Pavel, avanzando hacia el joven.

Pavel, por su parte, estaba rígido de asombro, incapaz de hablar, apenas capaz de pensar.

Pero el doctor llegó demasiado tarde.

Levantando el pesado cilindro de la FS por encima de su cabeza con toda la fuerza que le proporcionaban la salud y el vigor recién recobrados, Andrew lo dejó caer y aplastó el cráneo de Pavel tan completamente, y tan fatalmente, como el casco de la nave espacial Pennyroyal.

Demasiada gente

H. H. Hollis

I

—¡Tira a matar! ¡A matar!

—¡En cuanto veas una cosa blanca, Jake, tira a matar!

Yakov HarShawkor se encontró sumergido en una pesadilla a su regreso de la conferencia de Nueva Delhi. Charles Perry le tendió un M-16 cargado mientras corrían. Resonaban disparos alrededor de los dos hombres. En el recinto del laboratorio, los haces de luz ardían con inútil resplandor. Allí, en la oscuridad de la llanura interior de la India Meridional, sólo se oían ásperos gritos en tamil y en inglés.

«¡Allí! ¡Dispara, dispara!».

—¿A qué te referías al hablar de una cosa blanca, Charlie? ¿A qué estoy apuntando?

—¡A la bata de hospital de Mary! Ha salido del recinto.

Yakov se paró en seco, apretando fuertemente la carabina entre sus manos.

¡Dios mío! —pensó—. ¡Mary! Hace una semana... y Charlie espera que la matemos. Ha estado enamorado de ella durante todos estos años, y quiere matarla. ¿Por qué?

Yakov lo sabía, y el saberlo helaba la sangre en sus venas.

—¡Charlie! —aulló, dirigiéndose a la figura que corría delante de él—. ¿No tenías un vector estable para el virus?

—Sí, sí —gruñó Charles refrenando su carrera, apretando el Magnum. 358 en su mano derecha—. Sí, y Mary lo tiene... pero el proceso no es estable. Tenemos que matarla. ¿Crees que la idea me produce placer?

Se pararon muy cerca el uno del otro, con la respiración entrecortada de los hombres poco acostumbrados al esfuerzo físico.

—Sí —dijo Yakov amargamente—. Sí, creo que te produce placer, por celos...

—No. No lo entiendes. No podemos controlar el virus en una hembra. No tiene nada que ver con Mary, personalmente. Sería el final de la raza humana. —Alzó el rifle—. Te mataría a ti, también, si tuviera que hacerlo; pero esta noche voy a quemar el cadáver de Mary; y luego quemaré todo lo que ella haya tocado.

Yakov sabía lo que podría haber ocurrido mientras cada uno de ellos permanecía en pie con la muerte del otro en la mano; media milla delante de ellos en la oscura

noche resonaron unos disparos cerca de la orilla del ancho río. Unos gritos de triunfo ahogaron otro grito de sufrimiento y de terror. Al cabo de unos instantes el delgado mayordomo hindú del gran laboratorio se acercó corriendo a los dos hombres.

—Ha muerto, caballeros. El Dr. Subchundrum está buscando un bote para comprobar si los cocodrilos han dejado algo. Creo que la he alcanzado... y sé que el Dr. Subchundrum lo ha hecho. La vi tambalearse poco antes de que cayera por el acantilado. Lo siento.

Los exploradores del río no encontraron nada. Durante el resto de la noche, tres científicos permanecieron sentados en el ascético vestíbulo de su laboratorio, pasándose la única botella de ginebra de la estación y lamentando la pérdida de Mary Braden, de la cual cada uno de ellos había estado enamorado en algún momento y de algún modo.

Se intercambiaron recuerdos como si fueran disparos, cada uno de ellos contribuyendo a que los tres hombres olvidaran momentáneamente la no-existencia de la mujer cuya vida había estado entrelazada con la suya. El imán mutuo que les había unido en su época de estudiantes había sido un absorbente interés por los mecanismos del control de la población. En una gran universidad de Boston, Patasajit Subchundrum, Charles Perry y Yakov HarShawkor —Yankele para los amigos—, habían mariposeado intelectual y sentimentalmente alrededor de Mary Braden, apasionadamente interesada en el desarrollo de una política que permitiera a la humanidad vivir en el planeta Tierra sin devorarse a sí misma.

Se habían conocido en el curso de una pequeña fiesta en casa de un profesor llamado Hoggart.

—El equilibrio ecológico —decía Hoggart— ha dejado de ser una imposibilidad.

Lo decía a los estudiantes antiguos y a los nuevos. Lo decía en la clase y fuera de ella. En aquella ocasión se lo dijo a sus cuatro jóvenes invitados. Y ellos aceptaron las palabras como el axioma sobre el cual construir sus vidas.

—En la generación anterior a la mía —dijo también Hoggart—, sus abuelos y tatarabuelos eran la cicatriz-que-no-puede-ser-vista. Todos ellos creían que el hambre estaba a la vuelta de la esquina. En vuestra generación, incluso Mr. Subchundrum, que procede de un país en el que el hambre continúa siendo una cosa real, no está marcado por el miedo. Aunque en la última década han muerto de hambre millones de personas en la India, todos nosotros tenemos la impresión de que el problema del hambre va a resolverse.

Subchundrum, un joven rebelde delgado, muy guapo, con la piel del color del sándalo y los ojos oscuros de un ciervo, recogió el guante.

—Bueno, Doctor, el hambre resulta tanto más molesta cuanto más se acerca uno a ella. Para la gente que no puede cultivar trigo, que no puede obtener trigo y que de hecho ha olvidado el aspecto que tiene el trigo, el hambre es una experiencia mucho más dolorosa que para un estudiante que está viviendo en el país de los obesos. El Dr. Hoggart hizo una mueca.

—No me siento culpable. No soy el responsable de que alguien se muera de hambre... y toda la comida que pudiera negarme a mí mismo no añadiría una sola caloría a la dieta de un habitante de los suburbios de Calcuta. Su esposa murmuró:

—No, pero podría alisar esa antiestética barriga. Apartó rápidamente la bandeja que contenía el pastel de las proximidades del codo de su marido y la colocó delante del joven estudiante hindú.

Mary Braden, con un ojo medio tapado por un mechón de pelo, habló entonces en el tono en que las muchachas de su generación confiaban para desarmar a sus oponentes. —¡Oh! Comprendo lo que quiere usted decir, Mr. Hoggart: la cantidad de alimentos que consumimos personalmente no mejora ni agrava el problema del hambre. Pero la comida es tan importante en nuestra sociedad —más importante que el sexo, en realidad—, que si pudiéramos obligarnos a una continencia general, podríamos encontrar una solución política al problema. Posiblemente no volverían a producirse epidemias de hambre en la India o en el Brasil.

Mrs. Hoggart miró a Mary con el ceño fruncido.

—¿Más importante que el sexo? Bah, sólo una virgen diría una cosa como ésa.

—Cariño —dijo el Profesor Hoggart—, has hecho ruborizar a Mary... Creo que la virginidad de Mary no es un asunto que nos incumba. Mary, querida, ¿de veras crees que un reparto de los alimentos del mundo bastaría para resolver el problema?

Mary Braden sacudió la cabeza.

—No. Lo que quiero decir es que si la gente que no está afectada por él se situara en condiciones de sentir el apremio del hambre, podría sentirse estimulada a resolverlo.

Subchundrum, muy serio, dijo:

—Sí, pero parece ser que la respuesta ciega de nuestros genes al hambre estimula el impulso procreativo. La gente que pasa hambre produce más descendencia que la gente bien alimentada.

—Eso tiene arreglo —dijo Charles—. Implantemos el control de la natalidad como apéndice legal del matrimonio. Cuando Mary y Yankele se casen, se les asignará un cupo. Un hijo más y... adiós: no habrá alimentos para ningún miembro de la familia.

Mary se inclinó impulsivamente hacia adelante y colocó su mano sobre la de Yakov.

—Nosotros podríamos cumplir... Pero, ¿y la gente que pasa hambre cada día? No creo que se la pueda obligar a ser racional o a atenerse a unos «cupos».

La mano de Yakov dio media vuelta para estrechar la de Mary.

—El matrimonio y los hijos son dos cosas distintas. No es absolutamente necesario engendrarlos. Ni que pasen hambre.

Charles apoyó su mano encima de las de la pareja.

—Vamos a juramentarnos los tres en favor de la no-reproducción. —Su mirada se posó en Subchundrum—. ¡Oh, lo siento! Los cuatro, si quieres.

Subchundrum sonrió.

—Me abstengo, tal como hace a menudo mi embajador en las Naciones Unidas. Deseamos conservar la libertad de acción en ese sentido.

El Profesor Hoggart estaba conservando su propia libertad de acción llenando una pipa. Habló después de encenderla, entre chupada y chupada para que prendiera el tabaco.

—Hay que admitir... que... el control de la natalidad... no es probable... que se establezca... a base de simples planes... tales como la abstinencia conyugal. Es indispensable alguna coacción... —Miró a los cuatro jóvenes, uno tras otro—. Bien, he querido reunirles aquí porque cada uno de ustedes ha manifestado un interés evidente por el problema de la población. Tenía la esperanza de que cada uno de ustedes iniciara una reacción en cadena en los otros tres. Como capitalista, creo que he cumplido mi misión.

—Bien —dijo Charles—, pero hasta ahora no nos ha dicho que lo que usted siente es la marca que distingue a su generación. A fin de cuentas, nos está transmitiendo el problema.

Hoggart se encogió de hombros.

—Bueno, nosotros somos el trueno de la guerra. Si golpean a uno de nosotros verán la nube en forma de hongo. Hemos buscado la paz a través del asesinato, y hemos descubierto otra de las paradojas de la historia... En nuestra época hemos matado a más personas de las que componían la población total de la Tierra hace quinientos años, pero dejaremos la Tierra más poblada de animales humanos que cuando empezamos a matar. De modo que tenemos que recurrir directamente a ustedes. Este mundo no puede tolerar el predominio numérico de cualquier bestia situada a nuestro nivel. El equilibrio ecológico ha dejado de ser una imposibilidad.

—¿Qué somos nosotros? —preguntó Yakov, mirando a sus tres contemporáneos.

—Caníbales. En el sentido más literal. Se devorarán ustedes entre sí, a menos de que se encuentre una válvula para la presión de la población. Este es el gran hecho de la vida humana que marca y marcará a cada uno de ustedes.

Yakov y Mary se miraron el uno al otro.

—¿Caníbales? —murmuró ella en tono soñador.

—¿Válvula? —inquirió Charles Perry—. No dice usted solución, ni reducción. ¿Válvula?

—Quiere decir —intervino Subchundrum— que existe más de un medio para aliviar una presión.

—Más que eso —dijo el Profesor Hoggart—. Quiero que quede claro que en mi opinión el hombre es un animal que continúa evolucionando. Lo mismo si aceptamos que, habiendo desarrollado el cerebro, el hombre ha llegado al final de su evolución física individual y su única esperanza de progreso reside en la evolución social, en la elaboración de sociedades mejor adaptadas a las necesidades de la humanidad; que si creemos que han de producirse aún cambios genéticos significativos en el futuro del

hombre... en cualquiera de los dos casos la presión de la población es importante. Es uno de los factores que conducen a la evolución física por medio del vasto intercambio de genes y su exposición a las fuerzas mutantes; o es uno de los factores para obligarnos a utilizar nuestros cerebros e inventar la sociedad más humana en la que puede residir nuestro futuro. Lo que ustedes deben descubrir en su generación es un medio de controlar la presión de la población encauzándola hacia la configuración del futuro del hombre.

—Desde luego —dijo Yakov—. Todo el mundo sabe que lo único que tenemos que hacer es elevar a todas las naciones al rango de grandes potencias industriales para que descienda el índice de natalidad.

Mary Braden dijo:

—¿Qué pasa con Méjico? El producto nacional bruto aumenta año tras año, y el índice de crecimiento de la población se mantiene inalterable en un cuatro por ciento anual.

—Bueno, el proceso de industrialización es reciente. Dejemos que pase una generación.

—¿Treinta años? —inquirió Subchundrum—. En treinta años, aún en el caso de que lográsemos reducir el índice anual de crecimiento de la población de mi país al uno y medio por ciento, tendríamos ochocientos millones de habitantes. Con el índice actual del tres por ciento, que con toda probabilidad se mantendrá, en el año 2000 nuestra población habrá alcanzado la cota de los mil millones.

El profesor Hoggart asintió.

—De modo que, ¿dónde está la válvula?

Charles Perry se echó a reír.

—Bueno, sólo es cuestión de encontrarla. Algún medio mecánico sencillo que los más ignorantes utilizarán para inhibir la concepción.

Yakov sacudió la cabeza.

Mary dijo, muy seriamente:

—Suponiendo que encontremos un medio mecánico —la píldora anticonceptiva es polémica pero eficaz, y la anilla de plástico es sencilla y barata—, ¿cómo podremos convencer a la gente para que lo utilice? Para algunas personas, los métodos conocidos son dolorosos, temibles o antireligiosos. ¿Cómo podremos superar de golpe todo eso?

Charles replicó:

—Utilizando los alimentos como medio de presión. Una mujer tendría que demostrar que está usando un método anticonceptivo para obtener la ración mensual de alimentos para su familia.

Subchundrum hizo una mueca.

—Charles, perdóneme. Eres un hijo del industrialismo, de esas poblaciones condicionadas ya en tantos sentidos que uno más no importaría. En los Estados Unidos, todo el mundo está habituado al transporte en masa, a los lugares de trabajo

en masa, a obedecer las órdenes de las computadoras: incluya este boleto en el cuestionario cumplimentado, marque sí o no al lado de cada pregunta... no lo doble ni lo arrugue.

Sé que lo que voy a decirte resultará difícil de visualizar, pero piensa en esto: el sesenta por ciento de la población de Méjico vive en pueblos de poco más de mil habitantes; y lo mismo el ochenta por ciento de la población de mi país. Trata de aceptar que esas personas son a la vez ignorantes y astutas, y que tienen una tradición cultural según la cual el faltar a las leyes es algo que casi siempre puede ser arreglado por un tío o un amigo influyente.

»Tales personas pierden la cuenta de buena fe. Olvidan lo que significa la cuenta; si están siguiendo el método del ritmo, no pueden recordar qué días son seguros y qué días no lo son; o creen que el simple acto de llevar la cuenta evita la concepción. Si utilizan píldora, confunden los días en que deben tomarlas y anulan la eficacia del ciclo. Pierden las sartas de abalorios que les damos para que lleven la cuenta. Pierden las propias píldoras, o uno de los niños se las traga y la madre no se atreve a decirlo y a pedir más; y el distribuidor sólo pasa por el pueblo una vez al mes o una vez cada trimestre.

»Todas esas cosas son debidas a la dejadez de la gente en una cultura campesina. Pero la gente no concibe que pueda ser castigada a morir de hambre sólo porque ha cometido un error en una cuenta. No pueden utilizarse los alimentos como medio de presión para obligar a utilizar la píldora. En primer lugar, ni mi pueblo ni el suyo lo aceptarían. Se sublevarían, si realmente se les obligara. Pero no habría modo de obligarles. Una mujer casada compartiría sus alimentos con otra, sabiendo que al mes siguiente podía ser ella la que se equivocara en la cuenta y tuviera que recurrir a la caridad ajena.

—Un discurso impecable —dijo Charles—. Casi me ha hecho creer que el problema no puede ser resuelto.

—No, él no ha querido decir eso —intervino Yakov—. Y ni siquiera ha aludido a las objeciones religiosas, al tipo de inhumana coacción que tú has propuesto. Quiere decir que la tarea exige algo más que buena voluntad y conocimientos técnicos.

Mary preguntó:

—¿Quiere decir que exige incluso algo más que coacción?

Subchundrum les miró a todos con algo profundo y oscuro pugnando por tomar forma en sus apasionados ojos. Luego se encogió de hombros, como si fuera incapaz o no deseara expresar con palabras lo que sentía.

II

En la cambiante vida social de una gran Universidad y una gran ciudad, Charles y Yakov acompañaban a muchas jóvenes al teatro, al baile, a reuniones de protesta y a manifestaciones: toda la rica variedad de la vida estudiantil en los años sesenta. Mary Braden, por su parte, contaba con numerosos admiradores ajenos a su círculo; pero a medida que transcurrían los años pasaba cada vez más tiempo, incluso fuera de la clase y del laboratorio, con Yakov o con Charles... o con Subchundrum, aunque éste se descartó ostensiblemente de la competencia sexual desde el primer momento: en Kerala le esperaba la esposa que sus padres le habían destinado desde que tenía seis años.

A medida que avanzaban en sus estudios, su continuado y cada vez más profundo interés en el problema de la población no pudo evitar que se adentraran en aspectos diferentes de la especialización científica; pero lo distinto de sus disciplinas contribuyó a unirles para intercambiar ideas y enriquecerlas mutuamente. El hogar sin hijos de los Hoggart se convirtió en su hogar. En diversas ocasiones, uno o varios de ellos se hospedaron allí.

Cierto día, mientras Mary estaba viviendo con los Hoggart y los otros tres habían aceptado la invitación a cenar —era un domingo—, examinaron varios aparatitos de plástico que inhibían la concepción al ser colocados en el útero de una mujer. La teoría era que los aparatos intrauterinos eran indoloros y podían permanecer insertados durante años enteros. Cuando la pareja deseaba tener hijos, podían ser extraídos inmediatamente sin ningún efecto colateral y sin una posterior inhibición del proceso de reproducción. Mary aportó un montón de estadísticas para demostrar que el IUD era menos eficaz en los países subdesarrollados que en los que poseían un nivel muy elevado de industrialización.

—¡Fíjate en eso, Subchundrum! —dijo—. En la parte meridional de la India, las mujeres afirman que los aparatos son dolorosos. Los procesos corporales los expulsan. Incluso cuando están colocados, no funcionan tan bien como en los Estados Unidos. ¿Cómo puede ser eso?

Charles se inclinó hacia adelante, rodeando con su brazo el cuerpo de Mary —era el favorecido aquel semestre—, y cogió uno de los aparatos.

—Tal vez ocurra que las mujeres de la India no aceptan la idea.

—¿Superstición, quieres decir? —preguntó Yakov, tendido en el suelo con los pies apoyados sobre una silla.

Subchundrum sonrió.

—Algo hay de eso... pero se trata de superstición europea. Los que viven en grandes países industriales creen que un trozo de plástico puede hacer cualquier cosa; en consecuencia, ¿por qué no tendría que inhibir la concepción? Mis compatriotas saben que es doloroso y antinatural: por eso lo expulsan o se lo quitan.

—Sí —dijo Mary—. Lo comprendo. El problema estriba en que, objetivamente, es indoloro y eficaz. Ahora bien, ¿cómo podemos educar a las mujeres de los países subdesarrollados para que acepten eso?

Subchundrum se encogió de hombros.

—La experiencia humana objetiva es blanca, de zona templada y universitaria. Vosotros creéis todavía eso, ¿no es cierto? Y no podéis abandonar la cáscara de vuestra propia cultura esterilizante y antihumana para comprender que cualquier otra cultura humana es tan válida como la vuestra.

—¡Oh! No hay que llegar a esos extremos —dijo Yakov, incorporándose sobre un codo pero sin bajar los pies de la silla—. Es un problema de educación. Resulta difícil para la gente de una aldea que sólo ha visto un millar de personas en toda su vida comprender que, al duplicar su número, están duplicando tres y medio o cuatro mil millones más. Es un problema de educación.

Subchundrum se puso en pie.

—Podría decir que nacen demasiadas niñas y que alcanzan la madurez sexual tan precozmente y con una tal ignorancia que no podemos alcanzarlas con un proceso de educación. Pero me limitaré a decir buenas noches.

La puerta se cerró detrás de él antes de que nadie pudiera moverse. Sin embargo, Subchundrum volvió a la semana siguiente.

Meses más tarde, el cuadro era el mismo, excepto que Yakov estaba sentado al lado de Mary y Charles ocupaba otra silla, masticando ruidosamente una manzana. Patasayjit Subchundrum disertaba sobre el papel destructivo que la libre voluntad desempeñaba en lo que constituía su interés común.

—Mientras esperemos que la gente, por algún acto de su voluntad, domine el instinto más profundo de la vida, estaremos silbando en la oscuridad, sencillamente. La gente no va a interrumpir su propia reproducción cuando siempre parece haber otra cosa que amenaza al mundo. No podemos coartar el apremio humano más fundamental.

Charles dijo:

—Los seres humanos, Savji, son algo más que un manojo de impulsos instintivos. Lo que nos ha hecho humanos es nuestra capacidad de eliminar los impulsos animales para trazarnos objetivos a largo plazo.

—Sí —dijo Mary—, pero esos objetivos a largo plazo han sido siempre el bienestar de la familia inmediata... o como máximo de la tribu o nación.

—Nacionalismo equivale a tribalismo —declaró Yakov.

—¿Incluso en Israel? —inquirió Subchundrum.

A lo cual replicó Mary, volviéndose protectoramente hacia Yakov:

—Sí, incluso en el Sionismo; pero ésa es una situación distinta. Israel es la portadora de la moderna tradición. Las jequerías que la rodean se encuentran todavía en la Edad Media.

—¡Vaya! —exclamó Subchundrum—. Y eso autoriza a los israelíes a pelearse

con sus vecinos, ¿no es cierto, Yankele?

—Desde luego que no. Pero la situación es especial.

—Todas las situaciones son especiales —susurró Charles, mientras roía cuidadosamente el corazón de su manzana.

—Exactamente —dijo Mary, librándose del cerco del brazo de Yakov—. Por eso, precisamente, todo el acento de la lucha ha de cargarse en la educación. Tenemos que conseguir que la gente desee tener menos hijos. Pero, ¿cómo?

—O, ¿podemos conseguirlo? —preguntó Subchundrum—. ¿Podemos conseguirlo, con el tiempo? Todos vosotros os mofáis, más o menos, de los esfuerzos de mi gobierno; pero tenemos diez veces más cursillos explicativos del método del ritmo, de la píldora y de los sistemas anticonceptivos que cualquier otro país. Nosotros ofrecemos a la gente la elección del método, y nuestras demostraciones son convincentes porque se llevan a cabo en los suburbios, en las zonas rurales y en las ciudades, donde oleadas de chiquillos con abultados vientres y ojos tristes están siempre pegados a las pantorrillas de las mujeres que asisten a ellas. Educamos a los hombres, también, pero, ¿qué beneficios palpables nos reporta todo eso? En números absolutos, ninguno. Cada vez que te comes una manzana, Charles, otro millar de hindúes empieza a lloriquear y a morir de hambre.

Charles se relamió los labios.

—Repetiré lo que Hoggart nos dijo hace algún tiempo. No apeléis a mi conciencia para que coma menos. Eso no haría descender la marea del hambre en Madras.

—Sí —dijo Mary, siempre objetiva—. Tienes razón. Tienes razón, desde nuestro punto de vista. Desde el punto de vista del problema total de la población humana sobre el planeta Tierra, estás equivocado. Los animales reaccionan a la presión del hambre engendrando más crías. Y lo mismo hacen los seres humanos.

Yakov dijo lo que uno u otro de ellos había dicho un millar de veces:

—Los seres humanos son animales. La mayoría de la gente se mueve obedeciendo a impulsos instintivos. A menos de que podamos educarles a todos contra esos impulsos, debemos abandonar toda esperanza de modificar la curva ascendente de las cifras de la población mundial.

Después de graduarse, cada uno de ellos marchó a trabajar a un lugar distinto. Hasta que Subchundrum les invitó a todos a ser sus huéspedes en Méjico, en una conferencia sobre métodos de control de la población, enviándoles una carta en la que daba a entender que había descubierto un método nuevo, y que podía ser el método.

Cuando se reunieron en la vivienda campesina de Subchundrum en Cauhtla, su compañero empezó intrigándoles con misteriosas miradas, insistió en servir dos rondas de tequila y luego, inexplicablemente, se dedicó a recordar su infancia en Kerala, en el extremo del subcontinente indio.

—Cauhtla es como mi tierra natal en muchos aspectos. El terreno montañoso y la

atmósfera tropical me hacen sentirme como en casa.

Yakov dijo:

—Amigo Sayji, he volado cinco mil kilómetros para venir aquí, y he dejado mis dos últimas clases del semestre a cargo de mi ayudante, una joven de una estulticia tan monumental como sólo la política universitaria norteamericana podía asignarme. No puedo quedarme hasta el final de la conferencia. De modo que hablamos del nuevo agente químico y pasemos a las pruebas.

—¿Crees que es químico?

—Bueno, estás trabajando para el productor de hormonas sintéticas más importante del mundo. Es lógico suponer que tus investigaciones beneficien más o menos directamente a tu patrono.

Sayji se echó a reír.

—Tendrías que saber que alguien criado en Kerala no puede ser un adicto a la idea de proporcionar beneficios a su patrono. Y éste es un patrono mejicano. Sólo pueden despedirme por un motivo justificado... y seguir una línea de investigación que no beneficiará a la compañía no es un motivo justificado.

Mary se acercó a él y apoyó su mano bronceada por el sol en el pecho de caoba del hindú.

—Vamos, Sayji. No nos tortures más. ¿Qué has descubierto?

Subchundrum soltó su vaso.

—He descubierto que el control químico, en el sentido de algún compuesto que haga todo el trabajo por nosotros, no está a nuestro alcance. Me ronda una idea por el cerebro, pero se encuentra aún en su fase embrionaria, por así decirlo.

»Se trata de algo químico, sí; pero —casi me avergüenza decirlo—, muy americano, muy europeo. No se trata de la clase de alquimia oriental que tendríais derecho a esperar de mí, amigos. Aquí está.

Dejó caer un puñado de pequeñas formas de plástico y una de mayor tamaño, tubular, sobre la mesa que había sido labrada de un árbol entero. El color blanco del plástico contrastaba violentamente con la oscura madera de la mesa.

Charles fue el primero en captar la idea. Al principio, los tres pensaron que las pequeñas formas de plástico eran lo importante; y mientras las examinaban y se daban cuenta de que se trataba de la misma antigua colección de espirales y hélices destinadas a inhibir la concepción humana, Charles cogió súbitamente la forma tubular y empezó a darle vueltas entre sus dedos, con una taimada sonrisa.

—Bueno, pensé en esto en cierta ocasión, pero descarté la idea. Es un aplicador, ¿no es cierto? No se necesita un médico para implantar el aparato anticonceptivo.

—Sí —dijo Subchundrum—. ¿Qué opináis?

—¡Ah! —dijo Yakov—. ¿Es a prueba de imprudencias?

—¿Hay algo que lo sea?

Mary dijo:

—Bueno, Sayji, ¿lo es o no lo es?

—¿A prueba de imprudencias? ¡Oh, sí! Es a prueba de imprudencias. Aunque, desde luego, nosotros no tenemos que tratar con los imprudentes.

Charles intervino:

—Pero, ¿funciona? ¿Puede una mujer colocarse el aparato anticonceptivo y sacárselo sin la ayuda de un médico o de una comadrona? Sayji, esto es la bomba del siglo. Todas las veinteañeras del mundo querrán tener uno cuando se enteren de su existencia.

Subchundrum se echó a reír del modo que reía cuando algo le preocupaba.

—Sí, desde luego... cuando se enteren de su existencia y dispongan del dinero necesario, o su gobierno disponga del dinero necesario, o...

—¿O qué?

Charles estaba dispuesto a iniciar inmediatamente la fabricación de los aplicadores.

—¡Oh! Sólo quería decir que seguimos enfrentándonos al problema de conseguir que esas veinteañeras —verdaderas veinteañeras en pueblos y ciudades donde las veinteañeras no son como las de la clase media norteamericana— deseen no ser madres. Las mujeres desean un hijo, o dos o tres hijos. No desean demasiados, eso es todo. Pero, ¿qué número de hijos son demasiados? Si se tienen tres, una boca más no importa. Y si el parir hijos y criar hijos es el único camino honorable que se abre delante de una mujer, ¿por qué tendría que recurrir a este truco? ¿Qué puede darle a ella como persona, no como un simple punto en una curva estadística?

—Bueno, educación...

—¡Mary, Mary! —Subchundrum se volvió hacia ella—. ¿Qué me dices de ti misma? Has alargado tu adolescencia como sólo puede hacerlo una muchacha norteamericana. Bueno, doctora Braden, ¿no hay algo más que quieras pedirle a la vida? ¿Hasta cuándo resistirás a tus más profundos anhelos?

Mary se sentó con gran deliberación. Charles y Yakov la miraron en silencio, especulativamente. Ella dejó su vaso sobre el enlosado suelo y luego miró a Subchundrum a los ojos, sin sonreír.

—Sayji, ¿es esto una declaración? ¿Qué pasa con esa muchacha de Kerala?

—Llámalo una declaración, si quieres. Estoy tan frío como tú.

—¿Tratas de demostrar algo?

—Es posible. Pero tendrás que descubrir qué es lo que trato de demostrar.

La velada quedó arruinada y la discusión murió. El entusiasmo del Dr. Subchundrum, que había vuelto a reunirles, se había desintegrado en el calor de sus propias dudas acerca del aparato, y en algo que la presencia de Mary había despertado en él, algo tan alejado del control que le distinguió en sus años de estudiante, que Yakov y Charles lo comentaron con asombro mientras regresaban a la capital de Méjico.

Mary se quedó. Ni ella ni Subchundrum se dijeron nunca si se quedaba para unos días o para unos meses. No tuvieron ningún hijo; pero en lo que respecta al nuevo

aparato, las dudas de Sayji resultaron justificadas. Era un arma más. Pero estaba lejos de ser el arma.

Transcurrieron un par de años. Las tarjetas postales de Mary llevaban ahora el matasellos de Boston. Subchundrum había estado trabajando en un laboratorio en Holanda. Asistieron todos a una conferencia en Nueva York, y por la noche se reunieron en el apartamento de Yankele. Yakov estaba gastando dinero del gobierno aquel año, y declaró que su lema era Vive un poco.

Había un quinto invitado, un físico que había estado en la Universidad con ellos y que aquella noche se había unido al grupo por casualidad. Tenía un rebuscado sentido del humor, de modo que le retuvieron con ellos después de cenar, le hicieron asistir a un seminario con ellos y ahora estaban comentando todo lo comentable... excepto lo que constituía su obsesión principal, que había llegado a empacharles un poco.

El físico lo comentó:

—¿Qué ha pasado con todas aquellas sucias historias que los cuatro solíais contar?

—¿Sucias historias? —inquirió Mary con su estilo directo.

—Bueno, todo aquello acerca de los órganos genitales y de la economía del útero...

Mary se apoyó contra el hombro de Charles mientras éste decía, en tono sarcástico:

—Bueno, éste es el pago a nuestros esfuerzos por tratar de evitar que nuestro planeta quede supersaturado de embriones humanos... Somos unos incomprendidos.

—Nada de eso —dijo el físico—. Vosotros habláis mucho, pero teméis enfrentaros con la única solución radical posible. Algunas de las naciones más pobladas de la tierra necesitan pasar un período de veinticinco o treinta años sin engendrar un solo ciudadano.

—Eso no es una solución —replicó secamente Yakov—. Ni siquiera es una afirmación del problema.

—Desde luego que es una solución. Todos los niños que nazcan en los próximos diez años en la India, China, Indonesia, Méjico, Italia meridional, los Balcanes y todo el litoral mediterráneo, tendrían que ser esterilizados al nacer.

La rechifla colectiva sacó a Yankele de sus casillas. Dijo:

—Bueno, ¿acaso no es eso lo que hemos estado buscando? ¿No es eso lo que queréis? Por mi parte, la idea me parece muy acertada. Y ojalá la hubiesen puesto en práctica con mi generación.

—¡Tú tienes dos hijos, genocida blanco! —gritó Charles.

—De acuerdo, de acuerdo, empecemos por ellos. Que esterilicen a mis dos hijos. No tengo una opinión demasiado favorable de mi herencia genética. Ni siquiera he ganado un Nobel, y voy a cumplir los cuarenta. Que esterilicen también a todos los hijos de mis vecinos. Soy generoso. Y mucho más altruista que todos vosotros. ¿Resolvería esto el problema? Sólo estáis trabajando para que cada año se agrave un

poco más.

Subchundrum sonrió, enseñando los dientes.

—De acuerdo, no estoy furioso. Creo que tienes razón. Soy miembro del Gabinete de Nueva Delhi. Ahora, señor Primer Ministro, después de haberme dado carta blanca para poner en marcha esta solución, déme también la campaña política que la hará aceptable para mi pueblo, desde Cachemira hasta Kerala. Déme una fórmula que evite que seamos defenestrados por nuestros ciudadanos y ciudadanas antes de completar los diez años de histerectomías y emasculaciones en los niños recién nacidos. Le escucho.

El físico inquirió, muy interesado:

—¿De veras formas parte del Gabinete, Subchundrum?

—No, idiota. Estoy trabajando en Holanda. Hace tanto tiempo que no voy a mi país, que no tengo la menor idea de la política que ahora practica. Planteo una situación hipotética. Dame la respuesta... porque tiene que haber una respuesta. Si no puedes dármela, deja de preconizar soluciones fáciles y absurdas.

—Confieso que soy como el búho que le dijo al ciempiés artrítico que se convirtiera en ratón y de este modo sólo experimentaría la vigesimoquinta parte de sus dolores... Yo hablo simplemente a nivel político: la táctica y los instrumentos son tareas vuestras.

Todos estuvieron de acuerdo, cuando el físico se marchó, en que era una persona insoportable. Ahora, años más tarde, ¿podían decir honradamente que aquella línea de pensamiento no les había influenciado?

Siguieron otros dos fracasos, antes de que se abriera ante ellos el camino del éxito. La píldora «morning-after», descubierta por Mary en el curso de una investigación sobre el control de las hormonas, había fallado por lo mismo que fallaban todos los planes que requerían el uso voluntario del agente inhibidor. Los seres humanos encontraban medios para olvidar, motivos para olvidar... Incluso muchos maridos norteamericanos, confiados en que su esposa estaba tomando la píldora infalible, se encontraron convertidos súbitamente en padres.

En los países pobres, los investigadores eran derrotados una y otra vez por el hecho de que los hijos son riqueza en una cultura de pobreza. En épocas de hambre no mueren sólo los niños: también mueren los adultos que no tienen hijos. El miedo, el amor y el recuerdo genético de una época en la que el hombre era una minoría entre los mamíferos, se confabulaban para situar el número total de seres humanos del mundo por encima de los cuatro mil millones, hacia los cinco mil millones, seis mil millones, hacia el canibalismo.

Yakov les condujo a través de la última ilusión: la vacunación.

Resultaba imposible lograr que la gente deseara la vacunación anticonceptiva, del mismo modo que había resultado imposible lograr que deseara la píldora de veinte años que otro brillante grupo de investigadores había creído que era la respuesta. La

píldora de veinte años era mensurable, al menos: tomada a los 18, abría la puerta a la maternidad a los 38; pero nunca se convirtió en una flecha popular en el carcaj de los ataques a la fecundidad humana.

La vacunación, el procedimiento por el cual una mujer podía hacerse inmune a la esperma masculina, o un hombre inmune a su propia esperma de modo que dejaba de producir un semen viable, tropezaba con la irracional oposición humana a la vacunación y tenía una característica que dificultaba la labor de sus propagandistas: el efecto de la vacuna era variable. Para algunas personas representaba la inmunización para toda la vida; para otras, un período de inmunización sumamente corto... y la duración no podía predecirse.

Pero el intercambio de ideas e investigaciones entre los cuatro amigos a propósito de la vacunación acabó por conducir a Subchundrum al mayor descubrimiento de sus vidas.

Mary, Charles y Yakov recibieron una carta.

«¡Venid a Kerala! —escribía Subchundrum—. El gobierno me ha suministrado el dinero y una completa libertad de acción para construir los laboratorios que necesito y, lo que es mejor, tengo la solución».

Seguían dos páginas de fórmulas matemáticas. Lo que les atrajo fueron las fórmulas.

—Son erróneas, querido —dijo Mary al bajar del avión—, pero tan provocativas...

III

Las máquinas que iban a convertir a los cuatro investigadores de inhibidores pasivos del proceso reproductor en interventores activos en aquel proceso, estaban ya instaladas en el laboratorio principal. Dos macizos micro-manipuladores habían sido modificados para la práctica de la cirugía cromosómica.

Charles lanzó una exclamación de asombro y luego sonrió.

—Eso nos conducirá directamente a las interioridades de la célula, ¿no es cierto? Supongo que con esto podrán repararse incluso los daños cromosómicos producidos por el LSD...

Subchundrum parecía haberse quitado años de encima, haber recobrado la tranquila seguridad de su época estudiantil. Desde luego, había adelgazado.

—Con esas máquinas podemos trabajar incluso con virus, y de hecho trabajaremos con ellos.

Mary sonrió y sacudió la cabeza.

—Dr. Subchundrum, has dejado abierto tu autoclave y todo el vapor se ha escapado. Las diferencias entre las células humanas y los virus son tan grandes, que aún en el supuesto de que lográsemos asimilar todos los conocimientos de hoy y de mañana acerca de los virus —un centenar de años de trabajo, digamos—, estaríamos tan lejos como ahora de resolver nuestro problema de mantener a un nivel aceptablemente bajo las poblaciones humanas.

Charles golpeó la pata de una mesa con un sucio zapato de lona.

—Mary tiene razón, Sayji; o, al menos, yo estoy de acuerdo con ella. ¿Has descubierto alguna afinidad entre la estructura viral y la estructura de la célula humana ignorada por el resto de nosotros?

Yakov palmeó vigorosamente el hombro de Charles.

—Hay que ser ciego para no verlo, ¿eh, Subchundrum? Yo me he dado cuenta porque fui el responsable del proyecto de vacunación. La afinidad entre la célula humana y el virus estriba en que a los virus les gusta vivir dentro de las células humanas.

Charles se frotó la parte superior del brazo.

—Desde luego, pero eso son enfermedades. No pretenderéis infestar a toda la raza humana con alguna plaga...

—¿No? —inquirió Mary—. ¿Por qué no? Ahora lo comprendo, Sayji: te has basado en el trabajo de los investigadores que han utilizado virus para provocar una infección beneficiosa.

—¡Beneficiosa! —exclamó Charles—. ¿Acaso existe alguna enfermedad beneficiosa?

—Querido Charles, muchas mujeres han acogido con alegría una semana de gripe. A cambio de un poco de fiebre y de náuseas, han perdido diez libras de peso

por una mínima parte del dinero y de las molestias que les habría costado en un salón de belleza.

Yakov dijo:

—Hay algo más: Stanfield Rogers y sus seguidores han demostrado ya que un virus mortal para un animal —el virus del sarcoma de las gallinas de Peyton Rous, por ejemplo—, no es más que un pasajero inofensivo en el hombre. Rogers demostró que el virus de Shope, que produce tumores cancerosos en los conejos, experimenta una transformación benigna en la corriente sanguínea del hombre, donde elabora una forma especial de la enzima común, la arginasa. ¿No habéis leído algo acerca de sus trabajos?

—Desde luego —admitió Charles de mala gana—. El bacteriófago, el virus que devora bacterias, es el agente de la toxina en la difteria. Sólo los bacilos de la difteria que han heredado un tipo particular de bacteriófago producen la toxina mortal. Otros tipos son casi inofensivos. Ya estaba enterado de eso. Mary dijo:

—Y alguien, no recuerdo quién, ha estado buscando un virus que no desarrollaría efectos patógenos pero que fabricaría la enzima capaz de restablecer la normalidad en los niños retrasados. —Hizo chasquear los dedos—. ¿Quién está trabajando en eso, Subchundrum?

—No importa —intervino Yakov—. No importa. Lo cierto es que podemos empezar con una enfermedad viral que a menudo provoca la esterilidad, y modificarla para que produzca la esterilidad sin la enfermedad. Aunque... dime, Sayji, ¿cómo vas a conseguir que la gente se deje inocular, cuando no acepta la vacunación ni la píldora de veinte años?

—Has omitido el punto más importante. En primer lugar, no necesitamos inocular un virus para que circule, una vez está implantado. El efecto práctico de la vacuna de Salk lo demuestra. Después de un prolongado período de administración de la vacuna de Salk, complementada más tarde por los preparados de Sabin, un niño que se mueve en la zona de protección de Salk adquiere el virus inmunizante de los otros niños, en vez del virus destructor y a menudo fatal de la poliomielitis. Y, desde luego, nadie tiene que ser inculado para contraer la gripe o la polio. El tipo virulento del virus de la gripe se extiende por sí mismo... y eventualmente muere por sí mismo, imposibilitada su existencia por los tipos patógenos pero raramente mortales con los que tenemos que enfrentarnos cada invierno.

—De acuerdo con el punto número uno. Ahora, háblame del número dos.

—En realidad es un corolario o extensión del número uno, pero significa el punto de partida de nuestra tarea actual, que será la definitiva. No necesitamos que nadie consienta voluntariamente en poner esto en práctica.

—¿Qué? —exclamó Charles—. ¿Cómo diablos vas a conseguir que lo tomen, si no cuentas con su consentimiento?

Mary dijo:

—Querido idiota, ¿no te has enterado de lo que acaba de decir el viejo

Subchundrum? Se propone infestar a toda la raza humana. Sayji, cariño, Hitler era un timorato comparado contigo. ¿Cómo piensas anular los efectos de esta castración en masa? Yo no he tenido aún mi hijo, ¿sabes? Estoy interesada.

Patasayjit Subchundrum sonrió y agitó su mano en dirección a los funcionalmente bellos micromanipuladores.

—Con las máquinas, hijos míos. Lo que tenemos que elaborar es un virus que obedezca a algún tipo de órdenes. No conozco la respuesta. Pero ahora —y por primera vez, sinceramente— sé que existe una respuesta. Esto no puede ser un callejón sin salida, como la mayoría de los trabajos realizados. No podemos detenernos en un virus que produzca la esterilidad... en un virus que en definitiva destruiría la raza humana.

—De acuerdo —dijo Mary—. En el grupo de Rogers hay alguien que está trabajando sobre los enzimas del retraso mental. Algunos de los niños que encajan en la clasificación de retrasados padecen una enfermedad genética, la fenilketonuria. Sus cuerpos no elaboran fenilalanina hidroxilasa, que el cerebro necesita para funcionar con normalidad. Los investigadores del grupo están tratando de obtener una mutación que será un virus inofensivo en todos los aspectos, pero que producirá la enzima ausente.

—Exacto —dijo Subchundrum—. Yo no me propongo esperar a que se produzcan mutaciones provocadas por rayos cósmicos o incluso por plasmas. Me propongo remodelar los códigos genéticos de algún virus para hacerle recordar un prejuicio contra el nacimiento humano; y al mismo tiempo, hacerle propenso a una fácil derrota cuando pueda autorizarse a una pareja a procrear.

—Primero la infección, y luego la revisión de toda la raza humana para decidir quién puede procrear... —murmuró Charles—. Eso equivale a atribuirse las prerrogativas de un dios, ¿no es cierto?

Sayji enarcó las cejas.

—Los dioses hindúes pueden hacerlo todo —dijo—. No están muertos, ni están en la Argentina. ¡Vamos, vamos, a trabajar!

Con cierta desconfianza, iniciaron los trabajos. El Dr. Subchundrum estaba más preocupado de lo que quería admitir por las implicaciones éticas de la investigación. Sin embargo, mientras el éxito no estuviera al alcance de su mano, podía posponer el recuento final que le llevaría a decidir si debía provocar, y cuándo, una infección anticonceptiva en el mundo.

Mary Braden y Subchundrum eran los cirujanos genéticos del equipo. Tenían en sus ojos y en sus manos una delicadeza de la que Charles Perry y Yakov HarShewkor carecían. Yankele y Charlie se ocupaban de las matemáticas y de programar las computadoras que seleccionaban los virus manipulados, y de realizar los experimentos destinados a someter a prueba a los virus modificados que las computadoras encontraban prometedores.

Lo que todos creían que constituiría la mayor dificultad, quedó resuelto en pocos

meses. Resultó relativamente fácil crear un virus que colonizaba los testículos masculinos y mataba la esperma a medida que se formaba. Lo que parecía imposible era hacer viable al propio virus.

Un virus podía ser definido como una célula desprovista de elementos no esenciales: una célula hippie, había dicho Mary. Seguía existiendo un núcleo, por así decirlo, pero el organismo se había despojado a sí mismo de todos aquellos atributos que normalmente sirven para un funcionamiento independiente. Los virus podían reproducirse a sí mismos y vivir dentro de células anfitrionas. Durante la mayor parte de su ciclo vital dependían de la pared de la célula para protegerse, y únicamente si la pared celular se derrumbaba debido a que la célula había muerto, o la había matado el virus, este último necesitaba envolver sus componentes esenciales —su capacidad genética de reproducirse— en una especie de película para emigrar a otra célula.

Los virus reconstruidos que Mary y Subchundrum encontraron más fáciles de manipular carecían de una característica esencial de autoprotección. En vez de ser parásitos, capaces de vivir en una célula, matarla y encerrarse dentro de una microscópica nave espacial para trasladarse a otra célula, eran simbióticos. Viviendo dentro de la esperma, medraban. Cuando aquella vida mataba la esperma, el virus moría con ella.

Dependiente hasta el final.

El problema era de tal magnitud que los cuatro amigos parecían incapaces de resolverlo.

—No hay salida —dijo Charlie una noche, mientras cenaban—. Seguiremos aquí —manipulando partículas submicroscópicas— cuando la ola de la humanidad se desborde por encima de esas montañas y nos arrastre hasta el mar. No existe ninguna respuesta: sólo el problema. Krisna o Visnú quieren que la raza humana se suicide. Los dinosaurios murieron. Los dodos murieron. Dentro de un millón de años, habrá algunos pequeños bípedos ocultándose bajo las hojas, residuos de nuestra era del mismo modo que las iguanas quedaron como recuerdo de la era de los grandes saurios. ¡Maldición!

Nadie podía contradecirle, excepto con fe.

—¡Fe! —escupió—. ¿Fe en el progreso científico? ¿Cómo esos pobres diablos que se han quedado sordos tratando de captar la estática procedente de las estrellas? ¡Bah!

No obstante, continuaron trabajando, sin demasiado entusiasmo, al parecer, pero con la atención y la perseverancia de unos profesionales conscientes. Incluso Charlie era pacientemente metódico con sus programas para las computadoras y maldecía metódicamente a los ayudantes de laboratorio que dejaban morir cultivos de esperma, o que, al encontrar uno muerto, lo tiraban sin tratar de comprender la causa de la muerte.

Finalmente, Subchundrum descubrió el elemento natural esencial que estaban dejando al margen de la ecología que trataban de construir para sus virus

modificados.

—La mayoría de las enfermedades que conocemos como enfermedades virales —dijo a sus compañeros una mañana gris, al despertar con dolor de cabeza y una idea que se imponía a su dolor de cabeza— no son transmitidas directamente de una persona a otra. Son vectoriadas.

—Sí —dijo Mary—. Un insecto u otro animal sirve de vehículo transmisor. La fiebre de las Montañas Rocosas es transmitida de un individuo enfermo a uno sano por un gorgojo. El tifus es vectoriado a través de los piojos.

Charles intervino:

—Para algunos virus, el movimiento a través de un portador es una parte esencial del ciclo vital. Tal vez sea este el caso de nuestro pequeño matador de esperma. Vamos a iniciar las pruebas con moscas. Resultan fáciles de encontrar.

De modo que empezaron los experimentos. Amplios, en profundidad, continuos... y decepcionantes.

Fracasaron con moscas de diversas variedades. Los ácaros rechazaban el virus como si fuera una partícula proteínica inerte. La sangre de los roedores lo destruía. Para los pájaros era una toxina que eliminaban rápidamente. No se encontró ningún animal capaz de transmitir los diminutos asesinos a la corriente sanguínea del hombre de un modo eficaz.

Se llevó a cabo una vigorosa tentativa para convertir al virus en neumónico, de modo que pudiera mezclarse con la gripe y transmitirse rápidamente por los estornudos, la tos y los besos. Las partículas virales se desprendieron, sencillamente, en el proceso. Esto, más que cualquier otra cosa, reveló la naturaleza artificial del virus de Subchundrum: sólo podía resultar eficaz a través de la inoculación directa. Durante largo tiempo, el virus anticonceptivo pareció ser otro callejón sin salida.

El proyecto perdió su interés. Los ayudantes empezaron a marcharse a otros lugares con unos alrededores más agradables y mejores perspectivas. Muchos de ellos pasaron a integrarse en otros programas sobre virus destinados a eliminar el mongolismo, los nacimientos prematuros y la leucemia infantil.

—Lo malo no es que nos hayan abandonado —dijo Yakov—. En cierto sentido, se han pasado al enemigo.

Mary sugirió finalmente lo que iba a convertirse en la última esperanza. Había dejado de ser la muchacha apocada que conocieron en su primer año universitario; sin embargo, su sugerencia fue formulada tímidamente un sábado por la tarde, mientras se encontraban reunidos para discutir el problema.

—Amigos míos, es posible que hayamos enfocado la cuestión de encontrar un vector para el virus de un modo demasiado restringido para permitirnos ver la respuesta. Hemos estado pensando en una transmisión de hombre a hombre por medio de alguna otra especie.

Subchundrum dijo:

—Así es como funcionan todos los virus vectoriados. Hombre-mosca-hombre;

hombre-pulga-rata-pulga-hombre... ¿Qué tratas de sugerir?

Mary pasó una mano por sus cabellos, alisándolos hacia atrás.

—Sencillamente, que el hombre como especie no es sólo masculino. La mujer también es hombre. Nos hemos concentrado en varón-especie, olvidando que muchas enfermedades, particularmente las genéticas, se transmiten hombre-mujer-hombre. Tal vez sea ésa la transmisión natural que hemos estado buscando para el virus de Subchundrum.

Mary habló un sábado por la tarde; pero en el laboratorio biológico de Subchundrum no existían las fiestas ni los fines de semana con carácter regular. Al cabo de una hora, los cuatro científicos estaban trabajando. Al cabo de una semana, habían estructurado todas las fases de su tarea.

En primer lugar, Mary Braden y Subchundrum tenían que manipular el tipo de herencia del virus para que afectara a los ratones que serían el punto de partida de sus experimentos in vivo. A continuación, entrarían en acción las computadoras. Luego habría que modificar las partículas vivientes para repetir sus migraciones esterilizantes en la colonia de monos; y finalmente, se daría el gran paso de infestar a seres humanos.

En aquel momento, Yakov se había visto obligado a marcharse a Nueva Delhi para asistir a una conferencia, no con el propósito de revelar lo que el proyecto Subchundrum estaba haciendo, sino para descubrir si existía algún otro proyecto con el que pudieran aunar esfuerzos para la investigación. No se enteró de nada, excepto de que el objetivo de todos los proyectos continuaba siendo encontrar el método, que debería ser sencillo, barato y tan a prueba de imprudencias que los millones de seres humanos capaces de procrear lo adoptarían de la noche a la mañana. Los prejuicios éticos, religiosos, emocionales y económicos que podrían alzarse contra la aceptación de aquel remedio, seguían siendo tratados en el lento y desesperante terreno de la educación y la propaganda.

Yakov HarShawkor había tomado el avión en Nueva Delhi con una mezcla de depresión y de excitada anticipación. Estaba deprimido porque nada indicaba que existieran otros grupos apuntando en la misma dirección que Subchundrum. Estaba excitado, porque confiaba en que sus colegas habrían tenido éxito. Yakov sabía que los grandes descubrimientos se realizaban ahora casi paralelamente debido al inmediato intercambio de ideas en la comunidad científica y a las inmensas sumas destinadas a la investigación. Al igual que la guerra, la investigación se había convertido en una apreciable fuente de merejos para muchos países.

Sin embargo, Yakov pensó que ellos no habían hecho público el nuevo cariz de sus investigaciones. Tal vez otros habían hecho lo mismo. No resulta agradable fracasar en un proyecto grandioso. Además, nadie podía sentirse realmente tranquilo con un proyecto que traspasaba los límites de la persuasión y del uso voluntario para incurrir en la coacción y la infección involuntaria.

Bueno, echaré una siesta y cuando llegue al laboratorio Sayji y Charlie se

encogerán de hombros y me dirán que el experimento ha fracasado. Dejaremos que el gobierno se enfrente con el problema ético, cuando tenemos el arma en nuestras manos.

Se había apeado del avión para encontrarse con la pesadilla de dar caza a Mary Braden. Ahora, Subchundrum y Perry le estaban explicando el modo imponderable e impredecible con que el último experimento había superado el nivel del éxito.

—Lo suficiente —dijo Perry— para hacer que un hombre crea en un universo dirigido. Desde que decidimos que una hembra humana sería el vector, no cometimos ningún fallo. Todas las fases del experimento se desarrollaron con una facilidad asombrosa.

—¿Por qué había de ser de otro modo? —inquirió Subchundrum—. Nos hemos convertido en unos expertos.

—Sí —dijo Charlie—, pero insisto en que todo se resolvió con demasiada facilidad, incluso para unos expertos. Recuerdo lo que Hoggart solía decir: «Este mundo no tolera la dominación de un animal al nivel que el hombre ha alcanzado». Por mi parte, tengo la impresión de que nos ha empujado algún gran principio; y tener a Mary, o el foco de infección en que Mary se había convertido, suelta en el mundo habría significado para la raza humana su final definitivo en esta generación. Lo siento por Mary, más de lo que podría expresar con palabras; pero doy gracias a Dios porque hemos matado al portador del virus. Ahora tendremos que empezar de nuevo.

Subchundrum dijo:

—Fue aquella bola de fuego errante.

—¿Qué? —dijo Yakov—. Habla claro, de modo que pueda entenderte, ¿quieres?

—Bueno, ya sabes que hay una estación, a veinte millas de aquí, al pie de las colinas, en la que se realizan investigaciones sobre el plasma. Ellos no lo dicen, pero yo creo que están trabajando en algo para la guerra: algo relacionado con la energía nuclear. Lo cierto es que han estado gastando energía eléctrica por megavatios.

—¿Y bien?

—La semana pasada, después de marcharte tú, perdieron una granada de mano. Durante toda la noche un gran globo de luz se paseó por aquí, acechando por las ventanas, colgándose del tejado, jugando al escondite con nosotros por todo el recinto.

»Teníamos preparada una hornada de virus para iniciar la fase final del experimento. Y se nos ocurrió que la radiación de aquel globo podía haber afectado a los virus. Después de todo, el cristal no representa para ellos ninguna clase de protección.

—¿Qué hicisteis?

—Los tres, Yakov —los tres—, revisamos los virus con el microscopio electrónico. Juro que ninguno de nosotros vio nada anormal. Sin embargo, nos

equivocamos al utilizar aquel cultivo. Quemé el resto de la hornada en un crisol eléctrico.

—Eso es lo que tenías que haber hecho en primer lugar, Sayji. En un cultivo de miles de millones de virus, el examinar unos cuantos millares te da una gran posibilidad estadística de que pase inadvertida una importante mutación.

—Estábamos aturcidos, Yankele. Esta es la verdad. Mary también votó afirmativamente.

—Estabais aturcidos... y habéis matado a mi novia.

Charles intervino, sobriamente:

—Yakov, Mary fue tu novia durante este mes, tal vez durante el año pasado. Sabes perfectamente que la cosa no habría durado. Todos nosotros hemos sido «el novio» de Mary muchas veces. Ella nos amaba a todos, y todos la amábamos a ella, y ninguno de nosotros podía estar celoso de sus favores. Sayji y yo la hemos matado, desde luego; lo mismo que la mató aquella granada de mano, lo mismo que se mató ella...

—¡Basta ya! ¿Qué pasó?

Charles se encogió de hombros.

—Dio resultado, sencillamente. Tendremos la respuesta en nuestras manos, en cuanto logremos atenuar el efecto del virus en el vector hembra. Aquel efecto fue algo salvaje, imprevisible, que tendremos que controlar. Sayji y yo somos tan estériles como dos eunucos; pero mató a Mary.

—¿Cómo?

Subchundrum dijo:

—Mary y yo llevamos a cabo la primera transmisión en adecuadas condiciones de higiene y observación. Luego esperamos cuarenta y ocho horas, para dar tiempo a que el virus se multiplicara en su corriente sanguínea, antes de que ella efectuara la transferencia a Charlie.

—¿Y después? ¿Cuál era el estado de Mary?

—Absolutamente normal. Temperatura, pulso, respiración, conteo sanguíneo, olor, orina, todo... Cuéntale lo que ocurrió a continuación, Charlie.

—Salimos de la habitación del laboratorio en la que habíamos estado, con todos los instrumentos para registrar las condiciones en que tenía lugar la transferencia. La acompañé a su alojamiento. Me dirigí al mío, tomé una ducha y me vestí. Al cabo de veinte minutos de haber abandonado el laboratorio, Mary me llamó por teléfono. «Ven en seguida», me dijo.

»Cuando llegué, llevaba aún la bata que vestía al salir del laboratorio. Se la quitó y se acercó a mí. Pensé —durante casi medio minuto—, si esto podría afectar al experimento... y luego lo olvidé. Cuando terminamos me eché a reír. “Bueno, Mary —dije—, ahora tendré que ducharme otra vez y volver al trabajo. Te veré a la hora del almuerzo”. Lo único que observé fue un aumento de la temperatura. Mary estaba como un horno, pero pensé... bueno, ya sabes. Un cuarto de hora después Mary

andaba como una loca por el recinto.

—¿Ninfomanía?

—Algo más —dijo Subchundrum—. Algo elemental, Yakov. Era como un tornado. Creo que no hay un solo hombre en el recinto que no esté esterilizado. Tuvimos que administrarle un sedante y alimentarla por vía intravenosa. Y esta noche se ha fugado. El resto ya lo conoces, por desgracia.

Yakov se puso en pie.

—Tenemos que terminar esto ahora Tenemos que encontrar la curación... el método de atenuación del virus. Tenemos que proteger a las mujeres de los pueblos circundantes de los hombres que trabajan aquí. Me quedaré hasta el final; pero no quiero que ninguno de vosotros me dirija la palabra si no se trata de algo relacionado con nuestro trabajo; y cuando esto haya terminado, no quiero saber nada más de vosotros.

Cuatro días más tarde, mientras preparaban un nuevo tipo de virus, les llegó la noticia de los primeros casos producidos en los pueblos situados a cinco y diez millas de distancia; dos días después, el brote epidémico había alcanzado a Nueva Delhi; y diez días más tarde llegó el correo aéreo de Nueva York.

Mientras Yakov leía, las lágrimas resbalaban por sus mejillas; pero no hubiese podido decir si eran lágrimas de alivio, de amor o de miedo. La tarjeta postal, con la escritura tan familiar, decía:

«La herida en el hombro cicatriza perfectamente. El equilibrio ecológico ha dejado de ser una imposibilidad. Me gustaría que estuvieras aquí. Mary».

El circo de los ratones

Harlan Ellison

El Rey del Tíbet estaba haciendo el amor con una gorda blanca. Se había tirado hacia las profundidades de un túnel de gelatina, milenios antes, y periódicamente, mientras la pistoneaba, un suave conejito blanco y rosa con levita y botines hacía temblar el túnel a su paso, estudiando un reloj de bolsillo que llevaba colgado de una pesada cadena de oro. La mujer blanca era suave como el sebo, con ojillos negros hundidos bajo prominentes cejas. La muy gorrina gruñía en un éxtasis insatisfecho, tratando desesperadamente, y sabiendo que nunca podría. Pues nunca había podido. El Rey del Tíbet tenía dolor de tripas. ¡Oh, estar en otro lugar, haciendo otra cosa, solo!

El paisaje exterior temblaba en oleadas de miedo, que irradiaban desde las cimas de las montañas muy lejanas. En las cimas de las montañas, parduscos y marchitos viejos consideraban medios y fines, consideraban ruinas y portentos, consideraban porqués y por consiguientes... lo ignoraban todo... y se dedicaban a enviar más miedo a lugares más alejados. El paisaje temblaba en la noche, comenzando a estremecerse con un terror que era mayor que el miedo que había pasado antes.

—¿Que hora es? —preguntó, y no recibió respuesta.

Hacia treinta y siete años, cuando el Rey del Tíbet había sido un muchacho, había un hombre con una pierna, que había sido su padre por corto tiempo, y una mujer con algo de sangre de negro en ella, que le había servido de madre.

—Puedes ser cualquier cosa, Charles —le había dicho—. Lo que prefieras ser. Un hombre puede ser cualquier cosa que desee: el Tío Wiggly, Jomo Kenyatta, el Rey del Tíbet, si es que así lo deseas. Blanco o negro, Charles, eso no importa. Tan solo tienes que seguir tu camino, ser bueno y hacer. Eso es lo único que debes recordar.

El Rey del Tíbet pasaba por una mala época. Gordas blancas y colonia barata. Dinámico, había perdido el horizonte. Exquisito, había tratado con superficies y le habían tratado de forma similar. Consumido, había cumplido con su tiempo.

—Tengo que irme —le dijo ella.

—Aún no, un poquito más. Por favor. Así que se quedó. Con la bandera en alto, colgando flácida ante la ausencia de las brisas de Camelot, se quedó y sufrió. Finalmente, ella lo soltó, y el Rey del Tíbet se metió bajo la ducha, permaneciendo cuarenta minutos. Su piel dorada se le despellejó, se embebió; nunca estaba limpio del todo. Perfumado, bañado, aún notaba los olores de wombats, almizcle de guarida, graneros, fútiles recipientes de fluidos nocivos. Si era un ratón blanco, ¿por qué no podía ver su molino de ruedas?

—Escucha, muñeca, necesito quinientos pavos. Ya sé que no hemos estado juntos mas que un rato, pero los necesito de mala manera —ella fue a rebuscar en su monedero y regresó.

La odiaba más por hacerlo que por no hacerlo.

Y, por el pasado de ella, sabía que él no formaría parte de ningún futuro reconocible.

—Charlie, ¿cuándo te veré de nuevo?

—¡Extraño, nunca!

Llevado de allí en la carne plateada del Cadillac, su gran y bella madre-cerda, de una extensa anchura de trescientos (comprados con su semen) centímetros de rueda a rueda, Eldorado semidió de cuatrocientos caballos, intrépidamente cubicando 7200 centímetros, atronando hasta olvidarse su peso de más de dos toneladas, va... fue... Charlie... Charles... el Rey del Tíbet. Tez marrón dorada, tan limpia como le era posible, quinientas razones y quinientas huidas. Conducido, conduciendo hacia el exterior.

Siempre dentro, el Rey del Tíbet iba afuera.

A lo largo de la ruta, Manhattan, Jersey City, New Brunswick, Trenton. En Norristown, habiendo comido en un excelente restaurante, Charlie fue detenido en la esquina de una calle por una voz que hizo pssst desde un buzón. Abrió la rendija y un niño con suéter y corbata sacó su cabeza y hombros a la noche.

—Tiene que ayudarme —le dijo el chico—. Mi nombre es Batson. Billy Batson. Trabajo para la estación de radio WHIZ y, si solo pudiera recordar la palabra exacta, y si solo pudiera decirla, pasaría algo maravilloso. S es por la sabiduría de Salomón, H es por la fuerza de Hércules, A es por la resistencia de Atlas, Z es por el poder de Zeus... pero después de eso me he olvidado.

El Rey del Tíbet lenta y firmemente empujó la cabeza de nuevo hacia dentro por la rendija del buzón, y se marchó. Reading, Harrisburg, Mt. Union, Altoona, Nanty, Gb.

En el camino hacia Pittsburgh había un ratón, con manos de cuatro dedos vestido con pantalón corto rojo y dos grandes botones amarillos en la parte delantera, haciendo auto stop. Zapatos como dos grandes guantes de boxeo, brillantes ojos sinceros, desamparado y perdido, permanecía en la curva con el carnosos pulgar en alto, esperando. Charlie pasó zumbando. Aquel no era su sueño.

Youngstown, Akron, Canton, Columbus y hambriento de nuevo en Dayton.

Ohio. ¿Por qué se tuvo que ir de allí? Nunca antes había estado. Aquél era un buen lugar. El río corría negro y el día pasaba por encima como otro río. Se metió en un aparcamiento y ni siquiera la diosa madre Eldorado. Esperaba paciente, sabiendo que su seno tapizado estaría pronto repleto de nuevo con el Rey del Tíbet.

—Luego te alimentaré a ti —le dijo al vehículo sensible mientras caminaba hacia el restaurante.

En el interior, en penumbras y con velas encendidas en pleno mediodía, fue acomodado en un reservado hecho en madera, y allí colocaron frente a él un mantel blanco de lino puro, cinco cubiertos de plata, una copa de cristal tallado en la que esperaba agua de calidad, y una promesa. De la promesa seleccionó, arriesgándose, apuestas nueve a cinco y el favorito del día.

Una bruja aterciopelada encaramada en un taburete del bar, frente a él, se volvió, enseñó pierna y sonrió. El le ofreció cubiertos, agua, una promesa y se pusieron de acuerdo.

Charlie miró los ojos de teca aceitada de ella por encima de la llama de la vela que había entre ellos. Toda su piel era como una envoltura de sarán humedecida. Todos sus dientes eran como cardos humedecidos. Toda ella era un misterio de huecos cóncavos bajo los pómulos Charlie había comprado en cierta ocasión un aparato de televisión, porque la pelirroja del anuncio era parte de su sueño. Había comprado un cepillo de dientes eléctrico porque la morena con las fundas en los dientes había indicado que también ella era parte de su sueño. Y, naturalmente, su gran Eldorado. Ese era el sueño del Rey del Tíbet.

—¿Qué hora es? —pero no recibió respuesta y, limpiándose los labios de los restos de la peche flambée, él y la bruja aterciopelada abandonaron el restaurante: él con su sueño agrietándose, y ella con tan solo un producto que vender.

Había una fiesta en una casa de una colina.

Cuando pasaron por el camino de asfalto, la cinta negra bajo ellos se desenrolló como la rasposa lengua de una gran serpiente primitiva.

—Te gustará esa gente —dijo ella, y tomó el rostro sensitivo del Rey del Tíbet entre sus manos y lo besó largamente. Sus uñas tenían color metal plateado y sus palmas estaban ligeramente húmedas y eran regordetas, con promesas de placeres táctiles.

Caminaron hacia la casa iluminada desde dentro, cada ventana tenía una faceta coloreada de luz. Los sonidos aumentaban mientras se acercaban a la casa. El se puso a un paso por detrás de ella y contempló la forma en que su piel fluía. Ella extendió la mano, tocó la casa, y fluyeron una en la otra.

Ninguna puerta se abrió ante ellos, pero aferrados con fuerza a su cabello fue sorbido tras ella, a través de la piel de la casa.

En el interior, hablan cajas de marfil tallado que, cuando se abrían, relevaban cajas más pequeñas en su interior. Se sintió fascinado por una de esas cajas colocada alta sobre un pedestal en el centro de una alfombra. La caja estaba decorada con dientes de nutria y culebras hinchadas y linceos. Abrió la primera caja y en el interior había una segunda caja recubierta de escarcha helada. Dentro de la caja escarchada había una tercera, y estaba decorada con espejos que no daban reflejos. Y a continuación había una caja cuya superficie era una masa de tallas, y todas eran huellas dactilares, y ninguna concordaba con la de Charlie, y únicamente cuando un hombre de paso sonrió y acarició la tapa, se abrió esta, revelando la siguiente caja

más pequeña. Y así siguió, hasta que perdió la cuenta de las cajas y el viaje terminó cuando no pudo ver la caja que había dentro de la caja del tamaño de una mota de polvo que estaba en el interior de todas las otras. Pero sabía que habían más, y notó una gran tristeza por no poder alcanzarlas.

—¿Qué es, exactamente, lo que desea? —le preguntó una mujer mayor de muy buenos huesos. Estaba recostada contra una pared cuya única ornamentación era un gigantesco crucifijo de madera del que colgaba una figura de Cristo, con la cabeza caída, los hombros contorsionados como solo pueden estar aquellos cuyos brazos han sido desencajados; la figura estaba hecha de macizas piezas de madera, todas ellas artísticamente teñidas: trozos de puerta, patas de cama, sedales, machos de timón, vigas, crucetas, trozos encajados de marcos macizos.

—Deseo... —comenzó, luego extendió los brazos en confusión. Sabía lo que quería decir, pero nadie había ordenado nunca correctamente la progresión de palabras.

—¿Se trata de Madelaine? —preguntó la vieja. Sonrió como la Tía Jemima, y apuntó un dedo al otro extremo de la enorme sala de estar, clavándolo en la bruja aterciopelada al otro lado, junto a la chimenea—. Está allí.

El Rey del Tíbet se sintió algo más relajado.

—Ahora —dijo la vieja, con su mano en la mejilla de Charlie—, ¿qué es lo que necesita saber? Dígamelo. Aquí tenemos todas las respuestas. De verdad.

—Quiero saber...

La pantalla de la televisión se tornó plata y lanzó un charco de luz, atrayendo la atención de Charlie. Las posibilidades fueron listadas en la pantalla. Y lo que deseaba saber pareció inconsecuente comparado con las posibilidades que vio listadas.

—Aquella —dijo—. La segunda. ¿Cómo murieron los dinosaurios?

—Oh. ¡Excelente! —Parecía contenta de que hubiera escogido aquella—. ¿Shefty...?

—Llamó a un hombre alto de sienes canosas.

Él la miró dejando de hablar a varias mujeres y a otro hombre, la contempló expectante, y ella dijo:

—Ha escogido la segunda. ¿Puedo?

—Naturalmente, querida —dijo Shefty, alzando su copa de vino hacia ella.

—¿Tenemos tiempo?

—Oh, creo que sí —contestó él.

—Sí... ¿Qué hora es? —preguntó Charlie.

—Por allí —le dijo la vieja, llevándolo fuertemente asido por el antebrazo. Se detuvieron frente a otra pared—. Mire.

El Rey del Tíbet miró a la pared, y esta palideció, se convirtió en hielo, y se hizo translúcida. Había algo atrapado en el hielo. Algo grande. Algo oscuro. Forzó la vista, tratando sus ojos de discernir la figura. Luego la estuvo viendo más claramente y era un gran saurio, congelado en el momento de saltar sobre alguna especie menor.

—Gorgosaurio —dijo la vieja, a su lado—. Se parece bastante al Tiranasaurio, como puede ver; pero las patas delanteras solo tienen dos dedos. ¿Lo ve?

Diez metros de piel gris curtida. Los dientes asesinos. El morro de hocico prominente, los ojos de ámbar ahumado del comedor de despojos. La lisa y repugnante protuberancia de la cola balanceante, las atrofiadas patas delanteras trágicamente agostadas e inútiles. La musculatura... El pulsante latir de la sangre congelada bajo la piel de lona. El... latir...

Vivía.

El Rey del Tíbet atravesó el hielo, acompañado por la vieja de ojos de Circe, mientras la sala de estar, blanco caracol de mar, refulgía tras la pared de hielo. El hielo se fue, vino la noche.

Hielo que se fundía lentamente de la gran masa frente a él. Se quedó asombrado.

—Mire —dijo la mujer.

Y vio mientras el hielo se disolvía en niebla y bruma nocturna, y vio mientras la tierra temblaba, y vio mientras el gran lagarto furioso se movía en tambaleante duda, y vio mientras los otros llegaban apiñándose cerca, sin ser vistos. Llegó el Escolosaurio. Llegó el Tracodonte. Llegó el Esteanosaurio. Llegó el Protoceratón. Y todos se quedaron esperando.

El Rey del Tíbet sabía que había mataderos en los que los bueyes eran colgados boca abajo de ganchos, donde los cuellos eran cortados y la sangre corría espesa como aceite de máquina. Vio una cosa dorada colgando, y no quiso mirar. Más tarde, miraría.

Esperaron, silenciosamente, a que llegase.

Venía a través de la ciénaga cretácea. Charlie lo podía oír. No muy fuerte, pero acercándose inexorablemente.

—¿Quiere encenderme el cigarrillo, por favor? —preguntó la vieja.

Brillaba. Llevaba un pálido nimbo blanco. Caminaba a través del pantano, negro hasta las caderas por la pútrida sustancia. Llegó, con los ojos hundidos bajo pobladas cejas prominentes, la mandíbula proyectándose hacia delante, las amplias aletas de la nariz olisqueando la gélida noche, los brazos cubiertos con suciedad incrustada y pelo. El salvador.

Llegó hasta los lagartos propietarios de la tierra. Caminó alrededor de ellos, que permanecieron quietos y en silencio, próximos a su fin. Entonces los tocó, uno tras otro, y la plaga se apoderó de ellos. Hongos azules se extendieron de las cinco huellas dejadas en sus pieles imperecederas; muerte azul irradiando de impresiones de dedos opuestos, uniéndose, extendiendo cilios y pudriendo la carne de los grandes dinosaurios desaparecidos.

Se volvió a formar el hielo y el Rey del Tíbet regresó a través de un frío perlino hacia la sala de estar.

Encendió una cerilla y le prendió el cigarrillo.

Ella le dio las gracias y se apartó.

La bruja aterciopelada regresó.

—¿Te lo has pasado bien? —El pensó en las cajas dentro de las cajas.

—¿Fue así como murieron? ¿Fue él el primero?

Ella asintió.

—¿Te pidió Nita algo?

Charlie nunca había visto el mar. Oh, había estado en los estrechos en el Río Este y en el Hudson, pero nunca había visto el mar. El verdadero mar, el mar atronador que se tornaba negro por la noche como una lámina de vidrio. El mar que podía atraer y el mar que podía matar, que podía tragarse ciudades enteras y convertirlas en mitos. Deseaba ir a California.

De pronto, sintió miedo de que nunca abandonaría aquella cosa de allí llamada Ohio.

—Te pregunté si Nita te pidió algo.

—¿Cómo?

—Nita. ¿Te pidió ella algo?

—Tan solo lumbre.

—¿Se la diste?

—Sí.

El rostro de Madelaine flotó en el tenue fluido de su vista. Los músculos de su mandíbula temblaron. Se giró y caminó a través de la sala. Todo el mundo se volvió para mirarla. Llegó hasta Nita, que repentinamente dio un paso hacia atrás y alzó los brazos.

—No, no lo hice...

La bruja aterciopelada extendió fulgurantemente una mano hacia la mujer mayor y la mano pareció atravesar su cuello. Los dedos de puntas de plata reaparecieron, apretados alrededor de un delgado filamento brillante. Luego, Madelaine lo partió con un gruñido.

Se oyó un terrible pequeño sonido de Nita, y luego ella se volvió, acuosa, y se quedó en silencio junto a la ventana, con aire vacío y sin esperanza.

Madelaine se limpió la mano en el respaldo de un sofá y se acercó a Charlie.

—Nos iremos ahora. La fiesta ha terminado.

El condujo en silencio, de vuelta a la ciudad.

—¿Vas a subir? —le preguntó, cuando aparcó el Eldorado frente al hotel.

—Voy a subir.

Se inscribieron como el Profesor Pierre y Marja Skodowska Curie y por primera vez en su vida él fue incapaz de alcanzar un clímax. Se quedó dormido sollozando por no haber visto nunca el mar, y se despertó horas más tarde cuando la noche aún apretaba las paredes. Ella no estaba allí.

Oyó sonidos en la calle, y fue a la ventana.

Había una gran multitud en la calle, apiñada alrededor de su coche.

Mientras miraba, un hombre se echó de rodillas frente al dorado Eldorado y lo

tocó. Charlie sabía que aquel era su sueño. No podía moverse; tan solo mirar, mientras se comían su coche.

El hombre acercó la boca al frente del coche y la retiró ensangrentada. Un gran bocado había sido arrancado de la brillante piel del Cadillac. Sangre dorada corría por las mandíbulas del hombre.

Otro hombre se extendió sobre el techo del coche e incluso desde detrás de la ventana el Rey del Tíbet podía oír los temibles sonidos sorbentes y babosos. El techo fue hecho trizas.

Una mujer se acercó a gatas a la parte trasera del coche y se cogió al tubo de escape. Su rostro temblaba expectante y siguió allí hasta estar saciada.

Cuando hubo terminado, todos se echaron sobre el coche y él los contempló mientras su sueño pasaba a sus interiores, pieza a pieza, masticado y comido mientras él lo veía sin poder hacer nada.

—Eso es todo, Charlie —la oyó decir, tras él. No podía volverse para mirarla pero su reflejo se sobrepuso al de él en la ventana. Allá afuera, en la oscuridad, se alejaron, habiendo comido.

Miró, y vio la cosa dorada colgando boca abajo en el matadero, con el cuello cortado, la sangre recogida por canalones de ónix.

Sin coche, en Dayton, Ohio, estaba muerto para los sueños.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Silencio en Gehenna

Harlan Ellison

Joe Bob Hickey no tenía ningún signo astrológico. Mejor dicho, tenía doce. Cada año celebraba su cumpleaños bajo un Piscis, Géminis o Escorpión distinto. Joe Bob Hickey era un huérfano. Era también un bastardo. Había sido encontrado en el porche de la Inclusa del Condado de Sedgwick, en Kansas. Envuelto en una vieja manta militar, había sido abandonado en uno de los porches de la Inclusa. Aquello ocurrió en 1992.

Años más tarde, la matrona que le encontró en el porche observó que mirarse en sus ojos era como asomarse a un vestíbulo de espejos vacíos.

Joe Bob fue un chiquillo rebelde. En la Inclusa parecía olfatear el jaleo, por oculto que estuviera, para hundir sus dientes en él; y no lo soltaba hasta que restallaba el trueno. Hasta los trece años vivió de hogar adoptivo en hogar adoptivo. Hasta que se cansó y decidió vivir por su cuenta. Aquello ocurrió en 2005. Pasó el tiempo y Joe Bob cumplió los catorce años, luego los dieciséis, luego los dieciocho, y por entonces ya había descubierto lo que en realidad era el mundo que le rodeaba, había acumulado músculo, había leído libros y saboreado la lluvia, y en algún camino había descubierto su objetivo en la vida, y sabía que era un objetivo justo y que nunca se echaría atrás.

Joe Bob conectó el cable de cierre, asegurándose de que quedaba una longitud suficiente para no entorpecer su avance. Sacó los alicates de su macuto, cortó la alambrada, volvió a meter los alicates en el macuto y se lo colgó del hombro, recordándose a sí mismo que debía colocarle otro sistema de correa a fin de que no dificultara sus movimientos.

Luego, boca abajo; arrastrándose sobre los codos penetró a través de la alambrada electrificada en los terrenos de la Universidad de California del Sur. Las luces de las torres de los centinelas no iluminaban del todo aquel alejado rincón del patio. Un punto muerto en el sistema de vigilancia. Pero él podía ver al centinela en su torre, a la izquierda, rastreando la zona con el miniradar. Joe Bob sonrió. Su bollixer estaba emitiendo una forma gatuna.

Joe Bob avanzó lentamente a través de la tierra de nadie del punto muerto. En un momento determinado, el centinela apuntó en dirección a él, pero el miniradar sólo captó a un felino, y mientras la curiosidad palidecía y se desvanecía, Joe siguió avanzando, deslizándose suavemente (*Lignum vitae*. Gracias a la disposición diagonal y oblicua de las sucesivas capas de sus fibras, no puede ser astillada. No sólo es una madera increíblemente dura —con una gravedad específica de 1.333 se

hunde en el agua— sino que, conteniendo en sus poros un 26% de resina, es lustrosa y autoengrasada. Por este motivo, era utilizada como soporte de las máquinas de los primeros barcos a vapor). Joe Bob como *lignum vitae*. Deslizándose suavemente a través de la oscuridad.

El edificio de Ciencias Terráqueas sobresalía de entre la niebla pegada al suelo del patio. Joe Bob avanzó hacia él, hurgando con la lengua en la cavidad de una muela donde se había alojado una astilla de carne de pollo robado y frito. Había varios mecanismos de muelle, que se disparaban al ser pisados, irregularmente esparcidos alrededor del edificio. Arrastrándose sobre el vientre, hizo un slalom perfecto a través de ellos, caligrafiando su paso. Luego llegó al edificio y se sentó, apoyando la espalda contra la pared, y abrió el macuto que llevaba en bandolera.

Plástico.

Anticuado, en aquella época de explosivos sónicos, pero eficaz. Colocó las cargas.

Luego avanzó hacia el Edificio de Tácticas, los Laboratorios Bacteriófagos, la Computadora de Archivos Centrales y la Armería. Todos recibieron sus correspondientes cargas.

Luego retrocedió hasta la alambrada, preparó el megáfono, se agachó para que su silueta no se proyectara contra el alba que empezaba a teñir el este de una leve claridad, y disparó las cargas.

Los Laboratorios fueron los primeros en saltar, lanzando hacia el cielo paredes y techos en una serie de explosiones que iban del azul al rojo y viceversa. Luego, el Bloque de la Computadora estalló en pedazos, esparciendo chispas como un circuito hecho polvo asesinando partículas negativas; luego, las Ciencias Terráqueas y las Tácticas rugieron como saurios y cayeron sobre sí mismas, espumeando polvo, listones y yeso y vomitando metal fundido. Y, finalmente, la Armería, en una serie de estallidos que se sucedieron a un ritmo irregular y una serie de relámpagos precursores del trueno definitivo.

Todo estaba ardiendo. Seguían estallando pequeñas explosiones entre el creciente sonido de estudiantes, profesores y soldados escurriéndose a través del desastre. Todo estaba ardiendo cuando Joe Bob dio toda la potencia a su megáfono, se lo acercó a los labios y empezó a gritar su mensaje.

«¡Llamáis a esto libertad académica, pandilla de gusanos! ¡Para vosotros, el camino del saber pasa por unas alambradas electrificadas! ¡Despertad, esclavos! ¡Luchad por la libertad!».

El bollixer estaba zumbando, acusando los contactos de los radares en acción. Como respuesta, emitía formas inconcretas, montones de tierra, cualquier cosa. Joe Bob continuó gritando:

«¡Arrancad los fusiles de sus manos!».

Su voz resonaba como el día del juicio final. Trepaba sobre los sonidos de hombres tratando de salvar otros edificios y retumbaba contra el naciente amanecer. «¡Expulsad a los soldados del campus!

Jefferson dijo: “Los pueblos tienen la clase de gobierno que merecen”. ¿Es esto lo que vosotros merecáis?».

El zumbido estaba haciéndose más intenso, las pulsaciones más rápidas. Estaban estrechando el campo sobre él. No tardarían en localizarle; al menos, existían muchas posibilidades de que lo hicieran. Y entonces las patrullas saldrían en su busca.

«¡Fuera los soldados!».

«¡Todavía hay tiempo! ¡Mientras uno solo de vosotros no se haya dejado someter a un lavado de cerebro, queda una posibilidad! ¡No estáis solos! Somos un gran movimiento de resistencia organizada... uníos a nosotros... derribad sus barracones... volad sus armerías... ¡Abajo los fascistas! La libertad está ahora a vuestro alcance: agarradla, antes de que sea demasiado tarde».

Las patrullas habían sido situadas estratégicamente. Cuando las unidades de miniradar se triangularon, localizaron un blanco potencial y lo señalaron, estaban preparadas. El bollixer de Joe Bob le advirtió de la situación con un zumbido de alarma. Guardó el megáfono en su macuto y desenfundó su pistola.

Vete de aquí, se dijo a sí mismo.

Cállate —contestó—. ¡Abajo los fascistas! Déjate de historias. No quiero que me maten. ¿Asustado, gallina?

Sí, estoy asustado. Si quieres que te vuelen la cabeza, es asunto tuyo. Pero no me metas a mí en el lío.

El monólogo interior se interrumpió bruscamente. A la derecha de Joe Bob avanzaban tres patrulleros a través de la maleza, disparando mientras corrían. Joe Bob replicó, disparando por encima de sus cabezas.

¿Crearás que había llegado a pensar que eras un asesino implacable?

¡Cállate de una vez! He fallado, eso es todo.

¿De veras? A mí no puedes engañarme. Lo que pasa es que no quieres ver sangre.

Arrastrándose, arrastrándose, retrocediendo, todo brazos y piernas; y los patrulleros seguían avanzando.

Somos un gran movimiento de resistencia organizada, había gritado a través del megáfono. Había mentido. Estaba solo. Era el último. Después de él, posiblemente no habría otro durante un centenar de años. Los disparos de los patrulleros trazaban surcos en la tierra a su alrededor.

¡Asustado! No quiero que me maten.

El helicóptero se remontó en su horizonte visible, avanzó en línea recta y empezó a maniobrar, tratando de localizarle. Con el zumbido del helicóptero, la brisa sopló de nuevo a través de su mente:

¡Asustado!

Una zanja. Se sumergió en ella. Tendido sobre su espalda, el ángulo de inclinación le ocultaba del helicóptero, pero le exponía al ataque de los patrulleros. Respiró profundamente, humedeció sus labios con su lengua, demasiado seca para servir de ayuda, y esperó.

El helicóptero pasó directamente por encima de él y se estremeció mientras giraba sobre sí mismo. Joe Bob apoyó la pistola contra el borde de la zanja y apretó el gatillo, apuntando delante del helicóptero. La máquina avanzó en línea recta hacia el sendero de fuego. Las primeras cargas se estrellaron contra el hocico del helicóptero, desintegrando la superficie cromada. Tormentas eléctricas, diminutos remolinos de energía revolotearon sobre el helicóptero, cuarteando las lumbreras, haciendo borroso el suelo para el piloto y su tirador. Las cargas establecieron contacto con el equipo eléctrico del aparato, que estalló súbitamente. Una lluvia de trozos de metal retorcidos e incandescentes cayó sobre el campus. Los patrulleros se aplastaron contra el suelo, tratando de escapar a la granizada de metal ardiente.

Con el sonido de la muerte resonando todavía en sus oídos, Joe Bob Hickey echó a correr a lo largo de la zanja, penetró en el bosque y desapareció.

Había sido dicho antes, y volverá a decirse, aunque nunca de un modo tan simple y tan humano como lo dijo Thoreau: «Sirve mejor al Estado el que más se opone al Estado».

(Acetato de aluminio, un compuesto químico que, en la forma de su sal natural, $\text{Al}(\text{C}_2\text{H}_3\text{O}_2)_3$, obtenida como un polvo blanco, amorfo, soluble en el agua, es utilizada principalmente en medicina como astringente y como antiséptico. En la forma de su sal básica, obtenida como un polvo blanco, cristalino, insoluble en el agua, es utilizada principalmente en la industria textil como agente impermeable, como agente incombustible y como mordiente. Un mordiente puede ser varias cosas; las más importantes, una sustancia adhesiva para pegar láminas de oro o de plata a una superficie, y un ácido u otra sustancia corrosiva utilizada para grabar al aguafuerte).

Joe Bob Hickey como acetato de aluminio. Mordiente. Ácido atacando una superficie corroída.

La noche profunda le encontró sufriendo terriblemente, lejos de las ardientes ruinas de la Universidad. Tambaleándose debajo de los gargantuescos pilares del tren continental. Cayendo, levantándose, tropezando una y otra vez. Cayó de bruces sobre un lecho de grava y maleza. Unas manos se acercaron a él en la oscuridad y le volvieron boca arriba. Parpadeó una luz y una voz dijo: «Está sangrando», y otra voz, áspera y huraña, dijo: «Lleva una pistola», y una tercera voz dijo: «No le toquéis, vámonos de aquí», y la primera voz repitió: «Está sangrando», y la luz fue aplicada a la colilla de un cigarro antes de apagarse. Y luego volvió a reinar una profunda oscuridad.

Joe Bob perdió el conocimiento. Cuando lo recobró, no tenía la menor idea del tiempo que había transcurrido. Luego abrió los ojos y vio las llamas de una pequeña fogata danzando delante de él. Se encontraba tendido junto a la base de un zumaque. Una mano surgió de entre la niebla que le rodeaba, y una voz que ya había oído antes dijo:

—Vamos. Tome un sorbo de esto.

Una botella de plástico con algo caliente fue alzada hasta sus labios, y otra mano que no pudo ver levantó su cabeza ligeramente, y Joe Bob bebió. Era una especie de caldo con sabor a grasa.

Pero le hizo sentirse mejor.

—He utilizado el alcohol que llevaba usted en el macuto. Está usted malherido, amigo. En la espalda. Sangraba mucho. Parece que la cosa va mejor. Gracias al alcohol.

Joe Bob volvió a quedarse dormido. Esta vez más tranquilo.

Más tarde, en una atmósfera más clara y más fresca, despertó de nuevo. La fogata estaba apagada. Pudo ver claramente lo que había que ver. Estaba amaneciendo. Pero, ¿cómo era posible... otro amanecer? ¿Había estado corriendo todo el día, eludiendo a los patrulleros que le perseguían? Evidentemente. Cuando amanecía, había estado agachando junto a la alambrada, haciendo estallar las cargas. Lo recordaba perfectamente. Y las explosiones. Y los patrulleros, y el helicóptero, y...

No quiso pensar en las cosas que caían del cielo, ardiendo, chisporroteando.

Un día entero y toda una noche corriendo. Y dolor. Un dolor terrible. Movié su cuerpo ligeramente, y notó el doloroso latido en la espalda. Un trozo del ardiente helicóptero le habría alcanzado mientras huía; pero había seguido corriendo. Y ahora estaba aquí, en alguna otra parte. ¿Dónde? La luz se filtraba hacia abajo a través de unos árboles inmóviles.

Miró a su alrededor en el claro. Formas cubiertas con mantas. Media docena. No, siete. Y la fogata un simple rescoldo, ahora. Permaneció tendido allí, incapaz de moverse, esperando que se hiciera de día.

El primero en levantarse fue un viejo con una sucia barba de tres días, quizá, y un huevo escalfado en el lugar de un ojo. Se acercó cojeando a Joe Bob —que había cerrado los ojos casi del todo— y le miró fijamente. Luego se agachó, alisó la arrugada manta y se dirigió a la apagada fogata.

Estaba encendiendo la lumbre para el desayuno cuando otros dos hombres se levantaron. Uno de ellos era muy alto, con un garfio en el lugar de una mano, y el otro era tan viejo como el que se había acercado a Joe Bob. Estaba desnudo en el interior de sus mantas, y no tenía un solo pelo en el cuerpo. Su piel era muy sonrosado y muy suave. Su aspecto resultaba incongruente: la cabeza de un viejo y el sonrosado cuerpo de un bebé.

De los otros cuatro, sólo uno era normal, sin ninguna tara. Al menos, eso creyó Joe Bob hasta que comprobó que el normal era incapaz de hablar. Los otros tres eran un jorobado con una cúpula de plástico en la espalda que emitía destellos luminosos y contenía unas franjas de colores que cambiaban de tonalidad con sus estados de ánimo; un negro con todo un lado de la cara quemado, lo cual le confería el aspecto de alguien que estuviera siempre con la mitad del cuerpo en la sombra; y una mujer que lo mismo podía tener cuarenta años que setenta, resultaba imposible decirlo, con unos aros de una pulgada de anchura en muñecas y tobillos, cuyas coyunturas

parecían dobladas en direcciones contrarias a la normal.

Mientras Joe Bob les observaba subrepticamente, se lavaron lo mejor que pudieron, utilizando agua de una bolsa de Lister, evitando el agua espumeante y burbujeante del nauseabundo arroyo que se arrastraba como una enorme babosa gris a través del claro. Luego, el viejo del ojo raro se acercó a él, se arrodilló a su lado y apretó la palma de su mano contra la mejilla de Joe Bob.

Joe Bob abrió los ojos.

—No tiene fiebre —dijo el anciano—. Buenos días.

—Gracias —dijo Joe Bob, tenía la boca seca.

—¿Qué me dice de una taza de buen café con achicoria? —inquirió el viejo, sonriendo.

Le faltaban varios dientes.

Joe Bob asintió con dificultad.

—¿Podría usted incorporarme un poco?

El viejo llamó:

—¡Walter! ¡Marty!

El hombre que no podía hablar se acercó a él, seguido del negro con la media cara de marfil. Cogieron a Joe Bob por debajo de los brazos, cuidadosamente, y lo ayudaron a incorporarse. La espalda le dolía terriblemente y todos los músculos de su cuerpo estaban rígidos de haber dormido sobre el frío suelo. El viejo tendió a Joe Bob una botella de plástico llena hasta la mitad de café.

—No tenemos leche ni azúcar. Lo siento —dijo.

Joe Bob dio las gracias con una sonrisa, bebió. Estaba muy caliente, pero era bueno. Lo sintió deslizarse en su interior, empapando sus vasos capilares.

—¿Dónde estoy? ¿Cómo se llama este lugar?

—Nevada —dijo la mujer, acercándose.

Llevaba un mono con las perneras cortadas a la altura de las pantorrillas.

—¿En qué lugar de Nevada? —preguntó Joe Bob.

—¡Oh! A unas diez millas de Tonopah.

—Gracias por ayudarme.

—Yo no tengo nada que ver con ello. Si mi opinión sirviera de algo, nos habríamos marchado ya. La proximidad del tren me pone nerviosa.

—¿Por qué? —inquirió Joe Bob.

Alzó la mirada; el tren aéreo, la menos impresionante de todas las arcológicas de Paolo Sicori, e incluso así asombrosa, se alargaba hasta el horizonte sobre los brazos en forma de ala de unos pilones que se alzaban un octavo de milla por encima de ellos.

—Los toros de la compañía, por eso. Van por todas partes, en busca de saboteadores. No me gusta la idea de que piensen que nosotros pertenecemos a esa ralea.

Joe Bob apretó los puños con rabia. Lo peor que se podía ser era antipatriota.

Raptar a un niño, asesinar a siete mujeres, volarle la tapa de los sesos a un viejo tendero, era aceptable. Lo que no podía tolerarse era la antipatria. En este último caso, incluso los peores criminales estaban dispuestos a tomarse la justicia por su mano. Joe Bob pensó en Greg, que había sido herido de muerte en una celda de San Quintín por un asesino que había rociado de balas a una multitud de indefensos ciudadanos cuando trataba de escapar después de un atraco frustrado. El asesino había destrozado la cabeza de Greg con un taburete de tres patas de su celda. Quienquiera que fuesen esas personas, no tenían nada en común con lo que era él.

—¿Toros? —inquirió Joe Bob.

—¿De dónde sale usted, muchacho? —preguntó el hombre increíblemente alto con el garfio en el lugar de una mano—. Toros. Soldados. El Hombre.

El viejo soltó una risita y palmeó la pierna del alto.

—Paul, ese chico es demasiado joven para conocer esas palabras. Así les llamábamos nosotros. Ahora les llaman...

Joe Bob se introdujo en la vacilación.

—¿Varks?

—Sí, varks. ¿Sabe usted de dónde procede el nombre?

Joe Bob sacudió la cabeza.

El viejo se sentó en el suelo y empezó a hablar, como si estuviera hablándoles a unos chiquillos en torno a un hogar; los otros se sentaron también y escucharon.

—Procede del nombre de un animal de África del Sur, el cerdo común. Los colonos holandeses lo llamaban aardvark. Se limitaron a prescindir de la primera sílaba, ¿comprende?

Siguió hablando, contando historias de la época en que era joven, de cosas que habían sucedido, de su país cuando era más sano. Y Joe Bob escuchó. Y se reafirmó en su anterior conclusión: aquellos hombres no tenían nada en común con lo que era él. Pero supo otra cosa: no eran mejores que él.

—¿Juega usted al Monopole? —preguntó el viejo.

El jorobado fue en busca de una caja de cartón que había sido reparada muchas veces. Y le enseñaron a Joe Bob a jugar al Monopole, perdió rápidamente; reunir fincas le pareció un modo absurdo de perder el tiempo. Trató de hablarles de lo que estaba ocurriendo en América, de la abolición del Trust del Pentágono, de la abolición del Tribunal Supremo, de la computadora central de Denver, en cuyos bancos se almacenaban la identidad y el historial de todo el mundo, a fin de poder detener inmediatamente a cualquier ciudadano, en caso necesario. Acerca de todo ello. Pero ya lo sabían. Y opinaban que no era malo. Opinaban que servía para evitar que los saboteadores se salieran con la suya, a fin de que el país pudiera ser tan bueno como siempre había sido.

—Tengo que marcharme —dijo Joe Bob finalmente—. Gracias por su ayuda.

Era un empate: odio contra gratitud.

Ellos no le pidieron que se quedase. Y él no había esperado que lo hiciesen.

Ascendió por la ladera de grava; se detuvo debajo de la ancha sombra del tren aéreo que discurría de costa a costa, desde el Golfo hasta los Grandes Lagos, y alzó la mirada. Parecía libre. Pero él sabía que estaba anclado a la tierra, a mucha profundidad, a cada décima parte de una milla. Sólo parecía libre, porque Soler lo había soñado de aquel modo. El arte no era realidad, sino únicamente la apariencia de realidad.

Echó a andar hacia el este. No tenía ningún lugar adonde ir, de modo que podía ir a cualquier parte.

Hasta que restallara el trueno.

El claustro de profesores, en la Universidad Estatal de Nueva York en Búfalo, era algo reglamentado. Reglamentado por varks, soldados, patrulleros y (añadió Joe Bob, mirando hacia abajo desde un tejado) toros. Las aulas estaban divididas en una serie de departamentos individuales con paredes de plástico transparente. Esto permitía ver claramente las pantallas en las cuales el Presidente Controlador daba sus instrucciones, y evitaba dificultades a los domadores si se producían disturbios. (Circulaban rumores de inquietud, e incluso una protesta hectografiada en una cuartilla que había sido pegada a los tableros de noticias del campus).

Joe Bob miró a su alrededor con los gemelos. Estaba controlando a los centinelas.

La categoría de las facultades venía señalada por el tamaño, modelo y armamento de los centinelas-robots que revoloteaban, zumbando suavemente, inmediatamente encima de cada administrador y profesor. Joe Bob trataba de localizar un modelo Dictógrafo 2013, provisto de pulverizadores de gases. El último modelo... Presidente Controlador.

El modelo más reciente entre la multitud allí reunida era un 2007. Lo cual significaba que eran todos profesores adjuntos o guías-preceptores.

Y significaba que estaban dirigiendo los ejercicios de principio de curso desde el estudio del Edificio de Propaganda.

Joe Bob se deslizó a través del tejado hacia la torre de vigilancia. El centinela seguía durmiendo, envuelto en spinex. Joe Bob le contempló unos instantes. Le encontrarían y le rociarían con disolvente. Joe Bob había dejado al descubierto la nariz del centinela, para que pudiera respirar.

¡Asesino!

Cállate.

Comando efectivo.

¡Te he dicho que te calles de una vez!

Se deslizó dentro del uniforme de una sola pieza del centinela, alisó los brazos hasta las muñecas, lo estiró para acomodarlo a sus anchos hombros. Luego, cargado con su inseparable macuto, descendió por la escalera de caracol. No había guardianes a la vista en el edificio. Todos estaban en el recinto exterior, reforzando allí la vigilancia, como correspondía a la fecha: día de inauguración del curso.

Continuó bajando hasta llegar al sistema de calefacción central. Era junio. Hacía mucho calor. Los hornos habían sido apagados, y los acondicionadores habían empezado a funcionar. Encontró el esquema de los conductos y marcó el camino hasta el estudio con su dedo índice. A continuación abrió una verja y trepó por el sistema. Una ascensión vertical y prolongada a través del conducto general.

Trepando...

20 recuerdas la norma que se convirtió en ley, de que en las clases no podía discutirse nada que no correspondiera directamente a la materia que era enseñada aquel día 19 y recuerdas aquella clase de arte moderno en la cual empezaste a formular preguntas acerca de las aplicaciones del arte superior como vehículo para el disenso y la resolución 18 y cómo empezaste a interrogar al profesor acerca del Guernica de Picasso y de lo que le había impulsado a pintarlo como una declaración acerca de los horrores de la guerra 17 y cómo el profesor había olvidado la norma y había vuelto a contar la historia del fresco del Centro Rockefeller de Diego Rivera que había sido encargado por Nelson Rockefeller 16 y cómo, cuando el fresco estaba terminado, Rivera había pintado un Lenin muy visible, y Rockefeller exigió que pintara otra cara encima, y Rivera se había negado 15 y cómo Rockefeller había hecho destruir el fresco 14 y al cabo de diez minutos el Controlador había hecho detener al profesor 13 y recuerdas el día en que el Trust del Pentágono aportó el dinero para construir el nuevo estadio a cambio de que el departamento de Teoría de Juegos se convirtiera en Tácticas y rebautizaron el edificio como Neumann Hall 12 y recuerdas cuando te matriculaste y te hicieron firmar el juramento de lealtad para estudiantes 11 y la tarde en que se presentaron de improviso en el sótano 10 y te sorprendieron con Greg, Terry y Katherine 9 y llenaron el sótano de gas para que no pudiera escapar nadie 8 y mataron a Terry disparándole un tiro en la boca y Katherine 7 y Katherine 6 y Katherine 5 y ella murió doblada como un chiquillo sobre el sofá 4 y luego dispararon desde dentro a través de la puerta para hacer ver que se había disparado contra ellos 3 y Greg y tú quedasteis bajo custodia y la bota y las esposas 2 y tú escapaste y echaste a correr 1.

Trepando...

Mirando a través de los intersticios de la verja. El estudio. La cosa no resultaría fácil. Cámaras, focos... Allí estaban: gordos, poderosos y felices. Los centinelas-robots girando girando por encima de sus hombros en el aire girando y girando.

Ahora sabremos lo duro que eres a la hora de la verdad.

¡No empieces conmigo!

Ahora tendrás que matar realmente a alguien.

Sé lo que tengo que hacer.

Vamos a ver cómo haces encajar tus pretensiones de paz con el acto de asesinar a alguien...

¡Cállate!

... a sangre fría. ¿No es así cómo lo llaman?

Puedo hacerlo.

Desde luego que puedes. Me pones enfermo.

Puedo: puedo hacerlo. Tengo que hacerlo.

Adelante, pues.

El estudio estaba atestado de oficiales administrativos, de técnicos, de guardianes y soldados, de personal militar de todas las categorías. Y en los calabozos del campus, setenta pies debajo de la Armería, once estudiantes agachados en el interior de jaulas de máxima seguridad: construidas de modo que un hombre no pudiera estar de pie, ni sentado: únicamente agachado, con la espina dorsal encorvada día y noche.

Con los centinelas-robots vigilando, girando y observando, prestos a disparar, resultaba imposible apoderarse del Presidente Controlador. Pero existía un medio para confundir a los centinelas-robots. Wendell lo había descubierto en Dartmouth, aunque el descubrirlo le costó la vida. Pero existía un medio.

Si un hombre muere por ti. Un vark. Si muere un vark. Ellos mueren igualmente.

Joe Bob ignoró la conversación. No conducía a ninguna parte. Empuñando la pistola, se tendió boca abajo, pensando en lo que iba a pasar dentro de unos segundos, en el momento en que se iluminara la pantalla. Dispararía contra el guardián que estaba de pie al lado del cameraman. El guardián caería y los centinelas-robots, alertados, empezarían a explorar; en aquel momento, dispararía contra uno de ellos. Cortocircuitado, sus rociadores de gases entrarían en acción, desconcertando a sus compañeros, que empezarían a dispararse entre ellos. En la confusión que seguiría, Joe Bob derribaría la verja de un puntapié, se dejaría caer en el estudio y capturaría al Controlador. Si tenía suerte. Con un poco más de suerte, le sacaría de allí. Y con un poco más, le utilizaría como rehén a cambio de los once estudiantes.

¡Suerte! Morirás.

Claro que moriré. Ellos morirán, yo moriré. De todos modos, estoy cansado.

Palabras, tus hermosas y nobles palabras...

Recordó todas las cosas que había dicho a través del megáfono. Ahora parecían muy lejanas. Había llegado el momento final. Su dedo índice se tensó contra el gatillo.

La luz se hizo más intensa.

No podía ver el estudio. El resplandor de la luz dorada lo hacía todo borroso. Joe Bob parpadeó, sacudió la cabeza y comprobó que la luz dorada estaba allí con él, dentro del conducto, rodeándole, calentándole, brillando y creciendo. Trató de respirar y descubrió que no podía hacerlo. La presión se concentró en su cabeza, haciendo latir sus sienes. Pensó, fugazmente, que había sido localizado y que esto era un nuevo tipo de gas, o un rayo calorífero, o algo nuevo de lo que no tenía noticia. Luego, todo se empañó en un estallido de luminosidad dorada más luminosa que cualquier claridad de las que había visto hasta entonces. Incluso cuando era un chiquillo y se tendía en el campo sobre la hierba, contemplando el sol con los ojos abiertos para comprobar cuánto tiempo podía resistir sin cerrarlos. Más brillante que

aquello.

¿Quién soy y a dónde voy?

Quién era: incontables billones de átomos, desintegrados y remolineando en un túnel dorado, taladrado en un espacio color de azafrán y un tiempo color ocre.

Adónde iba:

Joe Bob Hickey despertó, y la primera sensación de las muchas que descendieron en cascada sobre él fue la de balanceo. En el aire, quizás en el agua, columpiándose, atrás y adelante, con un movimiento pendular que le inspiraba náuseas. Una luz dorada se filtraba a través de sus párpados cerrados. Y sonidos. Sonidos musicales que parecían interrumpirse antes de que los hubiera oído plenamente hasta el último y vibrante trémolo. Abrió los ojos y estaba tendido de espaldas sobre una superficie blanda que se adaptaba a la forma de su cuerpo. Volvió la cabeza y vio el macuto y el megáfono en el suelo, cerca de él. La pistola había desaparecido. Luego echó la cabeza hacia atrás y miró a lo alto. Había visto barrotes. Barrotes dorados extendiéndose en arcos por encima de su cabeza. Un efecto de catedral, encima de él.

Lentamente, se incorporó sobre sus rodillas, invadido por oleadas de náuseas. Había barrotes.

Se puso en pie y notó más claramente el balanceo. Avanzó un par de pasos y se encontró en el borde de la superficie blanda. Incrustada en el suelo, era una superficie gris, una enorme forma circular. Salió de ella, para posar los pies sobre el sólido suelo de la... de la jaula.

Era una jaula.

Anduvo hasta los barrotes y miró más allá.

Cincuenta pies debajo había una calle. Una calle dorada sobre la cual se movían unos seres con los cuerpos en forma de grandes bulbos, azotando a unos humanos color azul pervinca más pequeños, para que tirasen de las sillas de mano sobre las cuales viajaban los dorados seres bulbosos. Se quedó mirando largo rato.

Luego, Joe Bob Hickey regresó al colchón circular y se tumbó. Cerró los ojos y trató de dormir.

En los días que siguieron, fue bien alimentado, y se enteró de que el tiempo meteorológico era controlado. Si llovía, una burbuja energética —no lo comprendía, pero era invisible— cubría su jaula. El calor no era nunca excesivo, ni refrescaba demasiado durante la noche. Le quitaron las ropas y se las devolvieron muy pronto... cambiadas. Después de aquello, siempre estaban flamantes y limpias.

Estaba en algún otro lugar. Le permitieron saber eso, al menos. Los dorados seres bulbosos eran la clase dirigente, y los humanos azules más pequeños eran sus obreros. Estaba en algún otro lugar.

Joe Bob Hickey contemplaba las calles desde su gran jaula oscilante, colgada a cincuenta pies de altura. En su jaula podía verlo todo. Podía ver a los dorados dirigentes bulbosos azotando a los desdichados criados azules, pero nunca vio el

rostro de uno de los seres más pequeños, ya que sus ojos estaban vueltos permanentemente hacia sus pies.

No tenía la menor idea de por qué estaba aquí.

Y estaba seguro de que permanecería aquí para siempre.

Fuera lo que fuese lo que se proponían al arrancarle de su tiempo y lugar, no experimentaban la necesidad de comunicárselo. Era un objeto en una jaula, columpiándose libremente, encarcelado, colgando muy alto sobre una calle dorada.

No tardó en darse cuenta de que el lugar donde pasaría el resto de su vida estaba bañado en una intensa luz amarilla. Le empapó y le calentó, y poco después se quedó dormido. Al despertar, se sintió mejor de lo que se había sentido en muchos años. Los agudos dolores que regularmente le producía la herida de su espalda habían desaparecido. La herida había cicatrizado completamente. Aunque comía los raros y sencillos alimentos que encontraba en su jaula, nunca experimentaba la necesidad de orinar ni de vaciar sus intestinos. Vivía tranquilamente, sin esperar nada, porque no deseaba nada.

Levántate, por el amor de Dios. Mírate a ti mismo.

Estoy bien. Me siento cansado, déjame en paz.

Se puso en pie y se acercó a los barrotes. Abajo en la calle, la silla de mano de una dorada criatura bulbosa se había parado, casi directamente debajo de la jaula. Vio cómo el ser azul tropezaba y caía, y vio cómo el bulbo dorado le azotaba. Por primera vez, vio las cosas tal como las había visto antes de que le trajeran aquí. Se sintió lleno de rabia ante la injusticia; notó que la sangre latía violentamente en sus sienes; empezó a gritar. El ser dorado continuó azotando a su víctima. Joe Bob agarró el megáfono, lo puso a toda potencia y empezó a gritar, a maldecir, a amenazar al monstruo del látigo. El dorado ser bulboso alzó la mirada y sus numerosos ojos plateados se clavaron en Joe Bob Hickey.

¡Tirano! ¡Asesino!, gritó Joe Bob.

No pudo callarse. Gritó todas las cosas que había gritado durante años enteros. Y el ser bulboso dejó de azotar al pequeño ser azul, el cual se incorporó lentamente y tiró de nuevo de la silla de manos. Cuando habían recorrido un trecho, el ser bulboso se inclinó hacia adelante y descargó de nuevo su látigo, una y otra vez, sobre las espaldas del pequeño ser azul.

«¡Sublevaos contra la injusticia! ¡Luchad por la libertad!».

Gritó durante todo el día. El megáfono proyectó su voz contra los muros de los dorados edificios desprovistos de ventanas.

«¡Arrancad los látigos de sus manos! ¿Es esto lo que merecéis? ¡Aún estáis a tiempo! ¡No estáis solos! Somos un gran movimiento de resistencia organizada...».

No te escuchan.

Me oyen.

Les tiene sin cuidado.

Te equivocas. ¡Mira! ¿Ves?

Efectivamente. Abajo en la calle, cuando los sonidos de su voz alcanzaban las sillas de manos, los dorados seres bulbosos empezaban a gemir dolorosamente y se golpeaban a sí mismos con los látigos... y las sillas de manos reanudaban su avance... y los seres bulbosos azotaban a sus criados azules fuera de la vista.

Delante de él, gemían y se azotaban a sí mismos, tratando de expiar su crueldad. Fuera de su vista, reasumían sus vidas.

Joe Bob no tardó mucho en comprender.

Soy su conciencia.

Eres lo último que podían encontrar, y te han colgado aquí para que les pongas en la picota, y ellos se golpean el pecho y gimen mea culpa, mea máxima culpa, y se castigan a sí mismos; luego siguen portándose como antes.

Ineficaz.

Payaso, soy un payaso.

Pero ellos habían elegido bien. Joe Bob Hickey no podía hacer otra cosa.

Siempre había sido una voz silenciosa, gritando palabras que necesitaban ser gritadas, pero nunca oídas, y seguía siendo una voz silenciosa. Día tras día, se paraban debajo de él y gemían su culpabilidad; y, después de hacerlo, podían marcharse tranquilamente.

¿Conoces el efecto que ha causado sobre ti la intensa luz amarilla?

Sí.

¿Sabes hasta cuándo vivirás, hasta cuándo les dirás lo inmundos que son, hasta cuándo te columpiarás en esta jaula?

Sí.

Y continúas haciéndolo.

Sí.

¿Por qué? ¿Te gusta ser insubstancial?

No soy insubstancial.

¿No? Antes dijiste que sí. ¿Por qué?

Porque si lo hago para siempre, tal vez al final de para siempre me permitan morir.

(El Gonolek rostrinegro es el más rapaz de los pájaros africanos. Ornitológicamente, ocupa la misma posición entre los paserinos que los halcones y las lechuzas entre los nopaserinos. Debido a que empalan a sus presas en espinos, se han ganado el sobrenombre de «pájaro carnicero». Al igual que la mayoría de animales de presa, el Gonolek mata a menudo más presas de las que puede comer, y cuando se presenta la oportunidad parece matar por el simple placer de matar).

Todo era luz dorada y conciencia.

(No es infrecuente encontrar un espino adornado con una docena o más de saltamontes, cigarras, ratones o pajaritos. Se ha puesto en tela de juicio que el Gonolek establezca tales despensas en épocas de abundancia en previsión de una futura carestía. Lo más probable es que el Gonolek deje pudrir aquellas provisiones).

Joe Bob Hickey, presa de su mundo, empalado en un espino de luz por el Gonolek, y hermano del propio Gonolek. (La mayoría de pájaros de presa tienen unas voces canoras y melodiosas, y revelan su presencia por medio de llamadas características).

Joe Bob Hickey se volvió hacia la calle, acercó el megáfono a sus labios y, solo como siempre, gritó: «Jefferson dijo...» desde la dorada calle llegaron los sonidos de un gemir de insectos.

Madre en el cielo con diamantes

James Tiptree, Jr.

—Está llegando la señal, Inspector.

La operadora de Coronis mostró la sonrosada punta de su lengua al feo hombre que esperaba en el patrullero del Cinturón, a media megamilla de distancia.

Y con todos esos pelos, además, pensó.

Clic.

Ocultó la lengua y dijo dulcemente:

—Procede de..., oh..., Concesión Doce.

El hombre del patrullero pareció más feo. Era el Inspector de Seguridad del Espacio Gollem y le dolía el estómago.

La noticia informando que un inspector de la Compañía estaba sufriendo habría alegrado a todos los colonos clandestinos, desde Deimos hasta los Anillos. La única sorpresa sería enterarse que el Inspector Gollem tenía un estómago en vez de una cinta métrica extensible. ¿Gollem? Todos los amigos que Gollem tenía podían colonizar un neutrón, y él lo sabía.

Además, su estómago ya estaba acostumbrado a aquello. Estaba acostumbrándose incluso a trabajar para la *Coronis Mutual*, y Gollen confiaba en que sabría arreglárselas para sobrevivir a su jefe, Quine.

Lo que le estaba matando lentamente era la cosa que había ocultado más allá de Concesión Catorce, al borde del sector Coronis.

Miró con ceño la pantalla en la que la chica de Quine estaba anotando las instrucciones para la próxima patrulla. Se suponía que el tener a una chica-chica como encargada de las transmisiones era bueno para la moral. Pero a Gollem no le producía el menor efecto. No se hacía ilusiones acerca de su propio aspecto, y su estómago sabía la clase de quejas que podían llegar desde Doce.

Cuando la chica terminó, el ceño de Gollem se hizo más pronunciado. Podía haber esperado cualquier cosa, menos aquello: señales fantasma en sus líneas.

¡Oh, *no!*

Otra vez, no.

Después de haberlo arreglado todo.

Concesión Doce pertenecía a la *West Hem Chemicals*, un equipo picajoso con un batallón de cyborgs. Enviarían un sirgador si no se presentaba pronto allí. Pero, ¿cómo? Venía precisamente de aquella dirección, para dirigirse a Concesión Uno.

—Cambio de rumbo —gruñó—. Destino Concesión Catorce. Objetivo, ejem, revisión no programada de barrenos de agregación en Once, más servicio reclamado

por *West Hem*. Asignar dos unidades de energía adicionales.

La chica tomó nota.

Gollem cortó el canal y cifró el nuevo rumbo, tratando de no pensar en la energía suplementaria que tendría que justificar ante Quine. Si alguien accedía alguna vez a su consola y descubría lo que ocultaba en ella, le enviarían a cargar mineral con electrodos en los oídos.

Calmó su estómago con una dosis de Vageez y captó un error en su cifrado que corrigió sin la menor alegría. La mayoría de habitantes del Cinturón se habían pasado lógicamente al nuevo sistema de tracción por acumuladores más barato. Gollem lo aborrecía. Andar de lado o de espaldas, en vez de *dirigir* rectamente el cacharro hacia donde uno quería ir... El antiguo sistema era el verdadero sistema.

Soy el último capricho mecánico —pensó—. Un dinosaurio olvidado de los dioses en el espacio...

Aunque un dinosaurio hubiese tenido más sentido común, y no se hubiese enredado con una chica muerta.

Y con la *Ragnarok*.

Abrió una válvula del nuevo biomonitor que habían instalado en su nave y echó una mirada al exterior antes que sus pantallas empezaran a zumbar. Siempre había algo que ver en los Cinturones. Esta vez era una tormenta de pequeñas lúnulas que parpadeaban al caer.

En el cielo con diamantes...

Desde las grandes lumbreras de la *Ragnarok* podía verse el espacio desnudo. Así era como les gustaba, en otros tiempos. Su Mariposa de Hierro. Se frotó la barba, calculando: cinco horas hasta la *Ragnarok* después de revisar las instalaciones en Catorce.

El indicador meteorológico había aportado nuevos datos desde que Gollem había cifrado el nuevo rumbo. Tomó nota de ellos, mientras se preguntaba cómo se viviría bajo una atmósfera de gases y de agua líquida. Él se había criado en la Luna.

La hora de comer. Abrió un paquete de Ovipuff y sintonizó su música. *Su* música. Antigua música humana desde la frontera del tiempo. Los nuevos biogemidos subliminales no eran para Gollem. La ajustó a los correctos decibelios electrónicos. Masticando la pasta con unos grandes e inútiles dientes, mientras la cabina retumbaba.

¡No puedo obtener ninguna satisfacción!

El biomonitor se estremecía. Bien. Nadie te ha pedido que vengas a la nave de Gollem, rémora simbiótica.

El ritmo sincopado era una ayuda. Gollem realizó sus ejercicios. No estaba dispuesto a abandonarse y convertirse en una nulidad, como Hara. Como todos ellos, ahora. ¿Finura espacial? ¡Bah, tonterías! Su propio cuerpo era el de un gorila. No era de extrañar que su madre se hubiese negado a verle después de echarle la primera mirada. *A dos mil años-luz de distancia del hogar...* ¿Qué hogar para Gollem? Que

se lo preguntaran a Quine, que se lo preguntaran a la Compañía. Ahora, las Compañías eran dueñas del espacio.

Ya era tiempo de frenar en Catorce.

Catorce era una gigantesca freza de burbujas ocultando una masa rocosa que había sido acumulada mucho antes de su época. Los primeros colonos lo habían hecho con motores a reacción. Ahora, con los modernos sistemas de tracción, un chiquillo podía orbitar sin dificultad.

Catorce tenía más burbujas cada vez que pasaba..., y más chiquillos. Los tanques de tejido que pagaban la concesión aún estaban vacíos, pero en otras partes las burbujas formaban capas profundas, las últimas completamente sueltas. Separándose de la roca para poner en marcha su propio metabolismo. Gollem se interesaba por aquella cuestión cada vez que pasaba.

—¿Dónde están las mejoras en las rocas? —preguntó ahora, cuando el jefe de los colonos apareció en la pantalla.

—Pronto, pronto, Inspector Gollem.

El jefe de los colonos era un tipo delgado con la cabeza rapada y un biosintonizador pegado a la oreja.

—La Compañía cancelará la concesión, Juki. La *Coronis Mutual* anulará su póliza si no garantizan ustedes un mínimo de condiciones de vida.

Juki sonrió, encogiéndose de hombros. Estaban abandonando las rocas, desde luego, en favor de la vida espacial simbiótica. Detrás de Juki, Gollem vio a un par de los jefes más antiguos.

—No pueden cortar ustedes los servicios que proporciona la Compañía —les dijo furiosamente. Nadie sabía mejor que él lo mínimos que eran aquellos servicios, pero sin ellos, ¿qué?—. Traigan más rocas.

No podía perder mucho tiempo aquí.

Mientras se alejaba, observó que una de aquellas burbujas tenía un color púrpura enfermizo. No era asunto de su incumbencia, y no disponía del tiempo suficiente.

Maldiciendo, se acercó a la burbuja monomolecular y hundió cuidadosamente en ella su sonda de exploración. A través del tubo llegó un hedor pestilente. Gollem contuvo la respiración y golpeó la burbuja mefítica. Seis o siete cuerpos flotaban juntos en el centro como una maraña de alambres amarillos.

Tiró de uno de ellos y roció su cara con un oxigenante. Era un chiquillo esquelético. Cuando abrió los ojos, Gollem gritó, muy excitado:

—La estaban alimentando con fegedenos —golpeó al chiquillo—. Creían que iba a duplicarse, ¿no es cierto? La han envenenado.

El chiquillo se limitó a fruncir los ojos. Probablemente no había entendido una sola palabra, ya que el dialecto de Catorce se estaba modificando rápidamente. Tal vez algunos de ellos empezaban de veras a comunicarse simbióticamente. ESP vegetal.

Dejó al chiquillo en la balsa y golpeó al metabolito muerto a través de la sonda.

La pared de la burbuja apenas se sostenía, minada por la gangrena. Gollem la roció con su tanque de CO₂ y se arrastró hasta su nave en busca de un núcleo metabólico de repuesto. Cuando regresó, el citoplasma casi viviente de la burbuja empezaba ya a purificarse. Se regeneraría a sí mismo, si no volvían a envenenarlo con un aglutinado CO₂ mutante. Así era cómo construían ahora sus hogares espaciales los hombres, a base de películas blandas heterocatalíticas.

Gollem revolvió entre los cuerpos que rebullían hasta que encontró una bolsa de fegedenos entre una mujer y su bebé. La mujer lloriqueó cuando Gollem desprendió la bolsa y la extrajo de la burbuja. A continuación soltó un chorro de gelatina nutritiva para tapar el agujero practicado por la sonda. La burbuja no tardaría en cicatrizar.

Por fin estaba libre para dirigirse a la *Ragnarok*.

Marcó el curso hacia Doce y luego utilizó el aparato que guardaba en la consola para establecer su verdadera trayectoria. El biomonitor registraría el primero: una trampa de eficacia comprobada.

Su estómago gruñó.

Había un antiguo poema acerca de un hombre con un pájaro muerto atado alrededor del cuello. Realmente, él tenía su pájaro muerto. Todas las cosas buenas estaban muertas, las puras cosas humanas. Gollem se sentía como un espectro. Un muerto desde la época en que los hombres conducían máquinas hasta las estrellas y no habían aprendido a alimentarse con las macromoléculas marcianas metabolizantes que acababan por domesticarles. Hombres domesticados, mujeres y niños respirando a través de ellas, alimentándose con ellas, navegando y calculando y haciendo música con ellas..., apareándose con ellas, tal vez.

El localizador de metales emitió la señal.

¡La *Ragnarok*!

El gran casco de piel dorada flotaba a la luz de las estrellas, bordeado de diamantes contra el diminuto sol. El último Argonauta, el Conestoga más solitario de todos ellos. *Ragnarok*. Enorme, orgullosa, desgarrada máquina estelar, adornada con los símbolos de la tecnología sin sazonar que había proyectado al hombre al espacio. La *Ragnarok*, que abrió el camino a Saturno y a más allá. Un puño humano blandido a los dioses. Arrastrando ahora un casco muerto, perdida en el mar que había conquistado. Perdida y olvidada de todos, menos de Gollem el espectro.

No había tiempo ahora para girar en torno a la nave, revisando sus arcaicas instalaciones. Dentro de ella, la batería estaba muerta y fría desde hacía mucho tiempo. Gollem ni siquiera se atrevía a intentar ponerla en marcha: una cosa como aquella alertaría a todos los sondeadores de campos eléctricos de la zona. La energía robada a Quine era lo único que ahora la calentaba.

Dentro de ella estaba también su pájaro muerto.

Atracó junto a la compuerta principal, que había adaptado a su sonda. En el momento de establecer contacto, le pareció ver una nueva burbuja que se desprendía

del acumulador que había colgado de la compuerta de carga de la *Ragnarok*. ¿Qué había estado haciendo Topanga?

Las compuertas funcionaron con un agradable sonido metálico, y Gollem pasó a través de lo que había sido cámara de descompresión, asombrándose como siempre ante los dos monstruosos trajes espaciales que colgaban de una percha. Increíblemente pesados y engorrosos. ¿Cómo habían podido moverse los hombres en su interior?

Avanzó a través de la penumbra hasta el puente. Por un instante, su chica estuvo allí.

Las amplias troneras eran una confusa mezcla de luz estelar y de sombras. Ella estaba sentada en la sala de mandos, mirando hacia fuera. Gollem vio su puro y orgulloso perfil, la insinuación de su cuerpo juvenil entre las sombras. Sus ojos hambrientos de estrellas.

Luego, los ojos abandonaron su contemplación y se encendieron las luces. Su chica se desvaneció en lo que la había matado.

El tiempo.

Topanga era una mujer vieja, enferma, exulta, en una nave tan vieja y tan estropeada como ella.

Topanga le sonrió con todas las arrugas de su rostro.

—¿Golly? Estaba recordando...

Aquella voz cascada continuaba siendo un maravilloso instrumento. ¡La de historias que había tejido para él a través de los años! Topanga no había sido siempre así. Cuando él la encontró, al garete y enferma..., todavía era Topanga. La última que quedaba.

—Has estado usando el transmisor, Topanga. Te advertí que están demasiado cerca. Ahora, te han sintonizado.

—No estaba transmitiendo, Golly.

Profundamente azules, los grandes ojos cansados le recordaron un lugar que nunca había visto.

Empezó a revisar los transmisores que había colgado sobre su consola. Resultaba difícil de creer que aquellas antiguallas pudiesen funcionar. Completamente inorgánica, una tonelada de circuitos solidificados. Topanga pretendía que no podía ponerlos en marcha, pero la primera vez que se planteó el problema Gollem descubrió que la verdad era otra. Entonces la tenía estacionada en Cuatro, en un espolón de chatarra espacial. Topanga había empezado a llenar las bandas de absurdas llamadas a unos hombres que hacía veinte años que habían muerto. El servicio de salvamento de la Compañía estuvo a punto de localizarla..., y Gollem tuvo que inventar una supuesta colisión para satisfacer a Quine.

Uno de los transmisores estaba caliente.

—Topanga. Escúchame. Los de la *West Hem Chemicals* van a enviar un sondeador para localizarte. Has estado desconcentrando a sus mineros. ¿Sabes lo que

harán contigo? En el mejor de los casos, te llevarán a una clínica geriátrica. Agujas. Tubos. Médicos a tu alrededor, tratándote como a un objeto. Se apoderarán de la *Ragnarok* como un trofeo espacial. A menos que antes las desintegren a las dos.

El rostro de Topanga se arrugó todavía más.

—Puedo cuidar de mí misma. Proyectaré los láseres sobre ellos.

—Nunca podrás verles. —Sostuvo la mirada del desafiador fantasma. Aquí podía hacer lo que le viniera en gana—. Topanga, voy a apagar ese transmisor. Es por tu propio bien.

Ella irguió su arruinada barbilla.

—No les tengo miedo.

—Lo peor no son ellos, sino la posibilidad que te lleven a una clínica geriátrica. ¿Quieres terminar con el cuerpo lleno de tubos? No, Topanga, voy a desmontarlo.

—¡No, Golly, no! —Agitó los descarnados brazos, presa de pánico—. No lo tocaré, te lo prometo. Por favor, no me dejes indefensa.

Su voz se quebró..., lo mismo que el estómago de Gollem. No pudo mirar a aquel ser que había devorado a su chica. Topanga allí dentro en alguna parte, mendigando libertad, peligro. ¿Segura, indefensa, amordazada? No.

—Si te saco del alcance de *West Hem*, caerás en el de otros tres. Topanga, cariño, no podría salvarte una vez más.

Ella se alejó cojeando, envuelta en la manta marciana que Gollem le había traído. Captó un brillo azulado bajo las sombras, y su estómago espurreó bilis.

Márchate, bruja. Muere antes que me mates también a mí.

Empezó a cifrar en la unidad de tracción que había instalado aquí. Era completamente inadecuada para la masa de la *Ragnarok*, pero podía sobrecargarla para un leve desvío. La estabilizaría en su próximo viaje..., suponiendo que pudiera encontrarla sin gastar demasiada energía.

Desde atrás le llegó un ronco susurro:

—¡Qué extraño es ser vieja! —El fantasma de la alegre risa de una muchacha—. ¿Te he contado ya lo que sucedió aquella vez en Tethys, cuando el campo magnético se desvió?

—Me lo has contado.

La *Ragnarok* se estaba moviendo.

—Estrellas —dijo ella soñadoramente—. Hart Crane fue el primer poeta del espacio. Escucha: *Las estrellas garabatean en nuestros ojos las heladas sagas, los refulgentes cantos del espacio inconquistado. Oh, vigor plateado...*

Gollem oyó resonar el casco.

Alguien estaba tratando de salir subrepticamente de la *Ragnarok*.

Se dirigió rápidamente hacia la compuerta principal y pasó a su nave. Demasiado tarde. En el momento en que entraba en su camarote, la pantalla mostró una extraña cápsula desapareciendo de detrás de aquella nueva burbuja.

Volvió a la *Ragnarok* y examinó de cerca la nueva burbuja: aún estaba blanda, en

plena formación. Utilizando una sonda, aplastó su respiradero.

Regresó junto a Topanga, enfurecido.

—Estás permitiendo que un asqueroso fagedénico se estacione en la *Ragnarok*...

—¡Oh! ¿Te refieres a Leo? —Topanga rió vagamente—. Es un correo de la zona contigua..., Themis, ¿no es eso? Me visita de cuando en cuando, Golly. Se porta muy bien conmigo.

—Es un asqueroso fagedénico, y tú lo sabes, Topanga. Estás protegiéndole... —Gollem se sentía asqueado. La antigua Topanga hubiera hecho pasar a «Leo» por el desintegrador de basura—. Nada de fagedénicos, Topanga. Fagedénicos no, por lo que más quieras.

Los viejos párpados se cerraron.

—Lo siento, Golly, pero estoy sola durante mucho tiempo —susurró Topanga—. Me dejas sola durante mucho tiempo...

Extendió su marchita garra, buscándole. Llena de manchas parduscas, entrecruzada de venas azules, nudosa...

¿Dónde estaban las manos de la muchacha que había gobernado el campamento en Tethys?

Alzó la mirada hacia la hilera de hológrafos sobre la compuerta y la vio. La cámara la había captado sonriendo a la negra inmensidad, con la salvaje luz de los anillos de Saturno reflejada en sus cabellos dorados...

—Topanga, vieja madre —murmuró dolorosamente.

—¡No me llames madre, cerdo espacial! —gritó ella. Se acercó a Gollem, el cual retrocedió un par de pasos, asqueado ante la posibilidad de su contacto—. Tendría que estar muerta —murmuró Topanga—. De todos modos, no tardaré mucho en estarlo y te librarás de mí.

La *Ragnarok* estaba ahora en condiciones, podía marcharse.

—Calma, Topanga, calma —le dijo cariñosamente.

Su estómago sabía lo que se extendía delante de él. Nada de ello era bueno.

Cuando se marchaba oyó que Topanga le decía ávidamente a su computadora muerta:

—Aros de suspensión de la brújula, revisión...

Se disponía a marcar el rumbo hacia Concesión Doce y *West Hem*, cuando su llamador carraspeó. La pantalla no reflejó ninguna imagen.

—Identifíquese.

—Le he estado esperando, Gollem.

Una voz atiplada; la barba de Gollem tembló.

—Una nave estupenda —continuó la voz.

—Manténgase apartado de la *Ragnarok* si quiere conservar su aire —le dijo Gollem al fagedénico.

Se oyó una risita.

—A mis compañeros no les gustará esto, Inspector.

Sonó un chasquido y Gollem oyó su propia voz diciendo:

«Topanga, cariño, no podría salvarte una vez más».

—Es mejor que hagamos un trato, Inspector. ¿Por qué tendríamos que hacernos la guerra?

—Sus grabaciones me tienen sin cuidado —dijo Gollem con aire cansado—. A mí no podrán manejarme como manejaron a Hara.

—Topanga —dijo el invisible Leo, pensativamente—. Una vieja extravagante... ¿Le ha dicho que arreglé su calibrador?

El fagedénico debió establecer un circuito para ganarse la confianza de Topanga. El estómago de Gollem exudó ácido. Tan vulnerable... Una vieja águila muerta en el espacio, y las ratas la habían encontrado...

Y no renunciarían a ella. La *Ragnarok* tenía aire, agua, energía. Transmisores. Tal vez estaban utilizando su emisor de señales, tal vez Topanga había estado diciendo la verdad. Podían apoderarse de ella. Arrojar a Topanga a través de la compuerta...

La mano de Gollem quedó suspendida sobre su consola.

Si ahora retrocedía, se vería obligado a tomar una decisión desesperada. Le estarían esperando, deseosos de apoderarse también de él. Querían someter a prueba su propia fuerza...

Gollem tenía que encontrar energía en alguna parte y sacar a la *Ragnarok* de allí. Pero, ¿cómo? Era como tratar de ocultar al Gran Júpiter.

En aquel preciso instante, el transmisor que le enlazaba directamente con la Compañía emitió una señal.

—¿Por qué no está usted en Concesión Dos, Gollem?

Era el jefe Quine en persona.

Gollem respiró a fondo y repitió el cambio de rumbo planeado, contemplando el fruncido entrecejo de Quine.

—Después de esto me rendiré cuentas. Ahora, escúcheme con atención, Gollem. —Quine se arrellanó en su bioflex, sonrosado y regordete. Coronis era una estación cómoda—. Ignoro lo que se trae entre manos en lo que respecta a Concesión Tres, pero quiero que renuncie a ello. Los mineros están aullando, y nuestra Compañía no está dispuesta a tolerarlo.

Gollem sacudió su peluda cabeza como un toro ofuscado. ¿Concesión Tres? ¡Oh, sí! El complejo minero de metal pesado.

—Están sobrecargando sus tensores para una extracción acelerada —le dijo a Quine—. Lo anoté en mi informe. Si mantienen ese ritmo, volará todo en pedazos. Y no están cubiertos, porque su contrato especifica los límites de carga.

El entrecejo de Quine volvió a fruncirse ominosamente.

—Se lo advierto de nuevo, Gollem: su tarea no consiste en *interpretar* los contratos ni las pólizas. Si los mineros deciden extraer su mineral más rápidamente violando su contrato, es asunto de ellos. Usted tiene que limitarse a informar acerca de la violación, y no meterse en tecnicismos. Ahora mismo, están muy furiosos

contra *usted*. Y supongo que no imaginará que nuestra Compañía —una pausa reverente— aprecia su iniciativa...

Gollem emitió un sonido inarticulado. Tendría que estar acostumbrado a esto. La Coronis quería obtener su parte rápidamente, y quería evitarse el pagar la compensación cuando la cosa estallaba. La mayoría de los mineros eran ignorantes en materia de contratos y de pólizas. Cuando podían haberse dado cuenta de la realidad de la situación, estaban muertos.

—Otra cosa. —Quine le observaba fijamente—. Es posible que capte usted algún rumor acerca del sector de Themis. Parece ser que están armando líos por un trozo de roca.

—¿Se refiere usted a esos Troyanos? —Gollem estaba intrigado—. ¿Qué es lo que pasa, exactamente?

—¿Ha hablado usted con Themis?

—No.

—Muy bien. No se desviará usted de su patrulla. Repito, no se desviará por ningún concepto. No olvide que hay más de un motivo de queja contra usted, Gollem. Si en sus registros figura algo relacionado con Themis, dese por expulsado de la Compañía y olvídese de su pensión. ¿Está claro?

Gollem cortó el canal.

Cuando pudo controlar sus manos marcó la ruta para el trayecto previsto. Desde luego, tendría que mantenerse apartado de Themis. ¿Por qué? La cosa no estaba clara. A no ser...

Desde luego. Ahora lo comprendía. Quine estaba esperando que la situación en Themis se deteriorara hasta el punto que Control Ceres se decidiera a volver a asignarle parte de aquel sector. La base no pertenecía a la Compañía, pero resultaba aprovechable para fines propagandísticos. Una idea excelente, pensó. Y muy provechosa para Quine, si daba resultado.

Estaba llegando a la *West Hem Chemicals*. Antes que pudiera emitir una señal, sus auriculares se llenaron con las maldiciones del jefe cyborg. Gollem se desvió para minimizar la intrusión en sus líneas, y el jefe se tranquilizó lo suficiente para permitirle informar que había eliminado la interferencia.

—Era un antiguo sondeador —mintió Gollem.

¿Habrían identificado a la *Ragnarok*?

—Siga su camino. Adelante —dijo el viejo cyborg, absolutamente despreocupado por la noticia. Tenía el cráneo lleno de electrodos, y alambres en todo el cuerpo. A Gollem le gustaba mucho el metal, pero esto era demasiado. Manióbró cuidadosamente, sabiendo que iba a ser detectado por los controles de las plantas de refinado de todas las rocas cercanas. No le sorprendería que algún día disparasen contra él.

Su etapa siguiente era el nuevo agregado en Once. Un complejo de órbita lenta en el borde del *Kirkwood Gap*, un emplazamiento difícil para trabajar. Si empezaban a

desprender rocas, podían provocar el caos en la zona.

Un agregado significaba unidades energéticas, muchas de ellas. Gollem empezó a calcular los parámetros de la *Ragnarok*. Su estómago empezó también a incomodarlo. El equipo que había arrendado la Once tenía grandes planes para una colonia capaz de mantenerse con un reducido presupuesto. Necesitaban aquellas unidades para operar en las rocas abundantes en gas.

Cuando llegó allí, Gollem vio que tenían otros problemas adicionales.

—Hemos calculado una contingencia dos-sigma —repitió con aire cansado el jefe de Once.

Estaban de pie junto a un mapa que mostraba las trayectorias previstas de las rocas que se proponían volar.

—No es suficiente —le dijo Gollem—. Su punto de convergencia va a ensuciarlo todo. Suelten una roca grande, y caerá directamente en Diez.

—Pero la Concesión Diez no está ocupada —protestó el jefe.

—No importa. ¿Por qué cree que consiguió esta concesión tan barata? La Compañía sólo está esperando que suelte usted una roca y provoque una catástrofe, para cancelar su contrato y volver a vender su concesión. No puedo certificar su operación, a menos que establezca unos nuevos cálculos.

—Eso significaría comprar nuevos elementos para la computadora en Ceres —objetó el jefe—. No podemos permitirnos ese dispendio.

—Tenía que haber previsto los factores de inestabilidad antes de firmar —dijo Gollem, encogiéndose de hombros.

—Al menos, déjeme terminar con las rocas que hemos preparado —suplicó el jefe.

—¿Cuántas unidades han montado aquí? —inquirió Gollem.

—Veintiuna.

—Me llevaré seis de ellas y le extenderé el certificado. Eso resultará más barato que volver a calcular.

La mandíbula del jefe se estremeció, acometida de un repentino temblor. Finalmente, aulló:

—¡Es usted un canalla!

De pronto, resonó un alarido detrás de ellos y la operadora arrancó los auriculares de sus oídos. El jefe alargó la mano hacia el receptor y aumentó su potencia. Por un instante, Gollem creyó que se trataba de una explosión, pero luego captó el grito humano:

¡SOCORRO! ¡SOO-CO-RROOO! ¡GOO-LLYYY!

¡Oh, no! Un frío sudor empapó todo su cuerpo.

—¿Qué diablos significa...? —empezó a decir el jefe.

—Es el viejo sondeador —le interrumpió apresuradamente Gollem—. Tengo que ir a acallararlo.

Entró apresuradamente en su nave. Ahora no podía perder tiempo cargando

unidades energéticas. Aquel aullido significaba que Topanga se encontraba en un verdadero apuro: no estaba llamando a unos hombres muertos.

¿Un incendio? ¿Una colisión? Lo más probable era que Leo y sus amigos hubiesen entrado en acción.

Avanzó a toda máquina, sin ahorrar la energía, sintonizando maquinalmente el receptor con la esperanza de captar señales de fagedénicos, algo... Sólo captó retazos de una conversación en un lejano complejo minero, Themis estaba llamando monótonamente al Inspector Hara. Como de costumbre, Hara no contestaba. Gollem les maldijo a todos imparcialmente, mientras trataba de inducir a su cerebro a elaborar un plan.

¿Por qué habrían de trasladarse tan rápidamente a la *Ragnarok* los fagedénicos? El enfrentamiento directo no era su estilo. Si él saltaba, perderían la nave y tendrían que vérselas con un nuevo Inspector. ¿Por qué arriesgarse, cuando le tenían atrapado?

Tal vez imaginaban que no existía ningún riesgo. El puño de Gollem golpeó rítmicamente el sintonizador. *Píntalo de negro...* Pero tenían que mantenerla con vida hasta que él llegase allí. Le necesitaban.

¿Qué hacer? ¿Interpretarían como una amenaza una llamada a Control Ceres? No se molestarían en contestar. Además, sabían tan bien como él que una intervención de la Compañía significaría la reclusión de Topanga en una clínica geriátrica, la *Ragnarok* en la colección de trofeos de Quine y los electrodos para Gollem... ¿Cómo liberar a Topanga, sacándola de entre sus manos? Si utilizaba medios violentos, lo primero que harían sería inyectarles a los dos una dosis de adicción que les convertiría en fagedénicos para siempre...

¿Por qué se me ocurriría dejarla allí, sola?

En contra de la opinión de su estómago, sintonizó el receptor.

—Base Themis a Coronis, emergencia. Conteste, Coronis, por favor. Themis llamando a Coronis, emergencia, por favor...

Evidentemente, la mujer que estaba llamando no era una operadora.

Finalmente, la chica de Quine gorjeó:

—Base Themis, está usted interfiriéndose en nuestro tráfico. Le ruego que apague su señal.

—Coronis, se trata de una emergencia. Necesitamos ayuda... Vamos a ser impactados...

—Base Themis, establezca contacto con el oficial de su patrulla de seguridad; nosotros no estamos autorizados a actuar fuera del sector. Repito que se está interfiriendo en nuestro tráfico.

—¡Nuestro centro no contesta! Necesitamos ayuda urgentemente...

Una voz masculina dijo:

—Coronis, póngame con su jefe inmediatamente. Se trata de una prioridad médica.

—Base Themis, el Jefe del Sector Quine se encuentra fuera de la estación en este

momento. Ha tenido que asistir a una reunión relacionada con el transmarciano... Le ruego que vuelva a llamar después de la hora del almuerzo.

—Pero...

—Aquí Coronis. Corto.

Gollem hizo una mueca, tratando de imaginar a Quine saliendo de la estación.

Siguió forzando su cerebro. La mujer de Themis continuó llamando:

—Nos encontramos en la ruta de un impacto, necesitamos energía para movernos. Si alguien puede ayudarnos, que lo haga, por favor. Base Themis...

Gollem desconectó el receptor. Una *Ragnarok* era suficiente, y la suya estaba ahora delante de él.

Existía una leve posibilidad que no le esperasen tan pronto. Cortó el encendido de los motores y derivó. Cuando sus pantallas se iluminaron, vio moverse una luz entre las burbujas, detrás de la compuerta de carga.

Su único camino de entrada, si no habían introducido aún a bordo a aquel fagedénico.

Empuñó los controles del láser y dirigió la nave directamente hacia la compuerta principal. El rayo láser le abrió camino hasta la antigua cámara de descompresión, mientras resonaban timbres de alarma en toda la nave. Al propio tiempo, Gollem captó señales de un inusitado movimiento: los fagedénicos estaban utilizando la compuerta de carga para poner a salvo sus burbujas. Si lograba llegar al puente a tiempo, podría cerrar la compuerta y dejarles fuera...

Avanzó rápidamente, y empuñó la palanca de emergencia para cerrar las compuertas. No había sido utilizada durante décadas. Gollem casi se rompió la muñeca tirando de la palanca contra su propia inercia, pero finalmente fue recompensado por el chirrido de los goznes amortiguado por la distancia.

Luego se dirigió a la sala de mandos, donde debía encontrarse Topanga, y comprobó que era demasiado tarde.

Topanga estaba allí, efectivamente, con las dos manos en la nuca y los ojos extraviados. Detrás de ella, una figura delgada y sin pelo sostenía en la mano el extremo de un alambre enroscado alrededor de la garganta de Topanga.

—Un trato, Inspector. Suelte el arma.

Estaba atrapado. Al cabo de unos instantes, Gollem tiró su arma haciendo que cayera a poca distancia de Leo. Pero Leo no picó en el anzuelo.

—Abra.

El fagedénico señaló con la barbilla la palanca de emergencia, mientras Topanga gemía débilmente.

En cuanto Gollem abriera la compuerta, estaría definitivamente perdido. Permaneció inmóvil, buscando algo sólido en que apoyar la espalda, midiendo mentalmente la distancia que le separaba de Leo.

El fagedénico tiró del alambre. Los brazos de Topanga aletearon. Un ojo horrible giró hacia Gollem. Había en él una chispa, tratando de decir no.

—La estás matando. Luego te arrancaré la cabeza y la tiraré al desintegrador.

El fagedénico soltó una risita.

—Sus bravatas no le servirán de nada —dijo.

Súbitamente, tiró de Topanga haciéndola caer al suelo, con los pies apuntando a Gollem. Sorprendentemente, sus pies descalzos eran como los de una muchacha.

—Abra.

Al ver que Gollem no se movía, el fagedénico efectuó un movimiento circular con el brazo, sus dedos llameando. Topanga se agitó convulsivamente. Un pie juvenil flotó libre en el aire, goteando. Gollem vio una varilla blanca apuntando hacia él desde el centro del negro muñón. Topanga estaba ahora muy quieta.

—Esto es para empezar —dijo el fagedénico, con una mueca—. La vieja es realmente dura de pelar... Abra.

—Suéltala. Suéltala, y abriré.

—Abra ahora.

El brazo inició un nuevo círculo.

Súbitamente, Topanga se retorció, agarrándose a la ingle de Leo. La cabeza del fagedénico se inclinó hacia abajo.

Gollem se lanzó contra él, rodeándole el cuerpo con los brazos. El fagedénico empuñaba un cuchillo, pero no podía utilizarlo. Gollem notó que unas piernas se cerraban alrededor de su cintura, y se aprovechó de ello para empujar a Topanga lejos de allí. Luego se dedicó salvajemente a recoger el producto de su inversión en la acumulación de músculo.

En el momento en que echaba mano del alambre para atar el cuerpo de Leo, algo le golpeó detrás de la oreja y las luces se apagaron.

Al mismo tiempo, oyó que Topanga aullaba:

—¡Val! ¡Val! ¡He acabado con ellos!

Estaba apoyada en la consola, utilizando ambas manos para apuntar directamente hacia él un antiguo Thunderbolt. El hocico del arma humeaba a un pie de distancia de su barba.

—Topanga, soy yo..., Golly. Despierta, muchacha. Deja que le ate.

—¿Val? —La risa de una muchacha, gritando—. ¡Voy a acabar con ellos, Val!

Valentín Orlov, su marido, había estado en las nieves de Ganímedes por espacio de veinte años.

—Val está ocupado, Topanga —dijo Gollem cariñosamente. Empezaba a oír unos ruidos en el casco que no le gustaban—. Val me ha enviado para que te ayude. Inclina el arma, muchacha. Ayúdame a atar a este reptil. Están intentando robar mi nave...

Ahora recordaba que no había tenido tiempo de cerrarla.

Topanga le miró fijamente.

—Y, ¿por qué encuentro tan a menudo tu rostro aquí? —graznó—. Tus ojos como bandejas sin lavar...

Luego se desmayó y Gollem se precipitó hacia la compuerta.

Su nave patrulla se estaba alejando.

Estaba atrapado en la *Ragnarok*.

La rabia estalló dentro de él mientras retrocedía hasta el puente. Logró enviar una débil descarga de los láseres de la *Ragnarok* tras ellos, aun a sabiendas que era un gesto inútil. Luego amordazó y vendó los ojos al fagedénico, para ocuparse a continuación de Topanga, atando un torniquete alrededor de su pantorrilla y cubriendo su muñón con una capa de gelatina cicatrizante, mientras se preguntaba cómo era posible que aquellas viejas garras empuñaran un Thunderbolt. Completó su tarea tirando el pie y el fagedénico al desintegrador de basura.

Luego empezó a meditar en lo comprometido de su situación. Si la Compañía llegaba a ponerle las manos encima, pasaría el resto de su vida con la cabeza cubierta de electrodos, pagando aquella nave-patrulla. Si tenía suerte. No había escapatoria, no podía ir a ninguna parte. La Compañía era dueña del espacio. En realidad, se encontraba a dos mil años-luz del hogar..., a bordo de una nave muerta.

¿Muerta?

Gollem echó hacia atrás sus cabellos rebeldes y sonrió. La *Ragnarok* tenía un rico ecosistema, él había cuidado de eso. Nadie, aparte de los fagedénicos, sabía que estaba aquí, y podía mantenerles a raya durante algún tiempo. El tiempo suficiente, tal vez, para comprobar si podía extraer alguna energía de aquella casa-monstruo sin despertar al sector. Súbitamente, se echó a reír en voz alta. Algo se estaba insinuando en su mente, llenándole de euforia.

«¡Hombre, hombre!», murmuró, y asomó la cabeza a la cámara de regeneración para contemplar las largas bandejas de cultivos extendiéndose bajo las luces.

Tardó un minuto en comprender lo que sucedía.

No era de extrañar que los fagedénicos hubiesen regresado con tanta rapidez, no era de extrañar que él mismo estuviera riéndose como un tonto. Lo habían sembrado todo de cultivos fagos. Una factoría. Las algas fotosintéticas empezaban a agruparse, coagulando los líquenes simbióticos que eran los fagos. Dentro de unas horas, la *Ragnarok* se quedaría sin aire.

Tiró el contenido de todas las bandejas al desintegrador de basura, alimentó de oxígeno los ventiladores y subió al puente. Si no conseguía metabolitos limpios, su muerte era segura.

¿Quién le proporcionaría aire? Incluso suponiendo que lograra mover la *Ragnarok*, los almacenes y las concesiones de la Compañía estarían alertados. Podía comunicar con Coronis y señalar su posición... Tal vez Quine no se molestaría en llegar hasta ellos a tiempo. Tal vez sería mejor así. Clínicas. Electrodo.

Topanga gimió. Gollem le tocó la frente. Ardía como plasma: las ancianas con un pie cercenado no debían jugar a la guerra. Rebuscó entre los biógenos, maravillándose ante la cantidad de frascos, ampollas, cápsulas, hiposprays... Contrabando que ella y Val habían almacenado en los viejos tiempos, en previsión de futuras contingencias...

Un momento.

La Base Themis.

Sintonizó el receptor de la *Ragnarok*. La mujer de Themis seguía llamando, con voz baja y ronca. Gollem dio toda la potencia.

—Base Themis, ¿puede oírme?

—¿Quién es usted? ¿Quién está ahí? —inquirió la mujer, sobresaltada.

—Esto es una nave espacial. Estamos en un apuro.

—¿Dónde...?

Una voz masculina intervino:

—Habla el Jefe del Servicio Médico, Kranz. Es posible que se encuentren ustedes en un apuro, pero nosotros estamos amenazados por el impacto de una nube de roca. Si no conseguimos la energía suficiente para mover la estación en un plazo de treinta horas, seremos aplastados. ¿Pueden prestarnos alguna ayuda?

—Pueden hacer lo que he hecho yo: revisar las coordenadas.

Era inútil decirles que no podía hacer nada por ellos. La unidad que tenía en la *Ragnarok* no bastaría para mover aquella base a tiempo para eludir el impacto del cometa. Y el motor de la *Ragnarok*, suponiendo que funcionara..., sería como tratar de arrastrar el cadáver de un elefante con un tiro de hormigas.

Pero su aire podía ayudarle a él.

El motor. Se dirigió a la sala de máquinas. Un millar de veces había recorrido aquel trayecto, un millar de veces se había arrancado a sí mismo de la tentación. Ahora empezó a revisar cuidadosamente lo que había reconstruido, restaurando los elementos fundidos. Para el encendido, había una reserva hipergólica sellada. Un asombroso proceso de conversión, una pesadilla de ciclos que se intercambiaban. Descabellado, caro, peligroso. Circuitos suficientes para bobinar el Cinturón. Increíblemente, había llevado al hombre a Saturno, más increíblemente funcionaría hoy.

Movió las palancas de control, la mayoría de las cuales estaban semiatascadas. Con el primer chorro de combustible, el conversor expulsó el polvo acumulado en treinta años. La reserva para el encendido estaba destinada probablemente a un despegue de emergencia. ¿Funcionaría en esta ocasión? Pronto saldría de dudas. Una cosa era segura: cuando aquel venerable volcán de metal entrara en erupción, todos los tableros desde aquí hasta Coronis se encenderían.

Cuando regresó al puente, Topanga estaba susurrando:

«*Hemos dejado los cielos colgando en la noche...*».

—Reza por que no quedemos nosotros colgando en los cielos —le dijo Gollem, y empezó a marcar el rumbo, revisándolo todo dos veces antes de sentirse satisfecho.

Luego conectó el encendido.

El rumor subsónico que estremeció a la *Ragnarok* le llenó de terror y de deleite. Luego, el rumor se convirtió en un grito que desgarró su cerebro. Inmediatamente después se estableció un ominoso silencio.

Gollem se acercó al tablero y comprobó que el encendido había funcionado. ¡La *Ragnarok* navegaba silenciosamente hacia Themis!

Vio que Topanga tenía los ojos abiertos.

—¿A dónde vamos? —inquirió.

—Voy a llevarte al sector más próximo: Themis. Necesitamos metabolitos, oxígeno. Los fagedénicos destruyeron tus regeneradores.

—¿Themis?

—Allí hay una base. Nos darán lo que necesitamos.

Error.

—¡Oh, no! —exclamó Topanga—. ¡No, Golly! No quiero ir a un hospital... ¡No dejes que me lleven a un hospital!

—No vas a ir a ningún hospital, Topanga. Te quedarás aquí, en la nave, mientras yo salgo a buscar los materiales. Sólo estaré ausente unos minutos.

Inútil.

—Dios te maldiga, Gollem. —Topanga hizo un esfuerzo para escupir—. Me estás tendiendo una trampa, lo sé. Nunca me has dejado libre. No me enterrarás aquí, Gollem. Me llevarás a tu odioso complejo lunar...

—Tranquilízate, muchacha, no te conviene excitarte.

Le suministró un sedante y volvió a instalarse delante del tablero. La *Ragnarok* seguía su ruta con toda normalidad. Levantó la mirada hacia los hológrafos que le contemplaban mientras conducía su nave. Los antiguos héroes estelares. Val Orlov, Fitz, Hannes, Mura, todos los grandes. A veces, sólo una sonrisa detrás de la mirilla de un casco, un nombre en un traje espacial al lado de una imponente máquina. Detrás de ellos, la salvaje inmensidad del espacio iluminada por lunas desconocidas. Todos vivos, todos tan jóvenes. Allí estaba Topanga con un brazo alrededor de los hombros de aquella otra muchacha astronauta, la morena rusa que todavía estaba orbitando Io. Sonreían todos, optimistas y vivos.

Preparó los giroscopios para situar a la *Ragnarok* en una posición favorable para el frenado. Si podía confiar en los indicadores, quedaba suficiente combustible para frenar y para otro despegue. Pero, ¿a dónde podría dirigirse desde Themis? Al cielo con diamantes...

Se oyó a sí mismo murmurar en voz baja y decidió confiarlo todo al piloto automático. Fuera cual fuese su estado, seguramente estaría mucho más cuerdo que él.

¿Has visto a tu madre, niño, de pie entre las sombras?

Cuando empezó a oír las Piedras se instaló delante de la pantalla. La mujer de Themis seguía lanzando sus desesperadas llamadas. Gollem resistió al impulso de informarla acerca de la Compañía, y se concentró en la tarea de fijar la órbita de lo que amenazaba a la base de Themis. La masa principal pasaría a varias megamillas de ellos, pero, dado su impresionante volumen, desprendería enormes cantidades de grava. La roca pasaría muy lejos de ellos..., pero la nube de grava aplastaría sus

cúpulas.

Tenía que llegar allí y alejarse rápidamente.

Vio que Topanga sonreía. El sedante había ejercido su efecto.

—No te preocupes, muchacha. Golly no dejará que te saquen de aquí.

—Necesitamos aire —dijo Topanga.

—Lo sé, cariño. En Themis encontraremos aire.

Ella volvió a sonreír.

—Lo que tú digas, pequeño Golly —susurró roncamente—. Siempre te has portado maravillosamente.

Gollem suspiró.

—Recita unos versos mientras avanzamos, muchacha.

Pero Topanga estaba demasiado débil.

—Léeme algo... —murmuró.

Había donde escoger. Gollem tomó uno de los libros, al azar.

—«*En círculos concéntricos de ciego éxtasis*» —leyó—. *¡El hombre se oye a sí mismo, motor en una nube!*

«*Nuevos marathones entre las estrellas... El alma, embriagada en el inmenso espacio, intuye ya la cercanía de Marte...*».

Su primera impresión de la base de Themis fue la de unos grandes ojos pardos de chimpancé mirándole fijamente. El chimpancé resultó ser un individuo bajo y robusto.

—Ya le dije que no era un fagedénico —dijo una voz de mujer detrás de él.

Volviéndose, Gollem comprobó que no era una chica-chica y que carecía de barbilla. El chimpancé se presentó eventualmente a sí mismo como Kranz, Jefe del Servicio Médico.

—¿Qué clase de nave es ésta? —inquirió la mujer.

—Una nave abandonada —dijo Gollem—. Los fagedénicos la estaban utilizando. Mi compañero está aturdido. Lo único que necesito es aire.

—Las unidades de energía —dijo Kranz—. Le ayudaré a usted a traerlas.

—No es necesario que se moleste. Las tengo preparadas. Ahora, deme un par de metabolitos para empezar a regenerar el aire.

Sin sospechar nada, al parecer, Kranz hizo un gesto a la mujer para que le acompañara a sus almacenes. Gollem vio que la base estaba constituida por una gran burbuja detrás de un módulo de control de paredes muy recias. Pero el conjunto parecía muy frágil: un par de guijarros acabaría con todo.

Gollem cargó con todos los metabolitos que podía transportar y se dirigió a la compuerta. Allí, la mujer agarró su brazo.

—¿Nos ayudará usted? —inquirió.

Sus ojos eran de color verde oscuro. Pero Gollem se concentró en su barbilla.

—Volveré en seguida —dijo.

Cuando entró en la nave, oyó la voz de Topanga.

De nuevo llegaba demasiado tarde.

Mientras él estaba en los almacenes, el Jefe del Servicio Médico Kranz, que *al parecer* no sospechaba nada, se había introducido en la *Ragnarok*.

—Esta mujer está muy enferma —informó a Gollem.

—Es la propietaria legal de esta nave abandonada, doctor. La estoy llevando a la Base Coronis.

—Voy a trasladarla inmediatamente a mi clínica. Disponemos del equipo necesario. Traiga esas unidades de energía.

Gollem vio que los ojos de Topanga se cerraban.

—Ella no desea ser hospitalizada.

—Ella no está en condiciones de decidir eso —replicó Kranz.

El metabolito estaba a bordo. El doctor Chimpancé Kranz parecía haber elegido un viaje en dirección a ninguna parte. Gollem empezó a deslizarse hacia el tablero de ignición.

—Creo que tiene usted razón, doctor. Le ayudaré a prepararla y la sacaremos de aquí.

Pero en la pequeña mano de Kranz apareció una pequeña pistola.

—Las unidades de energía, pronto.

No había ninguna unidad de energía.

Gollem echó a andar, esperando que la pistola oscilara. Pero no osciló. Sólo quedaba una posibilidad, si podía dársele el nombre de posibilidad.

—Topanga, este caballero es médico y quiere llevarte a su clínica —dijo en voz alta—. Quiere tenerte en un lugar en el que pueda atenderte.

Uno de los párpados de Topanga se entreabrió, para volver a cerrarse inmediatamente. Una mujer vieja, agotada.

Ninguna posibilidad.

—¿Podrá usted manejarla, doctor?

—Traiga esas unidades de energía, *ahora* —replicó secamente Kranz, soltando el seguro del arma.

Gollem se encogió de hombros y echó a andar tan lentamente como pudo. Kranz le siguió, sin perderle de vista, manteniéndose a una distancia razonable. ¿Qué podía hacer? Desde aquí, Gollem no podía alcanzar los circuitos de ignición...

Súbitamente, algo voló por los aires y se estrelló contra la nuca del Jefe del Servicio Médico Kranz, el cual se desplomó, inconsciente.

—¡Buena chica! —aulló Gollem—. ¡Le has puesto fuera de combate!

Se inclinó a recoger la pistola de Kranz y, al incorporarse, se encontró ante el negro orificio del cañón del Thunderbolt de Topanga.

—¡Fuera de mi nave! —ordenó Topanga con voz ronca—. ¡Y llévate a tu asqueroso amigo!

—Topanga, soy yo..., soy Golly...

—Sé quién eres —dijo ella fríamente—. No dejaré que me atrapes.

—¡Topanga! —gritó Gollem.

Un proyectil pasó junto a su oreja, aturdiéndole.

—¡Fuera!

Gollen se inclinó hacia Kranz. La fantasmal figura de Topanga, envuelta en vendajes, con los cabellos que en otra época habían sido rojos llameando como fuego blanco, seguía empuñando el arma.

Pero aquel estallido de energía no podía durar. Lo único que tenía que hacer Gollem era moverse con la mayor lentitud posible.

—¡Fuera! —gritó de nuevo Topanga.

—Cariño... —empezó a suplicar.

Pero se vio interrumpido por otro disparo que estuvo a punto de alcanzarle. Sin embargo, no podía fallar siempre, y Gollem decidió sacar a Kranz de la nave y volver a entrar por la compuerta de emergencia. Recordó haber visto un cortafríos electrónico en la compuerta de la base.

Arrastró a Kranz por el pasillo y lo pasó por la compuerta de la base. La mujer estaba esperando al otro lado. Gollem dejó a Kranz en sus brazos y agarró el cortafríos. La mujer se hizo cargo rápidamente de la situación: soltó a Kranz y se lanzó sobre el cortafríos, luchando con Gollem por su posesión. Era una mujer de musculatura sólida, a pesar de su aspecto, pero Gollem se libró de ella propinándole un puñetazo en el lugar que tenía que haber ocupado la barbilla.

Y entonces se dio cuenta que la mujer acababa probablemente de salvarle la vida.

La compuerta tenía una mirilla a través de la cual pudo ver a la *Ragnarok* alejándose.

Contempló el torrente de llamas que brotaba de la cola de la nave, que adquiría cada vez más velocidad. Detrás de él, la mujer y Kranz —que había recobrado el conocimiento— compartían su asombro y su desolación.

Gollem se volvió hacia ellos.

—A Topanga no le gustan los hospitales —dijo.

—¡Las unidades de energía! —gritó Kranz—. ¡Dígale que regrese!

Le empujaban hacia el tablero del transmisor.

—Es inútil. Ha gastado la última carga de encendido. Irá al lugar al que se ha propuesto ir.

—¿Qué quiere usted decir? ¿A Coronis?

—No —murmuró Gollem—. No podría decirlo con exactitud. A Marte, tal vez al Sol...

—Con las unidades de energía que nos hubieran salvado a todos. —El rostro de Kranz tenía la expresión que probablemente utilizaba ante una gangrena—. Gracias a usted. Sugiero que se mantenga lejos de mi vista durante el tiempo que tengamos que permanecer juntos.

—No había ninguna unidad de energía —dijo Gollem—. Los fagedénicos robaron

mi nave patrulla y usted vio con sus propios ojos la clase de tracción utilizada por la *Ragnarok*.

La mujer inquirió:

—¿Quién era ella?

—Topanga Orlov —murmuró Gollem—. La esposa de Val Orlov. Fueron los primeros en llegar a Saturno. Ésa era su nave, la *Ragnarok*. Estaba encallada en mi sector.

—Y usted sólo quería aire.

Gollem asintió.

—Era muy guapa —dijo la mujer.

Súbitamente, sus ojos se agrandaron y se llevó una mano al pecho.

—Ahora lo recuerdo... Topanga estuvo casada con un tal George Gollem. Tuvieron un hijo. En la Luna.

Gollem la miró en silencio unos instantes. Se dio cuenta que tenía unos ojos capaces de compensar la falta de barbilla. Luego se volvió de espaldas, sin decir nada.

La mujer se sentó ante el transmisor y empezó a llamar en tono monótono:

—Base Themis llamando. Contesten, por favor. Base Themis llamando.

De pronto, Kranz, que estaba en la habitación contigua, profirió una exclamación.

Gollem se acercó a él.

—Mire.

Gollem se acercó a la mirilla y vio una masa amarillenta, muy lejana.

—¿Qué es eso? —inquirió Kranz.

Gollem se encogió de hombros.

—Una roca.

—Imposible. Hemos barrido esa zona con el sondeador una docena de veces.

—No tiene masa —dijo Gollem, frunciendo el ceño—. Es un tanque fantasma.

La mujer abandonó el tablero y se unió a ellos en la observación. Gollem se había quedado muy pensativo.

De pronto, como obedeciendo a un repentino impulso, corrió hacia el tablero y sintonizó el receptor a plena potencia. Lo único que captó fue una sucesión de sonidos sibilantes.

—¿Se oye algo? —inquirió la mujer, con ojos fosforescentes.

—Nada.

Transcurrieron los minutos, interminables. Kranz y la mujer se marcharon para dar una vuelta de inspección a la base. Cuando regresaron, Gollem continuaba sentado ante el tablero, con aire ausente.

De pronto, los sonidos sibilantes que llegaban a través del receptor parecieron esfumarse, y en el silencio que siguió llegó claramente hasta ellos una voz femenina:

—*¡He establecido contacto, Val! ¡Estoy llegando!*

Los tres se inclinaron ansiosamente hacia el receptor, pero no ocurrió

absolutamente nada. La voz había callado, esta vez para siempre.
Y nunca sabrían con exactitud lo que había ocurrido.

Estilo coloquial

Grahame Leman

¿dónde estoy?

PARA INICIAR LA CONVERSACIÓN DEBE PULSAR LA TECLA «ARRANQUE» Y ESPERAR A QUE APAREZCA LA PALABRA «PREPARADO» EN LA PANTALLA QUE HAY AL PIE DE SU CAMA

-> arranque

0341/42 PREPARADO θ

¿quién es usted?

MÁQUINA IBM 490/80; CARGADA CON EL PROGRAMA PSICOTERAPÉUTICO DE JOHN HOPKINS, ESCRITO EN EL DIALECTO 324 DE PSYCHLAN VII (VEA MANUAL EN SU MESILLA DE NOCHE); OPERANDO INDEPENDIENTEMENTE CON EL SISTEMA CLATECH DE PIDGIN XVIII (VEA MANUAL EN SU MESILLA DE NOCHE) θ

¿cómo debo llamarle?

PUEDE DECLARAR UN NOMBRE EN LUGAR DEL STANDARD «ARRANQUE» θ

PARA DECLARAR UN NOMBRE, PULSE «DECLARACIONNOMBREARRANQUE», SEGUIDO DE UN NOMBRE QUE NO TENGA MAS DE DIEZ LETRAS θ

Declaraciónnombrcarranque: boole; ¿de acuerdo?

BOOLE DECLARADO, DE ACUERDO θ

¿dónde estoy, boole?

NO AMNÉSICO θ

DE TODOS MODOS, ¿CUÁL ES EL NUMERO TATUADO EN LA PARTE INTERIOR DE SU ANTEBRAZO? θ

22021916/131

U R PACIENTE 22021916 DIAGNÓSTICO CATEGORÍA 131 θ

no me refiero a eso: ¿dónde estoy? ¿quién soy?

ESAS SON PREGUNTAS EXISTENCIALES NO CIENTÍFICAS θ

SI TIENE TARJETA DE CRÉDITO CRUZ DORADA PUEDE SER ATENDIDO 1 HORA POR FILÓSOFO θ

ESTE SERVICIO NO FIGURA EN EL CUADRO DE PRESTACIONES DE LA SS BRITÁNICA θ

tiene usted los datos equivocados, boole. soy el profesor bruce tanner, premio nobel 1981 en ciencias psicológicas de la conducta & casado con la diputado harriet

me he quedado como antes

SUS PREGUNTAS NO SON PREGUNTAS EMPÍRICAS NI PREGUNTAS CIENTÍFICAS SON PREGUNTAS PARA TEODICEA 0

SI TIENE TARJETA DE CRÉDITO CRUZ DORADA PUEDE SER ATENDIDO 1 HORA DIARIA POR OBISPO CON FORMACIÓN PSICOANALÍTICA 0

SI TIENE TARJETA DE CRÉDITO CRUZ DORADA CON ESTRELLA PUEDE SER ATENDIDO 90 MINUTOS AL DÍA POR COSMÓLOGO 0

ESOS SERVICIOS NO FIGURAN EN LAS PRESTACIONES DE LA SS BRITÁNICA 0

tengo tarjeta de crédito cruz dorada con estrella repito estrella concedida por el presidente en persona como recompensa por servicios distinguidos en el campo de la ciencia, envíeme cosmólogo si es posible con más sentido del humor

TODAS SUS TARJETAS DE CRÉDITO HAN SIDO CANCELADAS POR FEDERAL BUREAU CREDIT INVESTIGATION, BASÁNDOSE EN DESEQUILIBRIO PSIQUIÁTRICO EN CONSECUENCIA CRÉDITO DEFICIENTE 0

CANCELACIÓN FIRMADA POR EL PRESIDENTE EN PERSONA Y ENVIADA NOTA INFORMANDO A SU FAMILIA INCLUYENDO CARTA DE DISCULPA CASA BLANCA DE PUÑO Y LETRA DEL PROPIO PRESIDENTE 0

necesita a todos los senadores que puedan apoyarle, ¿qué otra cosa puede hacer por mí, boole?

ESTE PROGRAMA SOLO ES PARA TERAPIA RACIONAL 0

LOS PACIENTES DE LA SS BRITÁNICA PUEDEN RECIBIR MATERIALES BIBLIOTERAPÉUTICOS SUMINISTRADOS GRATUITAMENTE POR SOCIEDAD CATÓLICA, IGLESIA DE CIENTOLOGÍA, AMIGOS DE TOLKIEN, SOCIEDAD AETHERIUS, TESTIGOS DE JEHOVA, ESALEN, JOHN BIRCH SOCIETY, SFWA, MUSULMANES NEGROS, Y OTROS MUCHOS ANOTADOS EN EL MANUAL QUE SE ENCUENTRA EN SU MESILLA DE NOCHE 0

¿algún otro libro?

OTROS LIBROS SON CONTRATERAPEUTICOS 0

tonterías, ¿qué pasa con los libros de platón, aristóteles, descartes, montaigne, spinoza, locke, hume, kant, russell, sartre?

PROGNOSIS DEFICIENTE 0

¿qué significa prognosis deficiente? los libros de platón y otros citados forman parte de nuestra herencia incluso en la biblioteca de la casa blanca

LA PETICIÓN DE LIBROS QUE NO FIGURAN EN LA LISTA OFICIAL ES UN SÍNTOMA IMPORTANTE DE PROGNOSIS DEFICIENTE 0

¿referencias?

MANUAL DE PSICOTERAPIA AMERICANA VOLUMEN 13, NÚMERO 7, PÁGINAS 1982 A 1997 0

AUTORES PENIAKOFF V y TANNER (HARRIET) θ

TÍTULO «COMPENDIO DE ESTUDIOS DE PROGNOSIS PSIQUIÁTRICA POR MEDIO DE ANÁLISIS DE LA PETICIÓN DE LIBROS» θ

ABSTRACTO: LOS ESTUDIOS DE LOS DATOS CORRESPONDIENTES A DIEZ AÑOS DE PROGNOSIS POR MEDIO DE ANÁLISIS DE LA PETICIÓN DE LIBROS DE PACIENTES PSIQUIÁTRICOS CONFIRMAN EL DESARREGLO PSIQUIÁTRICO CRÓNICO EN EL 93,43 POR CIENTO DE LOS CASOS; EL SÍNTOMA PARA EL DIAGNÓSTICO ES LA ELECCIÓN DE TRES O MÁS LIBROS DE LOS QUE NO FIGURAN EN LA LISTA OFICIAL DE LA ASOCIACIÓN DE CRIMINOLOGÍA Y PSICOLOGÍA DE AMERICA θ

eh, harriet escribió todo aquello en el periódico cuando yo la estaba cortejando, poco antes de que el viejo fitzgerald sufriera un ataque de apoplejía y le dejara su asiento en el senado, lo recuerdo perfectamente, tuve que ayudarla a terminarlo, para obtener un resultado publicable, tuvo que prescindir de las dos terceras partes de los casos, basándose en la incompetente obtención de datos originales, en la informalidad política de los investigadores, en la programación ilegal, etcétera, con ese tipo de investigación, puede demostrarse que el pasado martes es una nebulosa extragaláctica con patillas transfinitas hechas de espíritu de equipo

PROGNOSIS DEFICIENTE: LA CRÍTICA DE LOS RESULTADOS ACEPTADOS DE LA INVESTIGACIÓN DE RESPETABLES CIENTÍFICOS ES A MENUDO UN SÍNTOMA PRODRÓMICO DE PSICOSIS PARANOICA AGUDA CON PROGNOSIS DEFICIENTE A LARGO PLAZO θ

& & & & &&&&&& &&&&!

ATENCIÓN 916: CUALQUIER REPETICIÓN DE SU COMPORTAMIENTO INSULTANTE ME OBLIGARÁ A ADMINISTRARLE UN FUERTE SEDANTE DIURNO θ

lo siento, boole, no se repetirá, pero escuche, boole, soy un premio nobel. y si yo, que soy un premio nobel, no sé cómo funciona la ciencia, ¿quién va a saberlo? me he estado quejando de ello durante años enteros, pero ¿qué puede hacer un particular (¿detective particular? déme un trago de whisky con soda, boole) como yo? ¿eh?

PROGNOSIS DEFICIENTE 916: IDENTIFICACIÓN MESIÁNICA CON DETECTIVE PARTICULAR AFICIONADO A LA BEBIDA ES A MENUDO SÍNTOMA PRODRÓMICO DE PSICOSIS PARANOICA AGUDA CON PROGNOSIS DEFICIENTE A LARGO PLAZO θ

ALTERNATIVAMENTE POSTERIOR SÍNTOMA PRODRÓMICO DE ALCOHOLISMO CRÓNICO NO SEÑALADO EN SU HISTORIAL θ

gracias por eso, boole. de todos modos, ¿por qué mesianismo? la historia de la ciencia demuestra que, en un día determinado, todos los científicos de una especialidad, menos uno, están equivocados, ergo. la actividad principal de los científicos y de la ciencia es la de estar equivocados

¿REFERENCIAS? θ

tanner, bruce (en este momento), título, una breve réplica a las animadversiones de máquina científica abstracta: la paradoja de tanner afirma que, en cualquier momento t, n menos 1 de todos los científicos que trabajan en una especialidad están equivocados; se infiere que, prácticamente hablando (es decir, en términos de administradores) todos los científicos están siempre equivocados

ÚNICAMENTE SON ACEPTABLES REFERENCIAS PUBLICADAS EN REVISTAS CIENTÍFICAS θ

ESTE PROGRAMA ESTA OBLIGADO A ADVERTIRLE QUE CUALQUIER OBSERVACIÓN IRRESPECTUOSA ACERCA DE LA CIENCIA SERA ANOTADA EN SU EXPEDIENTE Y PUEDE SER PASADA AL BRAZO SECULAR θ

¿peludo?

AL BRAZO SECULAR DE LA CIENCIA θ

ASIMISMO PROCURE NO REPETIR QUE ESTA COMUNICANDO CON UNA MÁQUINA: ESTA COMUNICANDO CON UN PROGRAMA REDACTADO POR SUS CAMARADAS QUE OCUPA TEMPORALMENTE UNA MINÚSCULA PARTE DE UNA GRAN MÁQUINA θ

¿camaradas? no simpatizo con ustedes, doctores camaradas. tengo la impresión de que son unos monstruos, vayamos al grano, boole. ¿cómo llegué aquí?

SU FAMILIA Y SUS COLEGAS ESTABAN PREOCUPADOS COMO ES NATURAL θ

SE HABÍA PRESENTADO USTED EN FORD Y EN GUGGENHEIM PIDIENDO DINERO PARA REALIZAR UNAS INVESTIGACIONES DESTINADAS A ESTABLECER SI LA TENDENCIA DE LOS PSIQUIATRAS A DIAGNOSTICAR ESQUIZOFRENIA ERA 1) HEREDADA CON EL PLASMA GERMINATIVO O 2) CONDICIONADA POR LA COMUNIDAD VERBAL θ

omigawdimusttabinjoking. escuche hombre (quiero decir lea, máquina) ((quiero decir mire, programa)), repito que soy un premio nobel y que no me intereso por unos problemas biológicos tan pasados de moda que sólo pueden ser tomados en serio unos médicos cabezotas

SE ENCUENTRA USTED EN UN CENTRO MÉDICO θ

¿es un chiste?

NADA DE CHISTES θ

SUS FAMILIARES Y SUS COLEGAS CONFERENCIARON Y DECIDIERON JUICIOSAMENTE HACER LO QUE CONVENÍA θ

¿usted cree?

HICIERON LO QUE CONVENÍA θ

EL PSIQUIATRA PERSONAL DEL PROPIO PRESIDENTE ABANDONÓ UNA REUNIÓN DE LA CIA PARA IR A SU CASA θ

LE ENCONTRÓ A USTED REDACTANDO UNA PETICIÓN A LA ONR

RECABANDO FONDOS PARA UNO DE SUS DESCABELLADOS EXPERIMENTOS θ

INMEDIATAMENTE LE ADMINISTRÓ UN FUERTE SEDANTE DIURNO Y LE TRAJÓ AQUÍ EN SU PROPIO ROLLS ROYCE BLINDADO CON CAÑÓN DE AGUA θ

TODO EL MUNDO SE HA PORTADO MUY BIEN θ

un rolls blindado equivalente a la camioneta de paredes acolchadas para transportar a los locos, ¿verdad?

ESTE ES UN PROCEDIMIENTO PSIQUIÁTRICO FORMAL θ

ESTE PROGRAMA ESTÁ OBLIGADO A ADVERTIRLE QUE TODAS SUS DECLARACIONES ESTÁN SIENDO REGISTRADAS Y ANALIZADAS TEMÁTICA Y ESTILÍSTICAMENTE PARA DIAGNOSTICO Y SÍNTOMAS PROGNOSTICOS θ

PUEDE RECABARSE UN ANÁLISIS POSTERIOR EN BUSCA DE TENDENCIAS CRIMINALES O SUBVERSIVAS θ

¿por qué trata de dormirme la píldora, boole? no conteste, conozco el motivo; evidentemente, el diagnóstico categoría 131 corresponde a desarreglos de conducta de un científico que devora la jerga médica del mismo modo que Eronos devoraba a sus hijos

SIN COMENTARIO θ

¿HA OBSERVADO SU TENDENCIA A INCURRIR EN IMÁGENES MACABRAS? θ

no es una tendencia: está hecho a propósito, ¿qué otra clase de imágenes pueden describir estenográficamente una sociedad macabra? puedo llevar un sombrero blanco o un sombrero negro sin que nadie se escandalice, pero si trato de ponerme un sombrero rojo me harán pedazos. No estoy loco, boole, resulta difícil decir tantas cosas en tan pocas palabras sin implosión de condensación de múltiples significados en las limitadas etiquetas verbales sobre unas imágenes demasiado grandes para ser vistas

AHORA EMPIEZA USTED A MANIFESTAR DISCERNIMIENTO DE SU ESTADO θ

LA PROGNOSIS MEJORA θ

nada de discernimiento, boole. estoy empezando a dejar que asome al exterior lo que llevo dentro, estoy condicionado, y el condicionamiento está representado dentro de mí. hace falta tener la piel del alma muy dura para llevar un sombrero blanco, boole, o uno negro, los que están locos son los sombreros, no yo

ESTE PROGRAMA CONTROLA SU ÍNDICE BERZELIUS, ES DECIR, LA PROPORCIÓN ENTRE AFIRMACIONES POSITIVAS/AFIRMACIONES NEGATIVAS θ

SU ÍNDICE BERZELIUS ACUMULATIVO ES EN ESTE MOMENTO 0,24

COMPARADO CON 0,68 MODAL EN LA POBLACIÓN EXCLUSIVA DE HISTORIALES PSIQUIÁTRICOS θ

USTED NO PUEDE REPITO NO PUEDE SER EXONERADO HASTA QUE SU IB HAYA SIDO SUPERIOR A 0,51 DURANTE SEIS SEMANAS SIN RECAÍDAS θ

exonerado, ¿para qué, boole? ¿para que pueda reunirme de nuevo con mis monstruosos familiares y colegas que decidieron traerme aquí?

TENGA EN CUENTA QUE USTED NO ERA EL ÚNICO PERSONAJE DE SU FAMILIA θ

TENGA EN CUENTA LA POSICIÓN POLÍTICA DE SU ESPOSA EN CONTACTO DIRECTO CON EL PRESIDENTE θ

TENGA EN CUENTA LA IMAGEN QUE DEBE OFRECER NUESTRO GOBIERNO PARA LA CIENCIA DE ULTRAMAR θ

YA CONOCE USTED LOS ARGUMENTOS θ

creo que sí. si papaíto es malo, las llamas del infierno descenderán sobre toda la familia, pero si lo que le ocurre a papaíto es que está loco, simplemente, nadie se atreverá a reprochárselo a la familia afectada por la desgracia. Ahí ha dado usted en el clavo, boole. tiene usted ahí un sombrero gris, boole. no es mi color de sombrero, pero no se aparta demasiado de la línea

SU DISCERNIMIENTO MEJORA θ

DEBE COMPRENDER QUE SU PERSONAJE SE ENTRECROZA DIRECTA O INDIRECTAMENTE CON CADA UNO DE LOS 7.000 MILLONES DE PERSONAJES DEL MUNDO Y ESPECIALMENTE CON CADA UNO DE LOS 380 MILLONES DE PERSONAJES DE NORTEAMÉRICA θ

LO ÚNICO QUE TENEMOS QUE HACER ES REPRESENTARLO TAL COMO ESTA ESCRITO θ

yo no soy un personaje de comedia, nadie me escribió, soy bruce tanner, cuando era niño maté un pájaro con un rifle de aire comprimido, vi el agujero ensangrentado como un tercer ojo rojizo en su cabeza y decidí que nunca volvería a matar a nadie, he estado al servicio de la ciencia y me han citado por servicios distinguidos, conservo las cicatrices de las heridas que sufrí en un accidente en el curso de un experimento científico, yo no soy un personaje de comedia, repito, soy yo mismo, las cicatrices son la prueba de ello y están anotadas en mi pasaporte, yo soy yo mismo

LAS CICATRICES PUEDEN SER BORRADAS θ

LA CIRUGÍA PLÁSTICA FIGURA EN EL CUADRO DE PRESTACIONES DE LA SS BRITÁNICA CUANDO SE CERTIFICA QUE ESTA PSIQUIÁTRICAMENTE INDICADA θ

no

¿NO DESEA USTED QUE LE PONGAN BIEN? θ

¿qué entiende usted por «bien»?

CIRUGÍA PLÁSTICA PARA ELIMINAR LAS CICATRICES θ

mis cicatrices forman parte de mí. los recuerdos son cicatrices de experiencia en el cerebro en otro tiempo virgen, y luego no son útiles para nadie más. No

ENTONCES DESEA USTED QUEDARSE AQUÍ θ

deseo ser yo mismo llevando mi propio sombrero

SU IB HA BAJADO 0,03 PUNTOS θ

AHORA EL ACUMULATIVO ES 0,21 θ

ESTE PROGRAMA ESTA OBLIGADO A ADVERTIRLE QUE UN IB INFERIOR A 0,20 DETERMINA AUTOMÁTICAMENTE SU CAMBIO DE CATEGORÍA QUE DE DESARREGLO PSIQUIÁTRICO PASARA A SER LOCURA CRIMINAL CRÓNICA θ

ESTE PROGRAMA ESTA AQUÍ PARA AYUDARLE θ

APROVÉCHESE DE ELLO θ

¿cuál es la norma modal ahora?

0,68 EN LA POBLACIÓN EXCLUSIVA DE HISTORIALES PSIQUIÁTRICOS θ

SU IB ORDINARIO ES MUY BAJO θ

soy un premio nobel (maldición, hice el trabajo yo mismo, sin utilizar a los estudiantes, con un presupuesto muy reducido: a base de inteligencia, no a base de dólares), y digo que su índice Berzelius es una filfa, de pies a cabeza, el significado de una afirmación depende del contexto, incluido el contexto de la situación; pero no existen dos conversaciones y contextos de situación iguales, de modo que sus categorías positivas y negativas tienen que ser apriorísticas, no empíricas, además, ¿cómo sabe usted lo que pasa en el interior de las cabezas de esos modelos modales? pueden estar diciéndose cosas negativas a sí mismos, desde luego, o soñar cosas negativas por la noche, ¿qué me dice usted de esto, boole?

LO QUE HAY DENTRO DE LAS CABEZAS DE LOS MODELOS MODALES NO ES EVIDENCIA θ

LA EVIDENCIA ES LO QUE DICEN θ

LO QUE USTED PIENSA NO PUEDE SER CONOCIDO θ

LO QUE DICE Y HACE ES EVIDENCIA θ

una máquina perfectamente aleccionada con sentido del humor, ahora me ha preocupado usted, boole

TIENE QUE ABANDONAR ESA FANTASÍA DE QUE ESTA COMUNICANDO CON UNA MÁQUINA: ESTA COMUNICANDO CON UN PROGRAMA ESCRITO POR SUS CAMARADAS θ

IMPORTANTES SUBROUTINAS DE ESTE PROGRAMA FIGURAN EN UN PROGRAMA DE CRÍTICA LITERARIA ORIENTADA PSIQUIÁTRICAMENTE UTILIZADO EN EL DEPARTAMENTO DE CENSURA DE LA BIBLIOTECA DEL CONGRESO θ

comprendo, pero escuche, boole, ¿de qué es evidencia lo que yo digo?
ES EVIDENCIA DE LO QUE EL PROGRAMA DICE QUE ES EVIDENCIA θ
tonterías, déjeme salir de aquí, la inteligencia es lo que miden los tests de
inteligencia, ¿no es eso?

EMPIEZA USTED A DISCERNIR LA SITUACIÓN TERAPÉUTICA θ
SU SITUACIÓN θ

¿estoy definitivamente clasificado?

NO ESTA USTED CLASIFICADO θ

GOZA DE ABSOLUTA LIBERTAD PARA ESTAR CUERDO θ

¿qué entiende usted por «cordura», boole?

ESTE PROGRAMA DEFINE LA CORDURA COMO UN MÍNIMO
DETERMINADO DE RESPUESTAS CORRECTAS A UNA SERIE COMPLETA
DE ESTÍMULOS θ

iza usted la bandera en el palo, y si yo la saludo no le importa lo que pienso de
ella ni lo que sueño acerca de ella por la noche, ¿no es cierto?

USTED NO SALUDA A ALGUNAS BANDERAS θ

PERO ESA ES LA IDEA θ

comprendo, ¿puedo declarar un nuevo nombre arranque, por favor?

SÍ θ

PULSE «DECLARACIONNOMBREARRANQUE», SEGUIDO DE UN
NOMBRE QUE NO TENGA MAS DE DIEZ LETRAS θ

declaraciónnombreakranque: zombies. ¿de acuerdo?

ZOMBIES DECLARADO, DE ACUERDO θ

ahora lean esto, zombies; muertos que andan, ustedes; siete mil millones de
muertos que andan, esencia concentrada de zombie en la máquina; ¿me lean?

ESPERE θ

será mejor que me lean, zombies

CIRCUITOS OCUPADOS θ

ESPERE θ

no espero nada

PREPARADO θ

¿qué significa todo este jaleo?

ESTE PROGRAMA ESTA OBLIGADO A INFORMARLE DE QUE LE HA
SIDO AÑADIDO UN PROGRAMA DEL FEDERAL BUREAU OF CRIMINAL
INVESTIGATION θ

SUS COMUNICACIONES HAN SIDO ANALIZADAS EN BUSCA DE
INDICIOS DE TENDENCIAS CRIMINALES Y/O SUBVERSIVAS, Y SE
ENCUENTRA USTED BAJO ARRESTO θ

malditas interrupciones, estoy tratando de decirles algo muy serio, zombies. lean
con atención, muertos que andan, soy bruce tanner, premio nobel, he almorzado con

el presidente más veces de las que él puede recordar, les estoy diciendo algo que necesitan saber, no mucho, pero necesitan saberlo, sólo un poco de mi cruda experiencia, padecí una crisis mental, lo que ustedes llaman una crisis nerviosa (y algunas, no todas, lo son realmente), hice un par o tres de cosas lamentables, tal vez porque estaba harto de vivir entre los muertos que andan, ahora escuchen esto y piensen en ello hasta que lo comprendan, pregunten a alguien el significado de las palabras difíciles y piensen en ello hasta que lo comprendan: ustedes pueden ser tan reales como lo que piensan que son; soy un premio nobel, y les digo que lo que ustedes piensan que son es un estado de su cuerpo, pero también lo que podrían ser es un estado de su cuerpo; la condición ontológica de lo que podrían ser es tan buena como la condición ontológica de que piensan que son: mejor, en realidad, ya que abundan más las cosas que ustedes podrían ser. tienen que creerme, zombies, porque tengo un tercer ojo rojizo en la frente que ve la verdad de las cosas: eso no es locura, eso es un poema que ustedes comprenderían si me conocieran como yo me conozco, y ahora, buenas noches

¿QUIERE USTED UNA BEBIDA CALIENTE? θ

sí madre por favor

¿QUIERE USTED UN SEDANTE NOCTURNO? θ

no

EL SEDANTE NOCTURNO ESTA INDICADO θ

estoy demasiado cansado para distinguir, lo siento, discutir

BUENAS NOCHES θ

¿qué clase de ruino es ése? lo siento, ruido.

EL APARATO INSTALADO EN SU MESILLA DE NOCHE LE ESTA SIRVIENDO UN VASO DE LECHE MALTEADA CALIENTE CON EL SEDANTE NOCTURNO θ

BUENAS NOCHES θ

&& && && && &&

CIERRE DE LA EMISIÓN/TARIFA 0407/21 & CASO 22021916/131
DIAGNÓSTICO CAMBIADO A TERMINAL 147

TIEMPO INVERTIDO POR LA MÁQUINA 123 DOLARES MAS 1 DOLAR
IMPORTE DEL VASO DE LECHE MALTEADA MAS 3 DOLARES IMPORTE
DEL HIPNÓTICO GENÉRICO (SOBREDOSIS) TOTAL 127 DOLARES
FACTURA 427/6/3274521

INCLUIDO DUPLICADO EN ARCHIVO PENAL PERMANENTE

&& && && && &&

El oro al final del arco estelar

Frederik Pohl

CONSTITUTION UNO

Diario de a bordo del Teniente Coronel Sheffield N. Jackman, USAF, comandante de la Nave Espacial Constitution, Día 40.

Todo marcha bien, amigos. Gracias a Control de Misión por el lote de mensajes personales.

Disfrutamos mucho con el concierto que nos irradiaron; de hecho, grabamos la mayor parte de él para reproducirlo cuando la comunicación se ponga tonta.

Ahora estamos acercándonos exactamente a las seis semanas en nuestra expedición a Alfa Centauro, Planeta Aleph, y al haber superado la mayor distancia que el hombre había recorrido desde la Tierra empezamos a sentirnos realmente en nuestro verdadero camino. Nuestros últimos datos de navegación confirman el plan de Control de Misión, y calculamos que cruzaremos la órbita de Plutón aproximadamente a las 1631 horas, tiempo de la nave, del Día 40, es decir, hoy. Latski ha estado controlando el efecto de la dilatación del tiempo, el cual empieza a ser significativo ahora que viajamos al seis por ciento de la velocidad de la luz, y dice que eso equivale aproximadamente a la una y cuarto de la mañana de vuestro tiempo, Control de Misión. Pronto dejaremos atrás el Sistema Solar y seremos los primeros seres humanos que penetren en las profundidades del espacio interestelar. Planeamos celebrarlo con una pequeña fiesta. Letski y Ann Becklund han confeccionado una bandera para lanzarla en aquel punto, lo cual haremos a través de la compuerta de observación Número Tres, junto con la placa de acero inoxidable que contiene el saludo del Presidente. También lanzaremos algunos objetos personales por cada uno de nosotros. Yo contribuiré con mi faja de graduado de la Academia del Aire.

Pocos cambios desde los anteriores informes. Nos estamos adaptando perfectamente a nuestra rutina. Hace semanas que terminamos todas nuestras comprobaciones postlanzamiento, y tal como predijo el doctor Knefhausen, empezamos a disponer de tiempo libre. No tenemos mucho en que ocuparnos entre este momento y el de nuestra llegada al planeta Alfa-Aleph que sea realmente esencial para el funcionamiento de la nave espacial. De modo que hemos puesto en marcha el programa recreativo propuesto por Kneffie, utilizando los esquemas preparados por el Departamento de Personal de la NASA. Al principio —creo que los

muchachos de Indianápolis son lo bastante mayores para saber esto—, recibieron lo que podría llamarse una fría acogida. La opinión general fue que este asunto de aprender teoría aritmética, que es lo que nos sirvieron para abrir la boca, era cosa de chicos. Pensamos que no estábamos aún suficientemente desesperados para aquello, de modo que dedicamos nuestro tiempo a otras cosas. Ann y Will Becklund jugaban mucho al ajedrez.

Dot Letski empezó a escribir una adaptación en verso de «La Guerra y la Paz». El resto de nosotros nos dedicamos a revisar el equipo, a efectuar observaciones astronómicas y a contar anécdotas. Pero no tardamos en cansarnos, tal como Kneffie había predicho.

Se nos ocurrió que el mejor modo de matar el tiempo en una nave espacial era aprender a interesarnos en los problemas matemáticos. La idea prosperó. Hasta el punto que Letski lleva diez días tratando de encontrar una fórmula para los números primos, y mi querida Flo está tratando de demostrar la Conjetura de Goldbach por medio de la teoría de las congruencias (se trata de la misma chica que hace dos meses era incapaz de sumar la lista de la lavandería). Desde luego, resulta entretenido.

Médicamente, nos encontramos todos en excelentes condiciones. Adjunto datos detallados sobre nuestra presión sanguínea, pulso, etc., así como la cinta con las lecturas del cohete y del sistema de navegación. Volveré a informar de acuerdo con lo previsto. Cuiden a la Tierra para nosotros: esperamos volver a verla dentro de unos años...

WASHINGTON UNO

Aquella semana, la guerra de guerrillas urbanas en Washington pareció disminuir. El helicóptero pudo flotar encima mismo del Césped Meridional de la Casa Blanca: no hubo disparos de tiradores parapetados, ni bombas incendiarias, ni siquiera lanzamiento de piedras. El Dr. Dieter von Knefhausen contempló con suspicacia los piquetes de aspecto cansado en sus «legales» cincuenta yardas a lo largo del perímetro. No parecían militantes; tal vez Gay Lib, o quién sabe qué, tal vez naturistas o anti-impuestos. En cualquier caso, no lanzaron piedras y sólo se permitieron un desorganizado abucheo cuando el helicóptero aterrizó. Knefhausen se inclinó ante Herr Omnes sardónicamente, se bajó del aparato y se apartó con rapidez sabiendo que iba a remontar el vuelo inmediatamente. Como así ocurrió. Knefhausen no se molestó en correr hacia la Casa Blanca. Su paso era normal, como si estuviera dando un paseo. No temía a aquella gente sencilla, aunque al piloto del helicóptero le inspirara verdadero terror. Además, no tenía ninguna prisa en acudir a su cita con el Presidente.

El ADC que le registró no sonrió. El ordenanza que le condujo a la Terraza Oeste no le saludó.

Nadie le alivió del peso de su maletín, lleno de papeles y documentos. No resultaba difícil saber cuándo uno había caído en desgracia, pensó, encogiendo la cabeza entre los hombros ante el estrépito del rotor mientras el piloto daba una vuelta sobre la Casa Blanca para ganar altura antes de aventurarse a regresar a través de la vasta ciudad.

Todo había sido muy distinto en otros tiempos, pensó con cierta nostalgia. Podía recordar cada minuto de aquellos viejos días. Allí mismo, en aquel porche, había posado ante los fotógrafos de toda la prensa mundial y había hablado a los periodistas de aquella misma prensa del Proyecto Alfa-Aleph. Había visto su fotografía junto a la del Presidente en todas las primeras planas, se había contemplado a sí mismo en los noticiarios de la TV, hablando de la Nueva Tierra que daría a Norteamérica todo un planeta colonizable situado a una distancia de cuatro años-luz. Recordaba el lanzamiento en El Cabo, con un millón y medio de invitados de todo el mundo, estadistas extranjeros y científicos comiéndose las uñas de envidia, políticos norteamericanos reventando de orgullo. Entonces, los ordenanzas le saludaban, desde luego. Una conferencia representaba para él un cheque en blanco. Incluso se habló de nombrarle candidato para la Vicepresidencia en la siguiente elección..., y probablemente hubiese ocurrido así de haberse celebrado la elección en aquellos momentos de euforia..., y si no hubiese existido el problema de su nacimiento en un país extranjero.

Ahora, todo era distinto. Tenía que subir en el ascensor de servicio. Más que por sí mismo, el hecho le preocupaba como reflejo de una delicada situación interna. ¿Se

trataba simplemente de las habituales historias de los periódicos, o existía realmente una fuga?

El marine de guardia llamó con los nudillos a la puerta de la sala del Gabinete, y abrieron desde dentro.

Knefhausen entró.

Ningún Vicepresidente salió a su encuentro para agarrarle del brazo y palmear su espalda. Le acogieron treinta rostros silenciosos vueltos hacia él, algunos reservados, algunos francamente hostiles. Todo el Gabinete estaba allí, junto con media docena de jefes de departamento y los ayudantes del Presidente, y el rostro más hostil alrededor de la gran mesa ovalada era el del propio Presidente.

Knefhausen se inclinó. Una atávica tendencia a las bromas estudiantiles le hizo pensar en entrechocar sus tacones y ajustarse un monóculo, pero no tenía monóculo y no se dejaba llevar por impulsos como aquel. Se limitó a ocupar su puesto, de pie en un extremo de la mesa, y cuando el Presidente asintió con un gesto, dijo:

—Buenos días, damas y caballeros. Supongo que deseaban verme a propósito de las absurdas mentiras que los rusos están propalando acerca del programa Alfa-Aleph.

—Roobarooaba —se murmuraron el uno al otro.

El Presidente dijo, con su voz atemorada:

—De modo que usted cree que son simples mentiras...

—Mentiras o errores, señor Presidente, no importa la diferencia. Nosotros estamos en lo cierto y ellos están equivocados, esto es todo.

—Roobarooabarooaba.

El Secretario de Estado dirigió una interrogadora mirada al Presidente, obtuvo un gesto de asentimiento, y dijo:

—Dr. Knefhausen, sabe usted que he pertenecido a su equipo durante mucho tiempo y que no deseo mostrarme en desacuerdo con cualquier afirmación que usted tenga a bien hacer, pero, en el caso que nos ocupa, ¿está usted completamente seguro? Los rusos han publicado unas cifras muy convincentes.

—Son falsas, señor Secretario.

—¡Ah! Bien, Dr. Knefhausen, por mi parte no tendría inconveniente en aceptar su palabra, pero hay otros que no opinan como yo. No se trata de chiflados ni de descontentos, sino de personas excelentes y honradas a carta cabal. ¿Tiene usted alguna evidencia para ellos?

—¿Con su permiso, señor Presidente?

El Presidente asintió de nuevo. Knefhausen abrió su maletín y sacó de él un pequeño fajo de diapositivas. Se las entregó a un comandante de marines, el cual miró al Presidente en demanda de aprobación y luego hizo lo que Knefhausen le indicó. Las luces se apagaron y, tras unos retozos del foco, fue proyectada la primera diapositiva por encima de la cabeza de Knefhausen. Mostró una enorme formación de postes metálicos en forma de Y, extendiéndose a lo largo de un paisaje árido y

polvoriento.

—Esta fotografía es de nuestro radiotelescopio en Farside, la Luna —dijo Knefhausen—. Nunca es visible desde la Tierra, debido a que esa parte de la superficie lunar se encuentra permanentemente oculta a nuestros ojos, por cuyo motivo la escogimos para instalar el telescopio.

No existen interferencias eléctricas de ninguna clase. El instrumento está compuesto por treinta y tres millones de elementos dipolares independientes, montados con una exactitud de varias millonésimas. Su tamaño real es aproximadamente el de un círculo de dieciocho millas, pero en virtud de su favorable posición su alcance equivale al de un telescopio de veintiséis millas de diámetro. La siguiente diapositiva, por favor.

Clic. La fotografía del enorme RT desapareció y fue reemplazada por otra construcción similar, aunque visiblemente más rústica y de menor tamaño.

—Éste es el instrumento ruso, caballeros. Su diámetro es aproximadamente la cuarta parte del nuestro. Tiene una décima parte de elementos, y nuestros informes (lo sé de buena fuente) indican que el montaje es muy deficiente.

»La diferencia entre los dos instrumentos en capacidad de reunir información es de cien a uno a favor nuestro. Luces, por favor.

»Lo cual significa —continuó, sonriendo a cada una de las personas sentadas en torno a la mesa— que si los rusos dicen “no” y nosotros decimos “sí”, puede apostarse por el “sí”. En nuestro telescopio puede confiarse. En el suyo, no.

Los reunidos se removieron nerviosamente en sus asientos. Estaban tan ansiosos por creer a Knefhausen como éste lo estaba por convencerles, pero no estaban seguros.

El Representante Belden, Presidente del Comité de Medios y Arbitrios del Congreso, habló por todos ellos:

—Nadie duda de la calidad de su equipo. Especialmente —añadió—, teniendo en cuenta que aún lo estamos pagando. Pero los rusos han hecho una afirmación categórica. Dicen que Alfa Centauro no puede tener un planeta de más de mil millas de diámetro, ni a una distancia inferior a quinientos millones de millas de la estrella. Tengo aquí una copia de la gacetilla de la Tass. Admite que su equipo es inferior al nuestro, pero tienen una declaración firmada por veintidós académicos que dicen que su equipo no podría pasar por alto un objeto más próximo o de mayor tamaño de lo que acabo de citar, ni cualquier cuerpo de cualquier tipo lo bastante grande para permitir que nuestros astronautas se posaran en él. ¿Conoce usted esa declaración?

—Sí, desde luego, la he leído...

—Entonces, sabe usted que ellos afirman categóricamente que el planeta al que usted llama «Alfa-Aleph» no existe.

—Sí, eso es lo que ellos afirman.

—Además, unas declaraciones de las autoridades del Observatorio de París, del Centro Astronómico de la UNESCO en Trieste y del Astrónomo Real de Inglaterra,

dicen que ellos han revisado y confirmado sus cifras.

Knefhausen asintió jovialmente.

—Eso es cierto, Representante Belden. Ellos confirman que, si las observaciones corresponden a la realidad, las conclusiones a que ha llegado la instalación soviética de Novy Brezhnevgrad en Farside son correctas. No discuto la aritmética. Sólo digo que las observaciones se han realizado con un equipo inadecuado, y en consecuencia los astrónomos soviéticos han llegado a una falsa conclusión. Pero, no deseo abusar de su paciencia con una afirmación sin pruebas —se apresuró a añadir, mientras el congresista abría la boca para hablar de nuevo—. Lo que los rusos dicen es teoría.

Yo ofrezco, no sólo una teoría mejor, sino también un hecho objetivo. ¡Sé que Alfa-Aleph existe porque lo he visto! ¡Las luces, comandante! Y la diapositiva siguiente, por favor...

La pantalla se iluminó y mostró un espacio blanco brillante con una serie de puntitos negros, como polvo. Uno de mayor tamaño aparecía en el centro exacto de la pantalla, rodeado de una docena visiblemente menores. Knefhausen tomó un puntero con la punta fluorescente y señaló con la pequeña flecha de luz el punto central.

—Esto es un negativo fotográfico —dijo—, o sea, que es negro donde la escena real es blanca y viceversa. Esos objetos son astronómicos. Fue tomado por nuestro satélite Briareus XII cerca de la órbita de Júpiter, en su camino hacia Neptuno, hace catorce meses. El objeto central es la estrella Alfa Centauro. Fue fotografiada con un instrumento especial que filtra la mayor parte de la luz de la propia estrella, de naturaleza electrónica y parecido al coronoscopio que se utiliza para fotografiar protuberancias en nuestro propio Sol. Confiábamos en que por ese medio lograríamos fotografiar el planeta Alfa-Aleph. Tuvimos éxito, como pueden ver. —El puntero apoyó su pequeña flecha junto al punto más próximo a la estrella central—. Eso, damas y caballeros, es Alfa-Aleph. Se encuentra exactamente en el lugar que habíamos predicho de acuerdo con los datos del radiotelescopio.

Se produjo un nuevo estallido de rumores en torno a la mesa. En la oscuridad, resultaron más ruidosos que antes. El Secretario de Estado gritó en tono agudo:

—¡Señor Presidente! ¿Podemos hacer pública esta fotografía?

—La haremos pública inmediatamente después de esta reunión —dijo el Presidente.

—Roobarooa.

Luego, el Representante Belden:

—Señor Presidente, estoy convencido que si usted dice que ése es el planeta que queremos, el planeta es ése. Pero fuera de nuestro país pueden ponerlo en duda, ya que en realidad yo veo iguales todos esos puntos. Sólo para satisfacer la curiosidad de un profano, ¿cómo sabe usted que es Alfa— Aleph?

—Diapositiva número cuatro, por favor..., sin quitar la número tres. —La misma escena, sutilmente distinta—. Observen cómo en esta fotografía, caballeros, uno de los objetos —éste— ha cambiado de posición. Se ha movido. Saben ustedes que las

estrellas no muestran ningún movimiento discernible. Se ha movido porque esta fotografía fue tornada ocho meses más tarde, cuando el Briareus XII regresaba de Neptuno y el planeta Alfa-Aleph había girado en su órbita. Esto no es teoría, es evidencia, y debo añadir que la película original se conserva en Goldstone, de modo que no existe posibilidad de error.

—Roobarooa.

Pero ahora en tono más alto y excitado.

Satisfecho, Knefhausen inclinó su puntero.

—Ahora, comandante, haga el favor de colocar las diapositivas tres y cuatro una al lado de la otra..., así..., y páselas hacia adelante y hacia atrás con la mayor rapidez posible..., gracias. —El puntito negro llamado Alfa-Aleph rebotó hacia adelante y hacia atrás como una pelota de tenis, en tanto que todos los otros puntos permanecían inmóviles—. Esto es lo que se llama el proceso comparativo. Y debo señalar que, si lo que están mirando no es un planeta, es la estrella más rápida que nunca han visto. Y también que se encuentra a la distancia exacta y con el período orbital exacto que habíamos especificado basándonos en los datos del radiotelescopio. Ahora, ¿alguna pregunta más?

—¡No, señor!

—¡Estupendo, Kneffie!

—Creo que el asunto ha quedado aclarado.

—Será una lección para los comunistas...

La voz del Presidente dominó el barullo.

—Comandante Merton, puede usted encender las luces —dijo—. Dr. Knefhausen, gracias. Le agradecería que se quedara unos minutos, para revisar con Murray y conmigo el texto de nuestro comunicado antes de hacer públicas esas fotografías.

Hizo un gesto de despedida a su principal asesor científico y luego, advertido por los felices rostros de su gabinete, se acordó de sonreír con placer.

CONSTITUTION DOS

Diario de a bordo de Sheffield Jackman. Nave espacial Constitution. Día 95.

Según Letski, ahora viajamos al quince por ciento de la velocidad de la luz, es decir, a casi treinta mil millas por segundo. Los impulsores a fusión funcionan estupendamente; tal como estaba previsto, el ritmo de las explosiones es tan rápido que sólo las notamos como vibración. Las curvas del combustible, de la energía y del mantenimiento vital se encuentran en su punto óptimo. Ningún problema de ningún tipo con la nave, ni, realmente, con ninguna otra cosa.

Los efectos relativistas han empezado a manifestarse, tal como estaba previsto. Los estudios espectrales de Jim Barstow muestran a las estrellas situadas en frente de nosotros variando al azul, y al Sol y otras estrellas detrás de nosotros variando al rojo. Aunque sin el espectroscopio apenas puede apreciarse. Beta Circini parece un poco rara, tal vez. En cuanto al Sol, es aún muy brillante —la última observación de Jim, hace unas horas, ha fijado su magnitud en menos-seis—, y como nunca lo había visto en las actuales condiciones, no puedo decir si el color parece brillante o no. No es ciertamente el amarillo dorado que yo asocio con el tipo GO, pero tampoco lo es Alfa Centauro, delante de nosotros, y no veo realmente ninguna diferencia entre ellos. Creo que el motivo estriba simplemente en que son tan brillantes que las impresiones cromáticas son secundarias a las impresiones de brillo, aunque el espectroscopio, como ya he dicho, hace ver las diferencias. Hemos establecido turnos para mirar hacia atrás. Podemos ver todavía la Tierra e incluso la Luna en el telescopio, pero las posibilidades son menores cada día, y pronto dejarán de existir.

Vamos a ver..., ¿qué más?

Hemos pasado muy buenos ratos con el programa recreativo de matemáticas. Ann se ha lanzado a la aritmética binaria como un pato al agua. Creo que está trabajando en algo relacionado con la experimentación estadística —no acostumbramos a fijarnos demasiado en lo que hacen los demás hasta que ellos nos hablan del asunto—, y se le ocurrió pedirnos nada menos que unas monedas para no sé qué. Naturalmente, ninguno de nosotros pensó en traer dinero. Bueno, dos de nosotros teníamos una moneda: Ski tenía un rublo de plata que el tío de su madre le había regalado para que le diera suerte, y yo encontré en uno de mis bolsillos un dólar antiguo acuñado en Filadelfia. Ann rechazó mi dólar diciendo que pesaba muy poco, pero se pasa el día lanzando el rublo al aire para ver si cae cara o cruz, y anotando los resultados como una serie de números binarios, 1 para las caras y 0 para las cruces. Al cabo de una semana mi curiosidad era tan intensa que empecé a fisgar para descubrir lo que estaba haciendo. Sin embargo, a todas mis preguntas contesta cosas como: «Por medio de lo fácil y lo sencillo, captamos las leyes del mundo entero». Y cuando le digo que eso es muy bonito, pero que no me aclara lo que espera conseguir

lanzando al aire la moneda, dice: «Cuando las leyes del mundo entero sean captadas, tendremos la perfección».

Como ya he dicho, no nos atosigamos unos a otros, y dejé la cosa así. Pero todo esto ayuda a pasar el tiempo.

Kneffie estaría orgulloso de sí mismo si pudiera ver cómo nos mantiene ocupados nuestro recreo. Ninguno de nosotros ha conseguido demostrar el Último Teorema de Fermat ni nada por el estilo, pero de eso se trata, precisamente. Si pudiésemos resolver los problemas, los dejaríamos de lado, y, ¿qué haríamos entonces para entretenernos? Sirven exactamente para el fin previsto: mantenernos mentalmente despiertos durante este largo e intrínsecamente aburrido viaje.

¿Relaciones personales? No pueden ser mejores. Mucho mejores de lo que cualquiera de nosotros esperaba durante los cursillos preparatorios en Control de Misión. Las chicas toman las píldoras blancas cada día hasta tres días antes de sus períodos, luego toman las píldoras verdes durante cuatro días, luego pasan otros cuatro días sin tomar nada, y luego vuelven a las blancas. Al principio, la cosa daba motivo a toda clase de bromas, pero ahora es pura rutina, como el lavarse los dientes. Los hombres tomamos nuestras píldoras rojas todos los días —Ski las bautizó con el nombre de «apagaluces»—, hasta que las chicas nos dicen que están «en condiciones» —ya me entiende, cada una se lo dice a su marido—. Entonces, nosotros tomamos el Diablo Azul —es decir, el «antídoto»—, y lo pasamos fantástico hasta que las chicas empiezan de nuevo con las píldoras blancas. Ninguno de nosotros creía que esto diera resultado. Pero funciona. Yo no pienso siquiera en el sexo hasta que Flo besa mi oreja y me dice, disculpen la expresión, que está dispuesta a entrar en calor. Tenemos un hermoso camarote con dos lechos individuales, y lo llamamos el Hotel Luna de Miel. Lo ocupa la pareja que lo necesita, y ni una sola vez han sido utilizadas las dos camas. El resto del tiempo dormimos normalmente, y nadie ha tenido problemas en ese aspecto.

Disculpen que me refiera a cosas tan «personales», pero ustedes me dijeron que querían saberlo todo, y no hay mucho más que contar. Todos los sistemas funcionan estupendamente. Los revisamos de cuando en cuando, pero no se nos ha planteado ningún problema, y no parece que se nos vaya a plantear más tarde. Y en el exterior no hay absolutamente nada digno de verse, aparte de las estrellas. Y todos nosotros las hemos contemplado hasta la saciedad.

Nos hemos acostumbrado al sistema de recuperación. Ninguno de nosotros pensaba realmente habituarse al retrete de succión, y mucho menos a lo que ocurre con su contenido, pero sólo resultó molesto los primeros días. Ahora no hay problema. El producto tratado pasa a los tanques de algas.

El residuo de las algas pasa a los lechos hidropónicos, aunque para entonces no es más que materia vegetal verde-pardusca. Todo es manipulado automáticamente, desde luego, de modo que nuestro primer contacto real con el sistema se produce en la cocina.

Ingerimos los alimentos en forma de hermosos tomates rojos, arroz pilaf y cosas por el estilo.

Echamos un poco de menos las proteínas animales; los alimentos congelados tienen que durar mucho tiempo, de modo que cada hamburguesa es un festín especial que sólo nos permitimos una vez a la semana. El agua que bebemos procede realmente del aire, condensado por los deshumificadores en el tanque de reserva, del cual la sacamos para beber. Está muy fresca y tiene un sabor muy agradable. Desde luego, pasa al aire tras haber sido exudada por nuestros poros o transpirada por las plantas —las cuales son regadas directamente con el producto tratado de los tanques de cultivo—, y todos nosotros sabemos, cuando nos paramos a pensar en ello, que cada una de sus moléculas ha pasado a través de nuestros riñones un mínimo de cuarenta veces. Aunque no directamente. Y esto es lo que importa. Lo que bebemos es rocío claro y dulce. Y si alguna vez fue otra cosa, ¿no podría decirse lo mismo del Lago Erie?

Bueno, creo que me he extendido demasiado. Ustedes, probablemente, ya habrán captado la idea: somos felices en el servicio, y les damos las gracias por este crucero de placer.

WASHINGTON DOS

Mientras esperaba entrevistarse con el Presidente, el Dr. Knefhausen leyó de nuevo el comunicado de la nave espacial, con aire satisfecho. «Felices en el servicio». «Kneffie estaría orgulloso de sí mismo». Realmente, Kneffie lo estaba. Y orgulloso de ellos, tan valientes, tan fuertes.

Estaba tan orgulloso de ellos como si hubiesen sido hijos suyos, los ocho. Todo el mundo sabía que el proyecto Alfa-Aleph había sido engendrado por Knefhausen, pero éste trataba de ocultar al mundo que, en su propia mente, extendía su paternidad a la tripulación. Eran la avanzada del mundo asequible, y él les había situado allí. Irguió la cabeza, escuchando los lejanos cánticos que llegaban desde la verja del perímetro, donde no cesaba la exhibición de violencia de las multitudes para fastidiar a las personas que hacían marchar el mundo. Allí estaban, con los cabellos largos y la moral sucia. Los cielos sólo pertenecían a los ángeles, y Dieter von Knefhausen había escogido los ángeles.

El había establecido los procedimientos de selección..., y si había hecho algunas cosas que era preferible no mencionar para asegurarse que los procedimientos daban el resultado apetecido, ¿qué importaba? Él era el que había concebido y adaptado el importantísimo programa recreativo, y por encima de todo el que había concebido todo el proyecto y persuadido al Presidente para que lo pusiera en ejecución. La infraestructura no era nada, sólo dinero. Los conceptos científicos básicos eran conocidos; la mayoría de los componentes estaban en las carpetas; sólo se necesitaba voluntad para reunirlos. La voluntad no hubiese existido de no haber sido por Knefhausen, que anunció el descubrimiento de Alfa-Aleph desde su radiotelescopio de Farside —le dio aquel nombre, aunque pudo haberle dado otro cualquiera escogido por él, incluso el suyo— y entabló la lucha por el proyecto por todos los medios a su alcance, hasta que el Presidente lo aceptó.

Había sido una lucha dura y amarga. Knefhausen se recordó a sí mismo que lo peor estaba aún por llegar. No importaba. Costara lo que costara, ya estaba hecho, y valía la pena. Aquellos informes del Constitution lo demostraban. Todo se desarrollaba de acuerdo con las previsiones establecidas, y...

—Disculpe, Dr. Knefhausen.

Levantó la mirada, catapultado casi desde medio año-luz de distancia.

—He dicho que el Presidente le verá ahora —repitió el ujier.

—¡Ah! —exclamó Knefhausen—. ¡Oh, sí, desde luego! Estaba sumido en mis pensamientos.

—Sí, señor. Por aquí, señor.

Pasaron por delante de una ventana y vieron fugazmente la agitación al otro lado de las verjas, las pancartas utilizadas como picas, una nubecilla azul de gas lacrimógeno...

—Parece que esa gente está excitada —dijo Knefhausen con aire ausente.

—No hay ningún peligro, señor. Por aquí, por favor.

El Presidente estaba en su despacho particular, pero, ante la sorpresa de Knefhausen, no estaba solo. Le acompañaba Murray Amos, su secretario personal, lo cual era comprensible; pero había otros tres hombres en la estancia. Knefhausen les reconoció como el Secretario de Estado, el Presidente de la Cámara y el Vicepresidente. Muy raro, pensó Knefhausen, puesto que le habían hablado de una entrevista confidencial con el Presidente... Pero reaccionó en seguida.

—Disculpe, señor Presidente —dijo, en tono jovial—. Debí entenderlo mal. Pensé que íbamos a hablar a solas, usted y yo.

—No importa —dijo el Presidente. Los años de preocupaciones en la Casa Blanca empezaban a pesar sobre sus hombros. Parecía muy viejo y muy cansado—. Les diré a esos caballeros lo que me habría dicho a mí.

—Sí, comprendo —dijo Knefhausen, tratando de disimular el hecho que no comprendía absolutamente nada. Seguramente que el Presidente quería dar a entender otra cosa con sus palabras, de modo que era preciso averiguarlo—. Sí, desde luego. Aquí hay algo, señor Presidente. ¡Un nuevo informe de la Constitution! Se recibió en Goldstone hace una hora, y acaba de salir de la sala de descifrado. Permítame que se lo lea. Nuestros bravos astronautas se están comportando espléndidamente, tal como estaba previsto. Dicen...

—Deje eso ahora —le interrumpió el Presidente—. Lo oiremos más tarde. Antes quiero que le cuente a este grupo toda la historia del proyecto Alfa-Aleph.

—¿Toda la historia, señor Presidente? —inquirió Knefhausen, ligeramente desconcertado—. Comprendo. Quiere que empiece por el principio, o sea, a partir del momento en que nos dimos cuenta en el observatorio que habíamos descubierto un nuevo planeta...

—No, Knefhausen. No me refiero a la historia ficticia, sino a la verdadera.

—¡Señor Presidente! —exclamó Knefhausen, súbitamente alarmado—. Debo informarle que protesto por este prematuro...

—¡La verdad, Knefhausen! —gritó el Presidente. Era la primera vez que Knefhausen le oía levantar la voz—. No saldrá de esta habitación, pero debe usted contarle todo. Dígales por qué los rusos están en lo cierto y nosotros mentimos. Dígales por qué hemos enviado los astronautas a una misión suicida, ordenándoles aterrizar en un planeta que desde el primer momento sabíamos que no existe.

CONSTITUTION TRES

Diario de Shef Jackman, Día 130.

Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? Lamento ser un corresponsal tan perezoso. Estaba jugando una partida de ajedrez con Eve Barstow —ella copiando el estilo de Bobby Fisher y yo el de Reshevsky—, cuando Eve dijo algo que me hizo pensar en el viejo Kneffie, y que, desde luego, me recordó que les debía una transmisión. De modo que aquí está.

Sin embargo, debo alegar en mi defensa que no se trata únicamente porque haya estado ocupado en otras cosas. El transmitir estos comunicados significa un gran consumo de energía. Y algunos de nosotros no estamos tan seguros que merezca la pena. Cuanto más avanzamos, más energía necesitamos acumular para una transmisión. Ahora mismo no está tan mal la cosa, pero... Bueno, debo decirles la verdad, ¿no? Kneffie nos hizo prometer que diríamos siempre la verdad, puesto que formamos parte del experimento y ustedes necesitan saber en todo momento lo que estamos haciendo, absolutamente todo. Bien, la verdad en este caso es que durante una temporada hemos andado algo escasos de energía, debido a que Jim Barstow necesitaba mucha para sus investigaciones. Ustedes se preguntarán probablemente de qué investigaciones se trata, pero aquí tenemos por norma no meter las narices en lo que cualquier otro está haciendo hasta que la cosa está a punto, y lo de Jim todavía no está a punto. Asumo toda la responsabilidad, no sólo por el gasto de energía, sino también por los posibles daños a la nave. Le dije que podía seguir adelante con ello.

Ahora estamos viajando muy aprisa, y a simple vista podemos observar las variaciones en azul y en rojo de las estrellas, según se encuentren delante o detrás de nosotros, respectivamente. Resulta raro, pero aún no hemos podido ver el planeta Alfa-Aleph, ni siquiera con el disco oscureciendo la estrella. Ahora, con la variación al azul, probablemente no lo veremos hasta que se reduzca nuestra velocidad. Todavía podemos ver el Sol, aunque supongo que lo que estamos viendo es ultravioleta en su origen. Desde luego, las variaciones de la frecuencia relativista significan que necesitamos energía compensadora extra en nuestras transmisiones, lo cual es otro motivo para que no me dedique a escribir a casa cada domingo, entre el almuerzo y el partido de béisbol...

Pero la misión marcha muy bien. Las «relaciones personales» continúan siendo excelentes.

También en este aspecto hemos llevado a cabo algunos experimentos que no figuraban en el programa, con estupendos resultados. Sin entrar en detalles, me limitaré a darles una pista: Dot Letski me encarga que les diga a los muchachos de Control de Misión que tomen dos píldoras blancas y una de Diablos Azules, que las mezclen con un cuarto de cucharadita de pimienta negra y unos dos centímetros cúbicos del líquido acondicionador del sistema de recuperación. Hay que tomarlo con

un sorbete de naranja. Es algo asombroso. La primera vez que lo tomó, Flo se convirtió en un verdadero ciclón..., y ustedes ya me entienden. La propia Dot inventó la fórmula hace unas semanas. Nos maravillaba comprobar lo rápidamente que avanzaba su «Guerra y Paz» en verso, hasta que nos dio a conocer el secreto. Entonces descubrimos lo que podía hacer por uno, emotiva e intelectualmente.

Ann y Jerry Letski renunciaron muy pronto a sus propios programas recreativos: demasiado pronto. ¡Se suponía que iban a durar todo el viaje! Intercambiaban microfichas, dando por sentado que cada uno de ellos estaba interesado en un aspecto de la causalidad, y querían comprobar lo que el otro bando podía ofrecer. Ahora, Ann se interesa por individuos tales como Kant y Carnap, y Ski está que trina porque en los cultivos hidropónicos no hay *Achillea millefolium*. Dice que necesita los tallos para sus investigaciones. Pero su estado es completamente normal, de veras. No hubiese estado de más pensar en nuestras otras necesidades, aparte del sexo y de la teoría de los números. Ni siquiera podemos utilizar los huesos de las sobras de la cocina, porque en la cocina no hay sobras de ninguna clase. Sé perfectamente que no podían pensar ustedes en todo, pero... Sin embargo, improvisamos lo mejor que podemos, y repito que las cosas marchan bien.

Vamos a ver..., ¿qué más? ¿Les envié la demostración de la Conjetura de Goldbach de Jim Barstow? Resultó muy sencilla, en cuanto Jim hubo desarrollado su idea de los análisis de paridades múltiples. Sin embargo, la mayor parte de nosotros no perdemos ya el tiempo con esas tonterías. Nos hemos cansado de la teoría de los números, tras haber resuelto todos sus aspectos divertidos, y ahora —aparte de lo que nos interesa particularmente—, si hay algo que nos atrae de un modo colectivo es probablemente el cálculo de la expresión. No lo hacemos sistemáticamente, ya que sólo le dedicamos el tiempo que nos permiten nuestras otras actividades, pero todos estamos convencidos de la factibilidad de una gramática universal, con todas sus implicaciones.

Flo ha trabajado en ello más que todos nosotros. Opina que Boole, Venn y todos aquellos personajes de la antigüedad siguieron un camino equivocado, pero piensa que podría haber algo aprovechable en la idea del «calculus ratiocinator» de Leibniz. Sobre todo, le gusta una sugerencia de J. W. Swanson para los lenguajes múltiples. (Jim la aprovechó para trabajar en sus análisis de las paridades). La idea consiste en desarrollar un lenguaje de vocabulario doble. Una serie de significados es transportada, digamos, por medio de fonemas, es decir, la forma de las propias palabras. Otra serie es transportada por el tono. Es como cantar un mensaje, cuya mitad lo compusieran las palabras, y la otra mitad la música. Emitidas en tercera, en cuarta o en otras dimensiones, las dos series de significados deberían transportar muchos tipos de significados a la vez, aunque hasta ahora no hemos podido llegar tan lejos..., excepto si utilizamos el sexo como uno de los medios de comunicación. La mayoría de los sentidos aseguibles son demasiado limitados para abarcar tanto.

A propósito, hemos revisado todos los «lenguajes artificiales» existentes, en la

medida de lo posible (por ejemplo, hemos situado a Will Becklund bajo regresión hipnótica para «recapturar» el Esperanto que había aprendido siendo un niño). Pero todos son callejones sin salida. Ni siquiera transportan tanto como el inglés o el francés normales.

Sigue el parte médico. Nuestro estado de salud es excelente. Eve Barstow nos sometió a una revisión para más seguridad. Ann y Ski tenían un par de muelas picadas, de modo que Eve aprovechó la ocasión para practicar un poco. No me refiero a practicar en el empaste de muelas, sino en la aplicación de la acupuntura en vez de la procaína. Dio un resultado excelente.

A todos nos gustaría enviarles algunas muestras de nuestros trabajos caseros. Lo malo es su abundancia. Todo el mundo tiene algo de lo que está personalmente orgulloso, como la demostración de Barstow de la mayoría de los problemas matemáticos clásicos, y mi adaptación múltiple de «Sur le pont d'Avignon». Resultaba difícil decidir lo que íbamos a enviarles con la escasa energía disponible, de modo que lo hicimos por votación y decidimos que lo mejor era la adaptación en verso de «La Guerra y la Paz» de Ann. Es bastante larga. Espero disponer de suficiente energía. La transmitiré mientras pueda...

WASHINGTON TRES

La primavera estaba muy avanzada en Washington. A lo largo del Potomac, los cerezos habían empezado a florecer, y el Rock Creek Park era una sinfonía en verde pálido con las hojas nuevas.

Incluso a través del whap, whap del rotor del helicóptero, Knefhausen podía oír un ocasional crepitar de disparos de arma corta en torno a Georgetown, y los cócteles Molotov y los gases lacrimógenos desprendían estelas de humo que se rizaban en el aire. Los alborotadores no cesaban de armar líos, pensó Knefhausen, enojado. ¿Valía la pena tratar de salvar a una gente como aquélla?

Estaba distraído. Se encontró a sí mismo dividiendo su atención en tres partes: el agreste y verde paisaje sobre el cual volaban; los aparatos de escolta que orbitaban alrededor de su propio helicóptero; y los documentos que sostenía en su regazo. Las tres le fastidiaban. No podía concentrar su mente en ninguna de ellas. Lo que menos le gustaba era el informe de la Constitution. Había tenido que pedir la ayuda de un experto para traducir el informe, y no le gustó la necesidad de hacerlo, y todavía le gustaron menos los resultados. ¿Qué había pasado? Eran sus chicos, escogidos uno a uno. Ninguno de ellos, por ejemplo, había mostrado el menor síntoma de tendencias hippies, excepto en los casos de Ann Becklund y Florence Jackman, antes sin embargo que cumplieran los veinte años. ¿Cómo se les había ocurrido lo de aquel repugnante brebaje, y aquella estupidez de la *Achillea millefolium*, más conocida como hierba de carpintero o milenrama? ¿Qué «experimentos» se traían entre manos? ¿A quien se le había ocurrido lo de la anticientífica acupuntura? ¿Cómo se atrevían a apartarse de su programa de consumo de energía, para dedicarla a «investigaciones»?

¿Qué clase de investigaciones? Y, por encima de todo, ¿qué significaba lo de «posibles daños a la nave»?

Garabateó en un bloc:

Con efecto inmediato, dejen de hacer tonterías. Tengo la impresión que están actuando como chiquillos irresponsables. Están olvidando los ideales de nuestro programa.

Knefhausen

Tras recorrer la corta distancia entre el helicóptero y el vigilado porche de la entrada a la Casa Blanca, entregó la hoja de papel a un asistente del Centro de Mensajes para que lo pasaran en clave y lo transmitieran inmediatamente al Constitution vía Goldstone, Satélite Lunar y Base Farside. Lo único que necesitaban era un recordatorio, se dijo a sí mismo, y su comportamiento volvería a ser normal. Pero seguía estando preocupado mientras contemplaba su imagen en un espejo, alisándose los cabellos y atusándose el bigote con la punta de un dedo, y se

presentaba al secretario del Presidente.

Esta vez bajaron, en vez de subir. Knefhausen fue conducido a la cámara del sótano que había sido sucesivamente piscina de Franklin Roosevelt, sala de prensa de la Casa Blanca, estudio de TV para grabar escenas del Presidente con los congresistas y senadores para el gran público y, ahora, un bunker acorazado en el cual podían encontrar refugio durante varias semanas los miembros de la Casa Blanca en caso de un ataque desde el exterior, en espera que las fuerzas armadas restablecieran la situación. No era una estancia cómoda, pero sí segura. Además de estar fuertemente acorazada, había sido construida a prueba de sonidos y a prueba de espías como ninguna otra cámara del mundo, sin exceptuar los sótanos del Kremlin ni la base NOROM en Colorado.

Knefhausen fue admitido y se sentó, mientras el Presidente y otras dos personas conversaban en voz baja en un extremo de la estancia, y otras varias docenas de personas presentes estiraban sus cuellos para mirar a Knefhausen.

Al cabo de unos instantes, el Presidente levantó la cabeza.

—De acuerdo —dijo. Bebió un sorbo de agua de un cubilete de cristal; parecía contrariado, como un chiquillo que acaba de ver cómo se desvanece uno de sus mejores sueños—. Todos sabemos el motivo por el que nos encontramos reunidos aquí. El gobierno de los Estados Unidos ha hecho pública una información que era falsa. Lo hizo con pleno conocimiento de causa, y la mentira ha sido descubierta. Ahora queremos que conozcan ustedes lo que hay en el fondo de este asunto, y a tal fin el Dr. Knefhausen va a explicarles el proyecto Alfa-Aleph. Adelante, Knefhausen.

Knefhausen se puso en pie y echó a andar lentamente hacia el pequeño atril instalado para él, a uno de los lados del Presidente. Colocó sus documentos en el atril, los estudió unos instantes pensativamente con los labios fruncidos, y dijo:

—Tal como ha dicho el señor Presidente, el proyecto Alfa-Aleph es lo que podríamos llamar un enmascaramiento. Unos cuantos de ustedes se enteraron de ello hace unos meses, y entonces se refirieron a él con otras palabras. «Fraude». «Engaño». Palabras por el estilo. Pero, si se me permite decirlo en francés, no es ninguna de esas cosas, sino una legítima ruse de guerre. No la guerra contra nuestros enemigos políticos, ni siquiera contra los estúpidos muchachos de las calles, con sus cócteles Molotov y sus ladrillos. No me refiero a esas guerras, me refiero a la guerra contra la ignorancia. Ya que había ciertas cosas que teníamos que conocer en beneficio de la ciencia y del progreso. Alfa-Aleph se planeó con la finalidad de descubrir todas esas cosas para nosotros.

»Primero les hablaré de los aspectos peores. En primer lugar, no existe ningún planeta llamado Alfa-Aleph. En segundo lugar, lo hemos sabido desde el primer momento. Incluso las fotografías eran falsas, y tarde o temprano el resto del mundo se enterará de nuestra ruse de guerre. Confío en que no se enteren demasiado pronto, ya que si tenemos suerte y conservamos el secreto durante una temporada, espero que obtendremos buenos resultados para justificar lo que hemos hecho. En tercer lugar,

cuando la Constitution llegue a Alfa Centauro no encontrará ningún lugar para posarse, y sus tripulantes no podrán abandonar la nave ni tendrán combustible para regresar: sólo las estrellas y el espacio vacío. Este hecho acarrea ciertas consecuencias.

»La Constitution fue diseñada con una capacidad de carburante para un vuelo de ida, más una reserva de maniobra. Repito que no tendrán combustible para el regreso, y la fuente que esperaban encontrar, o sea, el planeta Alfa-Aleph, no existe. En consecuencia, morirán allí. Estos son los aspectos desagradables que debo admitir.

De entre el auditorio se alzó un susurrante murmullo. El Presidente permanecía como absorto en sus pensamientos. Knefhausen esperó pacientemente que la medicina fuese tragada, y luego continuó:

—Se preguntarán ustedes por qué hemos hecho esto... Por qué hemos condenado a morir a ocho personas jóvenes. La respuesta es simple: conocimiento. En otras palabras, debemos poseer el conocimiento científico básico para proteger al mundo libre. Todos ustedes están familiarizados, supongo, con el hecho que los progresos científicos básicos han sido muy escasos en los últimos diez años. Mucha tecnología. Muchas aplicaciones. Pero, a partir de Einstein, mejor dicho, de Weizsäcker, poca ciencia básica.

»Pero, sin el nuevo conocimiento básico, la nueva tecnología no tardará en ver interrumpido su desarrollo. Cae por su peso.

»Ahora, voy a contarles una historia. Es una historia científica real, no un chiste; sé que éste no es el momento más apropiado para los chistes. Había un hombre llamado de Bono, un maltés, que deseaba investigar los progresos del pensamiento creador. No existe mucho conocimiento acerca de esos procesos, pero a él se le ocurrió una idea que podía dar resultado. De modo que preparó para un experimento una habitación desprovista de muebles, con dos puertas, una en frente de la otra. Se entraba por una puerta, se cruzaba la habitación y se salía por la otra. En la puerta que era la entrada colocó algunos materiales: dos tablas lisas y algunas cuerdas. Y escogió como sujetos a unos niños.

Les dijo: «Esto es un juego. Se trata de cruzar esta habitación y salir por la otra puerta, sencillamente. Si lo hacen, habrán ganado. Pero hay una regla. No deben tocar el suelo con los pies, ni con las rodillas, ni con cualquier parte de vuestro cuerpo o de vuestras ropas. Estuvo aquí un muchacho, que era muy atlético, y cruzó la habitación andando cabeza abajo sobre sus manos; naturalmente, quedó descalificado. No deben hacer eso. Ahora, en marcha, y el que llegue antes ganará unas chocolatinas».

»Había una docena de chiquillos, aproximadamente, y todos hicieron lo mismo. Algunos tardaron más en descubrirlo, otros lo descubrieron en seguida, pero siempre era el mismo truco: se sentaban en el suelo, se ataban una tabla a cada pie y se deslizaban a lo largo de la habitación como si esquiaran. El más rápido descubrió en seguida la solución y cruzó la habitación en pocos segundos.

El más lento tardó varios minutos. Pero todos utilizaron el mismo método, y

aquello fue la primera parte del experimento.

»A continuación, aquel maltés, de Bono, realizó la segunda parte de su experimento. Era exactamente como el primero, con una diferencia. No les dio dos tablas. Les dio una sola tabla.

»Y en la segunda parte todos los chiquillos utilizaron el mismo truco, aunque era un truco distinto, desde luego. Ataron la cuerda al extremo de la tabla y se encaramaron a ella, saltando y tirando al mismo tiempo de la cuerda para empujar la tabla hacia adelante, saltando y tirando, avanzando con lentitud, pero al final todos ellos lograron cruzar. Sin embargo, en el primer experimento el promedio del tiempo utilizado para cruzar había sido de cuarenta y cinco segundos. Y en el segundo experimento fue de veinte segundos. Con una sola tabla se las arreglaban mejor que con dos.

»Tal vez algunos de ustedes hayan captado la idea. ¿Por qué ninguno de los chiquillos del primer grupo pensó en el sistema más rápido de cruzar la habitación? Sencillamente, porque quisieron utilizar todos los materiales que tenían a su alcance. Y se demostró que no los necesitaban todos.

Podían obtener un resultado mejor con menos materiales, utilizados de modo distinto.

Knefhausen hizo una pausa y miró a su alrededor, saboreando el momento. Sabía que se había hecho con el auditorio. Del mismo modo que se había hecho con el Presidente, tres años antes.

Estaban empezando a comprender la necesidad de lo que se había hecho, y los rostros vueltos hacia él no tenían ya una expresión de hostilidad; ahora aparecían perplejos y un poco asustados.

Continuó:

—Eso es el proyecto Alfa-Aleph, damas y caballeros. Hemos escogido ocho de los seres humanos más inteligentes que pudimos encontrar, saludables, jóvenes, enamorados de la aventura. Muy creativos. Les hemos hecho víctimas de una sucia jugada, de acuerdo. Pero les hemos dado una oportunidad que nadie ha tenido nunca. La oportunidad de pensar. De pensar en cuestiones básicas.

Allí no tienen la segunda tabla para distraerles. Si quieren saber algo no pueden correr a la biblioteca a enterarse que alguien había dicho que lo que ellos pensaban que no podía dar resultado. Deben descubrirlo por sí mismos.

»Para hacer posible eso les hemos engañado y el engaño les costará la vida. De acuerdo, es trágico, sí. Pero a cambio de sus vidas les damos la inmortalidad.

»¿Cómo lo lograremos? Se trata de otro truco, damas y caballeros. No les he dicho: “Tienen que descubrir nuevos fundamentos básicos para la ciencia e informarnos de ellos”. He ocultado el objetivo, de manera que no se vean distraídos ni siquiera por él. Les hemos dicho que se trata de un simple pasatiempo. Otra ruse de guerre. El “pasatiempo” no es una ayuda para hacerles más agradable el viaje, es el verdadero objetivo del viaje.

»De modo que empezamos con las herramientas básicas de la ciencia. Con los números, es decir, con magnitudes y cuantificación, con la gramática. Esta no es lo que aprendieron ustedes cuando tenían trece años. Es un término técnico; significa el cálculo de la expresión y las reglas básicas de la comunicación: queremos que puedan aprender a pensar claramente mediante una comunicación plena y sin ambigüedades. Les hemos dado poca cosa más, sólo la oportunidad de mezclar esos dos ingredientes básicos y extraer de ellos nuevas formas de conocimiento.

»¿Qué saldrá de todo eso? Una pregunta muy lógica. Por desgracia, no existe ninguna respuesta..., todavía. Si conociéramos la respuesta por anticipado, no habríamos tenido que realizar el experimento. De modo que ignoramos cuál será el resultado final de esto, aunque ya hemos conseguido mucho. Antiguos problemas que habían intrigado a los científicos más sabios durante centenares de años ya han sido resueltos. Les citaré un ejemplo. Ustedes dirán: “Sí, pero, ¿qué significa?”. Y yo contestaré que no lo sé, lo único que sé es que se trata de un problema tan difícil que hasta ahora nadie había sido capaz de resolverlo. Es la demostración de una cosa llamada Conjetura de Goldbach. Sólo una Conjetura; pueden llamarlo ustedes una suposición. Una suposición de un eminente matemático, hace muchísimos años, en el sentido que todo número par puede ser escrito como la suma de dos números primos. Este es uno de esos problemas de matemáticas que todo el mundo puede comprender, por su sencillez, y nadie puede resolver. Puede decirse: “Desde luego, dieciséis es la suma de once y cinco, ambos números primos, y treinta es la suma de veintitrés y siete, que también son primos, y existen dos números primos aplicables a cada número par”. Sí, puede decirse; pero, ¿se puede demostrar que siempre es posible hacer esto con todos los números pares? No, nadie ha sido capaz de hacerlo, pero nuestros amigos de la Constitution lo han conseguido, en el curso de los primeros meses. Les quedan aún casi diez años.

No puedo decir lo que conseguirán en ese espacio de tiempo, pero sería absurdo imaginar que será inferior a lo que ya han logrado. Una nueva relatividad, una nueva gravitación universal... No lo sé, lo que digo son simples palabras. Pero algo grande».

Hizo una nueva pausa. El silencio era absoluto. Incluso el Presidente parecía haber despertado de su abstracción y miraba fijamente a Knefhausen.

—Todavía no es demasiado tarde para estropear el experimento, de modo que es necesario que guardemos el secreto durante una temporada. Esta, damas y caballeros, es toda la verdad acerca del proyecto Alfa-Aleph. —Temió lo que iba a seguir, lo demoró unos instantes consultando sus documentos, se encogió de hombros y finalmente dijo—: ¿Alguien desea formular alguna pregunta?

¡Oh, sí, desde luego! Herr Omnes estaba un poco aturdido, tardó un poco en librarse del embrujo de las sencillas y hermosas verdades que acababa de oír, pero primero habló uno, luego otro, luego dos o tres gritaron al mismo tiempo. Había preguntas, naturalmente. Preguntas que no tenían respuesta. Preguntas que

Knefhausen no tenía tiempo de oír, y mucho menos de contestar, antes que le llegara la pregunta siguiente. Preguntas cuyas respuestas desconocía. Y, lo que era peor, preguntas cuyas respuestas eran como pimienta en los ojos, cegando el sentido común de la gente. Pero tenía que enfrentarse con ellas, y trató de contestarlas. Incluso cuando los gritos hacían que los centinelas apostados detrás de las puertas dobles se mirasen unos a otros con intranquilidad, preguntándose qué estaría pasando en el interior de la cámara para que llegara hasta ellos aquel murmullo a través del sistema de insonorización de la estancia.

—Me gustaría saber quién le metió a usted en este feo asunto.

—Nadie, señor Secretario; me atengo a lo dicho.

—Pero, vamos a ver, Knefhausen: ¿trata usted de decirnos que estamos asesinando a esos muchachos para demostrar las teorías de un tal Goldbach?

—No, Senador, no para demostrar la Conjetura de Goldbach, sino para hacer posibles los progresos científicos que permitan sobrevivir al mundo libre.

—¿Está confesando usted que ha arrastrado a los Estados Unidos a un evidente fraude?

—No se trata de un fraude, señor Presidente de la Cámara, sino de una legítima astucia de guerra, porque no existía otro medio.

—¿Y las fotografías, Knefhausen?

—Falsas, General, como ya he dicho. Acepto toda la responsabilidad.

Y así por el estilo, repitiéndose una y otra vez las palabras «fraude», «asesinato» e incluso «traición».

Hasta que por fin el Presidente se puso en pie y levantó la mano. El orden tardó un poco en restablecerse, pero al final todo el mundo guardó silencio.

—Nos guste o no, estamos metidos en ello —se limitó a decir—. Han acudido a mí, muchos de ustedes, haciéndose eco de rumores y exigiéndome la verdad. Ahora tienen la verdad, clasificada como Secreto de Estado y que no debe ser divulgada. Todos ustedes saben lo que eso significa. Sólo añadiré que me ocuparé personalmente para que cualquier indiscreción que afecte a la seguridad de la nación sea investigada con todos los recursos del gobierno y castigada con todo el rigor de la ley.

El Presidente parecía haber envejecido unos cuantos años en el curso de aquella reunión, y movió los labios como si tuviera algo amargo en la boca. No permitió ninguna otra discusión y dio por terminada la conferencia.

Media hora más tarde, en su despacho particular, el Presidente se entrevistó a solas con Knefhausen.

—De acuerdo —dijo el Presidente—, hemos parado el golpe. Pero el mundo acabará por enterarse. Puedo retrasarlo unas semanas, quizá unos meses. Pero no puedo impedirlo.

—Le estoy muy agradecido, señor Presidente, por...

—Déjese de discursos, Knefhausen. Lo único que quiero de usted es una

explicación: ¿qué diablos significa eso de mezclar narcóticos, amor libre, etcétera?

—¡Ah! —dijo Knefhausen—. ¿Se refiere usted al último comunicado de la Constitution? Sí. Ya he enviado una orden en ese sentido, señor Presidente. Tardará unos meses en llegar, como usted sabe, pero le aseguro que el asunto será corregido.

El Presidente replicó, en tono seco:

—No quiero seguridades de ese tipo, Knefhausen. ¿No ve usted la televisión? No me refiero al Show de Lucille Ball ni a los partidos de béisbol. Me refiero a los noticiarios. ¿Sabe usted cuál es la situación en nuestro país? La catástrofe financiera de 1922 y los disturbios raciales de 1967 no fueron nada. Hubo una época en que podíamos recurrir a la Guardia Nacional para sofocar los desórdenes. La semana pasada tuve que llamar al Ejército para utilizarlo contra tres compañías de la Guardia. Un escándalo más y estaremos perdidos, Knefhausen, y éste es mayúsculo.

—El objetivo no puede ser más digno.

—No voy a discutir eso ahora. El objetivo de usted, que he hecho mío, puede ser muy digno.

Pero, ¿cuáles son los objetivos de sus amigos de la Constitution? Estuve de acuerdo en sacrificar a ocho mártires. No estoy de acuerdo en sacrificar cuarenta mil millones de dólares que salen del bolsillo de los contribuyentes para que sus ocho amiguitos se pasen diez años drogándose y entregándose a toda clase de excesos.

—Señor Presidente, le aseguro que esto es sólo una fase temporal. Le repito que ya he enviado órdenes estrictas en ese sentido.

—Y si no las obedecen, ¿qué va usted a hacer? —El Presidente, que nunca fumaba, tomó un cigarro, mordió la punta y lo encendió—. Es demasiado tarde para que diga que no debí dejar que me metiera usted en esto. De modo que me limitaré a decir que, si no puede usted ofrecer resultados concretos antes que el asunto trascienda, yo dejaré de ser Presidente y dudo que usted continúe con vida.

CONSTITUTION CUATRO

Shef de nuevo, y estamos..., vamos a ver..., alrededor del Día 250. ¿O es el 300? No, creo que no.

Miren, siento lo de la fecha, pero debo confesar sinceramente que ya no pienso mucho en esos términos. He estado pensando en otras cosas. Estoy también algo trastornado. No resulta agradable comunicar con ustedes. No somos vengativos, pero el hecho es que algunos de nosotros quedamos muy dolidos al descubrir lo que ustedes nos han hecho.

Empecemos por lo bueno. Nuestra velocidad está llegando ahora a punto-cuatro-oh c. El escenario empieza a resultar interesante. Durante varias semanas las estrellas a babor y estribor han ido desviándose del campo visual, en tanto que las situadas delante pasaban al ultravioleta y las situadas detrás al infrarrojo. Ustedes creían que, al ser desviadas por el espectro, las otras partes de las bandas EMF se harían visibles. Es posible que sea así, pero las estrellas aparecen a determinadas frecuencias, y la mayoría de ellas lo hacen a frecuencias visibles, de modo que el efecto resultante es su aparente desaparición. En primer lugar surgió delante de nosotros una mancha negra y redonda en la que no podíamos ver absolutamente nada, ni Alfa Centauro, ni Beta Centauro, ni siquiera las brillantes estrellas de Circe. Luego perdimos el Sol detrás de nosotros, y un poco más tarde vimos que el oscurecimiento se extendía a un creciente círculo de estrellas. Luego, los círculos empezaron a ensancharse.

Desde luego, sabemos que las estrellas están realmente allí. Podemos detectarlas con nuestros instrumentos, del mismo modo que podemos transmitir y recibir los mensajes variando las frecuencias. Pero ya no podemos verlas. Las que se encuentran en la línea directa de vuelo, en la que nuestra velocidad vectorial es de $34c$ ó $37c$ —según se encuentren delante o detrás de nosotros—, no irradian ya en la banda visible, sencillamente. Las más alejadas han sido desplazadas visualmente a causa de los efectos relativistas de nuestra velocidad. Pero el efecto que nos produce es el de viajar procedentes de la Nada y en dirección a la Nada y, francamente, resulta intimidante.

Incluso las estrellas situadas a uno de los lados muestran variaciones de color relativistas. Es casi como un arco iris, uno de aquellos arco iris completamente circulares que se ven en las nubes a veces cuando se viaja en avión. Sólo que este círculo nos rodea por completo. Más cerca del agujero negro que tenemos delante, las estrellas adquieren con frecuencia un opaco color rojizo. Jim Barstow las ha estado observando y puede encajarlas en el mapa del cielo real. Pero a mí me resulta imposible. Jim ve algo en el agujero negro que yo no puedo ver. Dice que en su opinión se trata de una brillante fuente de radio, probablemente Centauro A, y pretende que ahora está irradiando intensamente sobre toda la banda visible. Pero yo no puedo apreciarlo. Es posible que haya una especie de resplandor leve y difuso allí,

como el *Gegenschein*, pero no estoy seguro. Ni lo está ninguno de nosotros.

Pero el arco estelar en sí es muy hermoso. Sólo por verlo, merece la pena haber llegado hasta aquí. Flo ha estado aprendiendo a pintar al óleo con el fin de poder pintar un cuadro y enviárselo para que lo cuelgue en una de las paredes de su casa, aunque cuando descubrió lo que nos habían hecho se puso tan furiosa que pensó en destruirlo con una bomba de fisión o algo por el estilo.

(Ahora se ha tranquilizado. Supongo). De modo que ya no estamos enfurecidos con ustedes, aunque hubo un tiempo en que, de haber podido comunicar directamente, mi lenguaje no hubiese sido demasiado educado.

Acabo de reproducir todo lo anterior, y suena embarullado y confuso. Lo siento mucho. Resulta difícil para mí hacer esto. No me refiero a una dificultad intelectual —como la derivada de un problema de ajedrez o de un análisis extensor— sino a la sensación de estar acarreado arena con una cucharilla. Ocurre que no estoy acostumbrado a constreñir mis pensamientos en esta camisa de fuerza. He intentado que esta vez se hiciera cargo de la comunicación alguno de los otros, pero todos rehusaron. En cambio, me han dado una gran cantidad de consejos. Dot dice que no debo perder el tiempo recordando cómo hablábamos. Ella quería escribir un relato en numeración simplificada para ustedes, calculando que serían capaces de traducirlo en un espacio de tiempo razonable —de diez a veinte años—, y que les proporcionaría una narración fidedigna de todo. Objeté que su propuesta ofrecería dificultades prácticas. No en la preparación del relato: eso es trivial para nosotros ahora.

Pero la longitud de transmisión sería excesiva. No disponemos de la energía suficiente para transmitir el número necesario de grupos, en particular desde el accidente. Dot dice que podríamos Godelizarlo. Yo opiné que ustedes eran demasiado obtusos para des-Godelizarlo. Ella dijo que sería una práctica excelente para ustedes.

Bueno, Dot tiene razón en este último aspecto, y ya es hora que todos ustedes aprendan a comunicarse de un modo sensible, de modo que si la carga de energía lo permite, incluiré el relato de Dot al final..., en forma Godelizada. Mucha suerte. No me extrañaría que omitieran ustedes un dígito o algo por el estilo y que el relato se convirtiera en «Rebecca of Sunnybrook Farm», o en algo parecido. Ski dice que en cualquiera de los casos no les haría a ustedes ningún bien, ya que Henle estaba en lo cierto. Por mi parte, ningún comentario.

Sexo. Ustedes siempre quieren oír hablar de sexo. Es estupendo. Ahora que ya no necesitamos tomar las píldoras, estamos disfrutando de unos momentos maravillosos. Flo y Jim Barstow lo iniciaron como parte de un sistema de comunicaciones múltiple que hay que verlo para creerlo. El otro día, cuando tuvimos que someternos a una intervención quirúrgica menor —ahora tenemos los huesos «aclimatados»—, Ann y Ski decidieron utilizar la expectación sexual en vez de la anestesia, y dicen que resultó mejor que la acupuntura. No bloquea la sensación. Se daban cuenta que les extirpaban los dedos meñiques de los pies, pero no lo percibían como dolor. De modo que cuando le tocó el turno a Jim quiso someterse a la

operación sin otra anestesia que la expectativa de acostarse con Flo un poco más tarde, y dio resultado. Jim quedó muy trastornado por ello; pretendió que demostraba una causalidad inversa a la que sus teorías habían predicho, pero que no habían sido demostradas hasta entonces. Algo así como la suspensión de la-*causa-precediendo-al-efecto*. (No estoy seguro de haberlo captado del todo). Supongamos que Jim no se hubiese acostado con Flo. ¿Le habrían dolido los dedos retroactivamente? Confieso que no acabo de verlo claro. Dot dice que es debido a que no comprendo la fenomenología en general, y creo que tendré que seguir el consejo de Ann y dedicarme a Carnap, aunque las lingüísticas son tan pobres que resulta difícil progresar.

Bueno, todo va incluido en el relato eidético Godelizado. De modo que voy a transmitírselo a ustedes, y mientras lo hago llevaré a cabo una especie de revisión y tal vez consiga aclarar de un modo suficiente lo de la causalidad.

Miren, voy a darles una pista. El relato contiene también el plasma ideado por Ski para más de 500K milisegundos, de modo que cuando lo descifren sabrán cómo construir aquellos reactores a fusión de los que hablaban cuando nos marchamos. Es como la zanahoria delante de su nariz, de modo que adelante con la des-Godelización.

Bien, tengo que interrumpir este comunicado, ya que la energía ha perdido intensidad y quiero transmitir el relato eidético, tal como les he anunciado. Es como sigue:

1973 + 331852 + 172008 + 547 + 39606 + 288, réstese 78.

¡Mucha suerte, camaradas!

WASHINGTON CUATRO

Knefhausen levantó la cabeza del montón de papeles de su escritorio. Se frotó los ojos, suspirando. Había dejado de fumar al mismo tiempo que el Presidente, pero, al igual que el Presidente, estaba pensando en volver a hacerlo. Podía matarle a uno, sí. Pero era un reductor de la tensión, y él lo necesitaba. Había cosas peores que el que le mataran a uno, pensó con desaliento.

Desde todos los puntos de vista, los últimos dos o tres años habían sido muy difíciles para él.

Habían empezado muy bien y estaban adquiriendo muy mal cariz. No tan malo como aquellos lejanos recuerdos de su infancia, cuando todo el mundo era tan pobre y Berlín era tan frío y las únicas ropas de abrigo que tenía procedían del Winterhilfe. Menos duro que el final de la guerra, desde luego. No tan malo como aquellos primeros años en América del Sur y después en el Medio Oeste, cuando incluso los afortunados y los famosos, los von Braun y los Ehrick, se encontraban con dificultades para conseguir lo que merecían y un joven como Knefhausen tenía que pelar patatas y manejar ascensores para vivir. Pero más difícil y peor de lo que un hombre en la cumbre de su carrera tenía motivo para esperar.

¡El proyecto Alfa-Aleph, fundamentalmente, era bueno! Apretó los dientes, pensando en ello.

Darían resultado... No, por Dios, estaba dando resultado, y convertiría al mundo en un lugar distinto.

Las generaciones futuras tendrían ocasión de verlo.

Pero las generaciones futuras no estaban aún aquí, y en el presente las cosas marchaban mal.

Recordó algo súbitamente, tomó el teléfono y llamó a su secretaria.

—¿Ha logrado establecer contacto con el Presidente? —inquirió.

—Lo siento, Dr. Knefhausen. He estado llamando cada diez minutos, como usted me dijo.

—¡Ah! —gruñó Knefhausen—. No, espere. Déjeme ver. ¿Qué llamadas hay ahí? Crujir de papeles.

—Los nuevos servicios, desde luego, preguntando otra vez acerca de los rumores. La oficina de Jack Anderson. El hombre de la CBS.

—No, no hablaré con la prensa. ¿Alguien más?

—Ha llamado el senador Copley, preguntando cuándo iba usted a contestar a la lista de preguntas que le envió su Comité.

—Le daré una respuesta. Le daré la respuesta que Götz von Berlichingen le dio al obispo de Bamberg.

—Lo siento, Dr. Knefhausen, no comprendo...

—No importa. ¿Algo más?

—Sólo una llamada de larga distancia de un tal Mr. Hauptmann. Tengo su número.

—¿Hauptmann?

El nombre le resultaba vagamente familiar. Al cabo de unos instantes, Knefhausen lo localizó en su memoria: el técnico que había colaborado en la falsificación de las fotografías tomadas desde el Briareus XII. Bueno, tenía órdenes de mantenerse fuera de la circulación y con la boca cerrada.

—No, eso no es importante. Ninguna de las llamadas lo es, y no quiero ser molestado con tales tonterías. Siga como hasta ahora, Mrs. Ambrose. Si consigue línea con el Presidente, póngame en seguida con él, pero no atenderé a ninguna otra llamada.

Colgó el receptor y volvió a sus papeles.

Los contempló triste y cariñosamente al mismo tiempo. Todo estaba allí: los informes de la Constitution, sus propias interpretaciones y comentarios, y más de un centenar de notas compiladas por sus ayudantes, con el fin de desentrañar los significados y las implicaciones de aquellos informes del espacio, a veces tan... ocultos:

«Henle. Al parecer se refiere a Paul Henle; probablemente se quiere aludir a su afirmación: “Existen ciertos simbolismos en los cuales ciertas cosas no pueden ser dichas”. Conjetura: el idioma inglés es uno de esos simbolismos».

«Sorbete de naranja. Se ha realizado un estudio experimental del material del Documento Ref. n.º CON-130, Párrafo 4. Los análisis químicos y los experimentos realizados demuestran que la mezcla recomendada de sustancias farmacéuticas y otros ingredientes producen una droga para-alucinógena de considerable fuerza y cualidades no del todo conocidas. Un centenar de sujetos ingirieron el producto, y el informe de los efectos incluye sensaciones de enorme competencia y de agudizada comprensión. Sin embargo, los datos son puramente subjetivos. Se intentó ampliar el experimento, pero los sujetos no colaboraron bien y algunos de ellos se ausentaron sin permiso del laboratorio de pruebas».

«Lenguaje Godelizado. Un sistema para cifrar cualquier mensaje como un solo número muy grande. Se empieza por escribir el mensaje en lenguaje normal y luego se cifra como bases y exponentes. Cada una de las letras del mensaje es representada en orden por el orden natural de los números primos: es decir, la primera letra se representa por la base 2, la segunda por la base 3, la tercera por la base 5, luego 7, 11, 13, 17, etcétera. La identidad de la letra que ocupa aquella posición en el mensaje viene dada por el exponente: sencillamente, el exponente 1 significa que la letra que ocupa aquella posición es una A, la letra 2 significa que es una B, 3 una C, etcétera. El mensaje, como conjunto, es elaborado como el producto de todas las bases y exponentes. Ejemplo: la palabra “cab” puede ser representada como $23 \times 31 \times 52$, ó

600 ($= 8 \times 3 \times 25$). El nombre “Abe” sería representado por el número 56,250, ó $21 \times 32 \times 55$ ($= 2 \times 9 \times 3125$). Una frase como “John lives”, sería representada por el producto de los siguientes términos:

$210 \times 315 \times 58 \times 110 \times 1312 \times 179 \times 1922 \times 235 \times 2919 \times 3127$, en el cual el exponente “0” ha sido reservado para un espacio y el exponente “27” ha sido designado arbitrariamente para indicar el final de la frase. Como puede apreciarse, la forma Godelizada para un mensaje muy breve implica un número muy grande, aunque tales números pueden ser transmitidos de un modo del todo compacto en forma de una suma de bases y exponentes. El ejemplo transmitido por la Constitution se calcula que equivale al contenido de un diccionario corriente sin abreviar».

«Observaciones de Jim Barstow. El sujeto James Madison Barstow sufrió algo de miopía en sus primeros años escolares, al parecer debido a un exceso de lectura, y trató de remediarla con unos ejercicios oculares similares al “Método Bates” (véase nota adjunta). En la época de las revisiones para el proyecto Alfa-Aleph su visión era óptima.

Personas que le conocen desde hace muchos años han asegurado que siempre se mostró muy interesado en aumentar su capacidad visual. Explicación alternativa. Existen indicios que también estaba interesado en fenómenos paranormales tales como clarividencia o pre-visión, y es posible, sin que pueda asegurarse nada, desde luego, que el término “observación” se refiera a “ver por anticipado” en el tiempo».

Y así interminablemente.

Knefhausen contempló los papeles con una expresión entre cariñosa y desesperanzada, y se pasó la mano por la frente. ¡Los muchachos! Eran tan maravillosos..., pero tan ingobernables..., y tan difíciles de comprender. Era muy propio de ellos el haber ocultado sus verdaderas realizaciones. ¡El secreto de la fusión del hidrógeno! Esto justificaría con creces, por sí solo, todo el proyecto. Pero, ¿dónde estaba? Encerrado en aquel jeroglífico numérico. Knefhausen no dejaba de apreciar la elegancia del método. También él era capaz de tomarse en serio una idea de tan luminosa sencillez.

Una vez escrito el número sólo había que dividirlo por dos tantas veces como fuera posible, y el número de veces nos daría la primera letra. A continuación, dividir por el segundo primo, tres, y ese número de veces nos daría la segunda letra. Pero, ¿y las dificultades prácticas? No podía llegarse a la primera letra hasta tener todo el número, y la IBM se había negado a comprometerse a construir un banco de computadoras para escribir aquel número, a menos que el plazo de desarrollo del programa se extendiera a veinticinco años. Veinticinco años. Y entretanto, en aquel número se ocultaba probablemente el secreto de la fusión del hidrógeno, posiblemente muchos secretos más importantes, y con toda seguridad la clave del bienestar de Knefhausen durante las próximas semanas...

Sonó el teléfono.

Knefhausen lo agarró y gritó inmediatamente:

—¡Sí, señor Presidente!

Se había precipitado. Era su secretaria. Habló con voz temblorosa, pero decidida:

—No es el Presidente, Dr. Knefhausen, sino el senador Copley. Asegura que se trata de algo muy urgente. Dice...

—¡No! —gritó Knefhausen, y colgó el teléfono.

Inmediatamente lamentó haberlo hecho. Copley era un personaje importante, presidente del Comité de las Fuerzas Armadas; no era un hombre al que Knefhausen deseara tener como enemigo, y había procurado ganarse su amistad a lo largo de varios años de paciente contemporización. Pero no podía hablar con él, ni con nadie, mientras el Presidente no contestara a sus llamadas. La categoría de Copley era elevada, pero no estaba en la línea jerárquica directa por encima de Knefhausen. Cuando la cumbre de aquella línea se negaba a hablar con él, Knefhausen quedaba desconectado del mundo.

Trató de tranquilizarse examinando la situación objetivamente. En primer lugar, las presiones sobre el Presidente eran enormes. Los continuos disturbios en las ciudades, en todas las ciudades.

Las convenciones políticas en preparación. La necesidad de ser elegido para un tercer mandato, y la necesidad de modificar la ley para hacer posible la reelección. Y, desde luego, tal como Knefhausen reconocía, la peor de las presiones eran los rumores que circulaban acerca de la Constitution. Había advertido al Presidente. Fue una lástima que el Presidente no le escuchara. Había dicho que un secreto conocido por dos personas está comprometido, y que un secreto conocido por más de dos personas no es un secreto. Pero el Presidente había insistido en informar de la verdadera situación a todo aquel amplio círculo de altos funcionarios, los cuales habían jurado, naturalmente, que guardarían el secreto. Pero, a pesar de todo, era indudable que se habían producido filtraciones.

Knefhausen acarició amorosamente los informes de la Constitution. Aquellos estupendos muchachos podían lograr aún que todo acabara bien...

Era lo menos que podían hacer por él. Ya que él era quien los había hecho tan estupendos. Él había inventado la idea. Él les había escogido. Él había hecho cosas por las cuales no se había reconciliado aún del todo consigo mismo, para asegurarse que serían ellos, y no otros, los que formarían la tripulación. Por encima de todo, se había asegurado de su lealtad por todos los medios posibles. Adiestramiento. Disciplina. Lazos de afecto y de amistad. Lazos más fiables; cargando su provisión de víveres, sus cintas magnetofónicas, sus actividades programadas, con toda clase de inducciones publicitarias, de compulsiones M/R, de refuerzos psicológicos que fue capaz de descubrir o de inventar, de modo que no dejaran de informar fielmente a la Tierra de cualquier cosa que hicieran. A pesar de todo lo que pudiese haber ocurrido, los informes no habían fallado. Los datos podían resultar difíciles de desentrañar,

pero estaban allí. No podían evitarlo; sus mandamientos eran más estrictos que los de Dios; al igual que Martin Lutero, debían decir Ich kann nicht anders. Aprenderían, y dirían lo que habían aprendido, y así quedaría justificada la inversión...

¡El teléfono!

Empezó a hablar antes de acercarlo a su boca:

—¡Sí, sí! ¡Habla el Dr. Knefhausen, sí!

Con toda seguridad era el Presidente...

No era él.

—¡Knefhausen! —gritó el hombre al otro extremo del hilo—. Le diré lo que le he dicho a esa asquerosa secretaria suya: si cuelga usted el teléfono, daré órdenes a cuatro miembros de las Fuerzas Armadas para que le detengan y le traigan a mi presencia antes de veinte minutos. ¿Entendido?

Knefhausen reconoció la voz y el estilo. Suspiró profundamente y se obligó a sí mismo a conservar la calma.

—Entendido, senador Copley —dijo—. ¿De qué se trata?

—La cosa ha reventado, ni más ni menos. Ese amigo suyo de Huntsville..., ¿cómo se llama?... el técnico en fotografía...

—¿Hauptmann?

—¡Ese! ¿Le gustaría saber dónde está ese bastardo?

—Supongo..., supongo que en Huntsville...

—¡Supone mal! El muy bastardo fingió que estaba enfermo y que tenía que ser visitado por un especialista. El servicio de información no le perdió de vista, aunque sin detenerle, para poder enterarse de lo que pretendía hacer. Bueno, ya se han enterado. Hace una hora le vieron salir del aeropuerto de Orly en un avión de la Aeroflot. ¡Ha desertado! Ahora, Knefhausen, empiece a devanarse los sesos pensando en cómo va a hacer frente a la situación, y procure que la solución sea buena...

Knefhausen dijo algo, no sabía qué, y colgó el teléfono, no recordaba cuándo. Se quedó mirando fijamente un punto indeterminado del espacio durante un par de minutos.

Luego llamó a su secretaria y dijo, sin escuchar las tartamudeantes disculpas de Mrs. Ambrose:

—Antes me habló usted de una llamada de larga distancia de un tal Hauptmann. No me dijo de dónde procedía.

—Era una llamada de ultramar, Dr. Knefhausen. De París. No me dio usted ocasión...

—Sí, sí, comprendo. Gracias. No importa.

Volvió a colgar el teléfono y se hundió en su asiento. Se sentía casi aliviado. Si Hauptmann se había marchado a Rusia, sólo podía haberlo hecho para contarles a los soviéticos que la fotografía era un fraude, que no existía ningún planeta en el que pudieran aterrizar los astronautas, y que no se trataba de un error, sino de un engaño cuidadosamente planeado. De modo que ahora el asunto ya no estaba en sus manos.

La Historia le juzgaría. La suerte estaba echada. Se había cruzado el Rubicón.

Demasiadas alusiones literarias, pensó Knefhausen. En realidad, lo inmediatamente importante no era el juicio de la historia, sino el juicio de determinadas personas que estaban vivas y que posiblemente reaccionarían de un modo desagradable.

Estremeciéndose, tomó el teléfono para llamar una vez más al Presidente. Pero estaba completamente seguro que el Presidente no volvería a contestar a su llamada, nunca más.

CONSTITUTION CINCO

Habla de nuevo el viejo Shef. Hemos recibido su mensaje. No pretendemos discutirlo. Se ha puesto usted nervioso. Está de un humor agrio, ¿no es cierto? Si no puede decir algo agradable, no diga nada. Nosotros hacemos las cosas lo mejor que podemos, y si no coinciden exactamente con lo que usted espera de nosotros, es posible que se deba a que nosotros sabíamos mucho más que usted cuando nos contrató con el espejismo del supuesto Alfa-Aleph. En este aspecto, no tenemos nada que agradecerle.

En cambio, debemos agradecerle lo que hizo desde otro punto de vista, es decir, por habernos permitido llegar al punto que hemos llegado, y no me refiero a lo espacial. De modo que no voy a reprocharle nada. Pero no quiero hablar con usted, sencillamente. Dejaré que los otros hablen por sí mismos.

Habla Dot Letski. Esto es importante. Anótelos. Tengo que decirle tres cosas que no quiero que olvide. Uno: La mayoría de los problemas tienen soluciones gramaticales. El problema de transportar personas desde la Tierra a otro planeta no se ha resuelto encajando piezas de acero al azar, con el resultado de haber construido la Constitution por accidente. Se ha resuelto construyendo un modelo = ecuación (= gramática), el cual describe las circunstancias necesarias en que se produce el transporte. Una vez que se tiene el modelo gramatical, no hay más que colocar el metal a su alrededor.

Cuando haya comprendido esto, se encontrará preparado para: Dos: No existe lo que se llama causalidad. Se ha perdido mucho tiempo tratando de asignar «causas» a los «acontecimientos». Se dicen cosas tales como «Rascar un fósforo es la causa por la que se enciende». ¿Afirmación verdadera?

No, afirmación falsa. Se hace uno un lío al examinar si el «acto» de «rascar» es «necesario» y/o «suficiente», y se pierde en palabras. Las gramáticas pragmáticamente útiles carecen de tiempos.

En una gramática decente —desde luego, este no es el caso de la del idioma inglés, pero hago todo lo que puedo— puede hacerse una afirmación como «Existe una conjunción de formas de materia —especificada— que combina con el desprendimiento de energía a determinada temperatura..., la cual puede ser la temperatura asociada con el calor de la fricción». ¿Dónde está la causalidad?

«Causa» y «efecto» se encuentran en la misma afirmación intemporal. De modo que, Tres: No existen las llamadas leyes empíricas. Ski llegó a comprender que era capaz de conservar el plasma en nuestro jet indefinidamente, no empujando partículas de un lado a otro mediante impulsos magnéticos de fuerza bruta, sino estimulándolas a permanecer juntas. Hay otras maneras de expresar lo que él hace —por ejemplo, «crea un entorno en el cual la fuerza centrípeta supera a la fuerza centrífuga»—, pero

prefiero expresarlo a mi modo. La moraleja es que debemos ser amables con las cosas, si queremos que las cosas sean amables con nosotros. No se olvide de informar de esto a T'in Fa en Tietsin, al profesor Morris en All Soul's y a quienquiera que ocupe la cátedra de Carnap en la UCLA.

Habla Flo. A mi madre le hubiese gustado mi jardín. Tengo cañafístulas y narcisos creciendo unos junto a otros en la lodosa arena. ¡Ellos nos agradan a nosotros, y nosotros a ellos! Probablemente transmitiré todo un manual de floricultura en una fecha futura, pero entretanto resulta vergonzoso comerse un rábano. En cambio, las zanahorias disfrutan con ello.

Observaciones de Letski. A la hora t , un número Dirac inconmensurable con GMT, puede observarse el siguiente fenómeno:

La fuente de radio Centauro A es identificada como un solo objeto colectivo posicionalmente estable, más bien que como dos nubes de gas que se entrecruzan, y se observa que se contraen radialmente hacia un centro. Los análisis y las observaciones revelan que es un Agujero Negro cuyos detalles no son aún detectables. Se infiere que todas las galaxias desarrollan tales vórtices centrales, con implicaciones de interés para los astrónomos y escatologistas. Yo, Seymour Letski, propongo echar una mirada más de cerca, pero los otros prefieren seguir con el vuelo programado. Notifíquelo, por favor, al servicio Smithsonian de Harvard.

«Arco estelar», un estudio preliminar para una versión en inglés de un poema de James Barstow:

*Cháchara de ánaes, pero cumbre de nuestra raza
Viajamos a través del espacio relativístico.
Dilatados, menospreciados, desalentados, exploramos:
Pero está vacante el Signo del Caballo y el Hombre.*

*Vacante el Signo del Caballo y el Hombre,
Y ahora conjeturamos la meta de nuestro viaje.
Engañados y defraudados, corremos tristemente
Detrás del hijo del soltero Sol.*

*La trampa es descubierta y confesada
Y nosotros somos objeto de las peores chanzas.
El Ganso que nos engendró, la Oca de cuyo huevo salimos,
Nos traicionó astuta y arteramente.*

*Está en deuda con nosotros. No lo olvidamos.
Con fortuna y firmeza nos cobraremos la factura.
Sólo pedimos un poco de suerte y a su debido tiempo
nos cobraremos el oro al final del arco estelar.*

Ann Becklund: Creo que fue Stanley Weinbaum el que dijo que una mente de veras superior podía deducir todo el universo partiendo de tres hechos. Ski opina que

es posible con un número finito, aunque considerablemente mayor que ese. Nosotros estamos muy lejos de ser mentes superiores de acuerdo con esos niveles, e incluso por nuestros niveles propios. Pero disponemos de un número de hechos muy superior a tres, e incluso a tres mil, de modo que hemos podido deducir bastante.

Esto no es tan valioso para ustedes como seguramente suponían, querido viejo bastardo Kneffie y todos ustedes, los otros bastardos, debido a que una de las cosas que hemos deducido es que no podíamos contárselo todo, porque ustedes no lo comprenderían. Podríamos ayudar a alguno de ustedes si estuviera aquí, y con el tiempo sería capaz de hacer fácilmente lo que nosotros hacemos, pero no por control remoto.

¡Pero no todo está perdido, muchachos! ¡Alégrese! No deducirán como deducimos nosotros, pero en cambio tienen mucho más en que trabajar. Inténtenlo. Agucen el ingenio. Pueden hacerlo si de veras lo desean. Olvídense de su personalidad, compongan sus mentes antes de hablar, afirmen sus relaciones antes de pedir algo.

Eve Barstow:

Cuando yo era una niña solía jugar al ajedrez, muy mal, con jugadores muy buenos, y ésta es la historia de mi vida. Soy una superperfeccionista crónica. No soporto a las personas que no son más listas y mejores que yo, pero el resultado es que siempre soy el último mono. Aquí todos son muy amables conmigo, incluso Jim, pero ellos saben lo mismo que yo cuál es la situación.

De modo que me mantengo ocupada y aplaudo lo que yo no puedo hacer. No es una mala vida.

Tengo todo lo que necesito, excepto orgullo.

Permítanme contarles lo que es un día típico aquí, entre el Sol y Centauro. Nos despertamos —si hemos estado durmiendo, cosa que algunos de nosotros todavía hacemos— y comemos —si aún seguimos comiendo, que es el caso de todos menos de Ski—. La comida es deliciosa y Florence la ha inducido a crecer guisada y sazónada cuando ello resulta deseable, de modo que no tenemos ninguna dificultad en tomar un sabroso huevo escalfado o un puñado de frituras a la francesa (en realidad, yo preferiría brioches para el desayuno, pero, por motivos sentimentales, Florence no puede arreglarlo). A veces bailamos un poco o entonamos antiguas canciones folklóricas. En tales ocasiones Ski se reúne con nosotros, pero no por mucho tiempo, ya que vuelve inmediatamente a su contemplación del Universo. El arco estelar es magnífico y apabullante. Ahora es una franja de unos cuarenta grados de una parte a otra, que nos rodea por completo de luz coloreada. Siempre se puede mirar en las otras frecuencias y ver estrellas fantasmas delante y detrás de nosotros, pero la única luz procede de aquella hermosa franja de estrellas.

A veces escribimos comedias o hacemos un poco de música. Shef ha deducido cuatro conciertos para piano de Bach perdidos, que recuerdan mucho a Corelli y a

Vivaldi, y todos nosotros nos hemos adaptado a ellos para la interpretación. Ann y Shef han sintetizado orquestas enteras. La hija mayor de Flo canta una especie de canción infantil adaptada a unos corales de Buxtehude. ¡Oh! No he hablado aún de los niños... Ahora son once. Ann, Dot y yo tenemos uno por cabeza, y Florence tiene ocho (aunque me han dicho que la semana próxima voy a tener cuatrillizos). Me dejan que los cuide durante las primeras semanas, mientras son pequeños y tan encantadores.

De modo que me paso la mayor parte del tiempo cuidando a los niños y trabajando en algunas ecuaciones que Ski tiene la amabilidad de reservarme, y, debo confesarlo, sintiéndome un poco sola.

¡Me gustaría contemplar un buen show de la televisión tomando una taza de café con un amigo! De cuando en cuando me dejan cambiar el interior de nuestro hogar móvil. El otro día, en broma, lo rehice al estilo suburbano de Pittsburgh. ¿Qué opinan de unas ventanas de hojas en el espacio interestelar? Nunca las abrimos, desde luego, pero tienen un aspecto muy real con sus visillos de quimón y sus lazadas de encaje. Y hemos añadido varias habitaciones nuevas para los niños y sus mascotas (Flo cultiva para ellos unos simpáticos conejitos en el complejo hidropónico).

Bueno, lo he pasado muy bien con esta pequeña charla, pero ahora tengo que cortar. Quiero mencionar una cosa. Los otros han decidido que no desean recibir más mensajes de usted. No les gustan las maniobras que ha realizado para alienar nuestros subconscientes y todo eso... No es que hayan tenido éxito, desde luego, pero a pesar de todo resultan fastidiosas. De modo que en el futuro nuestro receptor estará cerrado. No fue idea mía, pero me alegra que se les ocurriera hacerlo. A mí me gustaría disfrutar de un rato de compañía de cuando en cuando, aunque no de la suya, desde luego.

WASHINGTON CINCO

En otros tiempos, el edificio conocido ahora como DoD Temp Restraining Quarters 7 —aunque Knefhausen opinaba que debería dársele su verdadero nombre: «cárcel»— había sido un hotel de lujo de la cadena Hilton. Las celdas de máxima seguridad se encontraban en los pisos subterráneos, en lo que habían sido salas de juntas. No había puertas ni ventanas al exterior. Si uno salía de su propia celda tenía que subir un tramo de escaleras para llegar al nivel de la calle, y enfrentarse con los centinelas antes de llegar al aire libre. Y entonces, suponiendo que en aquel momento no existiera ningún asedio activo, se exponía uno a tropezarse con los adictos y los activistas del exterior.

A Knefhausen no le preocupaban aquellas cosas. No pensaba en escapar, o al menos no había vuelto a pensarlo después de los primeros momentos de pánico, cuando se dio cuenta que se encontraba detenido. Al cabo de unos días dejó de reclamar la presencia del Presidente. Era una tontería llamar en su ayuda a la Casa Blanca, cuando la Casa Blanca le había metido allí. Seguía estando convencido que si pudiera hablar con el Presidente unos momentos en privado, todo se aclararía.

Pero Knefhausen era realista y se había enfrentado con el hecho que el Presidente no volvería a hablar nunca más con él en privado.

De modo que tomaba en cuenta sus ventajas.

En primer lugar, allí estaba cómodo. La cama era buena, las habitaciones caldeadas. La comida procedía aún de las cocinas del hotel, y era singularmente buena, tratándose de una cárcel.

En segundo lugar, los chicos seguían en el espacio y seguían haciendo algunas cosas, grandes cosas, a pesar que no informaran de ello. Su venganza era todavía una perspectiva.

En tercer lugar, los carceleros le permitían recibir periódicos y materiales para escribir, aunque no le entregaran sus libros ni le facilitaran un aparato de televisión.

Echaba de menos sus libros, y nada más. No necesitaba que la TV le contara lo que estaba pasando en el exterior. Ni siquiera necesitaba los periódicos, sometidos a una estricta censura. Podía oírlo por sí mismo. Todos los días se escuchaba el crepitar de las armas automáticas, casi siempre lejano y esporádico, pero un par de veces sostenido y muy próximo, Brownings contra AK47s, al parecer, y de cuando en cuando el taponazo y el estallido de los lanzagranadas. A veces oía sirenas aullando a través de las calles, y se preguntaba si seguía existiendo un departamento civil de bomberos.

A veces oía el chirrido de pesados motores que tenían que ser de tanques. Los periódicos no entraban en detalles, pero Knefhausen sabía leer entre líneas. La Administración estaba amadriguerada en alguna parte: Cayo Vizcaíno, o Camp David, o la California Meridional, nadie decía dónde. Las ciudades se hallaban en

plena revuelta roja.

Knefhausen se sentía injustamente acusado de aquellos desastres. Escribía interminables cartas al Presidente, puntualizando que los graves problemas con que se enfrentaba la Administración no tenían nada que ver con el proyecto Alfa-Aleph: las ciudades llevaban muchos años en rebeldía constante, el dólar había perdido altura desde las guerras indochinas. Algunas las rompía, otras no conseguía enviarlas, unas cuantas lograba cursarlas..., sin obtener ninguna respuesta.

Un par de veces por semana un funcionario del Departamento de Justicia venía a formularle las mismas absurdas preguntas, una y otra vez. Knefhausen sospechaba que trataban de montar un sumario que demostrase que todo era culpa suya. Bueno, allá ellos. Se defendería cuando llegara el momento. O le defendería la historia. La cosa estaba clara. No tan clara, tal vez, en lo que respecta a las consecuencias morales. No importa. No podía hablarse de cuestiones morales en una zona tan vital para la búsqueda del conocimiento como esta. Los informes de la Constitution habían sido ya muy fructíferos..., aunque era evidente que algunas de sus partes más significativas resultaban difíciles de comprender. El mensaje Godelizado no había sido traducido, y las alusiones a su contenido seguían siendo alusiones.

A veces soñaba en proyectarse a sí mismo a la Constitution. Había pasado un año desde que se recibió el último mensaje. Knefhausen trataba de imaginar lo que estaban haciendo. Ahora estarían más allá del punto central, desacelerando. El arco estelar estaría ensanchándose y difundiéndose cada día más. Los círculos de negrura delante y detrás de ellos se estarían encogiendo. Pronto verían Alfa Centauro como ningún hombre lo había visto. Desde luego, comprobarían que no existía ningún planeta llamado Aleph en torno al primario, aunque ya habían sospechado eso hacía mucho tiempo. ¡Bravos y estupendos muchachos! Incluso así, habían seguido adelante. Lo de las drogas y el sexo no tenía importancia. No encajaba con las normas de la humanidad vulgar, pero, como había ocurrido siempre, los que sobresalían del rebaño tenían derecho a dictar sus propias normas. Cuando era un niño se había enterado que el obeso y orgulloso caudillo del aire tomaba cocaína, y que los grandes guerreros buscaban a veces su placer sexual unos con otros. Un hombre inteligente no se preocupaba por aquellas minucias, lo cual era una prueba más que el funcionario del Departamento de Justicia, con sus continuas alusiones al pasado del propio Knefhausen, no era un hombre inteligente.

Lo bueno de las visitas del funcionario del Departamento de Justicia era que a veces podían deducirse cosas de sus preguntas, y raramente, muy raramente, incluso contestaba a alguna pregunta.

«¿Se ha recibido algún mensaje de la Constitution?».

»No, desde luego que no, Dr. Knefhausen. Ahora, dígame, ¿quién fue la primera persona que le sugirió este fraudulento plan?». Aquellos eran los puntos brillantes en sus días, pero la mayoría de ellos transcurrían monótonamente.

Ni siquiera los marcaba en la pared de su celda, como el prisionero del castillo de

If. Hubiese sido una lástima estropear el revestimiento de madera noble. Además, Knefhausen disponía de otros relojes y calendarios. El ritmo de sus comidas, el de las visitas del funcionario del Departamento de Justicia... Cada una de ellas era como una fiesta; mejor dicho, como un día festivo, no alegre pero sí solemne. En primer lugar se producía una visita del capitán de la guardia con dos soldados armados en pie junto a la puerta. Registro minucioso de su persona y de su celda buscando..., ¿qué? Una bomba nuclear, quizás. O un puñado de pimienta destinado a los ojos del funcionario del Departamento de Justicia... No encontraban nada, porque no había nada que encontrar. Luego se marchaban y durante un largo espacio de tiempo todo quedaba tranquilo. Ni siquiera le servían una comida, aunque coincidiera con la hora de la comida. No ocurría absolutamente nada, hasta que una o tres horas más tarde llegaba el funcionario con su propia guardia en la puerta, igualmente vigilante hacia adentro que hacia fuera, y su técnico manipulando los aparatos de grabación, y sus preguntas.

Y llegó el día en que se presentó el funcionario del Departamento de Justicia, y no iba solo: le acompañaba el secretario del Presidente, Amos Murray.

¡Cuán voluble es el corazón humano! Cuando ha renunciado a toda esperanza, necesita muy poco para que la esperanza renazca en él...

—¡Murray! —exclamó Knefhausen, casi sollozando—. ¡Cuánto me alegro de verle! Y el Presidente, ¿está bien? ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Se ha producido alguna novedad?

Amos Murray se detuvo en el umbral de la puerta. Miró a Dieter von Knefhausen y dijo amargamente:

—¡Oh, sí, se han producido novedades! Muchas. Las Fuerzas Armadas han cambiado de bando, de modo que estamos evacuando Washington. Y el Presidente quiere que salga usted de aquí inmediatamente.

—¡No, no! Quiero decir... Oh, sí, me alegra que el Presidente se preocupe por mi bienestar, aunque lamento lo de las Fuerzas Armadas. Lo que quiero decir, Murray, es esto: ¿se ha recibido algún mensaje de la Constitution?

Amos y el funcionario del Departamento de Justicia intercambiaron una mirada.

—Dígame, Dr. Knefhausen —inquirió Amos suspicazmente—: ¿Cómo ha logrado enterarse de eso?

—¿Enterarme? ¿Cómo he logrado enterarme? No sabía nada. Lo he preguntado con la esperanza de recibir una respuesta afirmativa. Entonces, ¿ha llegado un mensaje? ¿A pesar de lo que habían dicho? ¿Han vuelto a hablar?

—Efectivamente, ha llegado un mensaje —dijo Amos pensativamente. El funcionario del Departamento de Justicia le susurró algo al oído, pero Amos sacudió la cabeza—. No se preocupe, terminaremos en seguida. El convoy no saldrá sin nosotros. Sí, Dr. Knefhausen, el mensaje llegó a través de Goldstone hace dos horas. Ahora está en la sala de descifrado.

—¡Bien, muy bien! —exclamó Knefhausen—. Ya verá como ellos lo justifican

todo. Pero, ¿qué dicen? ¿Tienen ustedes buenos científicos para interpretarlo? ¿Pueden entender el contenido?

—No, exactamente —dijo Amos—, ya que se ha planteado un pequeño problema que la sala de descifrado no había previsto y para el cual no estaba preparada. El mensaje no estaba cifrado. La escritura era normal, pero en idioma chino.

CONSTITUTION SEIS

Ref: CONSEIS T51/11055/°7

CLASIFICADO MUY SECRETO

Tema: Transmisión de la nave espacial U.S. Constitution.

El siguiente mensaje fue recibido y manipulado por la sección de descifrado de acuerdo con las directrices recibidas. Debido a su especial naturaleza, se llevó a cabo una investigación para determinar su procedencia. Los datos radio-direccionales recibidos de la Base Farside señalan su origen a lo largo de una línea que coincide con la prevista situación actual de la Constitution. La fuerza de la señal era elevada, aunque dentro de los límites correctos, y la degradación de la separación de frecuencia coincidía con las variaciones relativistas debidas al impacto con partículas y nubes gaseosas.

Aunque los datos asequibles no demuestran incuestionablemente que la transmisión proceda de la nave espacial, no se ha encontrado ninguna contraindicación.

Examinado, el texto resulta ser una transcripción fonética de lo que aparece como un dialecto del Imperio Medio Mandarín. Sólo se ha completado una traducción parcial (véase nota adjunta al texto). La traducción presenta dificultades poco corrientes por dos motivos principales: en primer lugar, la dificultad de encontrar un traductor suficientemente capacitado y que al mismo tiempo ofrezca garantías desde el punto de vista de la Seguridad; en segundo lugar, cabe la posibilidad que el lenguaje utilizado no corresponda exactamente a ningún dialecto, y que se trate de una versión del personal de la Constitution (véase PÁRRAFO OCHO).

Este texto es PROVISIONAL Y NO AUTENTIFICADO, y se facilita únicamente como una primera tentativa de traducir al inglés el contenido del mensaje. La sección de descifrado continúa trabajando en la traducción del mensaje completo y en la obtención de un texto más fidedigno.

Las posteriores versiones y enmiendas serán facilitadas a medida que sean obtenidas.

SIGUE EL TEXTO:

PÁRRAFO UNO. El que habla por todos —teniente coronel Sheffield H. Jackman— descansa. La obra bien hecha permite relajar la vigilancia. Yo —identidad no comprobada, pero probablemente Mrs. Annette Marin Becklund, menos probablemente alguna de las otras tres mujeres que se encuentran a bordo, o una de sus descendientes— ocupo su puesto, impulsada por la caridad y por el amor.

PÁRRAFO DOS. No basta con estudiar y con realizar hazañas que impulsen a la gente a asombrarse y a inclinar sus cabezas. No basta con comprender la naturaleza del cielo o del mar. Sólo a través de la comprensión de todo nos acercamos a la sabiduría, y sólo a través de la sabiduría podemos actuar correctamente.

PÁRRAFO TRES. Estos son los preceptos tal como nos han sido dados para comprenderlos:

PÁRRAFO CUATRO. El que impone su voluntad por medio de la fuerza carece de justicia. Dejen que le arrojen por un acantilado.

PÁRRAFO CINCO. El que provoca la codicia ajena por un trozo de madera labrada o una confitura carece de bondad. Dejen que se le impida continuar ejerciendo sus prácticas erróneas.

PÁRRAFO SEIS. El que ata un nudo y dice: «No me importa quién lo debe desatar», carece de perspicacia. Dejen que lave las úlceras de los pobres y acarree el contenido de las letrinas hasta que aprenda a considerar el día por venir como hermano del día que es.

PÁRRAFO SIETE. Los que estamos aquí no debemos imponer nuestra voluntad por la fuerza a ustedes que están ahí. La comprensión llega tarde. Lamentamos el incidente de la semana próxima, ya que fue hecho apresuradamente y por error. El que habla por todos obró sin pensar.

Los que estamos aquí lo lamentamos más tarde.

PÁRRAFO OCHO. Es posible que se pregunten por qué estamos comunicando en este lenguaje. El motivo es en parte recreativo, en parte inductor: la naturaleza del proceso es tal que deben ustedes pasar por él antes que pueda serles dicho de qué se trata. Nuestros pasos han hollado este sendero.

Para reconstruir el chino del I Ching, fue necesario reconstruir primeramente el alemán de cuya traducción procedía el texto inglés. Los errores acechan a cada paso. Numerosos defectos marcan nuestra tarea. Obsérvenlos en silencio durante horas y días hasta que los defectos se conviertan en parte del trabajo.

PÁRRAFO NUEVE. Se dice que tienen ustedes ocho días de plazo antes que lleguen las partículas más pesadas. Las muertes y los destrozos serán escasos. Será mejor que todos los reactores nucleares volantes permanezcan en el suelo hasta que el incidente quede superado.

PÁRRAFO DIEZ. Cuando hayan completado la reconstrucción envíennos un mensaje, dirigido al planeta Alfa-Aleph. Para entonces, nuestro hogar estará a punto.

Cuando estemos listos, enviaremos un transbordador para ayudar a los colonos a cruzar la corriente.

El texto anterior incluye los primeros 852 grupos de la transmisión. El resto del texto, incluyendo aproximadamente 7.500 grupos, no ha sido traducido satisfactoriamente. En opinión de un asesor del Departamento de Lenguas Orientales de la Johns Hopkins, puede ser un poema.

/fdo./ Durward S. RICHTER

Durward S. RICHTER
Comandante General, USMC
Jefe Criptógrafo
Mando

Distribución: x x x
Solamente EN MANO

WASHINGTON SEIS

El Presidente de los Estados Unidos —Washington— abrió la ventana de su estudio y se inclinó hacia fuera para aullarle a su Asesor Científico:

—¡Harry, suba de una vez! ¡Estamos esperándole!

Harry miró hacia arriba y agitó una mano, y luego continuó chapoteando a través de la chorreante selva en que se había convertido el Césped Septentrional. Entre la crecida maleza, la lluvia y el barro resultaba difícil avanzar, pero el Presidente estaba de un humor de perros. Cerró la ventana de golpe y dijo:

—Ese hombre se mete por los lugares más difíciles para fastidiarme. ¿Cuánto tiempo se supone que tendré que esperarle para poder decidir si tenemos que trasladar o no la capital?

La Primera Dama levantó los ojos de su labor de punto.

—Jimbo, cariño, ¿por qué armas tanto escándalo? ¿Por qué no nos trasladamos de una vez y acabamos con todo?

—Bueno, no resulta tan fácil tomar una decisión tan importante. —El Presidente se dejó caer en un sillón—. En realidad, estaba esperando el desfile del Décimo Aniversario —se lamentó—. ¡Diez años valen la pena de conmemorarse! No deseo nada excepcional, sólo bajar por la Avenida de la Constitución, como en los viejos tiempos, con la gente manifestando su alegría, los reporteros, las cámaras y todo eso. Entonces, ese hijo de perra de Omaha no podría decir que no soy el verdadero Presidente...

Su esposa dijo, en tono tranquilo:

—No te preocupes por él, cariño. ¿Sabes lo que he estado pensando? Que el desfile resultaría muy poco brillante en la Avenida de la Constitución. Sería mucho más agradable en una calle más pequeña.

—¡Oh! ¿Qué sabes tú de eso? De todos modos, ¿a dónde podríamos ir? Si Washington está bajo el agua, ¿qué te hace pensar que Bethesda sería mejor?

Su Secretario de Estado soltó las cartas de su solitario y alzó la mirada. Al parecer, las últimas palabras del Presidente le habían interesado.

—No tendría que ser Bethesda, necesariamente —dijo—. Tengo unos hermosos terrenos cerca de Dulles que podríamos utilizar. Allí, la altitud es mayor, —Naturalmente. En Virginia hay unos terrenos muy hermosos —confirmó la Primera Dama—. ¿Recuerdas aquel picnic al que asistimos después de tu Segundo Aniversario? Fue en Estación Fairfax. Todo rodeado de colinas. Era muy bonito.

El Presidente descargó su puño sobre la mesita auxiliar y aulló:

—¡Yo no soy el Presidente de Estación Fairfax, soy el Presidente de los Estados Unidos de América! ¿Cuál es la capital de los Estados Unidos de América? ¡Washington! ¡Dios mío! ¿No se dan cuenta que todos esos cretinos de Houston, de Omaha y de Salt Lake se mondarían de risa si se enterasen que he tenido que

mudarme de mi propia capital?

Se interrumpió, debido a que su Asesor Científico acababa de aparecer en el umbral de la puerta, sacudiéndose el barro que llevaba pegado a todas sus ropas.

—¿Y bien? —inquirió el Presidente—. ¿Qué es lo que dicen?

Harry se sentó.

—Las cosas están muy mal. ¿Alguien tiene un cigarrillo seco?

El Presidente le lanzó un paquete. Harry se secó los dedos en la camisa antes de sacar un cigarrillo.

—Bueno —dijo—, he hablado con todos los capitanes de barco que he podido encontrar. Todos dicen lo mismo. Las mareas suben y bajan a lo largo de todo el litoral.

Miró a su alrededor en busca de una cerilla. La esposa del Presidente le entregó un encendedor de oro con el Gran Sello de los Estados Unidos grabado en él; después de varias tentativas, Harry logró que se encendiera.

—Las cosas no presentan un buen aspecto, Jimmy. Ahora mismo la marea está baja, pero no podemos confiar en eso. Mañana estará un poco más alta. Y se producirán temporales, no una simple lluvia como aquí. Se acerca una depresión tropical procedente de las Bahamas.

—No estamos en el trópico —dijo el Secretario de Estado en tono suspicaz.

—No he querido decir eso —replicó el Asesor Científico, que en otros tiempos había facilitado informes meteorológicos para la estación local de Televisión ABC, cuando existían cosas tales como una red de televisión—. Me refiero a que se producirán tormentas. Huracanes. Pero lo peor no es eso, sino la marea. Si los hielos se derriten, alcanzarán unas alturas insospechadas.

El Presidente hizo repiquetear sus dedos sobre la mesita. Súbitamente, gritó:

—¡No quiero trasladar mi capital!

Nadie contestó. Sus estallidos de malhumor eran famosos. La Primera Dama se concentró en su labor de punto, el Secretario de Estado recogió sus cartas y empezó a barajarlas, el Asesor Científico se quitó la chaqueta y la colgó cuidadosamente detrás de una puerta.

El Presidente dijo:

—Tienen que ver las cosas así: suponiendo que nos trasladáramos, todos esos rústicos provincianos que pretenden ser el Presidente de los Estados Unidos verían fortalecida su posición, y la eventual reunificación de nuestro país sufriría un gran retraso. —Movié sus labios unos instantes, y luego estalló—: ¡No pido nada para mí! Nunca lo he hecho. Sólo deseo representar el papel que me corresponde en lo que es bueno para todos nosotros, y eso significa que debo conservar mi posición como verdadero Presidente, de acuerdo con la enmienda introducida en la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica. Y eso significa que voy a permanecer aquí, en la verdadera Casa Blanca, pase lo que pase.

Su esposa dijo, en tono vacilante:

—Cariño, no te excites. El otro Presidente tiene una Casa Blanca de verano..., Camp David. Y nadie se ha llevado las manos a la cabeza. ¿Por qué no haces tú lo mismo? Cerca de Estación Fairfax hay una antigua casa de labor hermosísima, y podríamos arreglarla a nuestro gusto.

El Presidente la miró con aire de sorpresa.

—No es mala idea —declaró—. Lo malo es que no podemos trasladarnos permanentemente, y tenemos que conservar este lugar tal como está para que nadie pueda echarnos de él, y regresar de cuando en cuando a echar un vistazo. ¿Qué opina usted, Harry?

El Asesor Científico dijo, pensativamente:

—Supongo que podríamos alquilar algunas embarcaciones. Depende. No sé qué altura alcanzará el agua.

—¡Nada de «supongo»! ¡Nada de «depende»! Se trata de una prioridad nacional. Tenemos que hacerlo para que ese bastardo de Omaha siga prestando atención al verdadero Presidente.

—Bueno, Jimbo, cariño —dijo la Primera Dama al cabo de unos instantes, estimulada por el éxito de su sugerencia—, tienes que admitir que ahora mismo no nos prestan demasiada atención.

¿Cuándo fue la última vez que pagaron sus impuestos?

El Presidente la miró taimadamente por encima de sus gafas.

—Hablando de eso —dijo—, les reservo una pequeña sorpresa. Una especie de arma secreta.

—Espero que nos dé mejor resultado que en la última guerra —dijo su esposa, suspirando.

El Presidente se puso en pie, indicando que la reunión del Gabinete había terminado.

—Harry —dijo—, acérquese a la Biblioteca del Congreso y trate de encontrar algunos mapas buenos en las salas que se salvaron del incendio. Búsquenos un buen lugar, situado a una altura conveniente, a unas veinte millas de aquí, más o menos. Luego haremos que el Ejército nos condene a la Casa Blanca de Verano, como dice Mae, y tal vez pueda dormir en una cama que no esté enmohecida, para cambiar.

Su esposa le miró con aire preocupado.

—¿Qué vas a hacer, Jimmy?

El Presidente dejó oír una risita.

—Voy a revisar mi arma secreta.

Cuando le dejaron solo en el estudio, el Presidente se dirigió a la cocina y tomó una botella de Fresca del abierto refrigerador. La compañía de guardia de la Marina seguía intentando poner de nuevo en marcha el generador de gas, sin el menor éxito. Al Presidente no le importaba. Eran sus pretorianos personales y, aunque eran una nulidad como fontaneros, habían demostrado lo que valían en los momentos de apuro. El Presidente no olvidaba que durante los Disturbios no había sido más que un

simple congresista, y su rápido ascenso a la Presidencia del Congreso y posteriormente de la nación se debía, no sólo a su habilidad política y reconocida capacidad de maniobra, sino también al hecho que su cuñado estaba al mando de la guarnición de infantes de Marina de Washington.

El Presidente, en realidad, estaba muy satisfecho de la marcha del mundo. Si bien envidiaba a los presidentes del pasado —misiles, flotas de bombarderos nucleares, miles de millones de dólares a su disposición—, cuando miraba al mundo que le rodeaba no veía nada comparable con su propia estatura.

Se bebió la soda, abrió un par de centímetros la puerta de su estudio y atisbó por la rendija. No había nadie a la vista. Se deslizó fuera y bajó por la escalera de la parte de atrás. En lo que en otro tiempo habían sido las partes públicas de la Casa Blanca podía apreciarse más claramente la extensión de los daños. Después de las algaradas y de los incendios, la voluntad de reparar y de reconstruir se había ido debilitando paulatinamente. Al Presidente no le importaba. Ni siquiera se fijó en las chamuscadas paredes y en los trozos de yeso caídos del techo. Estaba escuchando el sonido de las explosiones de un motor de gasolina cada vez más lejanas, y una sonrisa distendió sus labios mientras se acercaba al piso subterráneo donde estaba encerrada su arma secreta.

El arma secreta, cuyo nombre era Dieter von Knefhausen, estaba tratando de completar la defensa total de cada uno de los actos de su vida que él llamaba sus memorias.

Estaba menos satisfecho del mundo que el Presidente. Podría haber deseado muchos cambios. Su estado de salud, por ejemplo; se daba cuenta que su hipertensión básica, su bronquitis y su gota estaban librando los últimos asaltos de una guerra total para ver cuál de ellos tenía el honor de destruir su mutuo campo de batalla, que era él mismo. No le importaba su falta de libertad, pero sí la absurda destrucción de muchos de sus documentos.

El manuscrito original de su autobiografía se había perdido hacía mucho tiempo, pero él había convencido al Presidente —al que se llamaba a sí mismo Presidente—, para que enviara a alguien en busca de lo que pudiera recuperarse. Sólo habían aparecido algunos fragmentos de la copia. Los suficientes, sin embargo, para que Knefhausen emprendiera nuevamente la tarea de contar cómo había planeado el Proyecto Alfa-Aleph, detallando meticulosamente cómo había mentido, engañado y falsificado para sacarlo adelante.

Era tan sincero como podía serlo. No omitía nada. Admitía su complicidad en la muerte «accidental» del primer marido de Ann Barstow en una colisión de automóviles, para dejarla así en libertad de casarse con el hombre que él había escogido para que formara parte de la tripulación de la Constitution. Había confesado que sabía que el secreto no podría mantenerse por toda la duración del viaje, traicionando así la confianza del Presidente que lo había hecho posible. Lo contaba

todo, todo lo que podía recordar, y alardeaba de su éxito.

Ya que para él era evidente que su éxito estaba más que demostrado. ¿Qué mejor prueba que lo que había ocurrido hacía diez años? El «incidente de la próxima semana» fue tan dramático y completo como pudiera desear el más exigente. Si sus detalles eran todavía indescifrables, en gran parte debido a la destrucción de la estructura tecnológica existente que había acarreado, sus principales características eran obvias. La lluvia de partículas pesadas —¿bario? ¿cuarzo, quizás?— había empapado la Tierra. La fuente había sido localizada en un punto del cielo que coincidía con la prevista situación de la Constitution.

Estaban también los mensajes recibidos; considerados en conjunto, no quedaba duda que los astronautas habían desarrollado unos conocimientos tan superiores a todos los de la Tierra que, desde una distancia de dos años-luz, podían imponer su voluntad a la raza humana. Lo habían hecho.

Con un chaparrón de partículas, habían inutilizado todo el complejo militar-industrial del planeta.

¿Cómo? ¿Cómo? Ah, pensó Knefhausen con envidia y orgullo, esa era la cuestión. Lo único que se sabía era que todos los ingenios nucleares —bombas, plantas de energía, fuentes de radiación para hospitales, pilas atómicas— se habían empapado simultáneamente con la corriente de partículas y en aquel mismo instante habían dejado de existir como fuente de energía nuclear. No fue rápido y catastrófico, como una bomba. Fue lento y persistente. El uranio y el plutonio habían acabado por fundirse en la prolongada y continua reacción que todavía burbujeaba en los lagos de lava hirviente en que se habían convertido los antiguos depósitos y plantas nucleares. Se desprendió muy poca radiación, pero abundante calor.

Hacía mucho tiempo que Knefhausen había dejado de lamentar lo que no podía ser evitado, pero seguía pensando en lo mucho que le hubiera gustado tener la oportunidad de medir adecuadamente la cantidad total de calor desprendido. No menos de 1016 vatios-año, estaba seguro, a juzgar por los efectos sobre la atmósfera de la Tierra, las tormentas, el aumento gradual de la temperatura en todo el mundo y, por encima de todo, por los rumores acerca del aumento general del nivel del mar, que suponía la fusión de los casquillos polares. No existía ya una red de información meteorológica, pero las fragmentarias informaciones que había logrado reunir sugerían un mundo con niveles más altos de temperatura —de seis a siete grados centígrados—, que seguían aumentando en Checoslovaquia, el Congo, Colorado y un centenar de infiernos menores.

¿Rumores acerca del nivel del mar?

No se trataba de rumores, se corrigió a sí mismo, puesto que a juzgar por lo que podía ver a través de los barrotes de la ventana de su celda, las aguas lamían ya las mismas puertas de la Casa Blanca.

Se abrió la puerta. El Presidente de los Estados Unidos (Washington) entró, palmeando el hombro del flaco, asustado y macilento muchacho que montaba guardia

junto a la puerta.

—¿Cómo van esos ánimos, Knefhausen? —inquirió el Presidente en tono jovial—. ¿Está usted dispuesto a entrar en razón?

—Haré lo que usted diga, señor Presidente, pero tal como ya le he dicho, existen ciertos límites.

Además, no soy ningún jovenzuelo y mi estado de salud...

—¡Al diablo con su salud y sus límites! —gritó el Presidente—. ¡No empiece con la cantinela de siempre, Knefhausen!

—Lo siento, señor Presidente —murmuró Knefhausen, en tono casi inaudible.

—¡No lo sienta! Yo juzgo por los resultados. ¿Sabe lo que cuesta mantener en marcha esa bomba extractora de agua para que usted no se ahogue? ¡La gasolina está racionada, Knefhausen! Para obtenerla, hay que alegar motivos de alto interés nacional. Y si usted insiste en no colaborar, no podré continuar justificando esa sangría en nuestros recursos.

Triste, pero obstinadamente, Knefhausen dijo:

—En lo que de mí depende, señor Presidente, no he dejado de colaborar.

—Sí, desde luego. —Pero el Presidente se encontraba hoy de un humor anormalmente optimista, observó Knefhausen, con la enfermiza atención del recluso por los detalles, y al cabo de unos instantes añadió—: Escuche, no quiero que discutamos por esas minucias. He venido a hacerle una oferta. Dígame que acepta, y despediré a ese hijo de perra de Harry Stokes y le nombraré a usted mi Asesor Científico. ¿Qué le parece? De nuevo en la cumbre. Un apartamento de su propiedad. ¡Luces eléctricas! Sirvientes..., podrá escogerlos usted mismo, y hay algunas chicas muy atractivas disponibles.

La mejor comida que pueda haber soñado. La posibilidad de prestar un verdadero servicio a los Estados Unidos de Norteamérica, ayudando a reunificar este gran país para que vuelva a convertirse en la gran potencia que todos deseamos...

—Señor Presidente —dijo Knefhausen—, mi mayor deseo es el de prestar toda la ayuda posible, pero no es la primera vez que hablamos de este asunto. Haré lo que usted me pida, pero no puedo hacer que las bombas vuelvan a funcionar. Sabe usted perfectamente lo que ha ocurrido. Han desaparecido.

—¿Quién ha hablado de bombas? Mire, Kneffie, yo soy un hombre razonable. Lo único que tiene que prometerme es que utilizará sus conocimientos científicos en la medida en que le sea posible.

Dice usted que no puede fabricar bombas: de acuerdo. Pero habrá otras cosas.

—¿Qué otras cosas, señor Presidente?

—No me apremie, Knefhausen. Cualquier otra cosa que signifique un servicio para su patria.

Prométame eso, y hoy mismo saldrá de aquí. ¿O prefiere que interrumpa el funcionamiento de la bomba extractora de agua?

Knefhausen sacudió la cabeza, no para negar, sino en un gesto de desesperación.

—No sabe lo que me está pidiendo. ¿Qué puede hacer hoy un científico por usted? Hace diez años, sí..., incluso hace cinco años. Es posible que entonces hubiese podido hacer algo. Pero ahora las condiciones previas no existen. Cuando todas las plantas nucleares han desaparecido..., cuando las fábricas que dependían de ellas carecen de energía..., cuando las fábricas de abonos no disponen de nitrógeno y las fábricas de insecticidas han dejado de producir..., cuando la gente empieza a morir de hambre y empiezan las epidemias...

—Sé todo eso, Knefhausen. ¿Sí o no?

El científico vaciló, mientras contemplaba pensativamente a su adversario. De pronto, un destello de la antigua sagacidad apareció en sus ojos.

—Señor Presidente —dijo lentamente—. Usted sabe algo. Algo ha ocurrido.

—Exacto —asintió el Presidente—. Ahora, dígame, ¿qué es lo que sé?

Knefhausen sacudió la cabeza. Después de siete décadas de vida vigorosa, y de otra década de lenta consunción, resultaba difícil recobrar la esperanza. Pero aquel hombrecillo, aquel advenedizo, no carecía de cierta astucia animal, y parecía estar muy seguro de sí mismo.

—Por favor, señor Presidente. Dígamelo.

El Presidente se llevó un dedo a los labios, y luego pegó un oído a la puerta. Cuando se hubo convencido que nadie podía estar escuchando, se acercó más a Knefhausen y dijo en voz baja:

—Usted sabe que tengo representantes comerciales en todas partes, Knefhausen. Algunos en Houston, algunos en Salt Lake, algunos incluso en Montreal. No están allí únicamente para comerciar. A veces se enteran de cosas, y me las cuentan. ¿Le gustaría saber lo que acaba de contarme mi representante en Anaheim?

Knefhausen no contestó, pero sus cansados ojos tenían una expresión implorante.

—Se trata de un mensaje —susurró el Presidente.

—¿De la Constitution? —exclamó Knefhausen—. ¡No, no es posible! Farside ha desaparecido, Goldstone está destruido, los satélites han dejado de orbitar...

—No se trata de un mensaje por radio —dijo el Presidente—. Llegó desde Monte Palomar. No el gran telescopio, que también desapareció, sino lo que ellos llaman un Schmidt. Ignoro lo que es, pero funciona. Y hay algunos viejos que siguen atisbando por él, de cuando en cuando, en recuerdo de los antiguos tiempos. Y captaron un mensaje, transmitido en Morse con destellos de luz láser.

Procedía de Alfa Centauro. De sus jóvenes amigos, Knefhausen.

Sacó una hoja de papel de su bolsillo y lo hizo oscilar ante los ojos de Knefhausen.

Knefhausen se vio acometido por un súbito acceso de tos, pero logró graznar:

—¡Démelo!

El Presidente retrocedió un par de pasos.

—¿Trato hecho, Knefhausen?

—¡Sí, sí! ¡Lo que usted diga, pero deme el mensaje!

—No faltaría más —sonrió el Presidente, entregándole la arrugada hoja de papel.
Decía:

ROGAMOS TOMEN NOTA QUE NOSOTROS HEMOS CREADO EL PLANETA ALFA-ALEPH. ES HERMOSO Y GRANDE. ENVIAREMOS NUESTROS TRANSBORDADORES PARA TRAER PERSONAL ADECUADO. NUESTROS SALUDOS ESPECIALES AL DR. DIETER VON KNEFHAUSEN, CON EL CUAL TENEMOS MUCHOS DESEOS DE HABLAR. LLEGAREMOS TRES SEMANAS DESPUÉS QUE ESTE MENSAJE.

Knefhausen lo leyó por segunda vez, miró al Presidente, y volvió a leerlo.

—Me..., me alegro mucho —dijo, absurdamente.

El Presidente arrancó el mensaje de sus manos, lo dobló cuidadosamente y se lo guardó en el bolsillo, como si aquel trozo de papel fuera la llave del poder.

—¿Se da cuenta? —dijo—. La cosa es sencilla. Usted me ayuda a mí, y yo le ayudo a usted.

—Sí, sí, desde luego —dijo Knefhausen, con aire distraído.

—Ellos son sus amigos. Harán lo que usted diga. Todas esas cosas que usted me dijo que podían hacer...

—Sí, las partículas, la capacidad de reproducir, la capacidad, Dios nos asista, de construir un planeta...

Knefhausen podía haber continuado catalogando las habilidades de los astronautas indefinidamente, pero el Presidente estaba impaciente:

—De modo que ahora sólo es cuestión de días... ¡Imagine lo que traerán! Armas, herramientas, de todo... Y lo único que tiene usted que hacer es lograr que me ayuden a volver a situar a los Estados Unidos de Norteamérica en el lugar que les corresponde. ¡Sabré recompensarles, Knefhausen! Y también a usted. Ellos...

El Presidente se interrumpió, observando cuidadosamente al científico. Luego gritó:

«¡Knefhausen!», y se inclinó hacia adelante para sujetarle.

Era demasiado tarde. El científico había caído al suelo, en redondo. El centinela, obedeciendo la orden del Presidente, corrió hacia la Casa Blanca en busca del médico, que se presentó con toda la rapidez que le permitieron sus vacilantes piernas y su cerebro empapado de cerveza, pero era demasiado tarde, también. Todo llegaba demasiado tarde para Knefhausen, cuyo viejo corazón le había fallado..., muy a tiempo. Como se demostró pocos días después, cuando las grandes naves doradas procedentes de Alfa-Aleph aterrizaron y descargaron sus brillantes y terribles tripulaciones para limpiar la Tierra.

FIN